

1

Manuel Agustín Aguirre

Historia del Pensamiento Económico

1 Sociedades precapitalistas
sociedades capitalistas



Colección
Manuel Agustín Aguirre



EDICIONES
LA TIERRA

Manuel Agustín Aguirre

Historia
del Pensamiento Económico

Libro primero

Sociedades Precapitalistas
Sociedades Capitalistas

Volumen **1**



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la Subregión en América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en el Ecuador en 1992. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR

Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec



EDICIONES
LA TIERRA

Ediciones La Tierra busca rescatar la obra de pensadores con reconocida trayectoria en la cultura e historia ecuatorianas, así como acompañar los procesos sociales que buscan la transformación de nuestra injusta realidad. Tiene como principal objetivo publicar la obra de autores nacionales y extranjeros sobre temas de nuestra realidad y de la realidad latinoamericana que contribuyan a afianzar los valores nacionales y a la afirmación de nuestra identidad como ecuatorianos y latinoamericanos.

Nuestras proyecciones incluyen líneas de trabajo con los actores sociales que definen, en estos mismos instantes, los nuevos rumbos de un país en transformación y un apoyo editorial a la difusión de sus propuestas. Nuestro compromiso se orienta a la juventud y a la promoción de la lectura.

EDICIONES LA TIERRA

Avenida de los Shirys N36-152 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 256 6036 • ediciones_latierra@yahoo.com



Colección
Manuel Agustín Aguirre

Volumen **1**

Manuel Agustín Aguirre

**Historia
del Pensamiento Económico**

Libro primero

**Sociedades Precapitalistas
Sociedades Capitalistas**

Editor y coordinador de la colección:
Víctor Granda Aguilar



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Quito, 2017



EDICIONES
LA TIERRA

Colección

Manuel Agustín Aguirre

Comité editorial

Lía Aguirre Borrero

Max Aguirre Borrero

Enrique Ayala Mora

Víctor Granda Aguilar

Leonardo Mejía Mejía

Germán Rodas Chaves

Manuel Salgado Tamayo

Natalia Sierra Freire

Volumen uno

Historia del Pensamiento Económico

Libro primero

Sociedades Precapitalistas, Sociedades Capitalistas

Edición realizada en base a la quinta edición
publicada por la Editorial Alberto Crespo Encalada

Sexta edición, 2017

© Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

© Ediciones La Tierra

Universidad Andina Simón Bolívar

ISBN 978-9978-19-788-2

Ediciones La Tierra

ISBN 978-9942-751-02-7

Edición y coordinación: Víctor Granda Aguilar

Asistencia: María Paula Granda Vega

Textos, diseño y artes finales: Taller Gráfico

Impreso en Ecuador en los talleres de Fausto Reinoso, ediciones.

EDICIONES LA TIERRA

Avenida de los Shirys N36-152 • Quito, Ecuador

Teléfonos: (593 2) 256 6036 • ediciones_latierra@yahoo.com

Quito, febrero 2017

Contenido

Historia del Pensamiento Económico

Libro primero

Sociedades Precapitalistas, Sociedades Capitalistas

Obras escogidas de Manuel Agustín Aguirre 7

Nota sobre esta edición de

Historia del Pensamiento Económico de Manuel Agustín Aguirre 9

Presentación de la obra 15

Libro Primero

Introducción 17

Denominación de la materia 19

Intento de definición 21

El método 22

Relaciones de la historia del pensamiento económico con otras ciencias 26

Importancia del estudio de la historia del pensamiento económico 28

La selección de autores y la decantada imparcialidad 31

Plan de exposición 31

La bibliografía 33

Primera parte

Las sociedades precapitalistas 35

Capítulo uno

Las sociedades primitivas y su descomposición 37

Capítulo dos

El pensamiento económico en la etapa esclavista 41

El pueblo de Judea 41

Grecia 44

La estructura económico social 44

El pensamiento económico 49

Platón 50

Aristóteles 57

Roma

La estructura económico social 68

El pensamiento económico 75

Capítulo tres

La sociedad feudal 83

La estructura económico social 83

El pensamiento económico	87
Segunda parte	
La sociedad capitalista	97
Capítulo cuatro	
El capital comercial y la corriente mercantilista	101
La doctrina mercantilista	107
España	116
Italia	119
Francia	122
Inglaterra	126
Alemania y Austria	132
Las primeras críticas al capitalismo naciente y la evasión utópica	136
Capítulo cinco	
El desarrollo del capitalismo industrial	143
Los fundadores de la economía política	143
Cambios en la estructura económico social	143
El pensamiento económico	150
La crítica social	175
La fisiocracia y los fisiócratas	178
El medio socio-económico	178
El pensamiento económico fisiocrático	183
1. El producto neto en los fisiócratas	184
2. La circulación del producto neto	188
3. El orden natural y la política fisiocrática	195
4. El impuesto único	197
5. Los Discípulos	198
A manera de resumen	202
La crítica social	206
Manuel Agustín Aguirre. Su vida y sus obras	209
Su actividad poética	210
Su labor académica	212
Su militancia política	213
Los últimos años de su vida	215

Nota del editor

Obras escogidas de Manuel Agustín Aguirre

Ediciones La Tierra, en convenio con la Universidad Andina Simón Bolívar, presenta la edición más extensa que se haya publicado en el país hasta la actualidad, de las obras, textos y discursos del maestro del socialismo ecuatoriano, indiscutido y visionario conductor universitario y tenaz e ineludible luchador político Manuel Agustín Aguirre, como un renovado reconocimiento a su gran aporte científico a las ciencias económicas, políticas, sociales y a la interpretación de la realidad política y social del Ecuador, América Latina y el mundo.

El objetivo de esta publicación es poner en manos de los lectores, ecuatorianos e internacionales, los textos más importantes de la extensa obra del autor, sin que ello signifique que se pretenda recoger en esta edición todos los escritos e intervenciones de Manuel Agustín Aguirre, lo cual implicaría, sin duda, un trabajo más detenido de investigación de todas sus obras e intervenciones, muchas de las cuales ya han sido publicadas en varias oportunidades y otras que permanecen inéditas, pero ventajosamente se encuentran escritas, aunque dispersas en sus discursos parlamentarios, políticos y universitarios y publicados en varios periódicos nacionales, locales y gremiales o en el diario de debates de la Asamblea Nacional.

El presente proyecto editorial recoge una selección de las obras más significativas de Aguirre, agrupadas en ocho tomos seleccionados en función de temas que consideramos podrían ser de interés actual y en un CD que reúne, además del contenido anterior, el libro titulado *Dos Mundos, Dos Sistemas* publicado recientemente por Ediciones La Tierra en su Colección de Pensamiento Socialista, otras obras que tratan sobre los mismos asuntos de los que constan en los textos de la presente selección y numerosos editoriales o artículos del autor tomados del diario *La Tierra*

y del periódico *Alerta*, órgano de solidaridad con el pueblo de Chile, así como buena parte de los discursos parlamentarios que hemos podido recoger del diario de debates del Congreso ecuatoriano.

En la selección de las obras que publicamos en esta colección se incluyen cuatro tomos que reúnen libros y textos que siguen siendo de interés académico para la formación de estudiantes y profesores en el pensamiento económico como la *Historia del Pensamiento Económico* y para la enseñanza y aprendizaje del Marxismo como lo es *Socialismo Científico*.

En otros dos tomos agrupamos textos más breves del autor: el uno relacionado con la realidad del Ecuador y América Latina, en los que se incluyen aquellos trabajos que constituyen un aporte trascendente para la interpretación de nuestra realidad; y el otro, sobre temas de doctrina y de experiencia política, útiles para apoyar el desarrollo del pensamiento crítico y para definir y construir una alternativa transformadora. Finalmente, en dos tomos adicionales agrupamos sus estudios visionarios y propuestas sobre la Universidad, La Segunda Reforma Universitaria y la interpretación sobre la lucha de los movimientos estudiantiles.

La publicación de las obras de Manuel Agustín Aguirre es de gran utilidad académica y política actual. Su método agudo de análisis y su claridad abren senderos para la comprensión de los complejos fenómenos actuales de la realidad nacional e internacional. Por ello, para relieves el aporte del maestro, incluimos, en cada uno de los libros, una referencia del autor sobre su vida y obras.

Como editor de estas obras agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar por su aporte económico para que Ediciones La Tierra publique parte de la invaluable obra del recordado maestro y luchador socialista Manuel Agustín Aguirre. De igual manera, expresamos nuestro agradecimiento imperecedero a quienes conformaron el Consejo Editorial: Enrique Ayala, Germán Rodas, los hijos del autor Lía y Max Aguirre Borrero, Leonardo Mejía, Natalia Sierra y Manuel Salgado por sus valiosas sugerencias, a Edwin Navarrete por su gran aporte material, ofrecido con su taller gráfico, y a María Paula Granda por su aporte intelectual, como colaboradora del editor en esta selección.

Víctor Granda Aguilar,
editor

Nota sobre esta edición de Historia del Pensamiento Económico de Manuel Agustín Aguirre

La obra más importante en la producción académica del doctor Manuel Agustín Aguirre, destinada principalmente a la docencia universitaria y a los estudiantes, es sin duda *Historia del Pensamiento Económico*, que fue publicada por primera vez en 1958 y ha tenido varias extensas ediciones en Ecuador y en América Latina, y tiene como contenido principal, como dice el autor de la obra, “el conocimiento de lo que se ha pensado en cada etapa económica social, acerca de las cambiantes relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción, distribución, cambio y consumo de los productos del trabajo humano y en general de las leyes que rigen la actividad económica” y se encuentra relacionada como disciplina transversal no solo con las ciencias sociales en general, sino principalmente con la Economía Política, Teoría Económica, Historia Económica, Política Económica, Ciencia Financiera y de Hacienda, Estadística, etcétera.

El texto fue y sigue siendo utilizado como manual o libro guía en la enseñanza y aprendizaje de la disciplina en varias universidades de la región, en especial en las facultades en las que se ofrece la carrera de economía. La intensidad horaria y su contenido general dentro del currículo universitario han variado mucho en las últimas décadas. En todo caso, en la actualidad, no deja de destinarse al estudio de esta importante disciplina en la formación integral de economistas, por lo menos dos cursos en dos semestres. Uno destinado al pensamiento económico precapitalista y al estudio de los clásicos de la economía Adam Smith, David Ricardo y Carlos Marx y otro a los exponentes de la Teoría Económica y de la Economía Política del siglo XX y del actual. En la Universidad Central del Ecuador, el programa de estudios incluía además un curso completo, en varios semestres, sobre economía política, centrado en el pensamiento de Marx. Hace varios años, los profesores que impartíamos esa materia

recurríamos principalmente, por su orden y claridad expositiva, al texto del maestro Aguirre sobre Marx como referente didáctico para el estudio de *El Capital* y de la *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*.

La publicación original de la obra fue concebida inicialmente en dos tomos, el primero destinado al estudio del pensamiento económico en las sociedades precapitalistas y en especial al pensamiento de los mercantilistas y de los iniciadores de la economía política y el segundo, que si bien estaba titulado *Los Clásicos y Marx*, se refería también a los más importantes exponentes de la denominada "economía vulgar" y a los de la "crítica social" o "utópicos" de Inglaterra, Suiza, Francia y Alemania. Inicialmente, se realizaron varias ediciones de la obra en dos tomos con importantes tirajes destinados a la docencia en las universidades ecuatorianas; luego, en Colombia se editó la obra en un solo y extenso volumen y, finalmente, la editorial Alberto Crespo publicó la obra en tres tomos, separando físicamente el tomo dos en dos partes: una que contenía el pensamiento de los clásicos, seudoclásicos y utópicos y otra destinada únicamente al pensamiento del Marxismo o Socialismo Científico.

Nosotros, en esta edición, que forma parte de una publicación en ocho tomos y de un CD que contiene materiales complementarios políticos y parlamentarios del doctor Aguirre, publicamos su *Historia del Pensamiento Económico* en tres tomos, de extensión uniforme, para conservar el formato general de la publicación, pero al agrupar los contenidos del segundo y tercer volúmenes, hemos optado, a diferencia de la edición anterior, por ubicar en el segundo tomo el pensamiento de la escuela liberal clásica de Smith y Ricardo, junto con el de los exponentes de lo que el autor de la obra denomina "pseudoclásicos" o de la llamada "economía vulgar" con la finalidad de agrupar a todos los autores que estudian y justifican el sistema económico capitalista. En el tercer tomo ubicamos, en cambio, lo que Manuel Agustín Aguirre denomina la crítica social y el marxismo o socialismo científico, teniendo como objetivo unir en un solo volumen el pensamiento de los opositores iniciales al sistema capitalista: los socialistas utópicos Owen, Proudhon y Fourier y el socialismo científico de Carlos Marx.

Si bien la obra de Manuel Agustín Aguirre no desarrolla el pensamiento económico posterior a Marx, expone con gran claridad, en el tercer tomo de su obra, los componentes originarios del pensamiento crítico que constituyen el fundamento para nuevas reflexiones teóricas, no sólo para la comprensión del desarrollo y crisis del sistema capitalista desde

el siglo XX, sino para el análisis certero de las alternativas que fracasaron y para formular otras, que sin abandonar la utopía, siguen buscando una comprensión cabal de la realidad económica, social y política actual y la formulación de opciones reales que abran un nuevo horizonte para la humanidad, fundamentadas en la solidaridad, la justicia social y un necesario y verdadero socialismo que perfeccione la democracia en todas sus dimensiones.

Quito, 26 de Octubre de 2016

Víctor Granda Aguilar
Editor

*A los estudiantes
de Historia del Pensamiento Económico,
de la Escuela de Economía de
la Facultad de Ciencias Económicas
de la Universidad Central,
con quienes he compartido durante muchos años,
mis inquietudes y mis esperanzas.*

Presentación de la obra

Esta obra tiene como base los apuntes taquigráficos que mi hija, Lía Graciela, tomara del curso de Historia del Pensamiento Económico, dictado el último año lectivo, 1956-57, en la Escuela de Economía de la facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central, a los que he introducido pequeñas modificaciones de forma o para ampliar o abreviar alguna parte, a fin de adecuarlos a la publicación.

No puedo negar mis vacilaciones antes de resolverme a que se den a la publicidad estos *Apuntes*, debido a que conozco sus vacíos e imperfecciones; pero me he decidido al final, considerando que todo aquello puede ser materia de una nueva consideración y discusión en el seno mismo de los siguientes cursos, lo que ha de mejorar y completar el que hoy se dicta. Lo doy, pues, casi como ha sido tomado en su exposición de viva voz, ya que así pienso que guarda mayor calor y vida.

Lo expuesto, naturalmente, no tiene por objeto disculparme del poco valor de este aporte al estudio del pensamiento económico. La originalidad –si es que existe tal originalidad– es difícil sobre todo en la investigación histórica de períodos sobre los que se han escrito cientos de obras; si hay algo útil en este trabajo, es quizás la observación de los hechos desde un punto de vista bastante descuidado por los historiadores y la presentación sincera y sin prejuicios, de lo que consideramos la verdad.

Si es que esta obra sirve de ayuda a los estudiantes y a todos aquellos que se interesan por esta clase de problemas, estará más que justificado mi esfuerzo.

Manuel Agustín Aguirre

Libro Primero

Introducción

Al iniciar este nuevo curso de Historia del Pensamiento Económico, quiero renovar, como todos los años, mi fe en la ciencia, en los destinos de nuestra facultad y en el porvenir de la juventud que se forma y prepara en sus aulas.

Me ha tocado dictar, desde hace algunos años, esta importante materia que, por la amplitud de su contenido y su relación con diversos campos de la cultura, como veremos luego, merece una preocupación especial y una honda dedicación.

Por ello, cada año, siento cada vez más la grave responsabilidad que pesa sobre mí, así como la obligación de señalar la que pesa sobre vosotros; porque el éxito o fracaso de un curso, si bien depende mucho del profesor, no lo es menos de los señores estudiantes, que constituyen el campo fértil o no, donde ha de esparcir sus semillas el sembrador. Así como la mala simiente produce simples hierbas sin frutos, la buena también podrá perderse, si no encuentra la tierra fecunda que ha de hacerla germinar y crecer.

He hablado de responsabilidad; de ella vengo hablando a los señores estudiantes, sin temor de insistir y repetirme, desde que iniciara, hace ya tantos años, la hermosa pero difícil misión de enseñar. La responsabilidad intelectual debe ser la primera de las responsabilidades: no engañar a los demás ni engañarse a sí mismo, respecto a lo que se sabe o ignora; no simular el conocimiento sino poseerlo. No está en obtener la nota indispensable para aprobar el año, sino en tener conciencia de haber hecho el esfuerzo persistente que exige una asimilación profunda y verdadera de los conocimientos transmitidos. Un título no es tal y se convierte en moneda falsificada, en una estafa intelectual, desde el momento que no está respaldado por el oro de los conocimientos; es un cheque sin fondos como he expresado alguna vez.

La responsabilidad del economista y sobre todo la del economista ecuatoriano, que tratamos de formar en nuestra facultad, es doblemente grave: por una parte, se trata de una profesión nueva, que encuentra, como es natural, la resistencia del empirismo enseñoreado de los destinos económicos nacionales, que es necesario vencer a costo de preparación, de conocimientos y eficiencia; por otra, de una profesión en cuyo ejercicio se han de abordar problemas tan complejos y fundamentales, relacionados con la vida misma de la sociedad y los miembros que la componen, que no es posible acercarse a ellos y empeñarse en vencerlos o sea resolverlos, si no se está plenamente equipado con todos los conocimientos de la ciencia y el saber económicos. Un médico tiene frente a sí a un enfermo; un abogado, generalmente el destino económico de un individuo o una familia; un ingeniero, el de una obra pública o privada; el economista, ha de llegar a tener muchas veces la dirección económica de un país y el destino de toda una sociedad.

En el camino de la preparación eficaz, hay que confiar fundamentalmente en el propio esfuerzo: la voluntad acendrada y aun sacrificada, por saber; la pasión encendida por comprender y conocer; el anhelo renovado de ser útil para los demás, para la sociedad, han de constituir el estímulo constante de nuestra propia superación. El profesor no es más que un guía, un indicador de rutas y caminos; un estudiante –toda nuestra vida somos estudiantes si algo hemos de llegar a saber– con un poco de experiencia para sortear los escollos y orientarse mejor por los sinuosos y a veces intrincados senderos del conocimiento; pero no hay que esperar todo de él.

La tarea no es siempre fácil. Con frecuencia gusto de repetir aquella expresión de Desiré Roustand: “El educador no es más que un charlatán si nos disimula esta dura, pero sólida verdad, de que en materia de educación, solo lo que cuesta esfuerzo es realmente de provecho”.¹ Y hay que estar siempre prestos a realizar ese esfuerzo, sin desalientos ni desesperanzas. Todo aquel que aspire a los dones de la cultura en general y a los de la cultura económica en especial, debe estar dispuesto al sacrificio que ello impone y solo entonces se habrá hecho digno de sus frutos.

El estudio de las ciencias económicas había estado descuidado durante muchos años en el país. A pesar del conocido principio de que primero es comer y luego filosofar, nosotros llegamos hasta a filosofar, mientras manteníamos nuestra economía y aun continuamos mantenién-

1. *Los Problemas de la Cultura*, Ed. Ercilla, 8.

dola, en manos del empirismo, de la desorganización y de los grandes intereses coaligados, que se sienten los dueños y únicos usufructuarios de la nación, reinando sobre un pueblo cada vez más pauperizado y hambriento. Contra todo esto tiene que insurgir el economista ecuatoriano; que luchar valerosa y denodadamente; que blandir sus armas con entereza y fidelidad a los grandes destinos nacionales, que son los del pueblo y no los de aquellos círculos adueñados indefinidamente del poder.

Las ciencias económicas en un país como el nuestro, tienen que ser ciencias insurgentes, porque deben enseñar, demostrar y aun realizar la indispensable transformación económica social que necesita el país, si ha de marchar hacia adelante por el camino de su renovación y progreso. Y el economista no tiene que ser simplemente un buen servidor de los viejos intereses, sino un renovador, un transformador y un constructor. Para el economista no es la hora de preguntarse si la profesión es un medio lucrativo o no de vivir, sino que debe tomarla ante todo como una misión que es necesario cumplir con dignidad y entereza.

Por eso considero que la misión del profesor, y así entiendo el ejercicio de la cátedra, no es el de constituirse en simple trasmisor de conocimientos académicos y fríos, sino que ha de ser también un educador, un modelador de la personalidad del alumno, no solo con los atributos de la ciencia, sino también con los de la voluntad y el carácter: la integridad y rectitud en el pensar, en el sentir y en el actuar; el amor indeclinable a la verdad; y un profundo sentido de responsabilidad, de humanidad y de justicia, han de ser las características fundamentales del hombre que ha de formar nuestra facultad de Ciencias Económicas.

Después de estas breves palabras, trataremos en esta exposición inicial, de dar algunos conceptos que consideramos necesarios para la mejor comprensión del contenido y objetivos de la materia que nos proponemos estudiar durante el presente año; pues la delimitación del campo de nuestro estudio y la claridad de los fines perseguidos, ha de ser de gran eficacia para nuestra labor.

Denominación de la materia

Algunas denominaciones se han utilizado para designar la materia de nuestro estudio, como la de Historia de la Economía e Historia de las Doctrinas Económicas; pero estas denominaciones, dado su contenido, señalan como punto de partida la formación de una ciencia o una doctrina económica, cosa que no sucede en los períodos precapitalistas, Antigüe-

dad y Edad Media, pues la ciencia económica nace y se desarrolla paralelamente al nacimiento y desarrollo del sistema capitalista. Por otra parte, parecería que la denominación primera, implicara una orientación más teórica que doctrinal; mientras la segunda, más doctrinal que teórica.

El profesor francés (Jactan Pirou, ha insistido en la conveniencia de separar lo más radicalmente posible, la *doctrina* y la *teoría*, la *explicación* y la *apreciación*, el *conocimiento* de lo real y el *juicio de valor*.² Por su parte, Joseph A. Schumpeter, en su *History of Economic Analysis* –obra monumental a la que tendremos que referirnos continuamente, aunque no siempre estemos de acuerdo con sus apreciaciones– trata de distinguir entre *pensamiento económico* y *análisis económico*, como lo hace notar Emil James,³ empeñándose en escribir la historia de este último; pues considera que el pensamiento económico se manifiesta en las tentativas que tienden a describir la actividad económica y juzgarla, mientras que el análisis económico ha consistido sobre todo en la elaboración de conceptos que permiten una explicación racional o sea los útiles, la caja de herramientas, como diría Joan Robinson, que hacen posible aprehender la realidad. Hacer la historia de la ciencia económica, es entonces exponer cómo, poco a poco, se han perfeccionado estos útiles. Sin embargo, los mismos historiadores, que aceptando tales distinciones, emprendieron en la historia de las teorías, los análisis, métodos o doctrinas, se encontraron con que, quiéranlo o no, no podían deslindar ni aislar los unos de las otras, ya que *el aislamiento de la doctrina económica es a menudo una operación quirúrgica delicada*,⁴ pues resulta bastante artificial y falso separar en el pensamiento económico de un autor, aspectos que se relacionan íntimamente, pues los unos llevan implícitos o explícitos a los demás.

De ahí que el título, *Historia del Pensamiento Económico*, venga más suelto y cómodo, puesto que encierra, en primer término, las sociedades pre-capitalistas, donde si no podemos encontrar doctrinas o teorías económicas ya formadas, organizadas o sistemáticas, hallamos, sin embargo, un pensamiento económico que resulta útil y necesario estudiar y conocer, para mejor comprender la formación de la ciencia y la doctrina en su desarrollo posterior; y en segundo término, porque su amplitud, nos evita enmarcamientos previos y limitaciones, que pueden impedirnos tomar a un autor tal cual es y estudiarlo en todos los aspectos que sea nece-

2. *Tratado de Economía Política*, Vol. I, Título III. *La Historia de la Economía Política*, Ed. Sirey, 208-9.

3. *Histoire Sommaire de los Pensée Economique*, Ed. Montchesteien, 12.

4. Maurice Bouvier-Ajam. *Histoire des Doctrines Economiques*. Ed. Plon.

sario y conveniente. He ahí la razón del nombre que se ha dado a la materia en nuestro plan de estudios.

Intento de definición

Personalmente, considero que las definiciones no deben darse al principio sino al fin de un curso o un texto, ya que solo entonces es posible comprenderlas; o que mejor es prescindir de ellas, ya que es difícil o casi imposible, encerrar una materia en la cáscara de nuez de una definición. Sin embargo, ensayaremos algo por el estilo, sin pensar que pueda ser otra cosa que un primer intento de aproximación hacia el campo de nuestro estudio; pero aun en este caso nos encontraremos con que el concepto definidor dependerá del aspecto fundamental que se proponga destacar el historiador. Schumpeter, por ejemplo, define su *History of Economic Analysis*, como

...la historia de los esfuerzos intelectuales que han realizado los hombres para comprender el fenómeno económico, o lo que es lo mismo la historia de los aspectos analíticos o científicos del pensamiento económico.

El profesor Silva Herzog, en su *Historia y Antología del Pensamiento Económico, Antigüedad y Edad Media*, tan útil para los estudiantes, nos dice:

La economía se ocupa de estudiar los fenómenos y las leyes de la producción, circulación y distribución de las riquezas; la historia económica refiere y examina los hechos económicos, es decir, los hechos relativos a la producción, circulación y distribución de las riquezas a través del tiempo; la historia del pensamiento económico analiza y clasifica lo que los escritores y especialistas han dicho en los distintos países y épocas acerca de las leyes y los fenómenos de la producción, circulación y distribución.

El profesor Lewis Haney, en su *History of Economic Thought*, nos dice que puede ser definida como “una exposición crítica del desarrollo de las ideas económicas, investigando su origen, interrelaciones y manifestaciones”.

Edward Heimann, la presenta “como una serie de métodos empleados en la solución de los problemas económicos”.

Y Jenny Griziotti, cree que “La historia de las doctrinas económicas tiene como tarea poner de relieve y coordinar las contribuciones que las diferentes escuelas han aportado al edificio de la ciencia económica, tal como se ha formado a través de los siglos”.

Nosotros, que consideramos la economía no como una relación entre los hombres y las cosas o las cosas entre sí –punto de vista que ha desviado lo que debió ser el verdadero objetivo de la economía como ciencia social– diríamos que la historia del pensamiento económico debería ser el conocimiento de lo que se ha pensado en cada etapa económico-social, acerca de las cambiantes relaciones económicas que se establecen entre los hombres en el proceso de la producción, distribución, cambio y consumo de los productos del trabajo humano y en general de las leyes que rigen la actividad económica.

Naturalmente, en cada definición, como se ve, están claros o implícitos los objetivos que se propone y persigue el historiador.

El método

En términos generales, hay dos formas o modos, opuestos y contrarios, de enfocar la historia en general y la historia del pensamiento económico, en especial. El primero consiste en considerar que las ideas son las rectoras y modeladoras del hacer y acontecer históricos, de manera que los hechos y sus consecuencias están originados y hay que buscarlos en los pensamientos más o menos geniales que los engendran o determinan. De manera que una época histórica es tanto más o menos grande, según lo sean los hombres que la pensaron. Así la historia y su desarrollo no pueden estar sujetos a leyes, ya que lo que acontezca dependerá del advenimiento *casual* no *causal*, de los personajes, casi siempre predestinados y encargados de modelar su propia época. Todas las tendencias, y son múltiples, que siguen esta línea, se las coloca bajo el rubro general de idealistas.

Los historiadores que enfocan la historia del pensamiento económico con este criterio, no solo consideran a cada autor como un ente aislado, sin conexión con los demás hombres y fenómenos de su tiempo, sino que se contentan con analizar y a veces comentar exhaustivamente, los textos en que se expresan las teorías o sistemas, abstrayéndolos de la realidad que los condicionara y modelara, para darles una existencia ideal y autónoma, en un mundo irreal y vacío, donde viven y se nutren unos de otros, en una sucesión artificial y falsa.

El segundo modo de enfocar la historia, consiste en considerar que las ideas no brotan al azar en el cerebro de los hombres, como las setas bajo el invierno, sino que esos hombres que piensan y tienen ideas, han nacido dentro de una sociedad determinada y pertenecen a ella; son

hombres sociales; sociedad que tampoco es el producto del azar, sino que depende de ciertas condiciones materiales que le sirven de base, como el territorio en que se asienta, la población que la forma, y sobre todo el modo como obtiene de la naturaleza sus medios de subsistencia, sin lo cual dejaría de existir, o sea la manera como aplica su trabajo a la naturaleza, por medio de los instrumentos y los procedimientos que ha forjado en cada época; todo lo cual constituye lo que se denomina las fuerzas productivas de la sociedad; pero los hombres al enfrentarse con la naturaleza y producir, entran, quiéranlo o no, en determinadas y necesarias relaciones de trabajo, de propiedad, de cooperación, de explotación o dominación, o sea lo que se llama relaciones de producción. Estos dos elementos, el primero, que se refiere a las relaciones del hombre con la naturaleza, fuerzas productivas; y el segundo, a las relaciones entre los hombres en el proceso de la producción, es lo que forma el modo de producción, dentro del cual tales relaciones constituyen más concretamente la estructura económica de la sociedad, sobre la que se levanta la superestructura o sea todas las formas ideológicas, es decir, las manifestaciones de la conciencia social. De manera que es el ser social o sea el modo en que se halla organizada y vive la sociedad, lo que determina la conciencia social; y no la conciencia social, la que determina el ser social.

En otros términos, la segunda forma de enfocar la historia y que se denomina el materialismo histórico, sostiene que el modo de producción o más precisamente la estructura económica de la sociedad, determina, en último término, cómo piensan y sienten los hombres, en un determinado momento histórico. Insisto en aquella expresión, *en último término*, para evitar el error de aquellos que creen que el factor económico es el único determinante; pueden existir y existen otros factores; pero al final, si los analizamos todos, descendiendo por el árbol social hasta la raíz, hemos de encontrar que los hombres viven dentro de una estructura económica determinada, dentro de relaciones que ellos no han creado ni pueden modificar a su antojo, y que de la posición que ellos ocupen en el proceso productivo, de la clase a que pertenezcan, depende su forma de pensar, de sentir y actuar, por más que aparentemente aparezcan otros móviles inmediatos. Los hombres hacen la historia, pero en condiciones determinadas, independientes de su voluntad.

Pero la historia no es otra cosa que el reflejo de los cambios continuos y permanentes que se realizan en la naturaleza y la sociedad, así como en el pensamiento, porque la ley fundamental del universo es la transformación incesante de todo lo que existe, de manera que paradóji-

camente podríamos decir que lo único permanente es que todo cambia. ¿Cómo se realizan los cambios en la historia? No por ninguna intervención sobrenatural, ni debido a la idea genial del hombre genial, sino por el desarrollo autónomo de las propias fuerzas que trabajan en el seno de la sociedad. Existe una ley general que establece, dentro de cada modo de producción, una necesaria correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, de manera que a un determinado desarrollo de estas, corresponde una forma especial de aquellas. Sin embargo, llega un momento en que las fuerzas productivas, especialmente en virtud del desarrollo de los instrumentos de producción, de la técnica, de la división del trabajo, etc., no pueden contenerse dentro del marco estrecho de las relaciones de producción, que si bien en un momento determinado impulsaron el desenvolvimiento de tales fuerzas, en otro, llegan a constituirse en un obstáculo para su desarrollo, lo que se expresa, en el terreno social, por una lucha de clases entre aquellas que desean continuar beneficiándose con el mantenimiento de la misma estructura económica o sea de las relaciones de producción caducas, como la relación de propiedad, que juega un rol fundamental, y las que pugnan por transformar esta estructura y con ella todas las relaciones económicas sociales, y en primer término el derecho de propiedad existente en cada época; todo lo cual termina por una conmoción violenta o revolución, que destruyendo la vieja estructura, crea nuevas formas de relación que, a su vez, constituyen un mero acicate para un posterior desarrollo de las fuerzas productivas; y así sucesivamente. De este modo, el cambio de la estructura económica, determina consecuentemente la transformación de la superestructura social, política e ideológica, en general.

En virtud de este desarrollo, se ha pasado del comunismo primitivo, etapa prehistórica, al modo de producción esclavista, feudal, capitalista y socialista, (esta en una tercera parte del mundo), en una marcha y desenvolvimiento constante y continuo, que, no sin ciertos retrocesos e involuciones, nos da la visión general de un progreso siempre ascendente. De ahí que cuando aparece la crítica de tales o cuales instituciones, no es que ha surgido una inteligencia excepcional, que ahora se da cuenta de los errores tanto tiempo aceptados, sino que tales instituciones o relaciones se han constituido en un obstáculo para el desarrollo económico social, y hay que derribarlas como la única forma de que el progreso continúe.

Desde que se realizara la división del trabajo entre las actividades manuales e intelectuales, los que han tenido la prerrogativa de dedicarse a estas últimas, han pretendido crear un mundo aparte, ideal, en el

que las ideas se mueven por sí mismas e independientes de la realidad o crean la realidad, lo que ha determinado, como hemos dicho, una serie de ideologías idealistas, que cuanto más se alejan del mundo material, más falsas y vacías se vuelven, hasta llegar al solipsismo berkeliano. Felizmente, en el campo del pensamiento económico, esta evasión de la realidad resulta más difícil, por tratarse de fenómenos de la vida diaria que no se pueden escamotear fácilmente, y, por lo mismo, la relación del pensamiento económico con la estructura económica, se manifiesta en forma más clara y comprensiva que en otros campos ideológicos, como el de la filosofía, por ejemplo.

Sin embargo, no hay que creer que la aplicación de nuestro método sea una cosa simple y mecánica, una fórmula matemática que nos de como resultado una relación constante entre la estructura económica de una etapa y una forma tal o cual del pensamiento, pues no se puede negar, como hemos anotado, la existencia de otros factores, ni tampoco la influencia que la superestructura –ideas políticas, religiosas, morales, filosóficas–, ejerce, a su vez, dialécticamente, sobre la estructura; asimismo, existen muchos viejos conceptos, entre ellos los que denominamos prejuicios, que perteneciendo a etapas anteriores, se superviven en las etapas posteriores; o ideas nuevas que comienzan a germinar en aquellas, todo lo cual plantea el problema de la forma y el contenido, que a veces pueden hallarse en oposición, como cuando hablamos de vino viejo en odres nuevos o al contrario. Por otra parte, al tratarse de una ciencia como la que vamos a estudiar, hay que considerar la influencia que las ideas de un autor pueden tener sobre otras y la propia concatenación que estas adquieren en el desarrollo de la ciencia; pero en definitiva podemos afirmar que solo el conocimiento de la estructura económica de una época, es la única forma de comprender y de explicarse el pensamiento económico de la misma.⁵

Con las aclaraciones indicadas, este es el método que procuramos aplicar en nuestras investigaciones y exposiciones, ya que si en algo se diferencia la enseñanza histórica de la economía, de la historia del pensamiento económico, es que al tratarse de la primera, se pone el acento en el conocimiento de la teoría, que es lo propio de la teoría económica; mientras que en la segunda, lo esencial es la interpretación y explicación de tales teorías o sistemas, en relación con los demás fenómenos y considerándolos como productos de su época.

5. Para una explicación un poco más amplia aunque todavía elemental del método dialéctico y el materialismo histórico, véase mis *Lecciones de Marxismo o Socialismo Científico*, Ed. UC.: Vol. I, 12-133.

Relaciones de la historia del pensamiento económico con otras ciencias

Todas las cosas se hallan relacionadas unas con otras en una interacción que no podemos ni debemos ignorar, si hemos de llegar a tener una visión completa de los fenómenos que estudiamos. Las relaciones e interrelaciones del fenómeno económico con los demás fenómenos sociales, se expresa en las conexiones e interconexiones de nuestra ciencia con las demás ciencias económicas y sociales, en general.

No es necesario detenernos a explicar la relación que existe entre la historia del pensamiento económico y materias conexas como la economía o teoría económica, que si bien explica y teoriza sobre los fenómenos del presente, se transforma en historia, cuando este presente llega a ser pasado; con la historia económica, que es la que nos da a conocer los hechos económicos de cada etapa de la sociedad en su desarrollo, hechos que constituyen la base de sustentación del pensamiento económico; con la política económica, que es la aplicación de la economía a la realidad, la teoría que se vuelve acción, la economía práctica o práctica económica; con la ciencia financiera, la estadística, etc., que han de proporcionarnos mucho del material que nos corresponde enjuiciar e historiar; pero es necesario no olvidar que tratándose de una ciencia social, nuestra materia se relaciona también con otras ciencias, como la historia general, la filosofía, la sociología, la política, el derecho, etc. La *Historia* es una sola y las historias de la economía, del arte, de la filosofía, de la política, no son sino parte de aquella. Para comprenderlo mejor, basta considerar que todas ellas estudian diferentes aspectos del hombre en sociedad, separados por razones didácticas y de división del trabajo; pero que forman en su desarrollo una sola y gran historia de la sociedad, en sus diferentes manifestaciones, que es lo que Comte quiso que fuera la sociología; y que se asientan, además, sobre una misma base, la estructura económica de una determinada época. Así, no se puede estudiar la historia del pensamiento económico, sin mantenerse en contacto estrecho con la historia de la humanidad, que es la que ofrece el panorama general dentro del cual hemos de movernos y de la cual nuestra disciplina es una rama especial.

Las dos corrientes fundamentales de la filosofía, el idealismo, que sostiene que las ideas son lo primero y las cosas una mera encarnación o reproducción de aquellas, de manera que el mundo no tiene una realidad independiente sino que es una simple representación de la mente;

y el materialismo, que considera que el mundo material existe independientemente de nosotros y acepta la naturaleza tal cual es, sin la intervención de elementos extraños; la concepción estática o metafísica del mundo, que considera las cosas como algo permanente e inmutable, frente a la concepción dialéctica, que sostiene que las cosas se hallan en continua y permanente transformación; las teorías gnoseológicas que dudan o niegan la posibilidad del conocimiento, (escépticos y agnósticos), en oposición a los que sostienen que el hombre es capaz de conocer la realidad y comprobarlo con la experiencia; los conceptos y métodos de la lógica formal y las grandes conquistas de la lógica dialéctica, que constituyen el verdadero método científico; las concepciones de la moral, de la psicología, etc., han influido y continúan influyendo en las concepciones económicas o sea en el pensamiento económico, como tendremos ocasión de verlo a través de nuestro estudio. Es indudable, pues, la relación entre la filosofía y la historia del pensamiento económico.

La sociología, que en su aspecto general es el estudio de las leyes que rigen la sociedad en su origen y transformaciones, y sobre todo la llamada sociología económica, tienen una estrecha relación con la economía y la historia del pensamiento económico, ya que, como hemos dicho, el hombre que piensa no es un ente aislado que ha caído del cielo, sino un producto de la sociedad y sus instituciones, y, por lo mismo, sus ideas solo pueden ser comprendidas en función de la estructura económico social de determinada época en que le ha tocado vivir y actuar.

En lo que se refiere a la política, aun si consideramos el término en sí mismo, ha estado continuamente ligado al de economía; de ahí que Aristóteles, al clasificar los diferentes métodos administrativos, en relación con las formas de gobierno, nos hablara de una economía *regia*, o de la monarquía; *provincial*, referente a las provincias; y una *Economía Política*, correspondiente a la *polis*, o sea la Ciudad Estado, de los griegos; denominación que fuera resucitada en el siglo XVII, por Montchretien, y que desde entonces, a pesar de algunos esfuerzos por cambiar tal nombre por otros como los de Teoría de la Economía, Teoría Económica o simplemente Económica, con el fin de quitarle toda adherencia política, aspiración de los partidarios de una "economía pura", ha perdurado sin embargo y se vuelve cada vez más justificable, debido a la participación creciente del Estado en la actividad económica.

Por lo demás, la política no es en realidad otra cosa que la economía en acción; en el fondo de toda actividad política está lo económico; y si en esta mutua interacción dialéctica, la economía es lo fundamental, no se

puede negar la gran influencia de la política, constituyendo ambas actividades una simbiosis, que se ha expresado tradicionalmente en aquella denominación de economía política. Para nosotros, que no creemos ni en la filosofía pura, ni en la ciencia pura, ni en el arte puro y mucho menos en la economía pura, descarnada y aérea, encontramos que la historia del pensamiento económico se halla estrechamente relacionada con la historia del pensamiento político y la política en general.

Lo mismo sucede con el derecho, que en lo fundamental no es otra cosa que la expresión jurídica de la propiedad, relación básica dentro de la estructura económica de la sociedad; derecho que es creado y aplicado por la clase económicamente dominante y gobernante, con el fin de garantizar sus intereses económicos. Sería demasiado largo expresar la relación estrecha entre el pensamiento económico y la legislación económica, en cada época; pues precisamente el primero alcanza muchas veces su expresión en la segunda; por otra parte, la ley o el reglamento, influyen también en lo económico y en el pensar que de él se deriva.

La literatura económica, dice F. Zweig, prepara el camino para la legislación económica, como lo hicieron las publicaciones económicas de los siglos XVI y XVII en Francia y en Inglaterra; de manera semejante, *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith entró en la Cámara de los Comunes a través de William Pitt; los libros *High Price of Bullion* y los *Principios* de Ricardo se tradujeron pronto en la Ley de 1844 de Peel, al igual que la crítica de Malthus a las Leyes de Asistencia de los Pobres encontraron expresión en la abolición de la ayuda exterior en 1834, y los opúsculos de los Fabianos pronto produjeron una rica cosecha de legislación social.⁶

En general, no hay ciencia social con la que no tenga algo que ver nuestra materia, como lo podremos apreciar durante el presente curso.

Importancia del estudio de la historia del pensamiento económico

La importancia y utilidad de la materia cuyo estudio tenemos que realizar, se destaca por sí sola. Sin embargo, consignaremos algunas reflexiones que la confirmen y justifiquen el empeño que debemos poner en conocerla y asimilarla, lo mejor posible.

En primer término, debemos insistir, porque ya lo hemos insinuado con anterioridad, en que ningún fenómeno de la naturaleza, de la sociedad, del pensamiento, puede ser conocido verdaderamente, si no se lo in-

6. *El Pensamiento Económico*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 51.

vestiga en sus relaciones y en su origen y desarrollo, en su historia; todas las cosas del mundo tienen su acontecer y están sujetas a una constante y permanente transformación, que es necesario desentrañar y comprender, si hemos de alcanzar un concepto cabal de las mismas. Tanto desde el punto de vista científico como de la metodología didáctica, no podemos asir un fenómeno en todas sus dimensiones, si no lo enfocamos en su pasado, es decir, si no lo seguimos a través de todos los cambios que ha tenido que sufrir en el tiempo, y que le han permitido llegar a ser lo que es en el presente, así como en sus relaciones e interrelaciones con otros fenómenos, en el espacio. Lo contrario sería tener una visión parcial, unilateral y falsa de la cosa o el problema.

Al tratarse del pensamiento económico, sobre todo, encontramos que ninguna concepción o teoría se ha producido al azar o en un momento inesperado, por obra y gracia de la agudeza o ingenio de tal o cual autor, sino que ha ido gestándose a veces imperceptiblemente y a través del tiempo, hasta tomar una forma determinada, como resultado de los diferentes aportes, verdaderos o falsos, acertados o erróneos, de los diversos pensadores, que tuvieron la suficiente sensibilidad y capacidad para captar y expresar, en una forma más o menos científica, lo que ya pugna por expresarse en el seno mismo de la sociedad, debido a las condiciones en que esta vive y se desarrolla y las contradicciones internas o externas que pugnan en su ser. De allí que cuando adjudicamos una teoría, una idea o un pensamiento a un autor, como la teoría de la renta de la tierra de Ricardo o de la población de Malthus, por ejemplo, estamos significando simplemente que en ellos adquirió una expresión más acertada y completa y ejerció una mayor influencia en el desarrollo de la ciencia económica, sin que se pueda decir que fueran ellos los únicos originarios y propietarios de tales concepciones, que vinieron formulándose, poco a poco, en el pensamiento de otros autores, como nos lo demuestra la historia, que es la única, por lo mismo, llamada a proporcionarnos los antecedentes necesarios para comprender, en toda su extensión y alcance, el contenido de aquellas teorías.

Se ha dicho, con bastante insistencia, que si la historia es, en su mayor parte, la constatación de los numerosos errores que se cometieron en el pasado y que han sido superados en el presente, resulta una pérdida de tiempo volver sobre ellos, debiendo ser sepultados definitivamente.

Esta objeción nos plantea el grave y difícil problema de la verdad y el error, del conocimiento verdadero o falso o quizás más todavía de la posibilidad o no del conocimiento, cosa difícil de profundizar en esta

ocasión, pero sobre la cual no dejaremos de hacer algunas breves anotaciones. En oposición a los escépticos y agnósticos, que dudan o niegan la posibilidad del conocimiento, nosotros afirmamos la efectividad de un conocimiento verdadero, que tiene como base la correspondencia entre la idea o el concepto y el objeto, un conocimiento que refleja la realidad objetiva y que tiene una validez absoluta e indudable; pero esto no quiere decir, por otra parte, que existan verdades eternas y absolutas para todos los tiempos y lugares, como afirman los metafísicos, basándose en su concepción inmutable e inmóvil de los fenómenos del mundo, lo que significa negar su historia; pues como el mundo y sus fenómenos caminan continuamente, tienen historia, cambia la verdad que los refleja, tornándose relativa dentro del proceso constante de desarrollo de la ciencia. De manera que la verdad puede ser absoluta y relativa al mismo tiempo, según sea el momento y las condiciones dentro de las cuales se enfoque y considere. Y lo mismo puede decirse del error.

De este modo la verdad tiene que ser concreta o sea referirse a determinadas condiciones de espacio o de tiempo, pudiendo dejar de serlo, para transformarse en un error, si esas condiciones han cambiado; asimismo, el error de un momento puede transformarse en verdad, si las condiciones nuevas lo permiten. En otros términos, en la verdad de hoy puede estar encerrado el error de mañana o en el error de hoy la verdad de mañana. De ahí que los errores puedan enseñarnos a veces tanto como la verdad. Ya decía Condillac, citado por Gide: "Es muy esencial para todo aquel que quiera hacer por sí mismo progresos en la investigación de la verdad, conocer las equivocaciones de los que han creído ir abriendo el camino de ella". Y Shakespeare: "No hay error por grande que sea que no contenga siquiera una pequeña brizna de verdad".⁷

Por último, el estudio de la historia del pensamiento económico, nos lleva a presenciar las varias y a veces enconadas disputas entre los diversos autores que creen haber encontrado la verdad, su verdad y aquellos que la niegan y califican de error, enarbolando otra verdad, la suya, y así sucesivamente, enseñándonos a orientarnos, a ser tolerantes y contribuyendo a enriquecer nuestra razón y nuestro juicio, al situarnos frente a teorías opuestas, encontradas y contradictorias, positivas y negativas, que van tejiendo la tela ya densa de la ciencia económica.

Por lo demás, hay que reivindicar la importancia que tiene la historia del pensamiento económico, no solo como una materia indispensable

7. C. Gide. *Historia de las Doctrinas Económicas*. Prefacio, XVI.

y necesaria para completar la cultura económica, sino la cultura en general, pues su contacto estrecho con las demás ciencias la vuelve propicia para relacionar el fenómeno económico con los demás fenómenos sociales, filosóficos, políticos, jurídicos, ampliando nuestra visión del mundo, ya que es conocido el refrán corriente entre los economistas de “Quien solo sabe economía, ni economía sabe”.

La selección de autores y la decantada imparcialidad

Por lo demás, la interpretación o apreciación que suministremos a los señores estudiantes, acerca de los diferentes autores, teorías o doctrinas, estarán siempre en función de la mayor objetividad posible y exentas de todo dogmatismo, pues jamás han de intentar constituirse en el criterio único y absoluto, mucho menos impositivo; pues nuestro anhelo es simplemente el de orientar y sugerir, sin ningún propósito proselitista y solo anhelando liberar la conciencia del estudiante, vigolizándola, limpiándola de todo prejuicio, a fin de que pueda mirar con claridad, sin nieblas ni mixtificaciones, el mundo dentro del cual le ha tocado vivir, moverse y actuar.

En cuanto a la selección de los autores que componen nuestro programa, hemos procurado, dados los límites del curso, quedarnos únicamente con aquellos que han sido señalados por la crítica en general, positiva o negativa, como los más señeros y representativos de cada época, y cuya influencia resulta innegable en el desarrollo del pensamiento económico. Los demás, serán objeto a veces de alguna referencia o simplemente ignorados, sin que en ello haya discriminación alguna.

Plan de exposición

Generalmente, cada autor o profesor de historia del pensamiento económico, tiene su plan de exposición, de acuerdo con el criterio que mantenga sobre la materia y los fines que se proponga al trasmitirla. Por lo regular, se realiza el estudio cronológico de los autores, es decir, se prosigue el orden de fechas de su nacimiento y publicación de sus obras, o se agrupan por familias o sea escuelas, dentro de las cuales se adopta la respectiva cronología; este es el plan expositivo de las tan conocidas historias de Gide o Gonnard, por ejemplo y de muchos historiadores franceses; otros adoptan el método de exposición que se puede denominar ideológico o por materias, pues lo que importa es la sucesión de las ideas sobre las diversas cuestiones que se presentan al historiador, como valor,

producción, renta, salario, etc., sin preocuparse casi de los autores y escuelas, como lo hace Edmund Whiltaker, y en cierta manera Schumpeter, en su *History of Economic Analysis*, al historiar el desarrollo de la técnica analítica en la teoría económica a través de las diversas escuelas o doctrinas, cualesquiera que estas sean; o el hilo conductor puede ser la sucesión de los métodos, como el mismo Schumpeter, en su *Economic Doctrine and Method* y Heimann en su *Historia de las Doctrinas Económicas*.

Por nuestra parte, el plan que emplearemos en la exposición de la materia, se desprende de la concepción materialista de la historia, que hemos esbozado anteriormente, y, por lo mismo, seguiremos la sucesión de las diversas etapas o formaciones económico sociales por las que ha pasado la sociedad en su desarrollo. Partiendo de la comunidad primitiva y su disolución, estudiaremos el pensamiento en la etapa esclavista, feudal, capitalista y socialista, subdivididas generalmente en sus estadios evolutivos, -ya que trataremos de dar una visión dinámica no estática de la realidad, en su desenvolvimiento-, anotando las contradicciones internas que se expresan en las luchas de clases con intereses antagónicos, como la única manera de llegar, asimismo, a comprender las teorías o sistemas, también opuestos y antagónicos, que encontraremos en el desenvolvimiento del pensamiento económico. De esta manera, al iniciar cada etapa o subetapa, haremos un brevísimo estudio de su estructura económico social, a fin de sentar las bases necesarias para la mejor comprensión del pensamiento de la misma.

No hay que creer, por otra parte, que cada formación económico social, forme un compartimiento con límites precisos y definidos, pues en cada una de ellas va muriendo lo viejo y naciendo lo nuevo, de manera que en el feudalismo encontraremos mucho del sistema esclavista, como en el capitalismo no muy desarrollado, hallaremos fuertes rezagos de feudalismo; además hay que considerar las etapas de transición, en las que los elementos diversos y contradictorios se mezclan más confusamente; por eso al tratar de cada etapa, hay que considerar sus características más esenciales, o sea aquellas que la definen y determinan; en otros términos, las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que en un momento determinado, constituyen la estructura fundamental.

No es que hayamos forjado un esquema para meter en el la realidad, como en el lecho de Procusto; sino que consideramos que en esta forma, no hacemos otra cosa que reflejar el desarrollo mismo de la sociedad y su pensamiento, a través del tiempo y del espacio.

La bibliografía

No queremos terminar esta introducción sin decir unas pocas palabras acerca de la bibliografía y su utilización. En primer término, tenemos que estar convencidos de la necesidad de conocer directamente las fuentes de información o sea leer las obras de los autores que tenemos que estudiar, por lo menos en sus capítulos fundamentales. Con las orientaciones dadas en clase, se puede y se debe emprender dicha lectura, a fin de poder contrastar con la propia impresión, los diversos criterios, muchas veces coincidentes o polarmente opuestos, que se han formado los diversos historiadores y nos transmiten en sus comentarios. Muchas veces se tendrá que utilizar algunas antologías o crestomatías, que son de considerable utilidad. A pesar de que el interés por el desarrollo del pensamiento económico no data sino de algo más de un siglo, pues algunos hacen remontar su constitución solo hasta mediados del siglo XIX, con la aparición de las escuelas histórica y socialista,⁸ la realidad es que se han escrito ya tantas historias sobre esta materia, que su simple enumeración resultaría enorme y fatigosa; ya los títulos que hemos tenido que enumerar hasta aquí, sin afán ninguno de erudición, sino por necesarias referencias, nos lo están diciendo. Por lo mismo, creo innecesario aumentar inmediatamente el catálogo de tales obras, tanto más que constan algunas de ellas y otras más en el índice de nuestra biblioteca, que debe consultar el estudiante.

Pero deseo insistir especialmente en que es necesario abordar tales obras con el espíritu siempre alerta del investigador, sin considerar que en todas las páginas vamos a encontrar la verdad que buscamos; pues muchas veces ha de primar el comentario interesado y apologético, que puede desviar o anular nuestro criterio. La juventud tiene a veces en su sinceridad una especie de fetichismo por la página impresa y cree ingenuamente que todos los libros han de estar rebosantes de verdad. Sin embargo, hay muchas obras que se escriben precisamente para ocultarla y escamotearla, para defender intereses vedados y el mantenimiento de un sistema cuya desaparición no quieren aceptar ciertas gentes, porque con el desaparecerían las ventajas y comodidades obtenidas a costa de los demás. Por eso es necesario el ejercicio de la razón, el libre juicio de la inteligencia sin prejuicios; la constatación de las opiniones con la realidad objetiva, sometiéndolas a la prueba indispensable en el crisol de la experiencia y de la práctica.

8. Eric Roll. *Historia de las Doctrinas Económicas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 12.

Primera parte

Las sociedades precapitalistas

Generalmente los historiadores han dado poca o ninguna importancia a las manifestaciones del pensamiento económico en las sociedades precapitalistas. Para Gide⁹, Nogaro¹⁰, Baudin¹¹, por ejemplo, la historia del pensamiento económico no empieza sino con la Edad Moderna.

En realidad, la ciencia de la economía nace y se desarrolla paralelamente al nacimiento y desarrollo del sistema capitalista. Comienza con la crítica de la supervivencia del régimen feudal y de las prácticas mercantilistas; busca encontrar las leyes que rigen el sistema de producción capitalista, a las que les confiere validez universal, permanente y eterna, tratando de aplicarlas a todas las etapas del desarrollo económico social; termina con una crítica de aquel sistema por las corrientes socialistas y la constatación de las leyes que han de llevarlo a desaparecer, dando lugar al advenimiento de un nuevo sistema.

Pero si bien es cierto que en los períodos anteriores al capitalismo, no hallamos un pensamiento sistematizado, que trate de explicar el conjunto de los fenómenos económicos y que pudiera expresarse en concepciones teóricas orgánicas o escuelas, encontramos de todas maneras ciertas ideas que muchas veces constituyen la simiente de futuras teorías y son indispensables para el conocimiento y comprensión de los sistemas posteriores. De ahí la necesidad de presentar un breve esquema de tales períodos, en diferentes capítulos, que correspondan a la comunidad primitiva, la etapa esclavista y la etapa feudal.

9. *Historia de las Doctrinas Económicas.*

10. *Le Développement de la Pensée Economique.*

11. *Précis de D'Histoire des Doctrines Economiques.*

Capítulo uno

Las sociedades primitivas y su descomposición

Todas las investigaciones nos llevan a afirmar que el hombre primitivo vivía en comunidades (gens matriarcales y patriarcales, fratrías, tribus) unidas por el vínculo de la sangre. La incipiente de los instrumentos que utiliza (el hacha y el cuchillo de piedra, la maza y la lanza, más tarde el arco y la flecha) obligan al hombre a enfrentarse en conjunto a la naturaleza, a realizar el trabajo en común, en cooperación y ayuda mutua. En estas circunstancias, la leyenda del hombre individual y aislado es insostenible. El *Robinson Crusoe* es una invención del individualismo burgués del siglo XVIII.

El trabajo en común determina también la propiedad común de los medios necesarios para realizarlo, (el suelo donde se asienta la tribu, la habitación, las canoas, etc.), así como la de los productos obtenidos, que se dividen igualmente entre los miembros de la comunidad. No existe la división del trabajo sino por razón del sexo: el hombre va a la guerra, la caza, la pesca; la mujer atiende los quehaceres domésticos; ni la propiedad privada, que no hay que confundir con el uso personal de algunos instrumentos que aquellos utilizan en sus actividades: las armas o útiles de caza y los trebejos caseros. Como debido a la baja productividad del trabajo no se obtiene sino lo necesario para subsistir, sin que haya un excedente del cual unos puedan apropiarse a costa de los demás, no encontramos la explotación de unos hombres por otros, ni la esclavitud ni las clases sociales; tampoco el Estado como instrumento de sometimiento y opresión; pues la comunidad, de carácter verdaderamente democrático, se rige por medio de una asamblea de todos los miembros adultos, con iguales derechos y deberes, que nombra y depone a sus jefes en la paz y en la guerra.

No hay que confundir, como hacen ciertas gentes, este comunismo primitivo, producto del incipiente desarrollo de las fuerzas productivas, que obliga a los hombres a actuar conjuntamente frente a la naturaleza,

con el comunismo actual, resultado de la descomposición capitalista, que ha de basarse sobre el máximo desarrollo de esas fuerzas productivas.

Pero en la vida nada permanece estacionario e inmóvil; todo se transforma y cambia permanentemente. El continuo desarrollo de las fuerzas productivas, que determina una mayor productividad del trabajo y un aumento de la riqueza, trae también como consecuencia la descomposición de la comunidad primitiva y de la organización gentilicia. La ganadería y la agricultura constituyen la primera gran división del trabajo y con ella un cambio regular de productos. El ganado, que es objeto de mayor transacción, se transforma en mercancía-moneda; (hay que recordar que la palabra pecunia viene de las raíces *peco*, *pecoris*, ganado). Aparece la industria con el telar y laboreo de metales, como el cobre, el estaño y el bronce, que es la combinación de los anteriores.

Pero esta producción ya diversificada –ganadería, agricultura, oficios manuales– determina una mayor productividad del trabajo y que el prisionero de guerra que antes se lo mataba y a veces se lo comía, comience a ser utilizado en el trabajo, por la sencilla razón de que es capaz de producir más de lo que consume o sea dejar un excedente. Ha nacido la esclavitud y con ella el régimen esclavista. De esta manera, la primera gran división del trabajo y el cambio, ha traído la primera división de la sociedad en clases, esclavistas y esclavos.

El descubrimiento y utilización del hierro, constituye un acontecimiento verdaderamente revolucionario en los instrumentos de producción, ya que el hacha y el arado con reja de hierro hacen posible el mayor dominio de la naturaleza y un cultivo ya no solo de cereales sino legumbres; se elabora aceite y vino; la industria se vuelve más complicada y laboriosa. Esta complejidad relativa de la producción, hace que los oficios manuales que antes estaban unidos a la agricultura, se separen de ella, haciendo posible una producción directa para el cambio, producción mercantil, y con ella el comercio no solo interior sino también exterior. Los metales preciosos comienzan a convertirse en mercancía moneda, aunque se utilizan únicamente al peso. Mientras tanto ha surgido la ciudad amurallada, construida de piedra y ladrillo, como residencia de la tribu o confederación de tribus, que ha de oponer la ciudad al campo.

Pero todo este desarrollo de los instrumentos de producción y la creciente división del trabajo, ha hecho imposible la intervención conjunta de la comunidad en el proceso de la producción, que la realizan grupos individuales, lo que desintegra la comunidad gentilicia en familias patriarcales y luego monogámicas. De la misma manera, la riqueza que an-

tes se acumulaba y era patrimonio de la gens, comienza a transformarse en propiedad privada de la familia y luego de los individuos.

Pero, si por una parte, esta creciente producción y productividad del trabajo, que valoriza, cada vez más, la fuerza humana de trabajo, hace de la esclavitud la base fundamental del sistema económico-social, ya que los esclavos van a llenar los campos y talleres; por otra parte, el aumento de la riqueza privada establece una desigualdad entre los hombres libres y una nueva escisión en clases, los ricos y los pobres, que se suma a la ya existente entre esclavistas y esclavos. Así esta nueva división del trabajo ha traído una nueva división en clases.

La desproporción de los bienes que poseen las distintas cabezas de familia, termina por destruir las comunidades domésticas donde aun existían, poniendo fin al trabajo común de la tierra, la misma que se distribuye entre familias particulares, al comienzo temporalmente y luego para siempre. El paso a la propiedad privada completa se realiza paralelamente al del matrimonio sindiásmico a la monogamia. La familia comienza a ser la unidad económica de la sociedad.

La densidad de la población reclama ligámenes más estrechos. A la confederación de tribus consanguíneas sucede la fusión de tribus y territorios para formar la nación.

El jefe militar del pueblo *-rex basileus, thiudans-* se vuelve indispensable y permanente. El jefe militar, el consejo y la asamblea del pueblo, son los órganos de la sociedad gentil, que tiende a una democracia militar. Pero más tarde, la guerra de defensa se transforma en rapiña, haciendo crecer las murallas de las ciudades fortificadas, de manera que "en sus fosos se abre la tumba de la gens y sus torres se levantan hasta la civilización"; crece también la riqueza y el poder militar del jefe, cuyos sucesores comienzan a elegirse en la misma familia, transformándose este procedimiento en hereditario y dando nacimiento a la monarquía.

Los instrumentos de la voluntad del pueblo gentilicio, se convierten en instrumentos para oprimir y dominar al mismo pueblo, lo que no hubiera sido posible "si la diferencia de bienes en el seno de una misma gens no hubiese transformado la unidad de los intereses en antagonismos de los gentiles".

Así llegamos a los umbrales de la civilización, que además de acentuar las divisiones de trabajo existentes, desarrollando el contraste entre la ciudad y el campo, nos trae una nueva división del trabajo y con ella una nueva clase que no se ocupa de la producción sino del cambio, que domina a los productores y los explota, la de los mercaderes o comercian-

tes. Con ella aparece el dinero metálico, la moneda acuñada, que ha de convertirse en el instrumento dominante no solo de la producción sino también del productor; los préstamos a interés y la usura, que constituyen los presentes de la tan decantada civilización.

Y con el dinero y la riqueza en esclavos y mercancías, se consolida definitivamente la propiedad territorial. La posesión concedida primitivamente por la *gens* o la tribu a las familias o individuos, se ha transformado en una propiedad hereditaria, que reclama liberarse de los derechos que tiene la comunidad gentilicia; pero esa propiedad plena y libre, esa posesión que implica la facultad de enajenar el suelo, ha de traer consigo la hipoteca, determinando un mayor empobrecimiento de los pequeños propietarios y la concentración de la tierra en las manos de unos pocos, los grandes terratenientes, que como en Grecia y Roma, han de ser los dueños de los latifundios trabajados por esclavos.¹²

En las sociedades primitivas, prehistóricas, en las que se produce y consume en común, sin una división desarrollada del trabajo, sin propiedad privada ni cambio regular, el proceso económico, en el que intervienen directamente todos los miembros de la comunidad y se halla controlado por ellos, debido a su claridad y simplicidad, no presenta complicaciones que inciten a la elaboración de explicaciones y teorías que constituyan un aporte al pensamiento económico. Ha de ser necesario que el desarrollo de las fuerzas productivas, como hemos visto, traiga la descomposición de este sistema comunal y con ella la propiedad privada, ya no solo de los bienes de consumo sino también de los medios de producción, lo que origina la desigualdad económica entre los hombres; que se desarrolle el cambio y con él la producción de mercancías; que se establezca la moneda, el préstamo y la usura; el comercio, que al comienzo se confunde con la piratería y que es una fuente de enriquecimiento; la división en clases, esclavos y esclavistas, ricos y pobres; para que se produzca la actitud reflexiva sobre los fenómenos económicos y sociales, cuyo control ha perdido el hombre y que aparecen como catástrofes que lo hunden y aplastan. Al comienzo la crítica se presenta bajo el ropaje del mito y la leyenda, para ser luego la protesta airada como la de los profetas de Judea.

12. El desprecio que los países conquistadores sienten por los conquistados, especialmente en la etapa imperialista, ha impedido o desviado la investigación científica sobre las sociedades primitivas. Consideramos que los trabajos ya clásicos de Morgan, *La Sociedad Primitiva*, que completara Engels en su *Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, y que con pequeñas ampliaciones de detalle, han sido confirmados por algunos antropólogos, continúan siendo la mejor guía para el conocimiento de aquella etapa de la humanidad, sin descuidar trabajos como los de Gordon Childe, Mauro Olmedo, etcétera.

El pensamiento económico en la etapa esclavista

El pueblo de Judea

Es indudable que el pueblo de Judea se encontraba en los umbrales de la civilización y ya era víctima de todos los males que engendra la propiedad privada, con su desigual distribución de la riqueza y su secuela de luchas y opresiones; pero anotemos algunos datos sobre su evolución.

Se ha dicho que las migraciones en el mundo antiguo, han desempeñado: el mismo papel que las revoluciones en el moderno. Unos mil o más años a.C., se inició una gran migración de tribus semíticas que avanzó hacia Mesopotamia, Siria y Egipto. Entre ellas estaban los hebreos. Realmente su existencia histórica no empieza sino cuando abandonando su nomadismo, se establecen en Palestina: al norte, las tribus de Israel; al sur, las de Judea.

Al comienzo poseyeron la tierra conquistada, en forma colectiva; habiéndosela distribuido entre las tribus y familias. Más tarde, el avance de la economía monetaria desarrolla la propiedad privada y destruye el antiguo régimen, introduciendo la desigualdad económica y la división en clases, en la antigua sociedad primitiva.

El Antiguo Testamento, aunque es todavía una mezcla de mitos y leyendas, en las que predomina el objetivo religioso, constituye, sin embargo, la expresión de una lucha entre la sociedad tribal y su modo de producción basado en la comunidad primitiva, ya descompuesta por los nuevos elementos introducidos, y la sociedad impersonal, clasista, que se levanta sobre la propiedad privada, con sus diferencias de riqueza y división entre los hombres. A una economía de trabajo y satisfacción común, ha sucedido otra de desigualdad y opresión.

Sin embargo, la producción y la propiedad aun se hallan sometidas a ciertas limitaciones, en beneficio de la comunidad: basta recordar la prohibición de recoger las gavillas de trigo o las uvas caídas durante la cosecha, para que puedan hacerlo en su beneficio otros miembros de la colectividad.

Sobre todo la propiedad no ha logrado desprenderse de los ligámenes que la atan a la comunidad, la misma que aun la limita y condiciona. Ejemplos claros de ellos nos lo dan los llamados Año Sabático y Jubilar. Cada siete años, el séptimo, se dejaba la tierra descansar o sea en barbecho y se perdonaban todas las deudas contraídas durante ese lapso de tiempo. En virtud del año jubilar, cada cincuenta años, las tierras volvían al poder de sus primitivos propietarios, produciéndose una verdadera redistribución de la propiedad. En los contratos de venta debía tenerse en cuenta únicamente el tiempo que faltaba para que la tierra volviera a propiedad de su dueño primitivo. También se producía algo como una redistribución de la libertad, ya que se liberaba a todos los israelitas caídos en la esclavitud.

Se hallaba prohibido el préstamo con interés, especialmente entre los miembros de la misma tribu, pues parece que era permitido prestar con intereses a los extranjeros. La prenda y la hipoteca se hallaban sometidas a ciertas restricciones.

Desde el tiempo de David, de la tribu de Judá, bajo cuya jefatura se unen las tribus del norte y del sur, constituyendo el Estado judío, y debido a la situación estratégica de Palestina, que formaba un verdadero corredor o paso comercial entre Egipto, Babilonia y Siria, lo que ha de determinar, por otra parte, que sea continuamente invadida, el comercio y la riqueza se desarrollan enormemente, aunque la agricultura sigue siendo la base de la economía. Una aristocracia enriquecida busca la forma de adquirir más tierras, apareciendo el latifundio y el latifundista que se apropia de las que posee el campesino, sojuzgándolo y oprimiéndolo. Por otra parte, cuanto más Israel se transforma en un gran Estado y lucha por constituirse y permanecer, el campesino, como acontece en Grecia y Roma, tiene que abandonar sus tierras para servir de soldado, y a su vuelta se encuentra sin ellas o cae en manos de los grandes usureros, que terminan por transformarlo en esclavo; la esclavitud por deudas fue la fuente principal del esclavismo.

Durante el reinado de Salomón, en que el monopolio estatal del comercio exterior se acrecienta para beneficio de la aristocracia, el pueblo

gime cada vez más oprimido por los impuestos y las contribuciones que impone la monarquía: el peaje o impuesto sobre el transporte de mercancías; los diezmos que se cobran sin tener en cuenta la inversión realizada ni la ganancia obtenida y que ha constituido un gravamen que ha pesado sobre la producción hasta los tiempos modernos; el trabajo obligatorio en las grandes obras públicas, como aquellas construcciones de las cuales da testimonio el templo salomónico, etc.

Los violentos anatemas de los profetas, contra los ricos y acaparadores de tierras y sus profecías contra la destrucción del Estado, no son otra cosa que la expresión de una activa lucha de clases entre la aristocracia enriquecida y la gran masa sometida y explotada:

Anatema sobre quienes agregan casa a casa y añaden tierras a tierras, hasta que no quede sitio libre y posean ellos solos todo el país. Anatema sobre quienes decretan leyes inicuas y escriben ordenanzas injustas para oprimir a los pobres en el juicio y violar el derecho de los desheredados de mi pueblo, para hacer de las viudas y los huérfanos una presa de los ricos. (Isaías).

El pensamiento que inspira las reformas y reivindicaciones de los desheredados, se basa en la necesidad de la distribución de las tierras y la condonación de las deudas; pues la tierra pertenece a Jehová o sea que es de propiedad común del pueblo.

Y compartiréis la tierra de una manera igual entre todos. Y si repartís el país entre vosotros, debéis tratar de la misma guisa que a los hijos de Israel a los extranjeros que habiten entre vosotros. Ellos han de tener su parte de tierra, cada cual en la tribu donde se le haya admitido. (Ezequiel).

Sería casi interminable reproducir las candentes expresiones de todos los profetas, en su afán fustigador de la riqueza y su anhelo utópico de suprimir los antagonismos sociales cambiando el corazón de los hombres, propugnando la vuelta a la igualdad de la justicia comunal, sin tomar en cuenta y desconociendo que el desarrollo económico, impulsado por sus propias leyes, no se detiene nunca y sigue su marcha hacia adelante sin que nadie ni nada pueda impedirlo. Y así la riqueza crece, se desarrolla cada vez más el lujo y la corrupción de la clase dominante; se acentúa la diferencia de clases y su lucha, produciendo desgarramientos interiores que conducen al reino hebreo, después de Salomón, a su fraccionamiento en los de Israel y Judá, que luego serán sometidos por los asirios y Nabucodonosor, iniciándose la cautividad de Babilonia. Más tarde caerán bajo la dominación de los sucesores de los griegos o sea los romanos.

Grecia

Se ha considerado, con toda razón, que Grecia es la cuna de la civilización occidental y que su herencia, en muchos aspectos, culturales, filosóficos, políticos, científicos, sociológicos, han influido y continúa influyendo en las corrientes del pensamiento, hasta la época actual. En realidad, muchos problemas que plantearon los griegos, se siguen planteando, aunque con distinto sentido, en nuestra época.

Hay que confesar que en el terreno económico no hemos sido tan afortunados. El hecho de que esta ciencia no hubiere alcanzado aun su autonomía, ha determinado que el pensamiento económico se encuentre ligado a consideraciones de orden filosófico, moral y sobre todo político. El griego era un hombre político por excelencia y enfocaba siempre el mundo desde el centro de la *polis*, la ciudad, que es el Estado griego. Desde allí miraba los problemas humanos y sociales, no aislándolos y amputándolos para estudiarlos como una cosa independiente, sino integrándolos al todo político y social del cual forman parte, procurando que la actividad del hombre en sus diversas manifestaciones, sirva a los mejores objetivos de la ciudad y del Estado.

De ahí que en nuestra incursión en busca del pensamiento económico griego, tengamos que espigar en las obras de los filósofos, los historiadores, los políticos y los literatos. Mas, como nuestro camino es largo y no podemos detenernos demasiado en esta época, como desearíamos, nos bastará con las figuras más conocidas, como las de

Platón y Aristóteles, a las que pediremos las primicias de sus meditaciones en el difícil campo de la economía. Pero antes, siguiendo nuestro método, nos será necesario recordar algo de la historia económico social de Grecia.

La estructura económico social

Cuando el pueblo griego amanece a la historia, apenas quedan restos de su organización comunal primitiva; pues hallamos que la propiedad privada y la compraventa de la tierra, el uso de la moneda y el cambio, han comenzado a desarrollarse; una avanzada división del trabajo entre la agricultura y los oficios manuales, desenvuelve la navegación y el comercio; pero todo ello, al dividir a la gens en grupos con diferentes intereses, la ha escindido y roto en clases opuestas y contrarias, pues no solo existen esclavistas y esclavos, sino que la aristocracia terrateniente,

los eupátridas, gobiernan y oprimen al demos, compuesto de los campesinos, artesanos, etc.

La Constitución de Teseo, personaje un tanto mítico, bajo cuyo poder se fusionaron, según se afirma, las comunidades del Ática, nos habla de esta descomposición del orden gentilicio y de un nuevo estado de cosas que se trata de organizar por medio de una administración central en Atenas. Teseo divide al pueblo en tres clases: los *eupátridas* o nobles, los *geomoros* o agricultores y los *demiurgos* o artesanos, de las cuales solo la primera tiene derecho a los cargos públicos, lo que demuestra que se afianzan y legalizan los privilegios de la clase dominante.

Hasta Solón, la aristocracia ateniense, enriquecida por el comercio marítimo y la piratería, concentra en sus manos el dinero, base de la economía monetaria, que ha de penetrar como un ácido corrosivo en la economía natural gentilicia, trayendo la ruina de los pequeños agricultores, víctimas de la depredación, de la usura, la hipoteca y la prenda; pues, desde sus inicios, la gran propiedad ha estado siempre unida a la usura. En verdad, la situación del pequeño propietario de la tierra se vuelve cada vez más insostenible, debido al crecimiento de la población, que trae consigo la subdivisión de la tierra; a la dependencia creciente de los mercados de exportación y el poder absorbente del dinero; todo lo cual conduce al empobrecimiento del campesinado, que para poder vivir acude a los préstamos de semillas y dineros de los terratenientes, hipotecando sus tierras, que luego pasan a poder del aristócrata, acrecentando sus latifundios. Los historiadores recuerdan cómo los campos del Ática estaban sembrados de grandes piedras, donde se inscribían la cantidad adeudada y el plazo concedido para el pago. Cuando la suma adeudada resultaba mayor que el valor del campo, el campesino deudor tenía que trabajar como esclavo. A veces debía venderse o vender a sus hijos. Así las deudas se convierten en una fuente de esclavitud.

La Constitución de Solón, (594 a. C.), es el reflejo de la lucha de los campesinos contra la aristocracia terrateniente, de los deudores contra los acreedores, que con sus abusos habían determinado la sublevación del *demos*. Se procede a condonar las deudas y se dispone que las tierras vuelvan a poder de sus propietarios; se prohíbe la esclavitud por deudas y aun el Estado rescata algunos esclavos vendidos al extranjero. Se trata de detener el crecimiento de los grandes latifundios, limitando la extensión de la tierra que se podía poseer, al mismo tiempo que se procura proteger la pequeña propiedad, que iba camino de su desaparición, como medio de buscar un cierto equilibrio social, roto por las luchas campesinas.

Por otra parte, se procede a dividir la población en cuatro categorías: a la primera pertenecen los ciudadanos ricos que obtienen de sus campos no menos de 500 dinarios (5½ litros c/u), de cebada o su equivalente en aceite o vino; a la segunda, aquellos cuyos campos no rinden menos de 300 dinarios, que se denominan caballeros, porque podían mantener un caballo y servir en la caballería; a la tercera, los que alcanzaban una entrada no menor de 200 dinarios y que podían comprar una yunta de bueyes, los *zeugitas* (de *zegos*, yunta); y a la cuarta, los que tenían un ingreso menor, los *tetas*, o sea que carecían de bienes. El resto de la población estaba formada por los *metecos*, extranjeros que se dedicaban a los oficios y al comercio, y los esclavos, que no tenían ningún derecho.

Solo la primera categoría, la de los aristócratas y ricos, ocupaba los altos cargos (*Arcontes*, miembros del *Areópago*, del Consejo de los Cuatrocientos, todos encargados de la protección del Estado); es decir, mantenían el dominio político; la segunda servía en la caballería, la tercera en la infantería y la cuarta apenas podía participar en la asamblea popular y en los jurados, a los que no podían concurrir generalmente por sus ocupaciones.

Como se ve, la Constitución de Solón, si bien tiende a una conciliación social, lo hace, como se hace siempre en las conciliaciones, manteniendo la hegemonía de la clase dominante, que se somete, por su propio bien, a ciertas limitaciones que no menguan su dominio y poder. En realidad, el problema quedó detenido pero no solucionado, continuando los levantamientos populares, cada vez más intensos.

Después de Solón, se desarrollan el comercio y los oficios basados en el trabajo esclavista y la explotación de las colonias. Las naves aumentaron y también la riqueza mobiliaria, especialmente en dinero. Se forma así una clase enriquecida de industriales y comerciantes, que se opone a la antigua nobleza aristocrática.

La tiranía de Pisístrato (560 a.C.) –hay que entender el término *Uranía* en su sentido griego– debilitó bastante a la vieja aristocracia gentilicia. Pisístrato instituyó el crédito oficial para los campesinos necesitados, amparando a las comunidades (*demos*) y señalándoles jueces especiales. Dio impulso a las obras públicas y las construcciones navieras, con lo cual desarrolló aun más el comercio y la industria, lo que beneficia a los comerciantes y artesanos, cuyo poder e influencia crecen, eclipsando los de la aristocracia terrateniente.

La Constitución de Clístenes, (509 a.C.) jefe del partido democrático, modificando la división por *gens*, que constituía la base de la aristocra-

cia gentilicia, organizó a los ciudadanos en diez tribus en vez de cuatro y lo hizo no por razón de la sangre sino del domicilio, mezclando a todos los ciudadanos en un compuesto nuevo, con lo que fueron destruidos los restos de la organización gentilicia.

Toda la historia de Grecia, hasta su dominación, está determinada por la lucha constante entre la clase aristocrática terrateniente, esclavista, y la de los mercaderes o comerciantes, asimismo usureros esclavistas, que se apoyan en los campesinos y artesanos libres y empobrecidos, a los que también explotan y oprimen. A ello se agrega la lucha de los pobres contra los ricos, los deudores contra los acreedores, los esclavos contra los amos.

Al mencionar la democracia, no hay que olvidar que se trata de una democracia esclavista, en que el esclavo miserable y explotado, no tiene ningún derecho y está a merced de su amo, lo que constituye, desde este punto de vista, una democracia aristocrática.

Uno de los hechos fundamentales de la historia griega, lo constituye la guerra greco-persa (490-479 a.C.). Después de las batallas de Maratón, Salamina y Platea, Atenas sale fortificada, como una gran fuerza marítima. Es entonces cuando uniendo a sus aliados griegos construye la Liga Marítima Ateniense, que le ha de dar una posición preponderante. Así desarrollaron el comercio nacional e internacional, concentrando en sus manos el mar Egeo, de manera que las rutas comerciales pasaran por el puerto de Atenas, el Pireo, gravando con impuestos las mercancías que seguían su viaje. Los mercaderes alcanzan su apogeo, constituyéndose en una clase social de importancia.

La guerra aumenta los esclavos, que son utilizados especialmente en el cultivo de los grandes latifundios, ya que la pequeña propiedad es cultivada por su propietario; se desarrolla la industria esclavista, organizándose talleres con 50, 100 o más esclavos. Son conocidos los del padre del gran orador Demóstenes, donde se hacían cuchillos y camas; el padre de Sófocles era dueño de un taller de esclavos herreros; el de Cleón, de otro de esclavos zurradores; así como el de Isócrates, de esclavos guitarreros, sin contar con los productores de armas, como el orador Licias. El Estado, como los particulares, poseía grandes cantidades de esclavos que trabajan en las obras públicas, las canteras y minas. La esclavitud constituye la base de la estructura económica griega, de la riqueza, el comercio, la industria y otras actividades lucrativas.¹³ El número de esclavos excedía enormemente

13. Solón compró esclavas por cuenta del Estado, para establecer lupanares; y con el dinero que ellas ganaron, se erigió el templo de la Venus Pública. J. A. Saco. *Historia de la Esclavitud*, E. Alameda, 48.

al de los ciudadanos libres, que llegaba a 90.000, mientras los esclavos ascendían a 365.000 y los metecos (inmigrantes y libertos) a 45.000. Por cada hombre adulto, había por lo menos 18 esclavos y 2 metecos.

El esclavo pertenece a su dueño que puede disponer de él a su arbitrio: venderlo, conservarlo o matarlo. Son las “herramientas parlantes” que dijera Aristóteles, para diferenciarlos de las “herramientas mudas”, los utensilios, y las “herramientas semi-parlantes”, los animales. En el sistema de producción esclavista, tanto los medios de producción como el esclavo y los productos, se hallan en manos del mismo dueño, de manera que la producción y la distribución dependen de su voluntad; se realiza la más brutal explotación no solo de los esclavos, de los que se extrae todo el trabajo posible, sino también de los campesinos, los artesanos y los pueblos vencidos, a los que se transforma en esclavos.

La situación de los esclavos, en cuyas manos no pueden ponerse sino herramientas pesadas y toscas, así como la baratura de los mismos, impide el desarrollo técnico, limitando el de las fuerzas productivas y con ello el desenvolvimiento económico.

La democracia ateniense, con Temístocles, destacado conductor durante las guerras greco-persas, apoyada sobre el poder creciente de la clase comerciante, inicia una etapa que se ha denominado de un “imperialismo” agresivo y nacionalista, que rompe los viejos moldes del Estado-ciudad.

Pero es con Pericles (siglo V a.C.) que la aristocracia recibe el más duro golpe, mientras la democracia alcanza su más alta expresión. El comercio marítimo, la construcción de barcos, la industria, alcanzan un alto desarrollo y dan lugar al fortalecimiento de la clase comerciante e industrial, que impone sus formas de vida frente a la nobleza eupátrida y tradicional, inaugurando una concepción individual que se expresa en la escuela de los sofistas. No solo nos encontramos con el florecimiento económico de Atenas, sino también del arte, la filosofía, la ciencia y la técnica, al mismo tiempo que aparecen ya los síntomas que han de conducirla a su descenso y colapso irreversibles. La gran cultura levantada sobre la osamenta de los esclavos, ha de venirse abajo con la estructura material que le sirve de base.

Durante este período floreciente, se desarrollan irrefrenables contradicciones económicas y políticas, no solo en el interior del país sino también con el exterior, ya que la democrática Atenas pretende monopolizar la ruta comercial de oriente a occidente, donde se halla Sicilia, rica en tri-

go, mientras la aristocrática Esparta se opone a ello con todo el odio que guarda a la democracia ateniense. El resultado es la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), en la que sucumbe Atenas, ya debilitada en su estructura interna: pues si el trabajo esclavista ha significado, por una parte, el enriquecimiento de la aristocracia de la sangre y el dinero, ha traído, por otra, el empobrecimiento de campesinos y artesanos, que no podían competir con la producción esclavista y que cada día encuentran más deshonesto el trabajo, conduciendo el sistema a un verdadero callejón sin salida. Por otra parte, el enriquecimiento y la molicie, engendran el envilecimiento de la clase dominante, pues no hay que olvidar que la aristocracia ateniense, cuyo lema era "Seré siempre enemigo de los plebeyos y haré todo el mal que sea posible en su contra", traicionó a su país por odio a la democracia, al entregarse a la aristocracia espartana, como después lo ha de hacer al invasor macedonio. Por lo demás, la nueva clase rica de los comerciantes, que había llegado a prevalecer, no alcanzó la unidad, la fuerza y la cohesión indispensables para soportar la dura prueba a la que fuera sometida. Pero sobre todo la lucha de los esclavos contra los esclavistas, la de los aristócratas contra los demócratas, la de los pobres contra los ricos, producen el colapso de Atenas y más tarde el de la Grecia toda.

No fue la democracia la causa del hundimiento de la civilización griega, como se acostumbra a afirmar sino las hondas contradicciones que se habían desarrollado en el seno del sistema esclavista, que sin poder superarse, determinaron su decadencia y sometimiento a la conquistadora Macedonia.

El pensamiento económico

Durante este período de violentas transformaciones, son los filósofos los que dan su mayor contribución al pensamiento económico y social, que es el reflejo de la estructura de su tiempo. Todavía no es posible realizar una exposición satisfactoria del pensamiento económico griego, sobre el cual se continúan realizando nuevas investigaciones por parte de los especialistas en las diferentes ciencias; además, es indudable que se han perdido numerosas obras y de otras apenas si han quedado fragmentos o pequeñas referencias; por otra parte, en las que conocemos y podemos estudiar, las ideas económicas se hallan entremezcladas con las filosóficas, morales, políticas, religiosas, etc., haciéndose necesaria la lectura cuidadosa, a fin de espigar lo que corresponde al campo de nuestras inquietudes. Procuraremos, pues, presentar solo aquello que consideramos indispensable para nuestro esquema.

Frente a los sofistas, que expresan el individualismo de la clase comerciante en ascenso y enarbolan el principio de que “el hombre es la medida de todas las cosas”, y que someten a su juicio los dogmas religiosos, sociales y políticos, negando la superioridad de la aristocracia, del Estado, la existencia de esclavos por naturaleza, y propugnando el comercio interior y exterior y con ello la solidaridad nacional e internacional, o sea que representan el desarrollo económico y el impulso hacia adelante; se levanta la escuela de Sócrates, con sus eminentes discípulos, Platón y Aristóteles, quienes constituyen, sobre todo el primero, la expresión de los anhelos de la clase aristocrática, que busca en la decadencia de Atenas, perpetuarse en el poder, constituyendo un Estado ideal, inmóvil, cerrado, sin luchas de clases, en el que se notan reminiscencias de un comunismo primitivo, de cuya descomposición ha emergido la aristocracia gentilicia.

Platón

Platón (427-347 a.C.), discípulo de Sócrates, al que se había inclinado por su tendencia ética y su condena de la “democracia sudorosa y grasienta del Pireo”¹⁴ y maestro de Aristóteles, viajó por Grecia, Egipto e Italia. Llevado a Siracusa por Dionisio, al sostener opiniones contrarias a las del tirano, cayó en desgracia y se dice fue vendido como esclavo. Filósofo metido a político, como afirman unos, o político frustrado, que se dedica a la filosofía, como expresan otros, la verdad es que la mayor parte de su actividad intelectual incide en la política. Habiéndole tocado vivir en una época floreciente de Atenas, pero en la que apuntaba ya el comienzo de su destrucción, por las contradicciones internas que llevaba en su seno, su obra es el reflejo de la sociedad de su tiempo y un esfuerzo por salvar, siquiera idealmente, a la clase aristocrática a la que pertenecía y representaba.

De la abundante obra de este gran escritor, filósofo y político, cuyas páginas contienen numerosos mitos poéticos y leyendas, lo que vuelve difícil su verdadera interpretación, nos ocuparemos preferentemente de *La República* y *Las Leyes*; la primera, producto de la madurez, ya que la escribe a los 40 años; y la segunda, de su vejez, pues corresponde a los 80, de su vida fecunda.

La República, que ha sido calificada como la primera utopía, es la concepción de un Estado ideal, pero que lleva sin embargo, la huella de la

14. H. E. Barnes y H. Becker. *Historia del Pensamiento Social*, 163.

realidad dentro de la cual fuera concebida y escrita; y es que a Platón, uno de los más grandes idealistas, le pasa lo que a todos los idealistas: que la realidad que arrojan por la puerta, se les entra por la ventana.

Al tratar de la República, en la que campea el método dialéctico, el primer aporte valioso de Platón consiste en considerar que el origen de la Ciudad-Estado, se encuentra en la satisfacción mutua de las necesidades primarias, como la de alimento, habitación y vestido, o sea que, a pesar de su idealismo, no solo confiere al Estado un fundamento material, económico, sino que se da cuenta de que lo primero es comer, vestirse y tener una habitación, como base de toda otra actividad intelectual, inclusive la política, sencilla verdad sobre la que ha de constituirse el materialismo histórico.¹⁵

Para satisfacer esas necesidades, es necesaria la división del trabajo, que se basa para Platón en la diversidad de talentos y disposiciones de los varios miembros de la sociedad, pues las cosas se hacen más y mejores y con mayor facilidad, cuando cada uno realiza aquello que para lo cual tiene disposición y lo efectúa en tiempo oportuno.¹⁶

15. Lo que da principio a la sociedad, pienso yo que es la imposibilidad en que está cada cual de nosotros de abastecerse a sí mismo por la necesidad que tenemos de muchísimas cosas. ¿O acaso creéis vos que es otra la causa de su origen? **Adim:** Ninguna otra. **Soc:** Así, la necesidad de una cosa habiendo obligado al hombre a juntarse a otro hombre y una necesidad a otro hombre más, la multiplicidad de necesidades ha reunido en una misma habitación a muchos hombres con la idea de ayudarse unos a otros y pusieron a esta sociedad el nombre de ciudad. No es así? **Adim:** ciertamente. **Soc:** Pero el comunicarse unos a otros lo que tienen para recibir lo que no tienen, es porque creen encontrar en estos su ventaja. **Adim:** Sin duda. **Soc:** Edifiquemos pues con el pensamiento una ciudad desde los principios: nuestras necesidades la formarán según se ve. **Adim:** No hay remedio. **Soc:** Pero la primera y la mayor de nuestras necesidades es la del alimento, del cual depende la conservación de nuestro ser y de nuestra vida. **Adim:** Es muy cierto. **Soc:** La segunda necesidad es la de la habitación y la tercera la del vestido y cosas tales. *La República*. tomo I. Coloquio II, Ed. Imprenta de Don Josef Collado, año 1805, 75.
16. **Soc:** Ahora pues, ¿cómo podrá nuestra ciudad acudir a estas necesidades. No será preciso para esto que el uno sea labrador, el otro arquitecto y el otro tejedor? Y aun acaso, ¿añadiremos un zapatero, o algún otro artesano semejante de los que aderezan las cosas que son de uso del cuerpo? **Adim:** Desde luego. **Soc:** Toda ciudad pues, constaría esencialmente por lo menos cuatro o cinco personas. **Adim:** Así parece. **Soc:** Pero, ¿qué; debe cada uno de ellos trabajar en común para todos los otros? ¿El labrador, por ejemplo, prepara la comida, para cuatro, y consumir quadruplicado tiempo y trabajo en prepararla, y dar parte de ella a los otros? ¿O acaso no le estaría mejor que sin ocuparse de los otros emplease la cuarta parte del tiempo en aderezar su comida, y las otras tres, una en edificarse casa, otra en hacerse vestidos; y otra en calzados. Y no andar afanado cuidando de los demás, sino proveerse a sí mismo por sí solo de cuánto necesita? **Adim:** Acaso por este medio, o Sócrates, le sería más cómodo que por el otro. **Soc:** Vive Dios, que es un absurdo. Porque en el momento en que vos habláis hice reflexión que nosotros no nacemos todos con los mismos talentos y que uno tiene más disposición para hacer una cosa, y otro para hacer otra. ¿Qué pensáis vos? **Adim:** Soy de vuestro parecer. **Soc:** Decidme pues, ¿irían mejor las cosas si uno solo tuviese muchos oficios, o si cada uno se limitase al suyo? **Adim:** Si cada cual se limitase al suyo. **Soc:** Aun tengo también por evidente, que se echa a perder una cosa cuando se hace fuera de tiempo. **Adim:** No hay duda. **Soc:** Porque la obra no espera la comodidad del artífice sino que es preciso que el artífice se acomoda a la natura-

Para ello, el obrero debe adaptarse a la obra y no al contrario, porque la obra no espera la comodidad del artífice.

A menudo se compara este primer análisis de la división del trabajo realizado por Platón, con el de su contemporáneo Jenofonte y el posterior de Adam Smith, anotando su insipiencia, ya que no se intenta relacionar siquiera la extensión del mercado con la división del trabajo y viceversa. Consideramos que la comparación con Smith es desacertada, ya que este escribe para demostrar la superioridad del desarrollo técnico capitalista y el aumento de la productividad que determina, mientras Platón, al igual que Jenofonte, quien ya se acerca a la división del trabajo en el taller y la relaciona con la extensión del mercado, se refiere a un tipo de economía natural, que continuó prevaleciendo en Grecia, y por ello pone el acento no en el análisis técnico, sino simplemente en la desigualdad de la naturaleza humana –pues en la democrática Atenas el pensamiento de la desigualdad predomina sobre el de igualdad, debido a la existencia del esclavo– y se preocupa más de la perfección del objeto del valor de uso, que de su cantidad y abaratamiento, por lo cual adelanta mejor las razones que han de utilizarse en la Edad Media.

En cuanto a su tesis materialista del Estado y la política, de la que venimos ocupándonos, se podría aducir también que en el análisis platónico, las transformaciones de las formas de gobierno o sea el paso de la timocracia a la oligarquía, de esta a la democracia y luego a la tiranía, tienen como base condiciones materiales; es el cambio en la riqueza de los hombres, lo que determina la modificación de las instituciones políticas.¹⁷ Asimismo, para él, la opulencia es la que engendra la ociosidad, la malicia y la guerra; y la pobreza, el deseo de hacer el mal, o sea que la actitud de los hombres está determinada por su condición económica.

Por otra parte, Platón reconoce en cierta forma la existencia de las clases sociales y su lucha, ya que al hablar de la oligarquía dice:

Que este Estado por su naturaleza no es uno, sino que encierra naturalmente dos estados, el uno de ricos, el otro de pobres, que habitan en la misma ciudad y trabajan a la continua por destruirse unos a otros.¹⁸

leza de su obra, sin descuidarse un momento. **Adim:** Es muy necesario. **Soc:** De donde se sigue que se hacen más cosas y mejores, y con más facilidad, cuando cada uno hace aquella para la cual tiene disposición, en tiempo oportuno, y desasido de otro ciudadano. **Adim:** Enteramente es así. *Idem*, págs. 76-77.

17. *Idem*. Véase el coloquio Octavo, págs. 171 y ss.

18. *Idem*, 186.

Además, comprende perfectamente que las leyes son dictadas por la clase dominante y sus gobiernos, para defender sus intereses y el mantenimiento de su autoridad, ya que el más fuerte es el que dicta las leyes y el que las infringe debe ser condenado, pues el legislador solo reconoce como justo lo que es conforme a sus leyes.¹⁹

En realidad, Platón inquieto por la violencia de las luchas de clases que se desencadenan a través de la historia de Grecia y el desarrollo de la democracia, trata de evitarlas en su Estado ideal, pero no suprimiendo las clases, que es la tesis del socialismo moderno, sino inmovilizándolas, petrificándolas en castas, sobre la base de la división del trabajo, de manera que acepten, sin protesta, el rol que les asignara el Estado: arriba la clase dominante y gobernante, la de los guardianes y guerreros (razas de oro y plata); abajo todos los que se dedican a operaciones *banauísticas*, es decir, a trabajos mecánicos, materiales, incapaces para ejercer las funciones del gobierno y que debían dedicarse a trabajar y obedecer (razas de hierro y bronce); pues hay unos nacidos para mandar y otros para obedecer. Se trata, pues, de una legislación dictada por la clase gobernante con el fin de paralizar a las clases dominadas, que es lo que anhela la aristocracia y su vocero, Platón, que frente a las subversiones de su tiempo solo aspira a la inmovilidad.

Para esta clase gobernante se establece la comunidad de bienes y de mujeres;²⁰ no existe la familia y los hijos pertenecen al Estado.²¹ Los destinados a formar esta élite gobernante, debían ser especialmente educados en el conocimiento de la filosofía y el arte de la guerra. A los treinta años eran sometidos a un examen riguroso, aprobado el cual, quedaban seleccionados los futuros reyes-filósofos; los demás serían destinados a las la-

19. *Las Leyes*, tomo I, libro IV, Ed. Medina y Navarro, 210-11.

20. Convenido quedó entre nosotros, mi amado Glaucon, que en una república bien gobernada todo debe ser común las mujeres, los hijos, la educación: y de la misma manera comunes también los ejercicios propios de la paz y de la guerra; y que es necesario además que sus reyes sean hombres consumados en la filosofía y en la ciencia militar. **Glauc:** En efecto que así lo acordamos. **Soc:** Nos convinimos también, en que los jefes conduciendo a sus soldados, se alojarían en casas tales cuales hemos dicho, comunes a todos, a donde ninguno tuviese cosa ninguna propia. *La República*, tomo II. Coloquio Octavo, 171.

21. Siendo la familia la célula y asiento de la propiedad y su transmisión por medio de la herencia, Platón suprime la familia y proclama la comunidad de mujeres y establece que los hijos pertenecen al Estado. La asimilación errónea del platonismo al comunismo, que veremos luego, ha determinado que las gentes interesadas o mal informadas, afirmen que el comunismo actual sostiene o realiza la comunidad de mujeres, que cosa absolutamente falsa. Es claro que la familia se ha transformado y ha de transformarse con el cambio de las condiciones materiales y que la familia socialista no puede ni podrá ser igual a la familia sindiásmica, punalúa o burguesa actual (nada como el capitalismo para haber modificado la familia); pero de esto a decir que el socialismo establece por decreto la comunidad sexual hay un abismo.

bores administrativas. En lo que se refiere a la masa, a los de abajo, de los que Platón casi no se preocupa, disfrutaban de la propiedad privada, por considerárseles incapaces de elevarse y prescindir de ella.

En el Estado platónico todo está controlado, tanto las actividades económicas como las no económicas y reducido al sistema de castas: la élite gobernante, los guerreros, los artesanos, los campesinos; se limita la libertad individual y se restringen los derechos personales en provecho del Estado.

Algunos han calificado al Estado platónico como de naturaleza comunista, y esta afirmación ha sido generalmente repetida, basándose en el hecho de haber propugnado la comunidad de bienes. Sin embargo, hay que considerar que se trata de una propiedad común solo para la élite, o quizás mejor solo de los artículos de consumo, mientras se mantiene la propiedad privada para la masa; además, esa comunidad de bienes no tiene un sentido económico, como el de alcanzar una mayor producción y una justa distribución, que es a lo que aspiran las escuelas socialistas y comunistas; sino simplemente tiende a liberar a la clase gobernante y guerrera de toda preocupación personal, a fin de que pueda realizar mejor sus tareas de gobierno, mientras se prescinde despreciativamente de la clase trabajadora, que es la base del socialismo moderno. Por otra parte, no se suprimen las clases sociales, otro objetivo socialista y comunista, ni la explotación de unos hombres por otros, pues los de arriba continúan viviendo y gobernando a costa de los de abajo, sino que se instaura un régimen de castas impermeables y cerradas, que se levanta fundamentalmente sobre el trabajo de los esclavos, cuya condición continúa siendo la misma.

J. A. Schumpeter, considera que quizás en esta asimilación bastante artificial de la institución platónica a otras de carácter moderno, se podría hablar más bien de nazismo que de comunismo, por tratarse de la existencia de una élite gobernante, de restricciones a la libertad, como la de expresión y de una organización corporativa.²² Otros, quizás con mayor razón, afirman que el Estado platónico no es nazista ni comunista, sino un precursor del catolicismo y constituye una defensa anticipada y un ejemplo de la jerarquía católica.²³

Consideramos que el sistema platónico lleva el sello de su tiempo, es el producto de su época, sin que sea necesario ni conveniente el tratar de encajarlo en cualquiera de los moldes de una clasificación moder-

22. *History of Economic Analysis*, 55.

23. George G. Catlin. *Historia de los Filósofos Políticos*, Ed. Penser, 66.

na. Las analogías son generalmente falsas y peligrosas, pues la historia es una incesante creación y jamás se repite, ya que nada permanece y todo cambia, y al modificarse las condiciones estructurales, se transforman las concepciones intelectuales. Platón, aristócrata por nacimiento y convicción, hombre de su clase, inquieto ante las arremetidas de la democracia que irrumpe cada vez más vigorosa, trata de salvar a la aristocracia amenazada, por lo menos idealmente en su Estado, eternizándola como clase gobernante. Si puede hablarse de reminiscencias comunistas, serían las de un comunismo primitivo, que los griegos recuerdan como la Edad de Oro, pero nada más.

Por otra parte, todo su sistema es conservador y reaccionario como la aristocracia a la que pertenece.²⁴ En su obra *Las Leyes*, escrita a los ochenta años, insiste en la necesidad de un Estado pequeño, situado sobre un territorio limitado, poco fértil y alejado del mar unos ochenta estadios, para evitar el comercio exterior y el aliciente de la ganancia y los mercados, que corrompen las costumbres de los habitantes.²⁵ A la limitación de la riqueza, se agrega la de la población, que no debe pasar de un óptimo conveniente, (5.040 familias, unos 20.000 individuos, sin contar los esclavos y metecos), para cuyo mantenimiento Platón no se detiene ante ninguna medida, ya sea la obliteración del matrimonio, en unos casos, o su prohibición, en otros; naturalizaciones forzadas o éxodos obligados; ni retrocede ante el infanticidio o el aborto, cuando son necesarios para el equilibrio de la población.

Los individuos deben ser distribuidos en diferentes clases y la tierra y las habitaciones en diferentes porciones iguales en cuanto sea posible, quedando prohibida la compraventa de las mismas, ya que "se persuade cada cual que la porción que le ha tocado en suerte, no es más suya que del Estado". Aquí ya no se habla de bienes en común, alegando que esto no puede exigirse a hombres nacidos, alimentados y educados en la forma en que lo son hoy, sino que mejor se trata de lo que llamaríamos modernamente una reforma agraria pequeño burguesa de distribución de la tierra, con una propiedad muy restringida.

24. No empleamos la palabra conservador o reaccionario en una forma simplemente despectiva, sino para significar toda corriente o actitud que no sigue el desarrollo o las transformaciones en marcha, sino que trata de inmovilizarse, conservando el presente o tratando de volver al pasado. De esta manera, asimismo, lo que significa un progreso o es revolucionario en un momento, puede transformarse en reaccionario, en otro momento, cuando se ha convertido en un impedimento para las fuerzas en avance.

25. *Las Leyes*, tomo I, libro Cuarto, 191-92.

El Estado debe limitar la riqueza –la riqueza y la virtud son incompatibles– ya que los extremos de riqueza y pobreza conducen a la sedición. Sin embargo, se llega a permitir que sobre la parte asignada, se adquiera el doble, el triple y hasta el cuádruple, debiendo darse el exceso al Estado.

No solo se desprecia el trabajo esclavo, sino también el mecánico, “no habiendo cosa más opuesta a la nobleza de sentimientos que las profesiones mecánicas y serviles”.²⁶

Como desprecia el cambio y el comercio –pues al primero lo acepta únicamente como un medio de satisfacción directa de las necesidades– adopta los metales inferiores o de poco valor para su moneda, como lo hiciera Licurgo, a fin de evitar el atesoramiento. Habla de establecer una moneda fiduciaria para el uso interno, “pues se tendrá para esto una moneda que corra en el país, pero no será de ningún valor a los ojos de los extranjeros”; utilizando la moneda metálica, oro y plata, únicamente para el comercio exterior y los gastos externos del Estado. No se puede salir del país sino con permiso del magistrado y a la vuelta se debe entregar las monedas extranjeras sobrantes. Se prohíbe a los particulares poseer metales preciosos.²⁷ De esta actitud y algunas otras expresiones concernientes al tema, se ha deducido que Platón patrocinaba la concepción de la moneda como símbolo, cuyo valor está determinado no por la materia de que está formada, sino por el que la ley y el Estado le confiere, o sea la teoría nominalista de la moneda, tesis que ha sido sostenida a través del tiempo, como justificación de las alteraciones, inflaciones, deflaciones y devaluaciones de la moneda y exaltada en nuestros días por Knapp. Sin embargo, hay quienes sostienen que la teoría monetaria de Platón no es nominalista ni metalista, ya que es profundamente diversa de las teorías modernas.²⁸

Se establece la venta al contado. El precio justo para Platón se determina por el costo de producción y debe entregarse y recibirse lo que se halla dispuesto por la ley, quitando lo que falta o lo que sobre.

Se prohíbe prestar dinero a interés, autorizándose al que lo recibe, para no devolver capital ni intereses; así como la libre disposición de la herencia, ya que los bienes van a parar en manos de quienes no están capacitados para administrarlos convenientemente, con perjuicio para la sociedad y el Estado.

26. *Idem.* 244 y ss.

27. *Idem.* 251.

28. Edgar Salim. *Historia de las Doctrinas Económicas*, Ed. Atalaya, 17.

No cabe duda que en muchos de estos conceptos encontramos anticipaciones de algunas teorías modernas, en cuanto se trata de ciertos problemas generales que se plantean en relación a categorías que trascienden su tiempo y se prolongan a otras etapas, como son aquellas que se refieren a la población o la moneda; pues actualmente los conceptos platonianos reviven en las teorías modernas sobre el óptimo de la población o en la teoría de la moneda como símbolo; pero en lo fundamental, Platón mira hacia atrás, al concebir un Estado cerrado, impermeable al exterior, petrificado, inmóvil, con reminiscencias de la Edad de Oro de un comunismo primitivo, negándose a comprender la marcha del tiempo y de la economía.

Aristóteles

Aristóteles (384-322 a.C.). Nacido en Estagira, por lo que se le llamó *estagirita*, fue discípulo de Platón y preceptor de Alejandro Magno. Hijo de un médico, pertenece a la clase media, cosa que ha de influir notablemente en sus escritos; pero defiende a la aristocracia. Después de algunos viajes, instituyó una academia o liceo, en el que enseñaba fundamentalmente filosofía; el hecho de que diera sus clases paseándose, ha dado lugar a que se los denominara, tanto a él como a sus discípulos, los peripatéticos.

Indudablemente, Aristóteles es la mentalidad más alta de la Grecia y el científico y pensador que ha planteado la mayor parte de los problemas que inquietan todavía a la humanidad. Fue un espíritu fundamentalmente analítico; basta recordar que su obra denominada *La Política*, es el resultado del análisis de casi todas las constituciones de su tiempo; pero tanto en esta obra como en otra fundamental, *La Ética*, nos ha dejado valiosos aportes al pensamiento económico, qué es indispensable recoger.

Dividiremos en dos partes su estudio: en la primera, nos vamos a referir a los aspectos relacionados con el origen del Estado, la propiedad y la esclavitud; y en la segunda, analizaremos algunos conceptos ya más concretamente económicos.

Acerca del origen del Estado, Aristóteles no difiere mucho de Platón. Considera que el Estado es el producto de las necesidades de los hombres; las asociaciones, dice, se forman con miras a la obtención de algún bien, con el fin de alcanzar algo que sea provechoso. "El conjunto de muchas aldeas constituye un Estado, que llega a bastarse por completo a sí mismo, nacido ante las necesidades de la vida que satisface". El Estado es ante todo: "Indudablemente que el Estado es antes que la familia y que

los individuos, puesto que el todo es antes que su parte. De tal manera, un hombre es un todo: si muere, no puede decirse que su pie o su mano existe todavía".²⁹

Esta concepción materialista del Estado y la política, que encontramos en el gran idealista Platón, se confirma aun más en Aristóteles, cuando sostiene que la causa de las revoluciones está en la propiedad y la desigualdad de riqueza entre los individuos. En realidad, las verdaderas revoluciones han tenido por objeto el cambiar el sistema de propiedad existente, por otro, cuando aquel se ha constituido en un obstáculo para el desarrollo económico-social. La gran revolución francesa, por ejemplo, tuvo como objetivo esencial, el cambio de la propiedad feudal por la capitalista. Considera que la pobreza engendra las sediciones y los crímenes, de manera que no es la maldad de los hombres o su carácter ingobernable, como creen algunos, lo que les impulsa a la sedición, sino las condiciones económicas en que se encuentran. "La desigualdad es siempre la causa de las revoluciones, cuando nada hay que la compense".³⁰ En realidad, en toda la *Política*, se establece una continua y estrecha conexión entre la actividad política y sus relaciones con la economía.

Su Estado ideal, como el de Platón, se divide también en clases: arriba la aristocracia, estadistas, magistrados, militares y clero, que forman la clase gobernante; abajo, los agricultores, artesanos y trabajadores en general, constituyen la clase sometida y gobernada. Los primeros han de realizar sus funciones de acuerdo con la edad: cuando jóvenes, serán militares; en la madurez, estadistas o magistrados; y en la vejez, sacerdotes. Para justificar esta posición, insiste continuamente en que existen, por naturaleza, unos hombres nacidos para mandar y otros para obedecer. Mientras Platón establece que la mujer puede ocupar posiciones oficiales, Aristóteles la condena como al esclavo, únicamente a obedecer, ya que ha nacido para ello.³¹

Tratando de dar consistencia y persistencia a la estructura de su Estado, Aristóteles, el filósofo del término medio, sostiene la necesidad de una clase media de agricultores propietarios que garanticen el manteni-

29. *La Política*, Ed. Tor, 7-8.

30. *Idem*. 174.

31. Ha sido la misma naturaleza la que ha creado ciertos seres para dirigir y otros para obedecer, ambos se asocian por el instinto de la conservación. Ha dispuesto que el ser dotado de razón y de prudencia mande, y el que por sus condiciones corporales puede realizar los mandatos, obedezca. En esta segunda sociedad buscan el amo y el esclavo su interés mutuo... para los bárbaros no hay diferencia, en verdad, entre la mujer y el esclavo; pero la naturaleza no los ha hecho para mandar. *Idem*. 6.

miento del orden,³² pues había observado que la desaparición del campesino producía los trastornos que soportaba Grecia.

El Estado aristotélico, como el de Platón, es limitado y con una población controlada. Se habla de la división del trabajo, o sea que “es ventajoso que cada cosa la haga una persona; y haciendo cada persona siempre la misma cosa, la hace mejor y tarda menos”.

En cuanto a la propiedad, se opone a Platón, a quien parece que, en realidad, no comprendió muy profundamente. Defiende la propiedad privada contra la tesis platónica de la propiedad común, aduciendo que la primera es un acicate para la actividad económica, que no puede darlo la segunda; argumento que ha constituido la base de todos los alegatos de la escuela individualista y liberal contra la propiedad socializada.³³ Sin embargo, parece que Aristóteles mantiene la propiedad común de la tierra, al sostener que la unidad territorial constituye la base de la ciudad; y aun cuando se refiere a la propiedad privada, en general, no se trata de una propiedad absoluta, en el sentido romano que ha de tomar después, sino con ciertas limitaciones, en función social, como diríamos hoy. Sin embargo, al tratarse de la propiedad del esclavo, “propiedad viva” Aristóteles insiste en que el esclavo “no solamente es esclavo del amo sino que le pertenece todo entero”.³⁴ Aquí, la propiedad es irrestricta, sin limitaciones.

Aristóteles pone todo su empeño en defender la esclavitud, en forma tan insistente que resulta desagradable su lectura, presentándola como beneficiosa para el hombre, igual que la domesticación para los animales; el esclavo lo es por naturaleza, ya que ella misma “ha proporcionado cuerpos diferentes al esclavo y al hombre libre”, dando miembros robustos al primero para los pesados trabajos manuales y un cuerpo erecto, al segun-

32. No se ha hecho revolución alguna por el pueblo contra sí mismo. La verdadera república, en que manda la clase media, es el gobierno más estable y el que más al popular se acerca. *Idem.* 175.

33. En su defensa de la propiedad, Aristóteles aparece más avanzado que Platón, ya que la propiedad privada es la que, por entonces, sigue la línea del desarrollo histórico, en oposición a la tesis platónica con reminiscencias de un comunismo primitivo ya superado: pero quienes sostienen actualmente, basándose en Aristóteles, la necesidad de la propiedad privada capitalista, que se ha constituido en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, frente a la propiedad socialista, es un reaccionario; pues como hemos dicho, cada cosa debe ser juzgada concretamente y en relación con determinado momento histórico.

34. Propiedad es un vocablo que debe entenderse como la palabra que, al serlo del todo, pertenece en absoluto a otra cosa que ella misma. El amo es señor del esclavo y es otro que él; el esclavo, por el contrario, no solamente es esclavo del amo, sino que le pertenece todo entero. El que por una ley de la naturaleza no se pertenece, sino que, sin dejar de ser hombre, pertenece a otro, es evidentemente esclavo. De manera que el esclavo es propiedad ajena, y la propiedad es un instrumento provechoso a la vida. *Idem.* 10.

do, para las labores políticas y la guerra; argumentos que han de retomar todos los esclavistas y entre ellos los norteamericanos en el siglo XIX y aun en el XX, y los grandes terratenientes cuando hablan de nuestros indios. Al referirse a las relaciones de producción entre el amo y el esclavo, este es clasificado y tratado como un “instrumento animado”, criterio que aun mantienen los amos actuales, respecto a los obreros. Como agrega, además, que “la producción y el uso difieren esencialmente y estas dos cosas tienen instrumentos que les son propios”, se ha querido ver en ello una diferenciación entre bienes de producción y bienes de consumo.³⁵

Admiraría que una mentalidad como la de Aristóteles trate de justificar la esclavitud en forma tan persistente, en los mismos momentos en que ya los sofistas la discutían como un vicio social y la planteaban como un problema, si no supiéramos que fue propietario de esclavos y que los hombres pertenecen o sirven a una clase social y tratan de justificar, consciente o inconscientemente, las instituciones sobre la que aquella levanta su dominación y poder. La esclavitud constituía por entonces la base fundamental de la producción, lo que permitía a la clase gobernante disfrutar de la riqueza y el ocio apetecidos; y Aristóteles, miembro de esa clase, ponía su gran inteligencia al servicio de una justificación tan monstruosa como necesaria para el mantenimiento de un sistema económico-social, el esclavista.

Por otra parte, esto nos demuestra lo difícil que es, aun para las grandes inteligencias, mirar con claridad y sin prejuicios los problemas económicos y sociales, donde se tratan cuestiones que afectan directamente los intereses de los individuos; pues vemos que mientras Aristóteles se halla a la cabeza de sus conciudadanos en lo que se refiere a las ciencias de la naturaleza, sin embargo, al tratarse de las ciencias sociales, no puede desprenderse de las concepciones reinantes en el medio en que vive y al que se pertenece.

De todas maneras, como no era muy fácil explicar por qué los hombres griegos, siendo de naturaleza semejante, estuvieran destinados unos a ser libres y otros esclavos, Aristóteles tuvo que llegar a condenar la es-

35. Sin embargo, entre los instrumentos, unos son inanimados y otros vivos, por ejemplo: para el patrón de un barco, el timón es un instrumento inanimado, y otro animado, el timonel, porque el obrero es un verdadero instrumento en las artes... Si un útil pudiese ejecutar el mandato de un artista, si la lanzadera tejiese por sí misma, si el arco sacase espontáneamente sonidos de la citara, ni el arte precisaría obreros, ni el amo, esclavos. Además, como la producción y el uso difieren esencialmente y estas dos cosas tienen instrumentos que les son propios, es necesario que estos instrumentos difieran análogamente entre sí. La vida es el uso y no la producción de las cosas, y el esclavo sirve para facilitar este uso. *Idem.* 9-10.

clavitud de los helenos, abriendo así una brecha que no haría sino ensancharse posteriormente.

Al tratar del segundo aspecto de nuestro estudio, comenzaremos por señalar las características analíticas de Aristóteles que, siguiendo a Schumpeter, podrían sintetizarse así: 1. Aristóteles no solo fue un analista cuidadoso de sus conceptos, sino que supo coordinarlos en un aparato conceptual, en un sistema de herramientas analíticas, relacionadas unas con otras y utilizadas conjuntamente, lo que constituye un apreciable legado para las edades posteriores; 2. como está implícito en su método "inductivo" de aproximación, investiga tanto las situaciones estáticas como los procesos cambiantes (o sea que actúa dialécticamente, diríamos nosotros); 3. trata de discernir en los organismos sociales lo que les es propio, intrínseco, determinado por una necesidad inherente, de aquello que es adquirido por la costumbre o por la ley; 4. discute las instituciones sociales desde el punto de vista de sus propósitos, ventajas y desventajas.

Su aporte al pensamiento económico, podemos abordarlo desde los siguientes puntos: 1. lo que se refiere al campo de la economía; 2. a su teoría del valor; 3. a su teoría de la moneda; y, 4. lo relativo al interés.

En lo que se refiere al campo de la economía, Aristóteles lo divide en dos partes: la llamada *oikonomia* (de *oikos*, casa; *nomos*, ley, administrar), administración de la casa o economía doméstica; y la *crematística* o ciencia de la adquisición, del enriquecimiento, el arte de hacer dinero. La *oikonomia*, es una economía natural, relacionada con las actividades del hombre sobre la naturaleza, como la caza, la pesca, la agricultura, la minería, los bosques, o sea todo aquello que llamaríamos actualmente industrias fundamentales y que tienden a la satisfacción de nuestras necesidades. Hay que anotar que entre estas formas naturales de adquirir, se incluye la guerra y el trabajo de los esclavos. La *crematística*, se refiere a la actividad del hombre tendiente hacia el lucro y el enriquecimiento, como el comprar para vender con ganancias, la práctica del comercio con fines de lucro, el cobro de interés, etc. En este caso, se trata de una economía que no es natural, ya que su fin es el enriquecimiento, la fortuna, y era condenable desde el punto de vista ético.

Ahora bien, en lo que se refiere al cambio, se lo considera como natural y puede ser incluido en la economía de este tipo, cuando tiene por objeto la obtención de mercancías para la satisfacción de necesidades, o sea lo que podríamos expresar con la fórmula simple de cambio, M-D-M (mercancía-dinero-mercancía), en que el dinero sirve únicamente como

un simple intermediario; no lo era cuando se tenía como finalidad obtener más dinero, es decir, con fines de lucro, como en el caso de la fórmula, D-M-D+d (dinero, mercancía dinero + dinero), o lo que es lo mismo, comprar para vender con ganancia: pues si se parte del dinero no para llegar a la mercancía sino para obtener más dinero, nos hallamos en el campo de la *crematística*.

En esta concepción aristotélica, se encuentra ya la base clara de una distinción entre dinero y capital; pues en el primer caso (M-D-M), el dinero actúa como un simple instrumento de cambio; y en el segundo (D-M-D+d), el dinero actúa como capital y obtiene un beneficio; pues ya no se trata de una transacción para satisfacer necesidades, sino para obtener una ganancia, un lucro, o sea que el dinero se transforma en capital.³⁶

También se ha querido ver en esta diferenciación aristotélica, el esbozo de una teoría de la explotación; pues al considerar como no naturales o antinaturales las actividades crematísticas, o sea la obtención del beneficio comercial, el beneficio usuario, el beneficio industrial, se las está condenando como una forma indebida de adquirir, ya que tenían como base la apropiación de trabajo ajeno, la explotación. De aceptar esta hipótesis, habría que considerar como un error fundamental del análisis aristotélico, el haber incluido el trabajo esclavo entre los modos naturales de adquirir, pues en este caso se trata de una brutal explotación.

De todo esto lo que se desprende con claridad es que Aristóteles se oponía a las características fundamentales del desarrollo mercantil de su tiempo. En este sentido, Aristóteles aparece como un conservador, pues quería detener el desarrollo de las fuerzas productivas, tratando de encerrarlas en el círculo estrecho de una economía doméstica y familiar.

De ahí que quizás se comete un error, cuando se cree encontrar en la *oikonomía*, un antecedente de lo que después ha de llamarse economía, pues en ese caso más cerca del concepto actual estaría la "crematística", que era la economía del comercio y el cambio.

No resulta fácil exponer fielmente el pensamiento aristotélico sobre el valor, ya porque al tratarse de una primera aproximación, no podríamos encontrar una teoría completa ni mucho menos, sino ciertas anticipaciones que no siempre resultan claramente expresadas; ya porque dicho pensamiento ha sido objeto de numerosas versiones e interpreta-

36. Las fórmulas usadas no son de Aristóteles, pero las hemos utilizado para mayor claridad en la exposición.

ciones, que inclusive han llegado a negar la existencia de teoría alguna sobre este punto. Sin entrar a la revisión crítica de tales apreciaciones, consideramos necesario exponer que Aristóteles fue el primero en determinar, en conceptos tan claros que no han hecho sino repetirse hasta hoy, la existencia de dos valores en una misma mercancía: el valor de uso y el valor de cambio. El primero es el que posee debido al propio fin a que está destinada, como el calzado que sirve para caminar; pero existe otro valor que no es propio ni natural de la misma, sino secundario y artificial, que consiste en poder cambiarse con otra mercancía o con dinero. Y esta distinción aristotélica, valor de uso y valor de cambio, ha constituido la base, casi sin alteración alguna, de los posteriores análisis sobre este problema, ya que no se ha hecho otra cosa que volver sobre la diferenciación establecida.³⁷

Más tarde observó claramente en su *Ética*, que la realización del cambio implica la necesidad de que las cosas cambiadas sean equivalentes, pues si no existiera tal igualdad no habría cambio:

Sea, por ejemplo, el arquitecto A, el zapatero B, la casa C, el calzado D. El arquitecto recibirá del zapatero la obra que es propia del zapatero; y en cambio, le dará la obra que el mismo hace. Si hay desde luego entre los servicios cambiados una igualdad proporcional, y en seguida hay reciprocidad de buenos servicios, las cosas pasarán como ya he dicho. De otra manera, no hay igualdad, ni estabilidad en las relaciones; porque puede suceder que la obra del uno valga más que la del otro, y es necesario igualarlas. Esta regla tiene aplicación a las demás artes... Realmente no hay igualdad, ni estabilidad entre las relaciones; porque puede suceder que la obra de uno valga más que la del otro, y es necesario igualarlas. Realmente no hay relaciones posibles entre dos agentes semejantes, entre dos médicos; pero hay posibilidad de relaciones comunes entre un médico, por ejemplo, y un agricultor; y en general entre gentes que son diferentes, que no son iguales y que es preciso que se igualen entre sí para que puedan entrar en tratos.³⁸

Este mismo párrafo lo podemos leer en otra traducción (y no hay que olvidar que las diversas traducciones son también la causa de numerosos desacuerdos en la interpretación), en que el pensamiento aristotélico resulta más claro:

37. Toda propiedad posee dos usos, ambos inherentes al objeto, con un destino especial. Uno natural y otro artificial. Por ejemplo el uso natural del calzado es servir para caminar. Su uso industrial es el de servir de objeto de cambio. Un hombre precisa zapatos; el zapatero se los provee a cambio de dinero o mercancías; emplea los zapatos como tales zapatos, mas no con su utilidad propia, dado que no habían sido confeccionados para el cambio. *Idem*. 16.

38. *La Ética*, Ed. El Ateneo, 205.

Así, el arquitecto tiene que obtener del zapatero el producto del trabajo de este, y darle a cambio el suyo propio. Si entonces, existiendo la igualdad proporcional de bienes, se realiza la acción recíproca, se logrará el resultado mencionado. Si no, el trato es desigual y no es válido; porque no hay nada que impida que el trabajo del uno sea mejor que el del otro; tienen por tanto que igualarse. (Y lo mismo sucede también con las demás ocupaciones...). Pues dos médicos no se asocian para el cambio, sino un médico y un agricultor, y en general personas que son diferentes y desiguales; pero estas deben igualarse... Así, habrá reciprocidad cuando los términos hayan sido igualados de tal modo que la proporción entre el agricultor y el zapatero sea igual a la proporción entre la cantidad del producto del trabajo de este último y la del agricultor por la cual se le cambió.³⁹

Esto podría presentarse así:

x pares de zapatos = 1 casa.

x pares de zapatos = x dinero,

en donde la casa y luego el dinero, ejercen la función de equivalentes del valor de los zapatos y lo expresan.

Parece fuera de duda, por este párrafo y otros textos concomitantes, que para Aristóteles las cosas se cambian por la cantidad de trabajo igual que contienen o sea que el trabajo sería la causa y medida del valor. Además, agrega, que al comparar trabajos distintos o sea de diversa calidad, como el del zapatero y el arquitecto, es necesario establecer una proporcionalidad entre ellos, ya que de lo contrario no habría igualdad ni estabilidad en las relaciones.

Por otra parte, se da cuenta que para que las cosas puedan compararse y cambiarse entre sí, para ser mensurables, es necesario que siendo objetos corporalmente distintos, valores de uso diferentes, posean, sin embargo, alguna substancia igual y común que los vuelva comparables y mensurables. En otros términos, que para que las cosas puedan cambiarse entre sí, debían ser iguales no solo cuantitativamente sino cualitativamente, ya que, de lo contrario, no podrían equipararse como magnitudes conmensurables. "El cambio no podría existir sin la igualdad y esta sin la conmensurabilidad". Pero su análisis se detiene sin llegar a establecer cuál es esa substancia común, que permite que las cosas sean comparables y conmensurables, a pesar de su diferencia como valores de uso. "En rigor, añade, es imposible que objetos tan distintos sean conmensurables, pues esta equiparación tiene que ser algo ajeno a la verdadera na-

39. Cita de Whittaker. *Historia de las Doctrinas Económicas*, 457.

turalidad de las cosas, un recurso para salir del paso ante las necesidades de la práctica”.

Marx, considera que Aristóteles, debido a que la sociedad griega se hallaba basada en el trabajo de los esclavos y, por lo mismo, en la desigualdad *natural* entre los hombres y sus fuerzas de trabajo, no pudo llegar a comprender que aquella substancia común que vuelve cualitativamente iguales las mercancías que se comparan y permite su mensura, está constituida por el trabajo humano; ya que todas las cosas son producto del trabajo humano; solo mucho después, cuando se afianza la idea de la igualdad de los hombres, cuando la relación social preponderante es el cambio de mercancías, por medio del cual los miembros de una sociedad cambian su trabajo, es posible comprender que es el trabajo la substancia común de todas ellas y la cualidad que las vuelve equiparables y mensurables.⁴⁰

Por su parte, el profesor Silva Herzog, considera que cuando Aristóteles dice que para que se realice el cambio es necesario una medida, siendo esta una demanda de servicios mutuos, no hay sino que cambiar las palabras “servicios mutuos” por “trabajo”, para llegar a la verdadera concepción aristotélica de que el trabajo es la medida de las cosas.⁴¹

Del contexto de los diferentes párrafos de Aristóteles sobre este problema y los comentarios citados, se deriva una concepción objetiva del valor y más concretamente una incipiente teoría del valor trabajo o mejor un esbozo, con aproximaciones penetrantes y magníficas. Sin embargo, hay muchos autores que niegan esta interpretación del pensamiento aristotélico y que ateniéndose a ciertas frases, afirman que el punto de vista del estagirita es más bien subjetivo, reclamándolo como un antecedente de la teoría subjetiva del valor.

La verdad es que toda interpretación lleva mucho de la tendencia preconcebida del historiador, y que por ello a veces la discusión se vuelve inútil; pero lo cierto es que un atento estudio de la obra aristotélica, nos lleva hacia la afirmación de una teoría objetiva del valor y no subjetiva, como afirman tales comentadores.

Un poco incidentalmente, al tratar de los especuladores, Aristóteles se refiere al monopolio, citando a Tales de Mileto, quien previendo una abundante cosecha de aceitunas, arrendó todos los lagares de Mileto y Chíos, pudiendo luego alquilarlos al precio que quiso.⁴²

40. *El Capital*, tomo I, vol. I. Ed. Fondo de Cultura, 66.

41. Silva Herzog, *Historia y Antología*, 84.

42. *La Política*, 20.

En lo que se refiere a la moneda, Aristóteles parte en su análisis de la economía doméstica autosuficiente; introduce luego la división del trabajo, el cambio en su forma primitiva, el trueque que, al presentar las dificultades inherentes al encuentro de dos personas que tengan mutuamente las mercancías que desean cambiar, es superado por la moneda. La enumeración de las cualidades que han hecho que los metales preciosos lleguen a desempeñar el papel de moneda, es efectuada por Aristóteles, en forma que ensombrece los textos modernos, como nos dice Schumpeter; pues nada deja que desear al referirse a sus cualidades de homogeneidad, divisibilidad, portabilidad, relativa estabilidad del valor, etc. No solo esto, sino que al tratar de las funciones de la moneda, nos habla de ella como medio de cambio, medida del valor, y aun medio de atesoramiento, de manera que casi todos los análisis modernos han tenido que referirse, en tal o cual forma, a Aristóteles.

Lo esencial de la moneda, para Aristóteles, es servir como medio de cambio, y para ello tiene que ser una mercancía como las otras, o sea que debe poseer un valor independiente de su función monetaria, de manera que su valor intrínseco pueda ser comparado con el de las demás mercancías. La marca oficial, como si dijéramos, que le da la acuñación, garantiza la cantidad y la calidad del metal, pero no le confiere valor. Aparece, pues, a pesar de algunas expresiones mal interpretadas de su *Ética*, que Aristóteles sostiene la teoría metalista de la moneda, en contraste con la teoría nominalista de Platón, para quien la moneda vale no por su naturaleza, sino por el valor que le confiere el Estado; es una criatura del Estado, como diría más tarde Knapp. Hay que anotar que la teoría monetaria aristotélica, que ha permanecido en lo substancial hasta los tiempos modernos, ha sido la base del análisis económico en esta materia.

No se puede, en realidad, hablar de una teoría de la distribución en Aristóteles: el ingreso del terrateniente que explota a sus esclavos, aparece como algo natural; el trabajo libre era mínimo en una economía de tipo esclavista; el cambio de los productos artesanales no podía conducir sino al problema del justo precio. Lo que llama la atención de Aristóteles en una etapa en que se hace presente un cierto capitalismo comercial y usurero, es la cuestión del interés. Aristóteles se produjo en contra del pago de intereses. Su principal argumento es de orden como si dijéramos natural: el dinero es estéril, el dinero no puede procrear, no puede tener hijos. Si poseo una cabra, esta da cabritos y ellos me pertenecen; pero si tengo dinero y lo presto, este no puede reproducirse, no puede parir monedas. Por lo mismo, el cobro de intereses es no natural, antinatural.⁴³

Este argumento se comprende mejor si se piensa en que generalmente los préstamos se hacen con fines de consumo –aunque se reprocha a Aristóteles que no haya observado que ya en su tiempo se hacían préstamos para inversiones comerciales– y por lo mismo resultaba inmoral aprovechar de la necesidad del consumidor para obtener un interés que no se sabe de dónde podría sacarse.

El pensamiento de Aristóteles en el campo económico, como en otros campos, influyó enormemente en la Edad Media, como en el caso de Tomás de Aquino y otros. Ha de ser necesario el desarrollo del capitalismo comercial que encontramos en el Renacimiento y en la Reforma, para hallar nuevas corrientes favorables al cobro de interés.

Se ha considerado también que el concepto aristotélico de la esterilidad del cambio, ha constituido un antecedente para que los fisiócratas negaran toda capacidad productiva al comercio, fincándola en la tierra.

La cosecha puede no ser muy abundante; pero encontramos que este gran pensador de la antigüedad, abre el camino hacia la consideración de numerosos problemas y su huella es imborrable en la historia del pensamiento económico universal.

Se suele mencionar al historiador Jenofonte, quien, utilizando el nombre prometedor de *La Economía*, para una de sus obras, nos desilusiona con su contenido, ya que se trata simplemente de ciertos consejos para la administración de la economía de la casa o economía doméstica. Sin embargo, se anota su concepto sobre la riqueza como el excedente de los bienes, luego de satisfechas nuestras necesidades; su análisis de la división del trabajo, superior en cierto aspecto al de Platón, y al que ya nos hemos referido; así como su observación, que luego ha de formularse como la ley del rendimiento decreciente del suelo, de que “el aumento del trabajo no lleva siempre el aumento del producto”.

Asimismo, se atribuye a ese aristócrata y feroz enemigo de la democracia ateniense, pero magnífico comediógrafo, Aristófanes, el haber enunciado la que después ha de llamarse ley de Gresham, al expresar en *Las Ranas*, que así como los nobles habían sido reducidos al segundo plano por la canalla, “las viejas monedas han sido sustituidas por pésimas monedas de cobre”, observación interesante pero nada más que eso, pues no creemos que Aristófanes haya pensado en elaborar ninguna teoría o ley sobre el dinero.

43. El signo monetario ha sido creado para posibilitar los cambios; la usura le hace productivo por sí mismo, y de ello ha tomado su nombre, que en griego quiere decir *parto*; por cuanto así como un ser

Roma

La estructura económico social

Hacer un esquema de la historia romana que duró tantos siglos, no es una empresa fácil. Sin embargo, consignaremos algunas anotaciones que han de servirnos como telón de fondo para nuestro estudio. El hecho fundamental de la historia romana es la lucha entre patricios y plebeyos. Los patricios tienen su origen en ciertas tribus nativas y urbanas, y derivan su nombre del *pater*, padre y jefe de la familia romana. En sus comienzos estas tribus tenían la propiedad común de la tierra y solo pequeños lotes pertenecían a la familia.

Las tribus conquistadas, que no entran en la comunidad gentilicia, se llamaron plebeyas y estaban constituidas por individuos que siendo en principio libres, no disfrutaban de la tierra comunal ni del derecho de participar en la asamblea pública ni en los ritos religiosos; se trata fundamentalmente de pequeños propietarios de parcelas, a los que se van agregando los campesinos arrojados de la tierra, por los latifundistas, los trabajadores libres desplazados por los esclavos y más capas del subsuelo social. Además, encontramos los llamados *clientes* o sea hombres libres que dependen de un aristócrata o rico, denominado *patrón*, que les suministra algún pedazo de tierra a cambio de trabajo y sumisión.

Este elemento plebeyo constituye la levadura, el fermento en las continuas pugnas con el patriciado oligárquico, que monopoliza no solo el *ager-públicus* (las tierras conquistadas), sino también los cargos públicos. Se trata fundamentalmente de una lucha entre la grande y pequeña propiedad, continuamente amenazada y absorbida por los latifundistas. De ahí que ya durante la monarquía, la lucha se realizara por la obtención de tierras y derechos cívicos, ya que estos han de permitir una mayor participación en aquellas; y contra la esclavitud por deudas, moratoria de pagos y supresión de intereses, que enfrente a los deudores y acreedores; todo lo cual ha de constituir una especie de *leit-motiv* en las luchas de toda la antigüedad.

En el siglo IV a.C, Servio Tulio, uno de esos siete reyes legendarios, de los cuales se nos dice que el primero fue Rómulo, realizó una reforma concediendo a los plebeyos ciertos derechos, y como Solón, dividió la población en cuatro categorías, llamadas clases, de acuerdo con sus bienes;

pare otro similar, también la usura es moneda que *pare* moneda. Con justo motivo se considera esta especulación la más artificial y aborrecible. *La Política*, 19.

los que no pertenecían a ninguna de ellas porque no los tenían, se llamaban *proletarios*, término que no tiene el mismo significado que le confiere el asalariado moderno, como veremos luego.

A la caída del poder real con Tarquino el Soberbio, cuyas violencias provocaron la sublevación de los patricios, se establece la República, donde estos toman directamente el gobierno, pues de entre ellos se elegían los dos cónsules que reemplazaron a los reyes. La lucha entre la aristocracia patricia y la masa plebeya, continuó más intensa, hasta que los plebeyos, según cuenta la leyenda, abandonaron Roma y se trasladaron al monte Sacro, en una especie de huelga general, como diría León Bloch,⁴⁴ obligando a los patricios a ciertas concesiones, entre ellas la de elegir sus propios defensores, los tribunos populares. Como la justicia se hallaba en manos de los patricios, que interpretaban las leyes a su arbitrio, el pueblo exigió que se las escribiera y modificara, lo que da como resultado las llamadas *XII Tablas*, con el terrible derecho del acreedor a apoderarse del deudor y esclavizarlo, porque el dinero prestado se transforma en su carne y su sangre.⁴⁵

Después de larga lucha, con los tribunos Licinio y Sextio (366 a. C), se obtuvo una reforma agraria, limitando a 500 yugadas (más o menos 1/4 de hectárea c/u), la extensión de tierra que podía disponer cada persona, así como la disminución de las deudas y que uno de los cónsules fuera plebeyo. Más tarde han de conquistar su ascenso a otros cargos públicos importantes, que serán desempeñados por los plebeyos ricos que han de formar una nueva aristocracia, la de los nobles. La gran masa de plebeyos pobres continuará al margen de la dirección del Estado.

En realidad, desde 510 a.C, a pesar de la lucha interna entre patricios y plebeyos, Roma fue extendiendo su poderío sobre toda Italia, sometiendo a sus vecinos, a los que llamaba aliados, y apoderándose de sus tierras, cuya tercera parte o más pasaba a poder del Estado; otras se entregaban para uso común de los ciudadanos o en parcelas particulares, y el resto se vendía.

Esto trajo a partir del siglo III a.C, y debido a la expansión de la economía, el uso de la moneda acuñada, la navegación y el comercio un enriquecimiento de cierto grupo de plebeyos, que estaban dispuestos a en-

44. León Bloch. *Luchas Sociales en la Antigua Roma*, Ed. Claridad, 65.

45. Tanto fue la crueldad de la ley de las Doce Tablas que cuando el deudor tenía dos o más acreedores, a quienes era adjudicado, estos podían despedazarle y repartirse los fragmentos de su cuerpo. J. A. Saco. *Historia de la Esclavitud*, 62.

tregarse a esta clase de actividades, y que los patricios romanos, quienes no dejaban de hacerlo a través de sus esclavos y que sobre todo practicaban la usura, sin embargo desdénaban. Este fortalecimiento de los plebeyos recrudesció su lucha hasta obtener la igualdad política (287 a.C), llegando una capa de plebeyos ricos, como ya hemos dicho, a conquistar los altos cargos públicos y fusionarse con la aristocracia territorial, formando una nueva aristocracia, la de los nobles, que ha de lanzarse a la expansión exterior, al otro lado del mar, atraídos por la fértil y codiciada Sicilia, emprendiendo en las llamadas guerras Púnicas (264-146 a.C), que terminaron con la caída y destrucción de Cartago, extendiéndose el dominio romano sobre España, el norte de África, la península Balcánica y más islas mediterráneas y el Asia Menor.

Para Roma, las guerras Púnicas son como para Grecia las guerras Médicas, pues significan una mayor afluencia de metales preciosos y esclavos; el enriquecimiento de los grandes propietarios de tierras, que amplían cada vez más sus latifundios; de los comerciantes y usureros, los "caballeros", que negocian con los impuestos, prestando a los particulares y al Estado, es decir, ejerciendo el préstamo y la usura, que por entonces y hasta ahora se disfrazan bajo el nombre de actividades financieras. Todo ello modifica fundamentalmente la estructura económico social, dando predominancia a la economía monetaria sobre la natural.

La acumulación de riqueza que se realiza por entonces a costa de la expropiación de las tierras, de la explotación de las colonias y el comercio de esclavos, etc., cosa que también sucederá en la llamada acumulación primitiva capitalista, así como el desarrollo de ciertos organismos de cambio y carácter bancario, compañías por acciones y otras instituciones, ha hecho que ciertos historiadores hablan de un capitalismo romano. A nuestro entender, esto constituye un error, ya que el capitalismo moderno se estructura y desarrolla sobre distintas bases técnicas y diversas relaciones de producción.

Por otra parte, mientras las conquistas daban a la clase gobernante tierras y esclavos, lo que determina la formación de los grandes latifundios esclavistas, y el desarrollo de la ganadería, el pequeño propietario, que se constituye en el elemento fundamental de la guerra, regresa de ella y encuentra su tierra abandonada y sin cultivo, teniendo que venderse a los grandes terratenientes, de quienes recibe préstamos de dinero e hipoteca, o al Estado que lo carga de impuestos, los mismos que terminan por transformarlo en esclavo. No solo la guerra y la piratería proporcionan esclavos, sino también los impuestos, la hipoteca y la usura, abas-

teciendo y ampliando el mercado esclavista. Además, en la competencia de la gran producción esclava y la pequeña producción libre, esta tenía que ir desapareciendo.

Así se constituye un sistema de producción fundamentalmente esclavista, tanto en la tierra como en la industria, que se desarrolla por medio de talleres. El Estado, por su parte, utiliza los esclavos en los trabajos públicos, minas, edificios, acueductos, caminos, etc. La esclavitud, que al comienzo tuviera un carácter patriarcal, se transforma, con la producción de mercancías, en la principal fuerza productiva, en la base del edificio económico social romano. En cuanto a las relaciones de producción, el esclavista es propietario absoluto del esclavo y puede venderlo, regalarlo o matarlo. Como el buey y el caballo, el esclavo no tiene ningún derecho y su deber es trabajar bajo el látigo y la cadena, para el patrón esclavista.

Pero el desarrollo del esclavista en las diferentes esferas de la producción, no solo ha traído, como ya hemos expresado, el desplazamiento de gran parte del trabajo libre de campesinos y artesanos, sino también su empobrecimiento y aun envilecimiento, llevándolo a constituir lo que se ha llamado el proletariado o mejor *lumpenproletariado* que, concentrado en Roma, entrega su voto a los diversos miembros de la oligarquía dominante que se disputan el poder, a cambio de los favores que recibe o sea del “pan y circo”, como, lo expresa la frase romana, haciendo de la llamada democracia una simple farsa y un medio de enriquecimiento de los poderosos y sus secuaces, que se pagan de sus gastos electorales con el saqueo de las provincias; y así se transforma la antigua “clientela”, y su dependencia personal, en clientela política. No hay que confundir al llamado proletariado romano o más bien *lumpenproletariado*, con el proletariado moderno, porque aquel, aunque desprovisto de bienes como este, en vista de que su trabajo se ha vuelto innecesario, se ha constituido en parásito de la sociedad, mientras el proletariado actual constituye la fuerza fundamental de la producción.

Pero el sistema económico romano, como el griego y como todos los sistemas basados en la propiedad privada, la división en clases y la explotación del hombre, llevaba en sí profundas contradicciones que tenían que conducirlo a su desaparición. La propiedad no solo de los medios de producción sino también del esclavo, al que se trata como bestia de carga, sometiéndolo a una explotación inhumana, trae consigo la destrucción de grandes cantidades de esclavos que no pueden ser fácilmente reemplazados, ya que la guerra que los proporciona baratos y abundantes, de manera que no importa agotarlos rápidamente en busca del mayor pro-

vecho, va cegando también, por otra parte, la fuente misma de su abastecimiento, al destruir la población humana haciendo del esclavo un trabajador caro y antieconómico.

Además, el gran latifundio esclavista que destruye y absorbe la pequeña propiedad agrícola, mina y debilita, asimismo, el ejército imperial que en la mejor época estaba compuesto de campesinos libres, que es lo que lleva a la paz romana. La técnica tenía que permanecer rudimentaria, ya que los instrumentos que se ponían en manos del esclavo debían ser rudos y toscos, a fin de que no los destruyera, puesto que trabajaba bajo una violenta presión exterior, lo que impide el incremento de la productividad del trabajo, mientras la población parasitaria crece. Pero sobre todo, el desprecio al esclavo engendra el odio al trabajo, no solo por parte de aquel, para quien se ha vuelto un tormento (trabajo viene de *tripolium*, instrumento de tortura) sino también de los hombres libres, que viven a expensas de ese trabajo y que lo califican de despreciable y denigrante, lo que conduce al sistema a un verdadero callejón sin salida, que no ha de superarse sino por medio de una transformación que conduzca a nueva estructura económico-social:

Ahí donde la esclavitud es la forma dominante de la producción, el trabajo se transforma en la actividad propia del esclavo y deshonroso para el hombre libre. Gracias a este hecho, se excluye toda posibilidad de salir de tal modo de producción, mientras, por otra parte, su supresión es necesaria a fin de que la esclavitud deje de ser un obstáculo para el desarrollo de la producción.⁴⁶

En síntesis, las relaciones esclavistas de producción, que al comienzo posibilitan el desarrollo de las fuerzas productivas (una mayor división del trabajo, la cooperación simple, etc.) y que se expresan en la construcción de las grandes obras de la antigüedad, terminan por constituirse en un obstáculo para ese mismo desarrollo, al rebajar y degradar la fuerza fundamental de la producción, el trabajo humano.

Paralelamente, encontramos una clase parásita y corrompida, enriquecida con la distribución de la rapiña y el botín, que llega a todos los excesos en la única función que desempeña, la del derroche y el placer, hasta llegar a alimentarse con lenguas de ruiseñores y perlas disueltas en vinagre.⁴⁷

46. F Engels. *Dialéctica de la Naturaleza*.

47. K. Kautsky. *El Cristianismo, sus Orígenes y Fundamentos*, Ed. Nueva Cultura, 70.

Por otra parte, la concentración de esclavos en las ciudades y los campos y la monstruosa situación en que se encontraban, comienza a desencadenar una lucha de clases que llega a constituir una terrible amenaza para el orden constituido, como aquellos levantamientos dirigidos por Euno, Cleón y sobre todo el esforzado, heroico y formidable Espartaco, cuya acción ha quedado como un ejemplo de valor y lealtad a su clase. A ello se agrega las continuas y permanentes luchas que realizan los campesinos contra los impuestos, las deudas y sus opresores terratenientes; los deudores contra los acreedores usurarios; los pobres contra los ricos; las colonias contra la metrópoli.

Tal es el cuadro de la lucha social romana. Consecuencia de ella son las reformas agrarias emprendidas por los hermanos Graco, Tiberio y Cayo, que caen asesinados por los terratenientes; los esfuerzos de Catilina, combatido por ese furioso defensor del orden y la propiedad privada, Cicerón, que lo acusaba de inmoral porque trataba de dar al público las tierras que no eran suyas.

Para aplastar esta lucha social creciente, las esclavistas destruyen la república y crean dictaduras personales y militares, basadas en ejércitos mercenarios, lo que instituye el "cesarismo" y una sucesión de emperadores que ruedan por el plano inclinado del esplendor y decadencia de Roma.

Toda esta descomposición, que es el resultado del hundimiento del sistema, trae el miedo y la depresión que al invadir el mundo de las ideas, se expresa en el cristianismo, que encuentra un campo propicio en los esclavos torturados y las clases menesterosas, que en su falta de fuerza y consistencia revolucionaria, no hallan otra salida que una simbólica salvación en el más allá; credo que también conquista a la misma clase dominante que, empavorecida, busca primero refugiarse en el estoicismo y neoplatonismo, en los que alimenta sus raíces el cristianismo, al que luego se abraza, utilizándolo, como lo han de hacer todas las clases dominantes, en instrumento de dominación y explotación de las clases desposeídas.

En esta forma, los esclavos no llegaron a tener conciencia de sus objetivos y carecieron de un programa de transformación de la sociedad que les permitiera dar un salto hacia adelante; dadas las condiciones en que viven, actúan mejor movidos por un simple odio vengativo y un instinto de retaliación, que por nuevas concesiones renovadoras. Por el contrario, sus ideas eran reaccionarias en cuanto solo anhelaban su libertad para esclavizar a otros y volver a la pequeña propiedad. Además, carecieron de la organización y la unidad necesarias para su triunfo, como lo demues-

tra la más importante de las insurrecciones, la de Espartaco, en la que no intervinieron los esclavos urbanos y domésticos.

En cuanto a los plebeyos, una vez obtenida la igualdad en la distribución de las tierras fiscales y los derechos ciudadanos, lo que abrió el camino al enriquecimiento de los más afortunados, estos se unieron con la aristocracia terrateniente. Los pequeños campesinos y artesanos desposeídos que se transformaron en proletarios, y que se hallan colocados entre los propietarios y los esclavos, formando un estrato medio, no llegan a constituir una clase independiente que les permita actuar con su propia personalidad e intereses. En resumen, no se ha formado una verdadera clase revolucionaria, que hubiera triunfado en su lucha; pero su sacudida ha sido tan fuerte, que el mundo esclavista ha tenido que venirse abajo.

Lucien Henry, refiriéndose a la contradicción fundamental del sistema esclavista que ha de llevarlo a su desaparición, comenta:

La producción fundada sobre la esclavitud y la sociedad fundada sobre este modo de producción mueren a causa de esta contradicción. La salida más frecuente de tal situación es la conquista de esta sociedad por otra. Grecia fue conquistada por Macedonia, Roma lo será por los bárbaros; si la sociedad conquistadora está a su vez fundada sobre la esclavitud, hay un simple desplazamiento y una moratoria más o menos larga, pero llega un momento en que el proceso se repite a mayor escala. Pero Roma no será conquistada por pueblos esclavistas. En Oriente, los árabes fueron estos conquistadores; el proceso de feudalización fue ahí largo, doloroso y complejo, a causa de la riqueza económica, del desarrollo del capitalismo mercantil, de la multiplicidad de las relaciones sociales existentes en aquellas provincias. En Occidente, los germanos desempeñaron el mismo papel que los árabes en Oriente y su conquista aceleró la evolución hacia el feudalismo, provocando la descomposición interna del imperio y la lucha de clases incapaz de engendrar una nueva sociedad, incapaz de promover una clase revolucionaria. El ideal de los esclavos, como el de los colonos, cuyas revueltas se conjugaron, era reaccionario; soñaban con la libertad perdida, deseaban la restauración de la pequeña propiedad, pero su lucha -hay que distinguir entre lo que piensan los hombres y lo que ellos hacen- fue progresiva y las revueltas del siglo VI, unidas a las invasiones germánicas; después de una decadencia relativa de la sociedad, condujeron al feudalismo, tipo social superior a la esclavitud.⁴⁸

No es la invasión de los bárbaros o la propagación del cristianismo, como se acostumbra decir, lo que determina el hundimiento del sistema esclavista y su transformación en el sistema feudal; son las contradiccio-

48. *Los Orígenes de la Religión*, Ed. Frente Cultural, 129.

nes mismas que actúan dentro de su seno, las que conducen a esa transformación y desaparición; pues han vuelto antieconómica e imposible la utilización del trabajo esclavo y la gran producción latifundista, y han hecho necesaria la pequeña producción del colono atado a la gleba, como el único medio de desarrollar las fuerzas productivas; las invasiones constituyen un proceso acelerador y contribuyen a la conformación de la nueva estructura económico social, pero no son su causa. En cuanto al cristianismo, como hemos anotado, no solo que no da ninguna solución terrena al problema, ningún objetivo de lucha transformadora, sino que desorienta y anula la acción de las clases desheredadas, al desviar su atención de los hechos reales que las afectan directamente, para fijarla en un más allá, en el que el bienestar y la felicidad prometidas, ya no inquietan ni perjudican a los ricos.

El pensamiento económico

El desarrollo de un cierto capitalismo comercial y usurero más adelantado que el de Grecia; la intensa lucha de clases entre patricios y plebeyos, hombre libres y esclavos, que se realiza a través de su historia, así como la amplitud de sus conquistas, que trajeron a Roma indudables problemas de carácter económico y social, debían hacernos esperar una abundante cosecha de reflexiones sobre la economía, un desarrollo avanzado del pensamiento económico; pero la incursión en este campo resulta decepcionante. Sea porque la tensión entre el mundo gentilicio primitivo y la nueva economía dividida en clases, no fuera tan intensa como en Judea o Grecia, como anota Roll; o porque la conquista y la guerra transformara a los miembros de la clase dominante en administradores y guerreros, hombres de acción más que de pensamiento, como sugiere Schumpeter, la verdad es que muy poco de original encontramos como legado de esta época y que pueda constituir un cuerpo independiente de doctrina; lo poco que ha quedado forma parte de otras ramas del saber, como veremos luego. Por lo demás, no es la originalidad ni el impulso creador lo que caracteriza al pensamiento romano en sus diferentes campos, en los que predomina la imitación griega.

El pensamiento económico en Roma, como en los demás pueblos antiguos que se enfrentan con terribles desigualdades e injusticias, tiende a proyectarse hacia atrás, a la Edad de Oro, representada por la tradición del mundo gentilicio, con su vida común e igual para todos los hombres; o exalta la pequeña agricultura, que ha de constituir la salida hacia un nuevo régimen, el feudal, y condena el latifundio considerándolo la causa de

la perdición de Roma, como lo acredita la conocida frase de Plinio, “el latifundio perdió a Roma”; a pesar de su desarrollo comercial, condena como en Judea y Grecia, las formas nuevas de enriquecimiento por dinero.

Trataremos de ilustrar con algunas breves citas las tendencias generales de este pensamiento. Espigando en las páginas de los filósofos y literatos, encontramos que Virgilio en sus *Geórgicas*, exalta el comunismo primitivo, que precediera a la edad de hierro, con su propiedad y los males consiguientes que aquejan a los hombres:

Antes de Júpiter, ningún labrador había domeñado los campos. No estaba permitido marcar sus límites ni reglamentar su reparto. Todo era común, y sin que se solicitara, la tierra prodigaba libremente sus bienes.

A lo que agrega Horacio:

Más dichoso es en su desierto el esita que arrastra con su carromato su morada errante. Más dichoso es el geta salvaje. Sus campos sin límites producen una miel libre y común... Llevemos al Capitolio, o mejor arrojemos al mar contiguo esas perlas, esos diamantes, ese oro inútil, principio de todos nuestros males.

Refiriéndose al mismo tema, Séneca, el filósofo, en sus *Epístolas*, nos dice:

¿Quién más feliz que aquella raza de hombres? Disfrutaban en común los bienes de la Naturaleza. Cual una madre, ella los defendía y los cuidaba durante su vida toda. ¿No eran, pues, ricos aquellos hombres entre quienes no había ni un solo pobre? Pero cuando apareció la codicia, lo perdieron todo por querer ahorrar algo para hacer de ello propiedad personal suya. Aunque el hombre quiera reparar el mal y reemplazar lo que ha perdido, echar al vecino comprando su tierra o empleando la violencia, ensanchar sus dominios hasta las dimensiones de verdaderas provincias que requieren varios días para atravesarse, será en vano, y nada podrá reintegrarnos al punto de donde partimos... No se conocía entonces la abundancia ni la escasez. Todo se compartía en paz. Aun no había puesto el más fuerte su mano sobre el más débil. Cada uno se ocupaba de su vecino como de sí mismo.

Séneca, el retórico, padre del filósofo, expresa los sentimientos del pequeño campesino despojado por el rico y despiadado latifundista:

Vosotros los ricos poseéis todas las tierras y llenáis las ciudades y sus alrededores con vuestros palacios suntuosos. Para que puedan disfrutar en invierno el calor del verano o en verano la frescura del invierno vuestras villas, que se extienden en todos sentidos, y no sufran los cambios de estaciones, vemos ahora

cultivadores aislados en regiones habitadas otrora por un pueblo entero, y el poderío de vuestros administradores es más considerable que el de los reyes.

Y agrega:

Antaño no era yo vecino de un hombre rico. Alrededor de mí habitaban numerosos hacendados que cultivaban sus modestos bienes en armonía con la vecindad. Cuánto ha cambiado la situación. El país que antes nutría a todos estos ciudadanos ya no comporta más que una sola plantación perteneciente a un solo propietario. Se extiende esta en todas direcciones. Arrasadas han sido las granjas que han englobado, y destruido los hogares de nuestros padres. Ahora reina en todo lugar una soledad desértica. Por todos lados me rodea la riqueza como un muro: acá el jardín de los ricos, allá sus campos; acá sus viñedos, allá sus bosques y sus pastos... Y no se interrumpe tal extensión hasta que se estrella contra los dominios de otro gran propietario.

En Cicerón, el más conservador de todos y el que mejor refleja el pensamiento de la clase privilegiada, se encuentra la condena y el odio al trabajo, que inspiraba a la clase dominante romana como a todas, las que le han sucedido:

En primer lugar condenamos todo oficio odioso, como el de los cobradores y usureros. También es bajo y servil el de los jornaleros, y de todos ellos a quienes se compra, no sus artes, sino su trabajo; porque en estos su propio salario es un título de servidumbre. Asimismo se ha de tener por oficio bajo el comercio de los que compran a otros para volver a vender, pues no puede tener algún lucro sin mentir mucho, y no hay vicio más feo que la mentira. Además es bajo todo oficio mecánico; no siendo posible que en un taller se halle cosa digna de una generosa educación. Tampoco son de nuestra aprobación aquellos oficios que suministran los deleites, los pescadores, carniceros, cocineros y mondongueros, como dice Terencio.

Pero el comercio que se condena es el pequeño, y no el gran comercio que produce enormes utilidades:

El comercio, si es corto, se ha de reputar por oficio ruin; pero si es mucho y rico, que conduce mercaderías de todas partes y las distribuye sin engaños a nadie, no se ha de condenar enteramente.

Asimismo, defiende la propiedad privada y considera que la función de la Ciudad-Estado, es defenderla:

En primer lugar ha de cuidar el que gobierna un Estado que cada ciudadano posea lo suyo, y que no padezcan detrimento los bienes de los particulares

bajo pretexto de utilidad pública. Fue muy perjudicial aquella máxima de Filipo en su tribunado cuando promulgó la ley agraria, la que fácilmente permitió que no se recibiese, y en esto se mostró muy moderado; pero en su discurso, entre muchas proposiciones muy favorables al pueblo, profirió una muy perjudicial y fue: "que no había en la república dos mil hombres que tuviesen bienes propios": expresión sediciosa, y dirigida a igualar las haciendas, que era el más grave perjuicio que podía introducirse. Porque las ciudades y repúblicas fueron fundadas por causa de conservar la propiedad. Pues aunque se juntaban los hombres siguiendo su natural sociable, no obstante buscaban resguardo de las ciudades con la esperanza de asegurar sus propios bienes.

Dado que el tipo de la economía romana es fundamentalmente agrario, hemos de hallar en este campo algunas ideas, o mejor consejos, de carácter económico.

Entre los llamados *agrónomos*, que escribieron sobre la agricultura, más desde el punto de vista de la técnica administrativa que de la economía, encontramos a Catón, exhibido como un ejemplo de moralidad y rectitud, y que aconseja "al propietario latifundista no dar mucha comida a los esclavos, si estos no están activos"; la venta de productos cuando los precios sean remuneradores, así como la de "los aperos inútiles para el trabajo, el hierro viejo, los esclavos viejos o enfermos, en una palabra, todo, aquello que no le sirva". "El dueño de casa será más bien vendedor que comprador". Seguramente por eso cobraba una buena tarifa al que deseara "holgar" con sus esclavas.

Repugnaría aun más la facilidad con que el viejo moralista prescribe la necesidad de deshacerse de los esclavos inservibles, luego que han hecho la fortuna del esclavista, si no conociéramos el concepto que todos los explotadores tienen de los explotados.

En cuanto al comercio y la usura,

sería un oficio mejor que otros muchos para enriquecerse si no fuera tan inseguro; así como la usura si no fuese tan criminal. Así, nuestros antepasados convinieron y consignaron en sus leyes que el ladrón pagará una multa del duplo y el usurero del cuádruplo. Por esto puede juzgarse que, según ellos, el usurero era un ciudadano mucho más peligroso que el ladrón.

Varrón, que prefiere el cultivo de la gran propiedad agrícola y clasifica los instrumentos de producción en animales, esclavos y herramientas, en su orden, anota las ventajas del asalariado sobre el esclavo, ya que

...es más conveniente utilizar ayuda pagada que el trabajo de esclavos, en los distritos abrumados por la insalubridad y aun en las regiones saludables, así

como para las tareas más difíciles de la agricultura, como la cosecha y la vendimia.

Naturalmente, como en la compra del esclavo se ha empleado una cantidad de dinero, es necesario defenderla, utilizando el hombre libre en los trabajos demasiado peligrosos, ya que este no cuesta nada. Exactamente igual a lo que pasa con el asalariado moderno, al que también se llama libre, aunque se halla atado con las cadenas invisibles del capital, y que no importa agotarlo y destruirlo, porque no cuesta nada. Eso explica también el que a nuestro trabajador del campo, por ejemplo, se lo trate peor que a los animales y los esclavos.

Columela, se da clara cuenta de los problemas que está engendrando el trabajo esclavo aplicado a la tierra, como resultado de haber “abandonado el cultivo de nuestras tierras al último de nuestros esclavos, que las trata como verdadero verdugo; mientras que los hombres más eminentes entre nuestros ancestros no han desdeñado de ninguna manera hacer de ella su principal ocupación”.

Al igual que Plinio, se pronuncia contra el latifundio, que perdería a Roma, según la frase conocida, y defiende la pequeña propiedad, ya que, “un pequeño campo bien cultivado produce más que un grande cultivado mal. Admirad si queréis, una gran finca; pero no cultivéis sino una pequeña”. Desea detener la expansión latifundista, aconsejando:

Guardémonos de adquirir más tierra que la que nuestros medios nos permiten cultivar. Como en todas las cosas, se guardará en la adquisición de las tierras una justa medida; y ni tendrán tantas sino las necesarias para aparecer que se las ha comprado a efecto de gozar de ellas, y no para estar sobrecargado uno mismo, para quitar a otro el derecho de usarlas: a ejemplo de estas gentes inmensamente ricas que poseen países enteros, de los cuales no podrían ni siquiera dar la vuelta a caballo. No basta querer poseer, es necesario también poder cultivar.

Consideramos que estos serían buenos consejos para nuestros terratenientes.

Se da cuenta de los malos resultados del trabajo esclavo así como de su baja productividad, indicando la conveniencia de emplear hombres libres o arrendar las tierras, ya que,

Los esclavos, por lo general, hacen mucho mal a sus dueños. Alquilan los bueyes a extraños, los alimentan poco, así como a los demás ganados; y trabajan la tierra sin exactitud... No toman suficiente cuidado de las tierras sembradas

para hacerlas rendir bien. Creo, pues, que si el propietario no puede por sí mismo supervigilar la tierra, haría mejor en arrendarla.

Anota las ventajas de la división del trabajo, ya que "...se convendrá en que es necesario establecer una cierta distinción entre los diferentes trabajos de la agricultura, es decir, que no se debe hacerlos ejecutar independientemente por toda clase de personas. Esta división del trabajo tendrá la ventaja de excitar una laudable emulación entre los trabajadores y hacer notar a los perezosos".

Condena el comercio, la usura y la guerra, como medios de adquirir, y exalta el cultivo de la tierra, ya que se trata de "riquezas siempre teñidas de sangre, fortunas frecuentemente fundadas sobre el daño de otros; el oficio del usurero, odioso hasta para aquellos mismos a quienes parece socorrer por un momento".⁴⁹

Por el estudio que venimos realizando, sabemos ya que la propiedad privada no es una cosa eterna que ha existido y ha de existir siempre, sino que se ha originado con la división del trabajo y el cambio, y adquiere las diferentes modalidades que le imprimen el modo de producción. De la producción y la propiedad colectivas, y en forma de transición, se pasa a la propiedad comunal en la que esta aun coexiste, en mayor o menor proporción, con la propiedad privada, como en la *marca* germana y nuestro imperio incaico, y luego a la propiedad familiar, que hace de la familia el sujeto de propiedad a través de su jefe, y por fin a la propiedad privada personal, en consonancia con el modo de producción individual.

Todo este proceso se desarrolló en Roma, con la diferencia de que mientras en otras sociedades, Atenas y Esparta, por ejemplo, la propiedad privada, al mantener ciertos ligámenes con la comunal, se halla limitada en cuanto se refiere al beneficio social, o sea que existe una propiedad en función social, como diríamos modernamente; la propiedad romana, debido a ciertas características, como la existencia de un latifundio generalmente improductivo, que los latifundistas gobernantes defienden en toda su integridad, y el desarrollo de las transacciones comerciales, adquiere una individualidad absoluta que se expresa en el *jus utendi*, *jus fruendi* y *jus abutendi*, derecho de usar, disfrutar y abusar, que ha de inspirar el derecho moderno, levantado también sobre la propiedad individual absoluta y sin limitaciones.

49. Las transcripciones han sido tomadas de la *Historia General del Socialismo*, de Max Beer, Ed. Ercilla, y la *Historia y Antología del Pensamiento Económico*, de Silva Herzog. Ed. Fondo Cultura Económica.

Lo mismo acontece con el derecho de herencia, secuela del anterior, que suprime la intervención del Estado, que se permitía en algunos casos, para adquirir plenitud en la transmisión de los bienes, con el fin de que se concentren y perpetúen en determinadas familias; y la supuesta libertad de contratar, que se deriva, igualmente, de aquel derecho absoluto de la propiedad.

Así Roma, en su esfuerzo por defender la propiedad privada individual, que había alcanzado contornos muy precisos, y afianzar los derechos de la clase enriquecida; de impedir que las masas pobres atentaran contra los derechos de los pudientes; constituyó un conjunto de instituciones y un cuerpo de leyes, que han de tener gran influencia aun en la economía capitalista, basado también sobre la propiedad y producción privadas.

Asimismo, su contacto con otros pueblos y la observación de ciertos principios comunes que informaran sus sistemas legales, producto de un desarrollo histórico paralelo, determinan la formación del *Jus gentium*, derecho de gentes, del que han de nacer más tarde los conceptos de derecho natural y de ley natural, a los que se refieran los estoicos, y que han de jugar un papel preponderante en el desarrollo de la ciencia económica.

En cuanto a la corriente que engendra el cristianismo, esta constituye la ideología de la época de la decadencia romana y aparece en su iniciación como un grito de rebeldía de las masas explotadas y desesperadas, que buscan en la tradición de un Mesías, la redención de las terribles injusticias de que fueran víctimas. Su ataque inicial a los ricos y avaros (primero pasará un camello por el ojo de una aguja antes que un rico se salve); su llamado a la fraternidad, que debía considerarse incompatible con la esclavitud; una cierta exaltación del trabajo, condenado como vil por los griegos y romanos; su organización en comunidades; todo esto ha hecho que por entonces y aun hoy se lo considere, por parte de algunos historiadores, como subversivo, revolucionario, y aun se lo califique de “socialista” o “comunista”.⁵⁰ Sin embargo, la realidad histórica

50. Max Beer, entre otros, en su conocida *Historia General del Socialismo y de las luchas sociales*, califica al cristianismo primitivo de comunista y revolucionario al igual que los movimientos heréticos que, frente al enriquecimiento y dominio de la Iglesia, tratan de mantener un espíritu de pobreza, lo que ha de conducirlos a ser exterminados por la Inquisición. Para ello se basa en numerosas citas de los primeros Padres de la Iglesia: “Tendrás todo en común con tu prójimo. No deberás poseer nada en propiedad” (Barnabás). “Todas las cosas son comunes. No existen para ser adquiridas únicamente por los ricos”. (Clemente de Alejandría). “Es la naturaleza la que ha creado el derecho comunista y la violencia es la que engendra el derecho de propiedad”. (San Ambrosio). “El pan que te apropias es del que tiene hambre, del que está desnudo la vestidura que guardas encerrada en tus cofres,

nos demuestra lo contrario, ya que sus llamados a la fraternidad (todos son iguales ante Dios o sea el explotador y el explotado), condujeron más bien, ayer como hoy, a frenar la lucha de clases, aconsejando la sumisión de los esclavos a sus amos y de los pobres a los ricos, con indudable regocijo de estos y aquellos; y sobre todo su busca de la felicidad no en este mundo sino en el más allá, lo que impide una comprensión clara de la realidad, lo vuelve utópico como instrumento de liberación de las masas que lo seguían, transformándose en una garantía permanente del sistema de dominio y explotación mantenido por los poderosos, como nos lo demuestra aquella amonestación que sigue sonando en nuestros oídos: “y vosotros, esclavos, sed sumisos a vuestros amos como a Dios”.⁵¹

El cristianismo, que aparece, sobre todo en sus primeros tiempos, como una esperanza frustrada, de los que sufren porque son humillados y explotados, no puede ser calificado de socialista, por muchas razones, entre ellas la del que el cristianismo defiende la propiedad privada y el socialismo proclama la propiedad social; el socialismo busca la liberación y redención del hombre en este mundo y no en el otro; el socialismo no está en contra de la riqueza como cantidad de bienes producidos, sino por el contrario propugna el desarrollo de la misma, pero no para beneficio de unos pocos sino de toda la sociedad.

del que va descalzo los zapatos que se enmohecen sin utilidad en tu casa, del que no posee nada el dinero que retienes escondido en tu cueva”. (Basilio el Grande). Si es verdad que en algunos Padres de la Iglesia encontramos ciertas reminiscencias del viejo anhelo de volver al comunismo primitivo, destruido por la aparición de la propiedad privada, que se expresa en el mito del pecado original, no puede hablarse de socialismo y comunismo, en el sentido moderno, que ha de necesitar condiciones distintas para su aparición. Por otra parte, en las expresiones transcritas, no se trata de una transformación socialista o comunista de la sociedad, sino de mantener la comunidad de bienes dentro de tales o cuales sectas religiosas. Por lo demás, muy pronto el cristianismo se ha de transformar en el más grande defensor de la propiedad privada y de la sumisión de los esclavos y siervos a sus opresores: “Si alguien, bajo pretexto de piedad religiosa, enseña al esclavo a despreciar a su amo, a sustraerse de la servidumbre o a no servirle con buena voluntad y amor, que sea anatema” (Concilio de Gangra). “Que cada uno permanezca en el estado en que estaba en el momento en que Dios lo ha llamado” (Pablo). “La servidumbre es un don divino” (San Ambrosio). “Cuán deudores de Cristo son los ricos, pues el pone en buen orden sus cosas” (San Agustín). No puede, pues, hablarse de comunismo cristiano ni revolucionario.

51. León XIII, en su carta a los obispos del Brasil, escrita el 5 de mayo de 1888, con motivo de la abolición de la esclavitud en ese país, hizo varias apreciaciones históricas, fundadas en textos eclesiásticos, sobre la actitud de la Iglesia en el Imperio Romano, aconsejó la sumisión de los esclavos y la dulcificación en el tratamiento a los amos, pero no quiso, en favor de la paz pública, activar la emancipación de aquellos y reprobó todo intento de sedición. *Letras apostólicas de S. S. León XIII*, t. II, edición latina y francesa, sin fecha, 145 y ss., *Orígenes del Poder Económico de la Iglesia*, apéndice B. de C. Amado Inchansti, 174.

Capítulo tres

La sociedad feudal

La estructura económico social

Es común a todos los historiadores situar la Edad Media entre los siglos V al XV, aunque algunos subdividen este período para fines más específicos, que no son necesarios a nuestro propósito de presentar un breve esquema de la estructura económico social de esta época.

Durante la decadencia del imperio romano, se produce una transformación de la estructura económica, debido a la destrucción de las fuerzas productivas, por las causas que ya hemos indicado antes, así como por la invasión de los bárbaros. Declina la agricultura y también la industria, que no encuentra salida a sus productos; el comercio viene a menos, la moneda emigra o es atesorada y los bancos desaparecen; todo lo cual conduce a una especie de vuelta a la economía natural; la población disminuye, produciéndose un éxodo de la ciudad al campo. Este cambio económico, determina el que se establezcan nuevas relaciones de producción.

Ya hemos visto las razones por las cuales la producción por el esclavo se vuelve cada vez más antieconómica, debido a su baja productividad, la falta de iniciativa en el trabajo y más condiciones negativas, lo que trae la crisis del gran latifundio esclavista y la necesidad del pequeño cultivo. En tales circunstancias, el latifundista, sin desprenderse de sus tierras, comienza a conceder pequeñas parcelas a los esclavos, libertos y hombres libres sin tierra, los mismos que quedan obligados a numerosas prestaciones, y que toman al principio el nombre de colonos. Así, la esclavitud realmente se sobrevive, tomando otra forma más conveniente al desarrollo de las fuerzas productivas, ya que un colono es un trabajador dueño de su pequeña economía, consistente en los rudimentarios instrumentos de producción, como no lo era el esclavo, y cultiva su parcela, lo que da cier-

to incentivo al trabajo, volviéndolo más productivo, mientras se economiza la inversión de grandes sumas de dinero en la compra de esclavos.

Por otra parte, pequeños campesinos o comunidades, que llevaban una existencia sumamente difícil y azarosa, para protegerse de la violencia y otros desmanes, acudían al poderoso, que lo primero que exigía era la entrega de la propiedad de la tierra, concediéndola luego en usufructo vitalicio, que es lo que da lugar al *patronazgo* y el *patrono*.

Al mismo tiempo, se realiza otro proceso que ha de contribuir a la conformación de la nueva estructura feudal y que viene del exterior, debido a la invasión de las tribus conquistadoras, los llamados bárbaros, que se hallan en un período de desintegración del régimen gentilicio, pues se había producido ya una creciente desigualdad económica, debido a la existencia de la propiedad privada y la división en clases. Gran parte de las tierras conquistadas fueron concedidas a los jefes o cabecillas militares –en una economía de escasa circulación monetaria los servicios se pagan en tierra– que someten a los campesinos a su dependencia, exigiéndoles abrumadoras prestaciones. Así, por la acción de estos dos factores, se va conformando el feudo, que es la unidad de producción medioeval, y el trabajador, que al principio está sujeto a ciertas diferenciaciones, se transforma y unifica en el siervo de la gleba, lo que determina, especialmente en el campo, la formación de dos clases sociales opuestas y contrarias: los terratenientes, (nobleza y clero), que disfrutaban de los grandes privilegios económicos, políticos y sociales, y el campesinado, los siervos de la gleba, al margen de todo derecho político, explotados y oprimidos brutalmente por la clase dominante. La lucha de clases, entre los terratenientes y los siervos, ha de constituir el rasgo fundamental de esta etapa histórica.

El señor es dueño de la tierra y demás medios de producción, pero ya no tiene la propiedad completa sobre el siervo, como antes la del esclavo, ya que si puede venderlo, no tiene derecho, por lo menos formalmente, a matarlo. Por otra parte, el siervo, a diferencia del esclavo, posee un pequeño peculio, constituido por los rudimentarios instrumentos de producción y el producto que obtiene durante el tiempo de trabajo suplementario que le queda, luego de la espantosa y humillante explotación a que se halla sometido. No solo está obligado a trabajar bajo el látigo del capataz, en la tierra del señor; al pago en especie o dinero por el uso de la parcela que utiliza –la renta en trabajo, en especie o dinero se va sucediendo paralelamente al desarrollo económico–, sino otras innumerables prestaciones, como la de llevar el trigo o la uva al molino o lagar del se-

ñor, que disfruta de estos y otros monopolios; el pago del peaje y numerosos impuestos al Estado, así como los terribles e implacables diezmos a la Iglesia, que han perdurado hasta la época actual, en países subdesarrollados como el nuestro.

Es necesario destacar el papel preponderante de la Iglesia en el campo económico, que no solo es el más grande señor feudal, en su calidad de propietaria de tierras, pues llega a poseer, en ciertos casos, hasta la mitad de algunos territorios, sino también la más fuerte empresaria en el campo de la industria y el comercio, así como en el financiero, debido a sus poderosas instituciones bancarias de crédito rural; lo que le da un completo control de la economía feudal, y con ello del Estado, en lo político, así como de las conciencias, en lo ideológico.⁵²

La Iglesia dominó durante varios siglos en la vida económica y social de Europa. Todo y todos estaban subordinados a la Iglesia: lo mismo las instituciones que las personas, lo mismo las villas que los villanos, las corporaciones de artesanos que los artesanos mismos, los artistas y los individuos superiores movidos por el anhelo de conocer los fenómenos del universo. El escultor no tenía más camino que hacer esculturas de santos; el arquitecto, edificar iglesias y catedrales; el pintor, dibujar imágenes de santos; y, el hombre con interés científico, a quien inquietaban los misterios de la naturaleza, solamente podía encontrar una salida: hacerse teólogo y pasar la vida al servicio de la Iglesia.⁵³

Desde el siglo X, se nota un despertar de la economía, con el desarrollo de la industria y comercio dentro de Europa y con el Oriente. Resurgen las viejas ciudades o se originan otras nuevas. (Venecia, Génova, Florencia, Marsella, Lyon, etc.). Esta necesidad de expansión comercial, trae la guerra de las cruzadas (1096-1270), que pone a Europa, en contacto con ese depósito de mercancías que es el Oriente, e incrementa el intercambio y la riqueza, abriendo nuevos caminos a la industria y el comercio.

En la antigüedad, habían ya ciudades que desarrollaron la industria en los talleres esclavistas, que luego se disgregaron dejando un artesanado que crece muy débilmente. Por otra parte, durante la Edad Media, se van formando esas concentraciones de artesanos y comerciantes que se llaman burgos y que son el origen de la ciudad medioeval. Al comienzo, si bien el artesano de la ciudad produce para vender, se halla ligado, como el artesano del feudo, donde la agricultura y los oficios se encontraban unidos, a la labor agrícola, de la que a veces deriva gran parte de su

52. Véase: P. Amado Inchansti. *Orígenes del Poder Económico de la Iglesia*, Ed. Pavlov, 145 y ss.

53. J. Silva Herzog: *Historia y Antología del Pensamiento Económico*, Ed. F. C. E., pág. 150.

sustento. Fue durante el siglo XI, que se realiza la separación del agricultor y el artesano, debido al perfeccionamiento de los oficios, a la demanda de los señores feudales, que comienzan a comprar en los mercados ciudadanos, con lo que se desarrolla una economía mercantil, frente a la aldea que se mantiene en el ámbito de la economía natural. Asimismo, la ciudad de origen medioeval, nacida bajo la sombra del castillo y que está sometida a las exacciones del señor feudal, emprende en la lucha por su liberación, formando las comunas populares que conquistan el derecho a su propio gobierno.

En la ciudad, la célula del trabajo artesanal era el taller, compuesto del maestro, que para llegar a tal debía rendir las pruebas reglamentarias, tales como la obra maestra; los compañeros, que después de algunos años de aprendizaje, llegan a ser operarios y perciben un salario; y los aprendices. Al comienzo, el taller tenía mucho de patriarcal, pero estas relaciones se fueron modificando poco a poco.

La necesidad de evitar la competencia de los artesanos urbanos y más aun de los rurales que aflúan a la urbe, huyendo de la opresión del señor feudal; la conveniencia de crear mercados comunes, ya que el industrial es igualmente comerciante; la necesidad de luchar contra la nobleza succionadora y rapaz que oprime a la ciudad, oponiendo su propia organización a la feudal, pero que también adquiere un carácter jerárquico (maestro, compañero, aprendiz); determinan la formación de los gremios artesanales en los diferentes oficios, que realizan un control minucioso, desde que se inicia el proceso productivo hasta el consumo de los artículos, estableciendo el precio y la cantidad de materias primas que deben adquirirse, el número de operarios y aprendices que se han de aceptar en cada taller y los salarios a pagarse; la calidad y aun la forma que debían tener los productos y el modo de ofrecerlos a la clientela.

Los gremios, si bien al comienzo pudieron impulsar en cierta forma el mejoramiento artesanal, muy pronto se transformaron en una traba del desarrollo de las fuerzas productivas, ya que inmovilizaban, con su rigurosa reglamentación, toda iniciativa creadora y sobre todo se convirtieron muy pronto en un obstáculo para el ascenso de los compañeros, a quienes se impedía, con la imposición de condiciones cada vez más difíciles, el que pudiesen llegar a maestros, pues estos se han constituido ya en una especie de casta hereditaria, cerrada e impermeable.

En el aspecto social, en la ciudad dominaba la clase de los comerciantes, usureros, dueños de casas y tierras, la aristocracia de la riqueza. Los

gremios artesanales, que al comienzo luchaban contra las altas clases enriquecidas, en su afán de participar del gobierno, terminaron por entregarse a ellas, sobre todo los maestros acomodados. Abajo los compañeros, cada vez más oprimidos por los maestros, se reunían secretamente en las llamadas hermandades, con el fin de velar por sus intereses.

Al comienzo, por tratarse de una economía cerrada, en la que se produce y consume dentro del feudo, casi sin cambio, la explotación estaba limitada a la capacidad de consumir y derrochar del señor feudal y de los parásitos insaciables de que estaba rodeado; pero cuando comienza a crecer la economía de cambio y es posible vender los productos y comprar en otros mercados, el señor se vuelve codicioso y la opresión del siervo no encuentra ya límites.

Esto determina una serie de levantamientos de los campesinos contra los señores feudales, por la obtención de tierras y la liberación de la servidumbre, como la encabezada por Tyler, en Inglaterra; Dolcino en Italia; la Jaequerie en Francia, durante el siglo XIV; y la guerra de los campesinos en Alemania, en la primera mitad del siglo XVI, que a veces toman el aspecto de luchas religiosas y que han de constituir elementos fundamentales en la destrucción del sistema feudal.

Tanto la lucha de los campesinos contra los señores feudales; la de la pequeña burguesía artesanal contra la aristocracia enriquecida; como la de los compañeros y oficiales contra los maestros, determinan una oposición permanente de clases que conmueve continuamente la al parecer inmóvil estructura social y feudal, e impulsa la destrucción del régimen feudatario, en cuyas entrañas se está gestando el capitalismo y la burguesía, como veremos más tarde, pero que ya desde el siglo XIII da claras muestras de su existencia, y ha de encontrar su expresión en el pensamiento de esta época en que se inicia la transición al nuevo sistema.

El pensamiento económico

La Iglesia que, como hemos dicho, llega a monopolizar y controlar la economía feudal, monopoliza y controla también el pensamiento medioeval. El poder económico y espiritual se unen en una simbiosis característica, que ha de expresarse en las concepciones económicas de la época. Indudablemente, estas tienen sus antecedentes en los evangelios, la patrística y los grandes filósofos, Aristóteles y Platón, a quienes los canonistas se esfuerzan en adaptar a las nuevas realidades económicas. Los canonistas aceptan, cada vez más, la necesidad de los bienes terrenales y

las desigualdades que han de derivarse de la propiedad de estos, frente a la primitiva iglesia que condenaba la avaricia, la codicia y el comercio como medio de enriquecimiento; Platón y Aristóteles, convenientemente transformados y mistificados por la teología, son puestos al servicio de esta, convirtiendo a la filosofía, como ya se ha dicho, en la “sirviente de la teología”. Intentemos un breve esquema de la evolución del pensamiento económico en esta etapa.

Los padres de la Iglesia o lo que constituye la patrística (que comprende los seis siglos que van desde los apóstoles hasta Carlo Magno), concuerdan en muchos puntos con los estoicos, Platón y el neoplatonismo; pero mientras aquellos identifican la comunidad primitiva con la Edad de Oro, estos la consideran como la época adánica, antes del pecado y la caída. De esta manera trataron de explicar, tanto la división del trabajo, como el origen de la propiedad, la escisión en clases, la esclavitud, el Estado, etc., no por el desarrollo de las fuerzas productivas, sino por la voluntad divina y la sanción por el pecado. La caída en el pecado era el origen de todos estos males y había que aceptarlos porque formaban parte del plan divino. Así la esclavitud resulta natural y legítima “pues quien ha nacido esclavo debe soportar con paciencia, obedeciendo no solo a los buenos amos sino también a los que son duros”.

No soñaron siquiera con reforma social alguna, sino que, por el contrario, no solo aceptaron íntegramente todas las instituciones sociales y la estructura jerárquica establecida, sino que las sancionaron y justificaron.⁵⁴

No encontramos en los padres de la Iglesia un pensamiento económico desarrollado; sin embargo se puede anotar un continuo rechazo al comercio, porque enriquece a costa de los demás; el planteamiento inicial del justo precio, como el costo de producción más una ganancia moderada; la prohibición del préstamo con interés, aunque en la práctica se lo cobrara; la negativa al control de la natalidad, y en cierta forma el trabajo obligatorio, ya “que si alguno no quisiese trabajar, tampoco coma” (San Pablo).

San Agustín, obispo de Hipona, (354-430), es indudablemente el más destacado de los padres de la Iglesia y en él se expresa y cristaliza, casi en su totalidad, el pensamiento patrístico. Sin embargo, a diferencia de sus antecesores, no considera que la ley natural determine la igualdad de los hombres, sino que acepta su desigualdad; la esclavitud no solo obedece

54. Barnes y Becker. *Historia del Pensamiento Social*, 243 y ss.

al plan divino, sino también a aquella desigualdad natural; la propiedad privada es creación del Estado, vive por el y se halla limitada por el uso correcto, que es lo que le confiere el título para disfrutarla; el Estado debe basarse en la justicia y el derecho, propugnándose inclusive la rebelión contra el Estado injusto.

Pero el desarrollo económico crece y las situaciones cambian. Las cruzadas han traído la expansión comercial que se buscaba y con ella el comercio y los comerciantes adquieren importancia; el dinero comienza a circular más intensamente y todo ello trae un movimiento económico que necesita expresarse en nuevos términos; pues “desde que dejó de quemarse incienso en los templos paganos para arder en las iglesias cristianas, pasó a ser agradable a Dios el comercio prohibido tan poco ha”.⁵⁵

Tomás de Aquino (1225-1274), de la nobleza napolitana y autor, entre otras obras, de la *Suma Teológica* y *Comentarios a Aristóteles*, ha de ser la figura representativa de esta época y su pensamiento, aunque no siempre original, ha de expresar la transición de la Edad Media, hacia el capitalismo, en lo económico; y en lo ideológico, de la patrística y el platonismo y neoplatonismo, al escolasticismo, que es el intento de poner los conocimientos de la época al servicio de la teología, valiéndose especialmente para ello de un Aristóteles, traído por los comentaristas árabes y judíos, y en el que se procura matar todo lo vivo de su pensamiento para mantener y conservar lo muerto. No es el descubrimiento de Aristóteles lo que ha de engendrar las nuevas orientaciones del pensamiento, sino que las nuevas condiciones económicas hacen posible la utilización del filósofo estagirita, en el intento tomista de adaptación a la realidad circundante. Así comienza la Iglesia su camino continuo y ascendente de plegamiento oportunista –el oportunismo ha constituido su fuerte y le ha permitido mantenerse a flote, buscando estar siempre del lado de los poderosos– que ha de llevarla a la aceptación como un mal necesario, primero, más tarde a justificar y luego santificar, lo que antes, por lo menos teóricamente, había condenado; tanto más que el enriquecimiento que alcanzara, sin escatimar ningún medio, tenía que llevarla lógicamente a este fin.⁵⁶

55. Edgar Salín. *Historia de la Doctrina Económica*, Ed. Atalaya, 53.

56. El hecho de que ella misma –se refiere a la Iglesia– poseyera bienes económicos de medida considerable, y persiguiese fines de la misma índole, no podía dejar de influir en la postura que adoptara. ¿Cómo podía prohibir toda renta si la de la tierra constituía para ella la única posibilidad de emplear provechosamente sus enormes posesiones rurales? Y si la renta de la tierra se justificaba por su carácter “natural”, porque en ella veía un producto suplementario que la naturaleza rendía, ¿cómo había de impedir la Iglesia que el Interés del capital exigiera con el tiempo un reconocimiento igual,

Ya el concepto de ley natural, en Tomás de Aquino, difiere del sostenido por los primeros padres de la Iglesia que, basándose en los estoicos, consideraron inicialmente la igualdad natural de los hombres; pues de Aquino, como San Agustín, acepta con Aristóteles, que es la desigualdad lo propio de la naturaleza humana. Si bien la esclavitud no es una institución natural sino convencional, la justifica por razones de utilidad y como resultado de la caída, así como de la desigualdad existente entre almas fuertes y débiles, prudentes y estúpidas, superiores e inferiores, debiendo las primeras gobernar a las otras, llamadas a obedecer. La mujer debe ser la esclava del hombre tanto de espíritu como de cuerpo, por ley natural.

En lo que se refiere a la propiedad, sostiene que no es de derecho natural, pero tampoco es incompatible con el; y si bien no le confiere una sanción divina, construye el primer peldaño que ha de conducir, más tarde, cuando aquella se convierte en la piedra fundamental de la economía capitalista, a conferirle inclusive la calidad de sagrada. Sin embargo, de Aquino, toma una posición intermedia entre Aristóteles y Platón, al diferenciar la facultad de adquirir y de administrar, de la de usar los bienes. Las primeras funciones reclaman la propiedad privada, que defiende con los conocidos argumentos aristotélicos del mayor incentivo para el trabajo, el orden y la estabilidad social, etc.; pero al tratarse del uso de la propiedad, sostiene que deben tenerse en cuenta las conveniencias y necesidades de la comunidad, transformando al poseedor en una especie de funcionario responsable ante la sociedad.

En cuanto al comercio, el cambio y el justo precio, de Aquino, sigue muy de cerca a Aristóteles, aunque adaptándolo a las nuevas condiciones de la época. Como Aristóteles, diferencia el cambio natural y necesario, que se realiza para satisfacer las necesidades de la vida y lo practican los jefes de familia, o el Estado para proveer a la población de lo que necesita; del cambio de dinero por dinero, para obtener una ganancia, un lucro.

El análisis de lo que se ha denominado el “justo precio”, se refiere claramente al primer caso, o sea cuando los mismos productores independientes venden sus productos en el mercado y con el dinero obtenido adquieren otros productos. En esta clase de cambio, o sea en una economía mercantil simple, el valor para de Aquino, estaría determinado por el esfuerzo a trabajo convenientemente dirigido, los desembolsos en materias primas, transporte, riesgo sufrido, etc., y una remuneración conveniente que considerara el *status*, o sea la condición de la persona. Todo esto constituiría el precio corriente, sancionado por la comunidad y que sirve de base al cambio justo o sea de equivalentes, ya que el cambio en sí mismo es estéril, según lo había expresado Aristóteles.

Este justo precio, que se lo ejemplifica con lo dicho por San Agustín, al referir que alguien pagó el “precio justo” de un manuscrito, cuando se lo ofrecieron demasiado barato, y que Alberto el Grande consideraba como determinado por el trabajo y el costo de una mercancía, carece de verdadera precisión, como el mismo Tomás lo expresa. Sin embargo, el justo precio parece depender de la cantidad de trabajo invertido en la mercancía y de la posición que ocupa el productor dentro de la jerarquía feudal, lo que ha hecho que algunos comentaristas lo consideren como un antecedente de la teoría del valor trabajo. Lo cierto es que, en todo caso, se trata de una concepción objetiva del valor, que establece una clara diferenciación entre valor y precio –cosa que muchos economistas modernos procuran confundir al querer escamotear el primero para considerar únicamente el segundo–, ya que “si el precio excede a la cantidad del valor de la cosa, o por el contrario la cosa excede al precio; no habrá ya igualdad de justicia”;⁵⁷ de lo que claramente se desprende que el precio justo es el que se identifica con el valor de la cosa o sea con el trabajo que contiene. No se trata tampoco de un precio competitivo, como se afirma, por otra parte, dado que casi no existe la competencia, sino de un precio que es la expresión del valor.

Pero junto a esta economía precapitalista, se estaba desarrollando, como hemos dicho, una economía capitalista, en la que ya no se cambia para satisfacer las necesidades del productor, sino para obtener un lucro, una ganancia, actividad propia de los mercaderes o comerciantes, que estaban revolucionando y creando un nuevo sistema. Se trataba, pues, del caso en que una cosa se vende en más de lo que se pagó por ella. Ante esta situación, de Aquino ya no condena enteramente el comercio, sino que lo acepta como un mal necesario, y “el lucro que es el fin de la negociación, aunque en su esencia no implica cosa alguna honesta o necesaria, nada lleva en sí vicioso o contrario a la virtud”. Y así procede a determinar ciertos casos en que una cosa se puede vender en más de lo que ha costado, sin caer en la condenación moral: 1. cuando es necesario para la satisfacción de las necesidades del hogar o para ayuda al necesitado; 2. cuando esta actividad presta un servicio al país, siempre que el beneficio no sea mayor que el trabajo prestado; 3. cuando se ha incrementado o mejorado la mercancía; 4. si han cambiado las condiciones de tiempo y lugar; 5. en caso de riesgo.

especialmente cuando fuera reclamado y pagado de tal modo que apareciese como renta de la tierra?. *Idem.*, 57.

57. Citamos de acuerdo con la *Antología* de Silva Herzog.

Ya no se condena totalmente al comercio y el comerciante, sino que, no sin ciertas reticencias por cierto –pues se teme que la movilidad mental que produce el comercio conduzca a la desorganización social–, se lo acepta y busca una justificación para la ganancia, en vista de que comienza a ser una actividad cada vez más fundamental de la economía, en la cual la Iglesia juega un rol esencial. Sin embargo, en esta etapa de transición, todavía se trata de asimilar, en cierta forma, la ganancia del comerciante a la del campesino y artesano, como se desprende de los casos anotados, sin que aun llegue a constituir el beneficio una categoría independiente, como ha de acontecer después.

Tomás de Aquino es opuesto al préstamo con interés o sea a la usura. Su argumento inicial es de tipo aristotélico o sea que se basa en la esterilidad del dinero que, por lo mismo, no puede engendrar más dinero. Se apoya también en los evangelios y los padres de la Iglesia, que se habían producido contra esta forma de ingreso. El Derecho Romano, por su parte, aunque indirectamente, le suministra los elementos para un nuevo argumento, más bien ingenioso que persuasivo, al clasificar las cosas en aquellas que se consumen inmediatamente al usarse, como el pan y el vino; y las que pueden usarse sin consumirse, como la tierra o una casa. Si bien respecto a estas últimas, se puede separar el uso de la propiedad, no así en cuanto se refiere a las primeras, respecto de las cuales no puede cederse el uso sin la propiedad. Al tratarse de una casa o de la tierra, se puede ceder el uso de la misma sin la propiedad y percibir un arrendamiento por tal uso; pero no se puede ceder el uso del vino separándolo de la propiedad del mismo, porque esto sería realmente absurdo.⁵⁸ Como el dinero se lo clasifica entre los bienes consumibles, resulta, en consecuencia, que no se puede percibir interés, que es el pago por su uso, la usura.

Mucho más moderno resulta su argumento de que el interés es el pago del tiempo y como según el autor, el tiempo es de Dios, no puede cobrarse intereses, porque sería obtener un precio por una cosa que no le pertenece al prestamista. Más tarde, un economista de la escuela austriaca, Bohm Bawerk, con el fin de justificar el interés, ha de sostener, en sentido contrario, que el interés es el pago del tiempo, con lo cual toma relieve el argumento tomístico.

58. "Luego, si uno quisiera por una parte vender el vino y por otra el uso del vino, vendería la cosa dos veces o vendería lo que no existe; por cuya razón pecaría manifiestamente por injusto. Por la misma razón comete injusticia el que presta vino o trigo, pidiendo se le den dos recompensas, una la restitución de igual cosa y otra el precio del uso, que se llama usura".

Si bien el trabajo ya no es considerado como totalmente indigno, se establecen claras diferencias entre el trabajo físico, calificado como servil, y el trabajo intelectual, propio de los nobles; así la división del trabajo es la consecuencia de la desigualdad de las capacidades humanas, resultando que las clases o mejor los estamentos, no son el producto del pecado, sino de la voluntad de Dios, por lo que cada cual debe mantenerse en su propia función, sin aspirar a salir de ella. De este modo, se trata de eternizar y mantener la jerarquía medioeval, dentro de la cual cada uno debe cumplir con la función que le ha sido asignada, debiendo aceptar resignadamente todas las desigualdades, sometiéndose voluntaria y humildemente a ellas. Desde este punto de vista, se presenta como conservador y estático, y está en oposición a la movilidad y desarrollo capitalista. De manera que, si por una parte, expresa ciertas ideas burguesas, hasta haberse llamado el primer representante de la burguesía, en lo fundamental se esfuerza en estabilizar la estructura jerárquica medioeval. En Aquino, como en los padres de la Iglesia y demás escolásticos y canonistas, no se encuentra ningún intento de reforma social, ya que su *modus vivendi*, consiste en mantener la existente o plegar, en el momento oportuno, a los cambios ya consumados.⁵⁹

Para *Alejandro de Hales* (1245), el comercio ya no es malo en sí mismo, está en armonía con la ley natural y solo es pecado cuando se realiza en un campo de actividad ilícito; acepta y legaliza las ganancias moderadas; en cuanto al interés, lo condena, diferenciándolo del lucro obtenido por el arrendamiento.

Para *Ricardo Middleton* (1249-1308), el comercio no solo es conveniente sino necesario, debido a que los países han sido diversamente dotados por la naturaleza; el precio justo se confunde con el precio del mercado, o sea que se comienza a colocar en primer término la determinación del precio por la oferta y la demanda; condena todavía el préstamo a interés, considerando que este es el producto del trabajo, ya que el dinero es estéril, y, por lo mismo, pertenece al prestatario, puesto que el prestamista no realiza ningún trabajo productivo; pero se da cuenta de que existen préstamos con fines de consumo, así como otros para la producción.

59. Santo Tomás no tenía ningún propósito de reforma social. En tanto que la Iglesia primitiva aceptaba el orden social, como algo fijo e incapaz de ser reformado, tolerándolo simplemente como corrupción pecaminosa del orden del Derecho natural, la Iglesia medioeval, representada por este retoño de la nobleza, aceptaba el orden social con sus desigualdades evidentes y sus aproximaciones lamentablemente relativas a los ideales de la Iglesia, como el orden lógico, natural y necesario del mundo. Tratar de reformar el orden social equivalía a interferir en algo planeado por Dios de acuerdo con el principio de plenitud. H. E. Barnes y H. Becker. *Historia del Pensamiento Social*, 257.

Duns Escoto (1266-1308), afirma que la propiedad no depende de leyes naturales ni divinas, sino del derecho positivo; el comercio no solo es útil sino necesario para la colectividad; los comerciantes son indispensables para el desarrollo económico y la ganancia se justifica por la actividad o trabajo realizado, de manera que es un salario por el servicio prestado; solo merecen censura los acaparadores que elevan injustamente el precio, el mismo que debe ser libremente establecido entre el vendedor y comprador; condena aun la usura, pero acepta el que se pague una multa, cuando el préstamo no se liquide en la fecha establecida.

Pero conforme se va desarrollando la economía y el comercio, se dis- tiende paralelamente la rigurosidad de los conceptos y se busca justifi- caciones para el cobro del interés. Ya *Francisco de Mayronis*, discípulo de Duns Escoto, ha de expresar que en el derecho natural no existe ninguna prohibición para el pago del interés. Las teorías del lucro cesante y daño emergente, han de constituir luego magníficas puertas de salida para el problema que viene inquietando a los canonistas, quienes establecen que se puede cobrar una indemnización por el daño sufrido, daño emergen- te; o por haber dejado de ganar o de lucrar, como consecuencia del prés- tamo de dinero, lucro cesante; además se justifica el cobro de interés, por el riesgo sufrido.

Ha de ser con la Reforma, que las limitaciones a la usura han de des- aparecer, dándose amplio campo al préstamo con interés que, por lo de- más, se viene practicando continuamente, debido al incremento de las transacciones comerciales, y a pesar de las condenaciones teóricas que tratan de limitarlo. Así, mientras Lutero está de acuerdo con los canonis- tas, en las tesis del justo precio y el repudio a la usura, Calvino encuentra que con el dinero prestado se puede comprar bienes que luego produz- can una renta, justificando así el pago de interés. En otros términos, se ha comenzado a diferenciar plenamente la función del dinero como capital, que es lo que permite a su poseedor extraer un beneficio, una renta.

Nicolás de Oresme (1320-1382), escribe en el siglo XIV, en el que se va precisando la transición hacia el capitalismo, lo que influye notablemente en su obra, donde realiza una decisiva separación entre la economía y la teología, dando un verdadero impulso al estudio de los fenómenos eco- nómicos hasta el punto de que su *Tratado sobre la primera invención de la moneda*, se ha considerado como una verdadera monografía de carácter económico. Aparece seguramente como el primero en muchos aspectos. Primer traductor al francés de Aristóteles, sigue sus pasos tanto en lo que se refiere a la investigación del origen de la moneda, como al análisis de

las cualidades que hacen que los metales preciosos se utilicen como dinero; inclusive perfecciona el análisis aristotélico en algunos puntos.

Es quizás el primero que piensa en un sistema bimetalista –ya que Aristóteles razonó siempre en términos monometalistas– en el cual los valores de las monedas de oro y plata, estuvieran en relación con el valor del metal como mercancía, lo que ha de dar firmeza y estabilidad al sistema.

El primero en esbozar una teoría cuantitativa del dinero, aunque en una forma muy mecánica, al establecer una relación entre la cantidad de numerario y las riquezas naturales, señalando que un aumento de aquel sin la de estas, determinaría un alza de los precios o viceversa. Por muy mecánica que pueda ser esta interpretación –y en realidad toda teoría cuantitativa es una yuxtaposición mecánica de masas de dinero y mercancías–, encontramos en la concepción de Oresme, un anticipo de la indicada teoría.

En cuanto al comercio, lo acepta no como un mal, según lo hiciera Tomás de Aquino, sino como una necesidad indispensable para el desarrollo económico de la sociedad, ya que “el comercio es un privilegio y una necesidad de toda la comunidad y de cada uno de sus miembros”. Sin embargo, establece una diferencia entre las actividades que son realmente útiles porque tienden a la satisfacción de las necesidades, y aquellas nocivas, que se refieren a comerciar con la misma moneda, como el caso de los cambistas. De todas maneras, el comercio y los comerciantes, tan menospreciados antes, adquieren indudable categoría, pues Oresme emprende en una verdadera defensa de la clase mercantil, que comienza a jugar un rol fundamental en la actividad económica.

La facultad de acuñar moneda, pertenece al monarca, pero este no tiene derecho para alterarla, menoscabarla o devaluarla, porque ella es un patrimonio de la colectividad. Por lo mismo, Oresme condena acremente las continuas devaluaciones que practican los monarcas de su tiempo, ya para atender gastos de guerras o para los grandes dispendios reales, basándose en las mismas funciones de la moneda; puesto que como medida del valor de las cosas, debe ser estable; y como reserva del valor, al constituir la expresión del trabajo, del esfuerzo individual de las personas, no puede ser alterada sin perjuicio de ese trabajo y ese esfuerzo, “porque si un hombre da su pan o el trabajo de su cuerpo a cambio de dinero, este ciertamente le pertenece a el solo, exactamente como le pertenece su pan o su trabajo”.

Oresme considera que toda alteración de la moneda es un tributo, un impuesto que grava al pueblo; una forma disfrazada de apoderarse de una parte de su riqueza, un verdadero robo, más condenable que la usura.

Desde el momento en que la utilidad obtenida por el usurero no es tan excesiva o tan perjudicial en general como esta alteración, que es impuesta a toda la comunidad, yo digo que es, no solo como la usura, sino tan tiránica y fraudulenta, que dudo entre llamarla robo violento o exacción fraudulenta.

Solo la voluntad colectiva, en momentos determinados como la guerra o el rescate del príncipe, podría ser capaz de consentir una devaluación, pero jamás esta debe ser impuesta por el arbitrio del soberano.

No puede encontrarse un mejor alegato en contra de las devaluaciones monetarias, cualquiera que sea la forma que se adopte para ello. El enfoque, bastante certero para su tiempo, que hiciera Oresme de los problemas monetarios, le ha valido el que se lo califique como uno de los primeros economistas.

Segunda parte

La sociedad capitalista

No es fácil situar con precisión, cuándo comienza verdaderamente la etapa capitalista; para aquellos que plantean sus teorías en el mundo vacío de la abstracción total o quieren evitar las críticas al sistema, este ha existido desde siempre o no ha existido nunca. En realidad, se puede afirmar que el capitalismo se inicia en el siglo XIV-XV, pero no llega a precisarse sino en el siglo XVI; esto en términos generales, ya que su trayectoria no es simultánea en todas las naciones de Europa.

En cuanto al concepto mismo de lo que es el sistema capitalista, el capitalismo, tampoco se puede encontrar, como es natural, un completo acuerdo, ya que las determinaciones y definiciones difieren grandemente, en conformidad con los puntos de vista y las tendencias de cada autor. El profesor Maurice Dobb, de la Universidad de Cambridge,⁶⁰ considerando la influencia que han tenido en la investigación e interpretación históricas, las diversas corrientes o teorías formuladas sobre el capital, y que se hallan generalmente asociadas a los diversos conceptos sobre la naturaleza del desarrollo histórico, lo que establece por otra parte, diferencias respecto al tiempo de la aparición de este período, las ha dividido en tres grupos, que se pueden sintetizar así:

En el primero, se anotan los conceptos del conocido escritor Werner Sombart, que encuentra la esencia del capitalismo, no en la anatomía o fisiología del sistema, sino en el “espíritu de la época”, “espíritu del tiempo”, que se sintetiza en la pasión de aventura y empresa, de cálculo y racionalidad de la burguesía. A la concepción idealista de Sombart, se suma, entre otros, la de Max Weber, para quien el espíritu del capitalismo está en la búsqueda racional y sistemática del beneficio y se halla presente donde quiera que la provisión industrial de las necesidades de un

60. *Studies in the Development of Capitalism*, Ed. International Publishers, 1 y ss.

grupo humano, se realiza por el método de la empresa, el establecimiento racionalizado y la contabilidad capitalista.

Como lo expresa Dobb, si el espíritu del capitalismo es el que engendra históricamente la realidad económica capitalista, tendremos que averiguar por qué y cómo aparece ese espíritu, cosa que no logra explicar el idealista Sombart y su escuela, y que ha de llevarnos a investigar las causas económico-sociales que condicionan históricamente esa aparición.

En el segundo, se agrupan los conceptos, más implícitos que explícitos, de aquellos que identifican el capitalismo con la producción para un mercado distante. El capitalismo aparece cuando los actos de producción y venta se hallan separados en el espacio y en el tiempo, por la intervención del comerciante al por mayor, que adelanta dinero para la compra de mercancías, con el fin de venderlas y obtener un beneficio. Se trata de nociones que descienden directamente de la Escuela Histórica Alemana, con su distinción entre "economía natural" y "economía monetaria", y su énfasis en el área del mercado, al definir las fases del crecimiento del mundo económico moderno (Bucher, Schmoller). A esto generalmente se agrega la noción del capitalismo como un sistema, cuya actividad se halla dominada por el incentivo del lucro, la inversión del dinero para obtener un beneficio, ya sea en el comercio, la usura o la producción; o se lo describe como "el sistema en el cual una riqueza que no es la tierra, se usa con el propósito definido de obtener un ingreso" (profesor Hamilton); a veces parece aplicarse el término a cualquier uso "adquisitivo" del dinero (Pirenne), para quien, sin duda, los orígenes medioevales del capitalismo se hallan en el siglo XII; o se lo define como "un sistema de economía de cambio", en el cual "el principio orientador de la actividad económica es un ilimitado beneficio" (profesor Nussbaun), quien agrega como una característica del sistema "la diferenciación entre propietarios y trabajadores no propietarios".

Estos conceptos bastante imprecisos y que en cierta forma pueden aplicarse a otras etapas económicas, no pueden dar una concepción clara y verdadera de lo que es y significa el capitalismo como un sistema de conjunto, con sus características esenciales; la aplicación de tales conceptos nos llevaría al absurdo de sostener que casi todos los períodos de la historia han sido capitalistas.

En el tercero, se considera la concepción de Marx sobre el capitalismo, quien propiamente creara el término, y que no busca su esencia en el espíritu de empresa ni el uso de la moneda en las transacciones cam-

biarías con el fin de obtener una ganancia, sino en el modo de producción determinado por el desarrollo de las fuerzas productivas, la técnica, la forma de propiedad que afecta a los medios de producción, y las relaciones sociales que se establecen entre los hombres, de acuerdo con la posición que ocupan dentro del proceso productivo; no se trata de un simple sistema de producción para el mercado, producción de mercancías, sino de un sistema en el cual la fuerza humana de trabajo se transforma en una mercancía; se compra y se vende en el mercado como cualquier otro objeto de cambio.

Para que emerja este sistema, dos requisitos históricos son indispensables: la concentración de los medios de producción en las manos de unos pocos, la clase capitalista, y la existencia de otra clase, despojada de la propiedad de esos medios, y que se halla, en consecuencia, obligada a vender su fuerza de trabajo en el mercado, por un salario, los asalariados. Por lo mismo, lo que caracteriza al sistema, es la compra de fuerza humana de trabajo para la obtención de plusvalía. Ese proceso de divorcio de los medios de producción y la fuerza de trabajo, antes unidos en la producción artesanal, conjugados en la persona del pequeño productor independiente; ese proceso de destrucción de la propiedad privada, basada en el trabajo personal, para reemplazarla por la propiedad capitalista, basada en el trabajo ajeno; ese proceso por el cual aquellos medios de producción y de consumo, que no son capitales en sí, se transforman en capital; todo eso constituye el proceso mismo del sistema capitalista de producción.

Estos conceptos, que definen al capitalismo como un modo de producción, son los únicos valederos, a nuestro entender, para determinar sus propias características, diferenciándolo de los otros modos de producción precapitalistas, a los que nos hemos referido en los capítulos anteriores.

Ahora bien, como el capitalismo, al igual que cualquiera otra formación económica social, no ha sido ni es una cosa inmóvil, dada de una vez para siempre, sino que ha tenido que pasar por diferentes fases de desarrollo: nacimiento, crecimiento, maduración y decadencia, tendremos que analizar esas fases o subetapas, concretas y sucesivas, en diversos capítulos, para mejor comprender también el desarrollo del pensamiento económico, que no es otra cosa que la expresión de esas transformaciones y cambios.

El capital comercial y la corriente mercantilista

En las entrañas mismas de la Edad Media, se gesta y comienza a desarrollarse el capitalismo. La fundición del hierro por métodos mejores, determina un adelanto en los instrumentos de producción: el arado de hierro en la agricultura, hace posible que se amplíe y diversifique el cultivo; el perfeccionamiento de las herramientas artesanales, permite la separación de unas profesiones de otras, como la del herrero que da lugar a las del cerrajero, cuchillero, armero. Todo esto trae una mayor productividad, una mejor división del trabajo entre la ciudad y el campo y una ampliación del cambio interno y el comercio exterior.

Debido al aumento del comercio y el cambio, se desarrolla en el campo la producción mercantil o sea la producción para el mercado, que ha de traer, a su vez, una creciente diferenciación entre los campesinos, debido a las variadas condiciones en que trabajan, dada la diversa calidad de las herramientas y de la fuerza o destreza personal, determinando que algunos obtengan ventajas y utilidades, mientras los demás van reduciéndose a la pobreza, ya que se enfrentan a un mercado impersonal, donde ha comenzado a actuar la competencia. De esta manera, en la producción simple de mercancías, que es anterior al capitalismo, pero que participa de su naturaleza en cuanto se basa en la división del trabajo y la propiedad privada, se encuentran ya los gérmenes de una polarización entre poseedores y desposeídos, propietarios y no propietarios, base sobre la cual ha de desarrollarse el sistema capitalista. Sin embargo, la lentitud de este método no respondía a las exigencias del mercado mundial creado por los descubrimientos.

Ya en los siglos ulteriores de la Edad Media, ciudades como Génova y Venecia, se han enriquecido con el comercio de Oriente. Cuando en la segunda mitad del siglo XV, con motivo de la toma de Constantinopla por los turcos, el comercio de Occidente-Oriente, queda interrumpido,

Colón, en su busca de una vía hacia las Indias Orientales, tropieza con América en 1492, y más tarde, en 1497 Vasco de Gama las encuentra circunnavegando el continente africano.

Tanto la expansión interna como la colonial exterior, que han sido posibles debido a la brújula, la pólvora, el cañón, la imprenta, etc., determinan una extensión cada vez mayor del mercado; y el desarrollo de las fuerzas productivas, que ya no puede mantenerse dentro del marco de la producción medioeval, limitada por el feudo que esclaviza al pequeño productor y el gremio artesanal que controla y obstaculiza la producción, ha de llegar a transformar el viejo sistema para dar lugar a una nueva estructura económica, la capitalista.

En verdad, al intensificarse el cambio y las posibilidades del mercado, los gremios ya no pudieron impedir la competencia, pues los maestros de taller, impulsados por el incentivo de la ganancia, comenzaron por violar las disposiciones gremiales, aumentando el número de operarios, prolongando la jornada de trabajo, etc., hasta terminar por independizarse; esto trae la diferenciación entre los artesanos, pues unos consiguen medrar y enriquecerse, transformándose en capitalistas, mientras otros se empobrecen y van a formar las filas de los asalariados, al igual que los oficiales y aprendices.

Por otra parte, el desenvolvimiento del comercio, y de la clase comerciante, permiten que el capital comercial comience a penetrar en la esfera de la producción, controlando sus procesos. Sobre todo en el campo, el comerciante, que al comienzo es un simple intermediario entre el pequeño productor y el mercado que se ha ido alejando, se transforma en un mayorista que suministra dinero, materias primas y más tarde herramientas, al artesano que trabaja para su proveedor, a precios bajos, establecidos de antemano. En realidad, recibe un salario por las materias primas ajenas que transforma con su trabajo, pero aun labora en su habitación, lo que da lugar al denominado sistema de trabajo doméstico capitalista; más tarde estos pequeños productores caídos en la red de los comerciantes, han de reunirse, bajo su dirección, en el gran taller manufacturero, que se diferencia del artesanal por su extensión y la avanzada división del trabajo, de carácter técnico, que se organiza dentro de él.

En verdad, aunque la producción se sigue haciendo fundamentalmente con herramientas movidas a mano (manufactura viene de *manus*, mano, y *facere*, hacer), la división del trabajo alcanza una extensión considerable, que permite una mayor productividad y mayores beneficios,

tras de los cuales se lanza ansioso el empresario que acaba de nacer y que tanto difiere ya del maestro artesano.

En el campo, asimismo, aunque más lentamente, se han ido distendiendo y modificando, cada vez más, las relaciones de producción, al contacto con el cambio y el mercado. El señor feudal, anheloso de nuevas comodidades y lujos, que no puede encontrar dentro de su economía cerrada, acude a la ciudad en demanda de lo que necesita y para ello requiere dinero, lo que determina que, en vez de trabajo, exija a sus siervos prestaciones en moneda, transformando la renta trabajo y la renta en especie, en renta monetaria, sometiendo a los campesinos pobres a la más cruel y espantosa explotación, lo que ha de engendrar las largas y persistentes luchas de la clase campesina contra los terratenientes y con ellas la destrucción del sistema feudal, abriéndole el camino a la burguesía, que luego de utilizar al campesinado, le vuelve las espaldas.

Para el desarrollo del nuevo sistema de producción capitalista, como ya hemos anotado anteriormente, dos premisas eran indispensables: una acumulación de capital, lo que se ha llamado la acumulación originaria del capital, y una concentración de fuerza humana de trabajo, o sea de hombres que, desprovistos de medios de producción y sin ninguna atadura servil, pudieran vender en el mercado su fuerza de trabajo.

En Inglaterra, donde mejor ha sido estudiado este proceso, la acumulación de fuerza de trabajo la encontramos en el despojo de la tierra de los campesinos y sus pequeños medios de producción, a lo que se da el pomposo nombre de “liberación de los siervos”, como lo demuestran los llamados *cerramientos*, por medio de los cuales, los grandes terratenientes, protegidos por el Estado, se apoderaron de las tierras de los pequeños productores, así como de las comunales, sin contar con las tierras públicas y de la Iglesia, para dedicarlas a la crianza y pastoreaje de ovejas, como medio de suministrar materia prima a la industria lanera de Flandes, Holanda, y luego de la misma Inglaterra, arrojando para ello a miles de campesinos, a los que hay que agregar los licenciados de las huestes feudales, que buscan refugio en las ciudades, donde eran tratados como criminales y sometidos a la disciplina de las “casas de espanto” o ergástulas, que son las primeras empresas capitalistas, cuando no son ahorcados por miles. Era el tiempo al que se refiere Tomás Moro, al expresar que las ovejas se comían a los hombres; naturalmente, los tigres con piel de oveja, no eran otros que los grandes terratenientes capitalistas.

Pero el despojo fraudulento y feroz de los campesinos, no solo permite que sus medios de trabajo, pequeños y minúsculos, se concentren

en las manos del empresario agrícola capitalista y conduzcan a la gran producción; no solo ha de transformarlos, una vez desprovistos de aquellos medios, en la mano de obra indispensable para el desarrollo de la industria capitalista en ascenso; sino también en la demanda indispensable que requiere la ampliación del mercado capitalista, ya que se ha destruido la industria doméstica, que les permitía producir sus propios medios de vida. El proceso que lleva a la producción capitalista, puede considerarse fundamentalmente como aquel de la desintegración de los medios de producción y la fuerza de trabajo, que antes se encontraban unidos en la misma persona.

En cuanto a la acumulación primitiva del capital, que ha de constituir la base de la organización y desarrollo de la industria manufacturera, del capitalismo industrial propiamente dicho, necesitamos investigar de dónde provienen las grandes sumas de dinero que han de ponerse en marcha, transformándose en medios de producción y salarios. Si bien en la Edad Media, surgieron ya dos formas de capital, el comercial y el usuario, el régimen feudal en el campo y los gremios en las ciudades, impedían que se utilizaran en la producción; pero con el licenciamiento de las huestes feudales y la expropiación campesina, las barreras comienzan a desaparecer, y surgen nuevas manufacturas en los puertos marítimos de exportación, o en el campo, utilizando los lugares alejados y a espaldas de las ciudades gremiales.

Pero sobre todo, el descubrimiento de América, con sus minas de oro y plata y sus inmensas plantaciones, en las que se sepultan miles de miles de indígenas, sometidos por los medios más feroces y espantables que se conocen; el comercio de esclavos, repugnante y feroz, que hace del continente africano un campo de caza de hombres negros, y del robo de niños un sistema; el vandálico saqueo de las Indias Orientales y de todas las colonias que caen en las manos de España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra; todas esas riquezas extraídas por medio del fraude, la esclavización y la violencia, forman un solo río de oro y sangre, que corre por los cauces del capitalismo europeo naciente. Por otra parte, la afluencia de metales preciosos hacia Europa, ha de traer una terrible inflación, que deprime los ingresos fijos, como los salarios y la renta de la tierra, mientras incrementa las ganancias de los capitalistas, de la burguesía, que repleta sus arcas.

El sistema colonial, sobre el que se levanta el comercio y la navegación, no solo succiona la riqueza de los países sometidos por medio de la matanza, la esclavización y el saqueo descarado, sino que los convier-

te en simples productores de materias primas y en demanda obligada de productos manufacturados, a través de la imposición monopolista de los precios de intercambio y la prohibición de establecer industrias similares, todo lo cual constituye el gran botín que ha de transformarse en el capital metropolitano.

A esto se agrega el crédito público o la deuda pública, que se extiende por toda Europa y que, con el sistema colonial y las guerras comerciales, ha de constituir un factor importante de acumulación; pues el dinero que se presta al Estado, a precios usurarios, refluye inmediatamente a los bolsillos de los prestamistas, los intermediarios financieros, los industriales y comerciantes, en forma de negocios fantásticos. Luego ha de utilizarse el crédito internacional, que ha de alimentar a la burguesía nacional y extranjera. Esto trae, consiguientemente, ayer como hoy, un pesado sistema tributario, que gravita, cada vez más, sobre el pueblo, que ha de pagar los continuos empréstitos que se superponen y suceden automáticamente y que solo enriquecen a unos pocos. Además, el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, se vuelve permanente y se transforma en un verdadero sistema, a fin de mantener al obrero, sumiso, frugal y siempre agobiado por el trabajo. Así la "riqueza de las naciones", ha de incubarse sobre la miseria popular; la riqueza nacional se identifica con la pobreza de las masas.

Por otra parte, el sistema proteccionista del Estado, que como dice Marx, "fue un medio artificial para fabricar fabricantes, expropiar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar el tránsito del régimen antiguo al régimen moderno de producción", abruma al propio pueblo y a los extraños, con la carga indirecta de los aranceles protectores y con el fardo directo de las primas de exportación.

No es, pues, en forma espontánea y de acuerdo con las "leyes naturales y eternas" que ha venido al mundo el sistema capitalista; no se ha realizado el divorcio entre los medios de producción y la fuerza de trabajo, ni la destrucción de la propiedad privada, basada en el trabajo personal, para reemplazarla con la propiedad capitalista, basada en el trabajo ajeno, en forma espontánea y providencial; sino siguiendo un proceso en el que la violencia, esta partera del sistema, ha jugado un rol esencial. "Si el dinero según Augier nace con manchas naturales de sangre en un carrillo", agrega Marx, "el capital viene al mundo chorreando, sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza". Por eso se burla de aquellos historiadores que nos dicen el cuento dulce de un idilio capitalista,

en el que unos se enriquecen porque son buenos y ahorrativos, mientras los malos y derrochadores no tienen más que vender su propia pelleja".⁶¹

El comercio y la manufactura han ido creando la gran burguesía; en los gremios se concentra la pequeña burguesía, cada vez más golpeada por la competencia que los disgrega y somete al dominio de aquella; pero en frente y paralelamente se está desarrollando el proletariado, de manera que como resultado de este proceso, se van diferenciando y acentuando dos clases opuestas y contrarias, capitalistas y asalariados, cuya lucha ha de constituir la base de la historia moderna y contemporánea. Quizás como en ninguna otra época, el proletariado naciente ha sido víctima de un tratamiento más inhumano y brutal; pues el Estado interviene directamente para forjar la disciplina carcelaria de la fábrica, fijar salarios, etc., por medio de leyes terroristas que aseguran al empresario mano de obra barata y magníficas ganancias.

Hemos llegado, pues, a la época del desarrollo y predominio del capitalismo comercial y surgimiento de la manufactura; época del comerciante propiamente dicho y el comerciante manufacturero; de la clase comercial, en definitiva, que surgiendo de las entrañas medioevales, vive y se afianza; comienzos del capitalismo financiero que crea los bancos, las bolsas, la letra de cambio; del capitalismo manufacturero que nos da la contabilidad por partida doble, que hace posible la conducción de la empresa capitalista, con los nuevos conceptos de capital y beneficio; de la sociedad por acciones, fuerza matriz del desarrollo capitalista, etcétera.

Época de la formación del Estado nacional y monárquico, expresión del mercado que se ha ido ampliando a regiones cada vez más lejanas, superponiéndose al aislamiento medioeval y a las vallas interiores que limitaban la expansión del comercio y el desarrollo de la clase mercantil; época de la monarquía absoluta, que se levanta, sobre la nobleza menor y la burguesía de las ciudades; de la Reforma, que quebranta el poder de la Iglesia, endurecido caparazón medioeval, y con Calvino, dicta normas favorables para el desarrollo mercantil; del Renacimiento, que trae un nuevo concepto del hombre como tal, con sentido bastante individualista, pero que aun necesita del Estado para crecer y afianzarse; del renacer de la literatura y el arte, bajo el reflejo de la antigüedad; de la ciencia que lucha por su autonomía, especialmente de las ciencias naturales que han de

61. De los varios estudios que se han hecho sobre el origen y desarrollo capitalista, consideramos que ninguno ha superado la calidad científica del realizado por Marx, en el cap. XXIV de *El Capital*, al que nos remitimos.

incubar el moderno concepto del derecho natural. El hombre ha dejado de fijar sus ojos en el cielo para ponerlos en el suelo; época de las grandes personalidades, gigantes del pensamiento y de la acción, que no se encierran en sus gabinetes, sino que se colocan valientemente en el centro de todos los problemas de su tiempo y del mundo.

La doctrina mercantilista

La corriente llamada mercantilista, constituye el reflejo de esta etapa del desarrollo y predominio del capital comercial.

No se trata propiamente de una escuela, sino de un conjunto de procedimientos prácticos en el campo del hacer económico, más que en el del pensar; dé la acción más que la reflexión de la política económica más que de la teoría económica. Y es que la doctrina y la teoría se nutren de la actividad práctica; la reflexión científica tiene su origen en la actividad directa del hombre sobre las cosas.

No vamos a discutir la fecha exacta del nacimiento del mercantilismo ni la conveniencia de su nombre –pues se le ha llamado también Colbertismo, intervencionismo, etc.– ya que tales disquisiciones carecen de trascendencia; pues basta indicar que se practica fundamentalmente desde fines del siglo XV hasta fines del XVII. Por otra parte, aunque no podamos decir que el mercantilismo constituya un sistema coherente de explicación e interpretación, ya que más bien se trata de un conjunto de observaciones sobre diversos hechos económicos; aunque no hemos de encontrar siempre homogeneidad en las opiniones, pues si en lo fundamental el mercantilismo expresa el pensamiento económico de la burguesía comercial, como consecuencia del predominio del capital comercial sobre el industrial, que aun se subordina a aquel, existen oposiciones circunstanciales de intereses entre estas capas de la burguesía, que se expresan en ciertos matices divergentes de opinión, como en el caso del monopolio, por ejemplo; sin embargo hemos creído conveniente comenzar trazando sus líneas generales, anotando aquello que le da unidad en medio de la diversidad; señalando los hilos conductores que han de orientarnos entre la variedad de las medidas prácticas que, con sus características propias, se aconseja y pone en acción en cada país.

Las características del mercantilismo pueden sintetizarse así:

a. *Afán de atesoramiento.* Adam Smith y tras de él todos sus sucesores a través del siglo XIX, acusaban a los mercantilistas de haber sostenido que el oro y la plata son la única riqueza; investigaciones posteriores

quizás han desvanecido tal imputación, aunque no se puede negar que generalmente consideraron los metales preciosos como la riqueza fundamental y su acumulación como un índice de la riqueza de las naciones. Naturalmente, esta actitud es explicable: estamos en una etapa en la que crece la economía del mercado y el cambio y la importancia de la moneda alcanza el primer plano en la actividad económica; el valor de uso ha cedido su puesto al valor de cambio y a la moneda en que se materializa; esta al transformarse en el equivalente general de las mercancías, al encarnar el trabajo social, general, abstracto, confiere al individuo un gran poder sobre el producto social, que hace que se la busque y atesore, elevándola a la categoría de fetiche; época de acumulación del capital que no encuentra una forma mejor que el numerario, que, además, ha de ejercer las funciones de medio circulante y de pago, convicción de que la corriente monetaria vitaliza la actividad económica fundamental, que es la del comercio y de los comerciantes; de los altos precios, que engendran magníficas ganancias.

La crítica simplemente negativa, peca por el hecho de no comprender que la penetración capitalista, en esta época, se realiza en la esfera de la circulación, y desde este punto de vista se enfocan todos los problemas, lo que da singular importancia a la moneda y los metales preciosos.

Los mercantilistas han sido plenamente reivindicados, entre otros, por Keynes, que aun les supone la intuición genial de haber sostenido la necesidad de una abundante corriente monetaria, como un medio de obtener una baja tasa de interés y con ella una mayor inversión del empleo de factores productivos desocupados; de manera que para ellos el dinero ya no es un simple instrumento de cambio, sino un medio de obtener una producción y ocupación plenas.

Por otra parte, su política no es de ahorro, como ha de serlo para los clásicos, sino de gastos, ya que a mayores gastos corresponden mayores ingresos, por lo cual se estimula el lujo y el consumo superfluo, así como la construcción de grandes obras públicas.⁶²

En definitiva, numerosos autores, entre ellos Heckscher, con su tan importante obra titulada *El Mercantilismo*, han contribuido enormemente a una mejor comprensión de la verdadera actitud mercantilista.

62. Consideramos que las apreciaciones de Keynes son bastante exageradas, en su empeño de dar a los mercantilistas una interpretación en términos modernos, lo que ha de llevarlo a conferir a sus expresiones un sentido que quizá no tuvieron.

b. *El horror a los bienes*. El profesor Heckscher, ha insistido en esta característica mercantilista, consistente en un afán casi fanático por vender, por deshacerse de los bienes, coincidiendo con el análisis penetrante que hace Marx del capital comercial, como lo anota con razón Roll; el horror a acumular bienes es tan evidente en todos los escritores mercantilistas, como el afán de obtener oro y plata. En realidad, se confunde dinero con capital; la fórmula fundamental de transacción ya no es $M-D-M$, en que se compra y vende para satisfacer necesidades, sino $D-M-D+d$, o sea que se emplea dinero para obtener más dinero, para lucrar, que es la función del capital; por lo mismo no hay que retener las mercancías sino transformarlas en más dinero del que se invirtiera para adquirirlas.

Para los mercantilistas, que no hacen sino traducir la impresión exterior e inmediata de los fenómenos que enfrentan; la utilidad o el beneficio no puede derivarse sino de las transacciones comerciales y sobre todo del comercio internacional, que para ellos es el único que produce un excedente de riqueza, un producto neto, que no proviene sino del acto de vender a mayor precio del que se compra; excedente que, en consecuencia, no se puede obtener sino ganando lo que otro pierde, ya que las ganancias se las considera como el fruto de la especulación, consistente en tomar ventaja de la diferencia de precio. Ya D'Avenant escribía que el país no se enriquece con el comercio interno, donde solo cambia la riqueza relativa de los individuos, sino con el comercio internacional, que añade un excedente neto al país.

Si para los fisiócratas solo el trabajo aplicado a la tierra es el productivo y el producto neto viene de la agricultura; si para los clásicos el trabajo es el creador del valor; para los mercantilistas es el cambio y el cambio internacional, de donde se derivan las utilidades; las mismas que debían asegurarse por medio de la intervención y regulaciones del Estado.

Ahora bien, si el excedente que aumenta la riqueza solo viene del provecho o beneficio que se desprende de la enajenación, es lógico que una de las preocupaciones de los mercantilistas sea la de vender siempre, y de aquí su horror a mantener o acumular bienes.

c. *Una balanza comercial favorable*. Los mercantilistas, a través de las prohibiciones de la exportación de los metales nobles y la balanza de contratos, llegan a la concepción de la balanza comercial,* habiendo inclusi-

* Por lo general, se ha considerado que cronológicamente, la "balanza de contratos", procedió a la "balanza comercial". Sin embargo, como lo explica Viner, parece que esta opinión no tiene mucha base histórica, y que sólo se trata de diferentes puntos de vista para considerar el problema.

ve anotado algunos de los ítems invisibles que constituyen la balanza de pagos. Para los países que no tenían minas que explotar, les era indispensable obtener una balanza comercial favorable, que estuviera determinada por un exceso de las exportaciones sobre las importaciones, lo que daría un saldo de metales preciosos que al ingresar al país lo enriquecerían. Naturalmente, la balanza comercial no era suficiente para dar una idea cabal de las entradas y salidas del oro, pues existen otros medios que determinan su activo y su pasivo; pero de todas maneras, aunque rudimentaria, constituye un instrumento de análisis que se comienza a utilizar en el campo del comercio internacional.

Mauricio Dobb, hace notar con mucho acierto, que seguramente los mercantilistas razonaban en términos de intercambio o sea considerando la relación de los precios de exportación e importación; de manera que al obtener una balanza favorable, que significa ingreso de oro al país, los precios tenían que subir, así como bajar en el país del cual el oro era extraído; resultando así que se vendía a precios altos y se compraba a precios bajos, o sea que vender caro y comprar barato era uno de sus objetivos. Cita a Locke, quien expresa que poseer menos moneda que otras naciones, determina que las mercancías nativas se vendan baratas y las extranjeras caras; así como a Hales y Malynes, que habían expresado que no es la cantidad de las exportaciones, sino la relación de los precios de exportación e importación, lo que tiene importancia, alegando las desventajas de la devaluación de la moneda.

Sin embargo, muy poca atención se dio a los efectos que tal política debía causar en la depresión de la demanda exterior; solo Mun, en su *El Tesoro Inglés por el Comercio Exterior*, anota que una abundancia de dinero encarece las mercancías nativas con provecho de los ingresos de los individuos privados, pero con perjuicio del beneficio público en cuanto a la extensión del comercio exterior, ya que con el encarecimiento de las mercancías declina su uso y consumo. Pero en lo general, los mercantilistas razonan en términos de una demanda exterior inelástica, o sea que aunque suban los precios la demanda apenas variaría, lo que se explica dadas las condiciones de monopolio en que actuaban, especialmente en lo que respecta a las colonias; y es con respecto a la explotación colonial, que las teorías mercantilistas adquieren significación.⁶³

Por otra parte, el convencimiento que expresan algunos mercantilistas respecto a que ciertos productos ingleses tienen que ser vendidos a altos precios, nos informa de la misma línea de pensamiento.

63. M. Dobb. *Studies in the Development of Capitalism*, Ed. International Publishers, pág. 202 y ss.

d. *Proteccionismo y Desarrollo Industrial.* Ya hemos dicho que los países que no tienen minas que explotar, debían atraer el oro de otras naciones por medio de una balanza comercial favorable. Para ello era necesario exportar la mayor cantidad posible de productos manufacturados, puesto que poseen un peso específico menor y absorben una mayor cantidad de trabajo que los agrícolas, haciéndose indispensable desarrollar la industria por todos los medios, lo cual determina una protección industrial por parte del Estado, que consiste en préstamos de capital, cesión gratuita de locales, primas a la producción, subsidios a la exportación, etc., etc. La manufactura no solo está amparada en el interior por aranceles protectores, sino por el monopolio en las colonias y los derechos diferenciales en el extranjero. La manufactura necesita protección, porque sin el mercado indispensable se arruinaría. De ahí que dependa fundamentalmente del comercio y no pueda quedar abandonada a la libre competencia, que no podría aun resistir. Por su parte, el Estado también se vuelve uno de los principales manufactureros, sobre todo en aquellos ramos menos accesibles a la industria privada, como lo acredita el llamado colbertismo en Francia.

Todo esto se expresa en una política económica cuyos objetivos fundamentales pueden concretarse así: exportar la mayor cantidad de mercancías manufacturadas y prohibir o gravar con altas tarifas su importación, especialmente de artículos de lujo; prohibir la exportación de materias primas nacionales, a fin de abaratarlas y utilizarlas en el desarrollo industrial interior, así como de los metales preciosos; dando, en cambio, facilidades para la importación de tales bienes. En esta forma se obtenía la balanza comercial favorable y la entrada de metálico al país.

Todo esto significa una red de prohibiciones y reglamentaciones aduaneras, que requieren una completa intervención del Estado en las distintas actividades económicas y que permite al capitalismo naciente desarrollarse bajo la sombra de la protección gubernamental.

e. *Monopolio y sistema colonial.* El monopolio que otorga el Estado no solo se refiere a la manufactura, sino también al comercio y el comerciante, que mantienen indudable preponderancia y son los que más reclaman la protección estatal. Las numerosas compañías comerciales como la de los Mercaderes Aventureros, Compañía de la Tierra de Oriente, la Moscovita, la de las Indias Orientales, etc., son concesionarias de un monopolio para comerciar con las colonias, de las cuales se extraen millones de utilidades anuales.

Pero esta actitud monopolista se expresa también en el control de la producción colonial, que se realiza por parte de las metrópolis, con el fin de mantener a las colonias en calidad de simples proveedoras de materias primas y consumidoras de los productos manufacturados metropolitanos. Con este objeto se obstaculiza el que aquellas puedan desarrollar la producción de manufacturas, especialmente de las que produce la "madre patria", y se las dedica al cultivo de las plantaciones, que han de suministrar las materias primas que esta necesita para su desarrollo industrial; por otra parte, el monopolio comercial impide que las colonias puedan vender o comprar a otros países que no sean los metropolitanos, estableciéndose un monopolio de compra y venta, como puede comprobarse con los informes económicos que corresponden a esta época, en lo que se refiere a nuestro continente americano, asegurando así los mercados indispensables para el desarrollo industrial.

Este monopolio es el que permite a los países dominantes precios de intercambio por medio de los cuales se extrae, como con una bomba succionante, la riqueza de los países coloniales sometidos y sojuzgados. Así se explica también el deseo fanático de crear la escasez o sea el horror a los bienes, ya que esto significa altos precios y enormes beneficios; esto explica también el que se considere al comercio como la única fuente inagotable de plusvalía.

En realidad, es un comercio de asalto y saqueo, el que se realiza durante esta etapa y que ha hecho decir a Dobb, que en resumen el mercantilismo es un sistema de explotación regulada por el Estado y que juega un papel importante en la adolescencia del capitalismo industrial. A esto es a lo que se denomina política colonial o sistema colonial.⁶⁴

f. *Bajos costos de producción.* Además de los procedimientos anotados y con el fin de alcanzar los mayores beneficios posibles, se practica una política de bajos costos, no solo, como hemos visto, en la provisión de materias primas, sino también en lo que se refiere a los salarios, sometidos a la reglamentación estatal, que los fija en escala mínima, impidiendo así que la subida de los precios, determinada por el aumento del circulante, pudiera aumentar los salarios, con perjuicio de los grandes beneficios de los empresarios. Se trata de justificar esta política de bajos salarios, aduciendo que salarios mejores volvían más ociosos y perezosos a los trabajadores, que ya lo eran por naturaleza, pues solo un salario que apenas permita la subsistencia, era el único acicate para determinarlos a

64. M. Dobb. *Idem.*, 209. *Economía Política y Capitalismo*, Ed. Fondo de Cultura, 216 y ss.

trabajar. El Estado, por lo mismo, no solo fija salarios de hambre a satisfacción de los grandes intereses capitalistas, sino jornadas exhaustivas de trabajo, de 14 y 18 horas, en condiciones verdaderamente espantosas, utilizando, por otra parte, el trabajo de las mujeres y los niños. Jamás la fuerza de trabajo ha sido explotada en condiciones tan brutales y monstruosas como en esta etapa de la acumulación primitiva del capital y ascenso del capitalismo, que es lo que hizo afirmar a Marx, “que el capitalismo vino al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros”.

g. *La tesis poblacionista.* A esta ansia de bajos costos y bajos salarios, corresponde la tesis poblacionista, cuyo objetivo es el de obtener una mayor oferta de trabajo, que deprima los salarios, para lo cual se procura la inmigración especialmente de mano de obra calificada, lo que origina la tolerancia religiosa. Los mercantilistas generalmente no temen la superpoblación, cuyo fantasma habrá de crear más tarde Malthus, pues para ellos la abundancia de hombres, constituye la mejor riqueza del país.

h. *Baja tasa de interés.* Sin embargo de la estimación que los mercantilistas tienen por el dinero, de asignarle un uso productivo y la virtud de activar las transacciones comerciales, su tesis de una baja tasa de interés recuerda la posición que sobre el interés y la usura mantenían los canonistas, que habían defendido la estructura feudal de la penetración del capital dinero. Esto se explica por la necesidad de capitales líquidos que tenían los comerciantes y manufactureros, que aspiraban a obtenerlos a precios baratos o sea con una baja tasa de interés. Malynes, que no llega a condenar el préstamo con interés, hace una distinción entre este y la usura, a la cual ataca despiadadamente, sosteniendo la necesidad de un control de la tasa de interés. Tomás Culpeper, aboga por la fijación de una máxima tasa de interés, que debía ser de un 6%, a fin de que permita a los comerciantes ingleses, que pagan el 10%, competir con sus similares holandeses. Child, discutiendo con Manley, afirmaba que una baja tasa de interés es causa de la riqueza y no efecto de la misma, como aquel sostenía, ya que una baja tasa de interés estimula el comercio que es la riqueza del país; solo en último término y puesto “que el huevo era la causa de la gallina y la gallina la causa del huevo”, aceptaba que el comercio y la riqueza, resultado de la baja de interés, pudiesen, a su vez, influir en una baja del mismo.

Ya hemos dicho cómo se explica esta actitud, en una época anhelosa de fondos líquidos, de incipientes servicios bancarios y de competencia de los comerciantes ingleses y holandeses, a quienes se trata de suplantar.

Por otra parte, Keynes, como hemos anotado, les atribuye la intuición de haber sostenido la tesis de una baja tasa de interés, como la for-

ma de alcanzar una mayor inversión y la ocupación de los factores productivos.

i. *Intervención estatal.* Hemos visto, al considerar los puntos anteriores, que se trata de una política intervencionista o estatista, en que el Estado reglamenta casi en su totalidad las actividades económicas; no solo interviene en el cambio y el comercio internacionales, sino también en la producción y la distribución, asegurando altos beneficios a los comerciantes y manufactureros. El gobierno mantiene el control económico, constituyendo el mercantilismo la política de la monarquía absoluta y el Estado nacional.

Esto ha hecho afirmar a algunos autores, inclusive Heckscher, que el mercantilismo es una creación del Estado, una criatura de origen estatal. Nada más lejos de la realidad que esta afirmación. El Estado nacional y su política intervencionista y nacionalista, no es la causa sino el resultado del desarrollo capitalista y la encarnación de una clase, la de los comerciantes y manufactureros, que lo utilizan como instrumento para impedir la competencia todavía inconveniente al desarrollo de la producción industrial y obtener los más altos beneficios como efecto del monopolio y la explotación colonial; en otros términos, el Estado no es sino una palanca movida por los intereses de un sistema y una clase que comienza a aparecer en el mundo. Y esto es tan claro, si se considera que muy poco después, cuando el capitalismo y la clase capitalista pueden caminar por sí mismos, sin necesidad de andaderas, prescinden, en cuanto es posible, de la intervención del Estado, lo que se expresa en la doctrina del liberalismo económico, a la que nos hemos de referir posteriormente.

Por otra parte, no hay que olvidar que al poder económico, se lo considera como lo fundamental para obtener y mantener el poder político; la burguesía naciente y en ascenso, comprende que su enriquecimiento y fortalecimiento económico, ha de abrirle, de par en par, las puertas de su dominación política, como ha de suceder muy pronto.

j. *El análisis macroeconómico.* El hecho de que la preocupación de los mercantilistas, fuera la prosperidad del Estado, expresión de los intereses de la clase comercial, hizo que sus consideraciones y análisis tuvieran un punto de vista nacional, global, que ha hecho que se los reclame como antecesores del análisis macroeconómico moderno.⁶⁵

65. Jean Claude Antoine. *Introducción a L'Analyse Macro-Economique*, 23 y ss.

k. *Los conflictos nacionales.* Los mercantilistas se dieron cuenta de los conflictos económicos y las contradicciones que el desarrollo del capitalismo debía provocar entre las naciones que comenzaban a saquearse mutuamente, al igual que hacían con sus colonias. La tesis que sostiene el principio de que “lo que gane una nación lo pierde otra”, es la expresión de ese convencimiento y de la lucha internacional que el capitalismo lleva en su seno; pues los mercantilistas no tratan de ocultar tales contradicciones sino de formularlas.

l. *El imperio de la razón.* El desarrollo mercantil que trae el Renacimiento, ha traído también la razón como instrumento para la investigación del fenómeno económico. Atrás quedan los dogmas escolásticos y las dudas sobre la legitimidad de las ganancias y otras limitaciones; el afán desencadenado de lucro ha de ser el único objetivo y guía de la actividad económica.

m. *Ninguna preocupación por el obrero ni el consumidor.* Como se ha visto, en este período no existe ninguna preocupación por el obrero y la clase trabajadora en general, sino para gravarla y oprimirla en provecho de la clase capitalista en ascenso, cuyo enriquecimiento se busca a toda costa. Se lucha contra la ociosidad, considerándola como un crimen que se persigue por todos los medios. La nueva clase en ascenso, no solo condena la ociosidad de la clase terrateniente y sus secuaces, nobles, caballeros, sacerdotes, etc., sino también y sobre todo, la “ociosidad” de los obreros y artesanos, de los pobres, del pueblo, a quienes someten a agotadores jornadas de trabajo, para el vertiginoso amontonamiento del capital y los beneficios de los nuevos amos insaciables. Asimismo, ninguna preocupación por el consumidor; el comerciante es el dueño del mundo.

n. *La riqueza de las naciones constituye la pobreza de los pueblos.*- No hay que olvidar que la riqueza de las naciones, se la confunde con la riqueza de los comerciantes y empresarios, es decir, de la clase privilegiada, obtenida a costa de la miseria de las clases desposeídas, con cuyo esfuerzo se realiza la concentración de capitales; cosa que no sorprende, puesto que aun actualmente, muchos economistas que propugnan y teorizan sobre el desarrollo económico de los países llamados “subdesarrollados”, no buscan otra cosa que la acumulación del capital para el enriquecimiento de un grupo, la aristocracia del dinero, exprimiendo, por todos los medios, a las masas populares.

Solamente en afán de ejemplificación y con el fin de ilustrar las tesis generales ya sentadas, presentaremos algunos autores, de los ya muy nu-

merosos que encontramos en esta época y en las diversas naciones, anotando sus características esenciales:

España

Desde 1503, España comienza a recibir el oro de nuestra América, primero de La Española, luego de Cuba, Puerto Rico, Panamá, hasta que la corriente dorada de los imperios Azteca e Incaico, repletan las arcas de la Casa de Contratación de Sevilla, desde donde ha de repartirse a toda Europa, inyectando sangre y vida al capitalismo naciente, pero creando, a su vez, inusitados problemas, que han de inquietar el pensamiento español y europeo.

El aumento de precios, determinado por la inflación y agravado por las continuas devaluaciones desordenadas y atrabiliarias; la fuga acelerada de los metales preciosos hacia el exterior, etc., han de constituir preocupación de este tiempo.

Se trata, pues, de optar medidas para evitar la salida de los metales nobles, que se cree remediar con un conjunto de controles directos que prohíben terminantemente, aun con la pena de muerte en la hoguera y la confiscación de bienes, la salida de las monedas y lingotes de oro y plata, que fluyen como “la lluvia sobre el tejado”, según anota Heckscher. Estas medidas son las que han recibido el nombre de bullonismo (de *bouillon*, lingote), y constituyen una concepción estrictamente metálica, en la infancia del mercantilismo.

Por otra parte, unas veces se devaluaba la moneda para impedir que saliera del país; otras, se daba valor mayor, en igualdad de peso, a la extranjera, con el fin de atraerla de los demás países; se reglamentaban los tipos de cambio, etc., sin obtener, como es lógico, resultados satisfactorios.

Si España algo puede enseñarnos, dice Gonnard,⁶⁶ no es precisamente por sus aciertos sino por sus errores, y los errores enseñan algunas veces más que aquellos, ya que no solo se cometieron las indicadas equivocaciones, sino que, además, en la sed de oro y plata, se abandonó la agricultura e industria, cuyo desarrollo hubiera sido la única puerta de salida a la inflación, conduciendo a la “Madre Patria” cargada de oro y plata, a la miseria y destrucción más completa, como lo demuestran las diversas obras que por entonces se escribieron y en las que se pinta un pueblo reducido a la más espantosa miseria.⁶⁷

66. René Gonnard. *Historia de las Doctrinas Económicas*, Ed. Aguilar, 65-66.

67. Con visión profética los economistas españoles del siglo XVII (Sancho de Mancada. Pedro Fernán-

Entre los varios autores que trataron sobre cuestiones económicas, podemos citar a Luis Ortiz, cuyo *Memorial al Rey para que no salga dinero del Reino*, contiene, según, Hamilton, una formulación bastante notable y lúcida de la balanza comercial, abogando por la prohibición de importar manufacturas y exportar materias primas, lo que enriquece a otros países. Sin comprender la incompatibilidad de la acumulación de metales y la baja de los precios, que formula la teoría cuantitativa, sostiene que con una balanza favorable “no solo no saldrá dinero, más de otros reinos vendrá a estos, y forzosamente han de bajar las cosas de los excesivos precios en que al presente están”.

El padre Mariana (1537-1623), se opone a las medidas bullonistas en su *Tratado y Discurso sobre la Moneda de Vellón*, que recuerda a Oresme por su énfasis en afirmar que los príncipes no tienen derecho a modificar las monedas, porque ello significa un impuesto y un tributo al pueblo.^{68*} Los recursos del tesoro real no debían buscarse en las alteraciones monetarias, sino en la disminución de los gastos y liberalidades regias; en la revisión de las fortunas adquiridas por los funcionarios prevaricadores; en los impuestos a los artículos de lujo que consumen las clases adineradas.

Mariana se da cuenta de la existencia de dos valores en la moneda: el natural o intrínseco, que depende de la cantidad y calidad del metal; y el legal o extrínseco, que se le da por ley; los mismos que debían permanecer en estrecha relación para mantener una moneda sana.⁶⁹ Sostiene la ne-

dez Navarrete, Gerónimo de Cevallos. José Pellicer de Ossau. Diego de Saavedra Fajardo. Francisco Martínez Mata, Miguel Osorio y Redil y otros muchos) denunciaron la mayor parte de los males que llevaron a España a la ruina, tales como los mayorazgos, la mano muerta, la vagancia, la despoblación forestal, el exceso de eclesiásticos, el menosprecio del trabajo y las artes manuales, el reparto indiscriminado de limosnas, el caos monetario y la tributación opresiva. Earl J. Hamilton. *La Decadencia española en el siglo XVII*, 131.

68. Porque si el príncipe no es señor, sino administrador de los bienes particulares, ni por este camino ni por otro les podrá tomar parte de sus haciendas, como se hace todas las veces que se baja la moneda, pues le dan por más lo que vale menos, y si el príncipe no puede echar pechos contra la voluntad de sus vasallos ni hacer estanques de las mercaderías, tampoco podrá hacerlo por este camino, porque todo es uno y todo es quitar a los del pueblo sus bienes por más que se les disfraza con dar más valor legal al metal de lo que vale en sí mismo, que son todos las invenciones aparentes y doradas, pero que todas van a un mismo paradero, como se verá más claro adelante.

* Para facilitar la lectura y el control de las citas, por parte del estudiante, utilizaremos, en cuanto sea posible el texto de la Antología denominada *Tres Siglos de Pensamiento Económico (1518-1817)* del profesor Jesús Silva Herzog.

69. Dos valores tiene la moneda: el uno intrínseco natural, que será según la calidad del metal y según el peso que tiene, a que se llegará el cuño, que todavía vale alguna cosa el trabajo que se pone en forjarla; el segundo valor se puede llamar legal y extrínseco, que es el que el príncipe le pone por su ley, que puede tasar el de la moneda como el de las demás mercaderías. El verdadero uso de la moneda y lo que en las repúblicas bien ordenadas se ha siempre pretendido y practicado es que estos valores vayan ajustados, porque como sería injusto en las demás mercaderías que lo que vale ciento se tase por diez, así es en la moneda.

cesidad de elevados derechos a la importación, como medida para favorecer la actividad económica interna y el aumento de la población española.

Estas ideas bastante sensatas y que realmente no pueden calificarse en rigor de mercantilistas, despertaron las furias de la Inquisición, que encerró a Mariana en un convento, donde pudiera rumiar mejor sus significativos consejos.

Gerónimo de Uztáriz (... y 1730 o 1742), de una familia de hidalgos, comenzó haciendo el panegírico de la política colbertiana, y en su *Teórica y Práctica del Comercio y de Marina*, en la que casi no se refiere a cuestiones de comercio internacional, como lo sugiere el título, sino a problemas relacionados con los impuestos, la industrialización y otras tesis similares, nos habla, por otra parte, de cuestiones más prácticas que teóricas, como lo anota Schumpeter; pues se preocupa de establecer los preceptos que el considera necesarios para la restauración económica de España.

Como casi todos los mercantilistas españoles, confunde los metales preciosos con la riqueza, que es lo que ha constituido el blanco de la crítica contra el mercantilismo; pero ya no cree en la eficacia de las prohibiciones bullonistas, sino en el desarrollo de la industria; y aunque parece que no se le ocultan algunos ítems invisibles, considera la exportación de manufacturas como la base para obtener una balanza comercial favorable: hay que vender al extranjero más de lo que se compra, lo que ha de permitir no solo retener los metales preciosos que llegan de América, sino atraerlos de otros países. Con tal fin, formula un plan proteccionista, que subordina el desarrollo de la agricultura a la industria y consiste principalmente en el fomento de la educación técnica, desarrollo de la marina mercante, pesquería, etc.

Bernardo Ward, irlandés de origen, pero que vive y escribe en España, merece mención especial por haberse preocupado, con acierto, de los problemas de América. En su *Proyecto Económico*, sostiene, al referirse a la metrópoli, los conocidos principios mercantilistas: promover la industria, exportando productos españoles por lo menos en igual cantidad que se importan; pues de lo contrario “enriquecemos a los extraños y hacemos la mendicidad de los naturales”; poblacionista, enuncia la tesis que relaciona la población y las subsistencias, preocupándose del problema de la ocupación, ya que “el buen político y hombre de celo y seso no mira tanto en una fábrica el primor del género ni la ganancia del fabricante como el que dé ocupación y sustento a un número grande de individuos”;⁷⁰ anota las ventajas del crédito y aboga por una baja tasa de

interés, que es el efecto de un comercio floreciente, puesto que “es imponderable lo que adelanta el comercio de una nación el tener el interés bajo”; pero junto a esta clara posición mercantilista, se nota una preocupación por la agricultura, que lo acerca a los fisiócratas, así como por la libertad de comercio, que le da un tinte liberalizante.

En lo que se refiere a nuestra América, se da cuenta que España puede perder sus colonias, debido a la errónea y viciosa política que ha seguido y que es objeto de su crítica aguda y acertada, abogando porque se de la tierra en propiedad (mejor debió decir se les devuelva), a los indios,⁷¹ ya que “es regla sin excepción que la tierra nunca estará bien cultivada si el fruto no es de quien la cultiva, ni el hombre hace jamás, trabajando para otro, lo que haría si el producto de su trabajo fuera suyo”. Asimismo, aconseja el comercio libre entre España y América, que anularía el monopolio y el contrabando, perjudicial para aquella ya que “las ventajas del comercio libre son infinitas”.

Italia

Italia fue la zona que, en la Edad Media, marcha a la cabeza del progreso económico y, por lo mismo, ha de ser en el norte de Italia, Venecia, Génova, Florencia, Milán, donde se adopten las primeras medidas de carácter proteccionista.

Muchos nombres se pueden citar de economistas italianos, algunos de los cuales pertenecían al reino de Nápoles, en poder español. Generalmente, las cuestiones monetarias constituyen temas fundamentales de exposición y discusión, así como los relativos a la población.

En el desarrollo del cambio, la moneda ha comenzado a constituir un instrumento, una de las armas utilizadas por los príncipes y la noble-

70. Algunos escritores consideran que los razonamientos que sostienen la necesidad de una balanza favorable no sólo se refieren al aumento de moneda, sino que contemplan también las ventajas de la ocupación, ya que a una mayor exportación sobre la importación, corresponde un mayor empleo de trabajo en el país; de allí que algunos mercantilistas llegan a considerar la balanza comercial en términos de “balanza de empleo” o “balanza de trabajo”, lo que se relaciona, por otra parte, con la protección industrial. Véanse *Studies in the Theory of International Trade*, Jacob Viner.

71. “Es, pues, de justicia, y muy conforme a una buena política, dar las tierras en propiedad a los indios, que sea de justicia no necesita de prueba. Esto, si yo no me engaño, parece que basta para que se conozca cuánto importa el que las tierras se den en propiedad a nuestros indios y que se les deje la plena y pacífica posesión de todo el fruto de sus trabajos. Es, pues de justicia, y muy conforme a una buena política, dar las tierras en propiedad a los indios: que sea de justicia no necesita de prueba que la política pide que las tierras se utilicen, tampoco; pero esto jamás se logrará sino por uno de dos medios o dándoles en propiedad al que las ha de poner en cultivo o dándolas en arrendamiento por un espacio largo y asegurando el fruto de su trabajo al arrendador”.

za para extorsionar y explotar al pueblo. Las continuas mutaciones y devaluaciones de la moneda metálica, no son otra cosa que una forma de extraer riqueza para las cajas reales, a costa de los súbditos. Pero este envejecimiento de la moneda, perjudica también a los prestamistas, que inclusive son acreedores del príncipe, por lo que hemos de encontrar en las obras de los mercantilistas, continuas protestas contra la devaluación de la moneda, que constituyen la expresión de la lucha de clases que se comienza a plantear entre la nobleza y la nueva burguesía.

Juan Botero (1540-1617), como buen mercantilista es poblacionista. Ya antes de él, Ortes, había establecido una relación entre las subsistencias y la población, anticipándose a la errónea teoría malthusiana. Botero hace del desarrollo de la población la base de la riqueza y el poder del Estado, así como de su razonamiento económico.⁷² En su obra, *La Razón del Estado*, establece, como Malthus, la antinomia entre lo que él llama “la virtud generativa de los hombres”, y “la nutritiva de las ciudades”, agregando que “la multiplicación de las gentes crecería sin fin y el aumento de las ciudades sin término, si no fuera por la falta de nutrimento y sustentamiento”; pero a diferencia de Malthus, no piensa en disminuir la población –que por entonces es tan importante, ya que no existen las máquinas y la mano de obra solo depende de aquella– sino en desarrollar la agricultura y la industria, “cuyos productos se pueden multiplicar y tienen más valor”; con lo cual indudablemente supera a Malthus.

De esta manera, enuncia el industrialismo, con su conocido programa: introducción del mayor número y variedad de manufacturas; inmigración de obra calificada; utilización de las materias primas nacionales; recompensa a los inventores, etc. En caso de que aumentase demasiado la población, el problema se solucionaría con la emigración.

Antonio Serra, cuya fecha de nacimiento y muerte no se conoce y de cuya biografía poco se sabe, excepto que fechó su obra, *Breve Tratado acerca de los medios que pueden dar abundancia de oro y plata a los reinos donde no hay minas*, en la cárcel, donde estuvo quizás por conspirar con Campanella por la independencia de Nápoles, o por monedero falso.

Es conocida su polémica con De Santis, que sostenía que la pobreza de Nápoles y la escasez de la moneda se debía a los tipos de cambio

72. “Vengamos ahora a las verdaderas fuerzas que consisten en la gente: pues que todas las fuerzas se reducen a ésta, y quien tiene abundancia de hombres, la tiene de todas aquellas cosas a las cuales se extiende la industria e ingenio del hombre, como aparecerá en el proceso de este nuestro discurso, por lo cual de aquí en adelante usaremos indistintamente del hombre y de la gente y de las fuerzas. Y dos maneras de fuerzas se consideran en la gente, que son la multitud y el valor”.

elevados, aconsejando la baja y el control de los mismos; mientras Serra mantenía, por el contrario, que los tipos de cambio no son la causa del movimiento de los metales, puesto que estaban determinados por la balanza comercial. Serra es, sin duda, el primero en elaborar el concepto de una balanza comercial o quizás mejor de una balanza de pagos, ya que se da cuenta de la existencia de algunos ítems invisibles; pero lo importante no es solo que el explica la salida de los metales de Nápoles, por el estado de la balanza comercial, sino que esta, a su vez, está determinada por las condiciones económicas del país; haciéndose necesario para obtener un saldo favorable, aumentar la producción y exportación de artículos nacionales.

Para que un país obtenga la afluencia de metales abundantes, que para Serra, como para los demás mercantilistas, continúa siendo ambicionada, "pues quien dijere lo contrario debía ser encerrado en un manicomio", existen factores naturales y comunes. Los primeros se sintetizan en la explotación de las minas, cuando las hubiere. Los segundos, que son los que pueden actuar en cualquier reino, se dividen en cuatro clases y están constituidos por la "cantidad de la industria, calidad de la población, operaciones comerciales extensivas y reglamentación del soberano".

Sobre todo la industria, cuya exaltación generalmente hacen los mercantilistas, colocándola sobre la agricultura, ha de ser la que haga abundar el dinero en el reino, ampliando el comercio y los beneficios. Al exaltar la industria, comparándola con la agricultura, parece enunciar la supuesta ley de los rendimientos crecientes en la primera y los decrecientes en la segunda, que ha de ser materia de exposición y discusiones posteriores.⁷³

Al tratar de la moneda, ataca los procedimientos bullonistas y defiende su exportación, con razonamientos que lo alejan del pensamiento estrictamente mercantilista.⁷⁴

73. "En segundo lugar en el comercio puede ampliarse su extensión y en esa forma aumentarse el beneficio, lo cual no es posible en el caso de la producción agrícola, que no está sujeta a un aumento. Nadie por ejemplo, que tenga un terreno sobre el cual pueda sembrarse solamente un centenar de cuartillos de trigo, estará en condiciones de sembrar ciento cincuenta; pero entre las manufacturas es exactamente al contrario, ya que éstas pueden multiplicarse no solamente al doble sino doscientas veces más y con un costo proporcionalmente menor".

74. "Pero la verdad es muy distinta a que la prohibición de exportar dinero no sea conveniente para los Estados y que no les ayude a proveerse de oro y plata en abundancia, sino que más bien sea perjudicial, a menos que debido a algún desorden del Estado se encontrara en tales condiciones que la exportación le causara perjuicios. Y con el objeto de que se reconozca la verdad de esta conclusión, yo aduzco que es de presumirse que el que desea exportar dinero tiene algún propósito, ya que ningún agente opera sin propósito; por lo tanto, si el dinero es exportado con algún objeto, cualquiera que este sea, debe forzosamente regresar con una ganancia al reino de donde se envió".

Lo esencial en Serra, a mi entender, es que situó los problemas monetarios en el terreno que les correspondía, presentándolos como dependientes del estado económico general del país, del cual son simples síntomas y consecuencias.

Francia

Francia, especialmente en el tiempo de Colbert, es un ejemplo de industrialismo mercantilista y una prueba de que la “riqueza de una nación”, se obtiene a costa de la pobreza del pueblo, calificada de necesaria, para mantenerlo sometido y disciplinado. No poseyendo minas de oro y plata, tenía que atraer los metales preciosos de otros países por el sistema de exportación de sus manufacturas. Y así fue como gran parte del tesoro español corrió hacia Francia, al mismo tiempo que subían los precios, tema que ha de provocar la discusión apasionada de los escritores franceses.

Juan Bodino (1530-1596), publicista francés de renombre, nos deja *Los seis libros de la República* que para él es el Estado, obra que ha sido colocada a la altura de las de Aristóteles, Maquiavelo y Montesquieu. Recuerda a Aristóteles por su defensa de la propiedad privada como un derecho natural, pero difiere de él al condenar la esclavitud, que ha vuelto a renacer en su tiempo, aunque lo hace con ciertas atenuaciones. Sostiene la tesis sociológica de la influencia del clima sobre el desarrollo de la civilización.

Lo esencial para nosotros, es su *Respuesta de Jean Boudin a las paradojas del señor de Malestroit acerca de la carestía de todas las cosas y del remedio posible*; pues el referido Malestroit había sostenido en sus *Paradojas*, que la subida de los precios era únicamente nominal y no real; ya que debido a las alteraciones de la moneda, se daba una mayor cantidad de esta, pero no de metal; en otros términos, que la cantidad metálica que se cambiaba por las cosas, era igual desde hacía muchos años, solo que se encarnaba en un número mayor de monedas. Malestroit, no hacía sino seguir la tendencia de su tiempo, al explicar el aumento de precios por la devaluación de la moneda. Bodino sostuvo la tesis de que el aumento de los precios era real o sea que se daba una mayor cantidad de metal, cuyo valor había disminuido por la acumulación, debida a su afluencia de América a España y luego a Francia; la razón estaba en la producción natural de metales preciosos.

Así, enumera las siguientes causas determinantes del aumento de los precios: en primer término y como principal y casi única, la abundan-

cia de oro y plata, que demuestra con algunos datos y ejemplos numéricos e históricos, muy discutibles;⁷⁵ la existencia de los monopolios, constituidos principalmente por organismos de comerciantes y artesanos, que les permite fijar precios elevados; la escasez de las cosas que se necesitan, ocasionada parcialmente por la excesiva exportación y los obstáculos puestos a la importación, así como el desperdicio de las mismas; los gastos superfluos del rey y los grandes señores; y por último, el envilecimiento de la moneda.

El hecho inusitado de la afluencia de metales preciosos, conectado mecánicamente con la subida de los precios o lo que se ha denominado la revolución de los precios, trae como consecuencia el que varios escritores de la época, comenzaran a esbozar una teoría cuantitativa de la moneda, de la cual encontramos un ejemplo claro en Bodino, estableciendo ciertos principios abstractos, no solo discutibles sino erróneos, que han de continuar repitiéndose en diversos términos, hasta nuestro tiempo.

Al sugerir las soluciones consiguientes, sostiene, aun cegado por la concepción mercantilista y sin sacar siquiera las consecuencias de su teoría cuantitativa, que nada puede hacerse respecto a la causa fundamental, la acumulación de la moneda, puesto que al mismo tiempo que determina el aumento de los precios, engendra la riqueza del país. Los remedios hay que buscarlos en la supresión de las causas secundarias, como el monopolio, contra el cual se pronuncia claramente, aduciendo que las organizaciones monopolistas, si bien desarrollan ciertas relaciones convenientes, no son de derecho natural y tienden al aumento de los precios; las exportaciones exageradas, con perjuicio del consumo interno; los gastos superfluos de la corte; (anotación que lo pone en afinidad con ciertas escuelas modernas del expansionismo monetario y sus efectos inflacionarios). En su defensa de la moneda, recuerda a Oresme.

Pero el antídoto esencial, está en la práctica del libre cambio, lo cual hace que Bodino aparezca avanzado a su tiempo. Su tesis librecambista se basa en el argumento que ha de ser más tarde clásico: la necesaria di-

75. "La principal razón por la que se eleva el precio de todas las cosas, donde quiera que estén, es la abundancia de moneda, la cual gobierna el avalúo y precio de las mercancías. Plutarco y Plinto atestiguan que después de la conquista del reino de Macedonia bajo el rey de Persia, el capitán Pablo Emilio trajo tal cantidad de oro y plata a Roma que la gente fue liberada del pago de impuestos y el precio de la tierra se elevó a dos tercios en un momento, y Suetonio dice que el emperador Augusto trajo tanta riqueza de Egipto que la usura desapareció y el precio de las tierras era mucho más alto que anteriormente. Por lo tanto no fue la escasez de la tierra, la que no puede ni aumentar ni disminuir, ni el monopolio, que no existe en tales casos fue la abundancia de oro y plata la que ocasionó su propia depresión y el encarecimiento del precio de las cosas."

visión internacional del trabajo, determinada por la diversidad de recursos, que obliga a los países a cambiar sus productos. Naturalmente, no se trata de una tesis librecambista absoluta, al estilo clásico, ya que aun se aceptan fuertes gravámenes aduaneros; pero se nota un alejamiento de las prohibiciones absolutas y a *outrance*, lo que constituye un gran paso en el camino del libre comercio internacional.

De ahí que no hay que sorprenderse, cuando a continuación encontramos su programa industrialista, basado en prácticas reglamentarias, que aconsejan gravar con mayores derechos los productos de los cuales no puede prescindir el extranjero, así como la consabida prohibición de exportar materias primas mientras se procura su importación, y las graves imposiciones a la introducción de artículos manufacturados.

En su *República*, nos habla también de los impuestos y las monedas, protestando contra sus alteraciones y propugnando un sistema bimetalista universal. Como todo mercantilista, es poblacionista y considera el desarrollo de la población como base fundamental de la riqueza y poder del reino.

Antonio de Montchrétien (1575-1621). Escribió el primer *Tratado de Economía Política*, por lo cual aparece como el creador del nombre de nuestra ciencia, pero no de su contenido, pues su obra no se refiere a los capítulos fundamentales que presentan los tratados posteriores, sino que es más bien un estudio de las instituciones existentes, como la manufactura, el comercio, la navegación, etc.; una especie de informe que no se distingue precisamente por su originalidad, pues sus ideas se hallan en muchos otros libros que le antecieron, como los de Bodino, sino mejor por la belleza de las expresiones, pues se trata nada menos que de un literato devenido economista.

Se ha creído que su mejor aporte científico se halla en la enunciación del principio de que toda la actividad económica reposa sobre el interés personal, origen de la división del trabajo y el cambio, que había de exaltar posteriormente Smith, y que ha de constituir la base fundamental de la escuela liberal clásica.⁷⁶ Como Smith, sostiene que “la riqueza

76. “Pero, puesto que no somos perfectos ni vivimos rodeados de personas perfectas. Tratemos este punto conforme al curso del mundo, en el que cada uno atiende a su provecho y tiende la vista por todas aquellas partes en donde ve brillar algunas chispas de ganancia, a la que el hombre aspira, ya sea por naturaleza o bien por necesidad o costumbre, de la que se dice que es una segunda naturaleza..., pero de tal manera que cada uno se inclina más a su provecho particular, como un movimiento propio e independiente de ese otro movimiento general que les da, casi sin que él lo advierta, la naturaleza, como su objeto principal... Tantas luchas, tantos trabajos, y tantos hombres no tienen

está en el trabajo”, pero no creemos, como se ha afirmado, que su libro sea un himno al trabajo, pues de lo que se trata es de someter a los trabajadores a un sistema compulsorio y de severa disciplina, para beneficio de los empresarios.

Quizás más interesante es su concepto de un desarrollo integral de la agricultura, la industria y el comercio de la nación, a pesar de su impropio símil organicista, por el que afirma “que los campesinos son los pies del Estado, porque ellos lo sostienen y cargan sobre sí todo el peso del cuerpo”; así como “ni más ni menos que todos los animales que tienen sangre poseen un corazón, todos los países que cuentan con riqueza tienen industria”; también es necesario desarrollar el comercio como un complemento indispensable, el mismo que tiene que ser libre, en cuanto sea posible.

Como todo mercantilista, y ya resulta fatigoso enunciarlo, aboga por una balanza favorable, con todas sus implicaciones: exportación y no importación de productos manufacturados; prohibición de exportar pero no de importar materias primas y metales preciosos. Contra la política de los abastos, y la abundancia, sostiene la teoría de que hay que vender lo más posible o sea que expresa “el miedo a los bienes” de que nos habla Heckscher.⁷⁷

Si bien el autor no deja de dar importancia a los metales preciosos, no les considera como la única riqueza, ya que “no es la abundancia de oro y de plata ni la cantidad de perlas y diamantes lo que hace ricos y opulentos a los Estados; es la adaptación de las cosas necesarias para la vida y apropiadas al vestido; el que tiene más de ellas goza de mayor bienestar... Ciertamente es que estamos ahora más abundantes de oro y plata que lo estaban nuestros antepasados; pero no más cómodos ni más ricos”.

Al mismo tiempo, exige del soberano una reglamentación aduanera razonable, que eduque para la producción, lo que demuestra cierta liberalidad en los cambios internacionales, lo que sumado a su teoría del interés particular, le confiere una tendencia liberal. Para Gonnard, Montchrétien es List o poco menos; con lo que destaca su concepto de una economía nacional “que se baste a sí misma y se expanda al exterior”.⁷⁸

más objeto que la ganancia. A este centro se concreta el círculo de los negocios; la necesidad del movimiento busca este punto”.

77. “Quien desee mantener las artes en buen orden y conservar su prestigio no deberá jamás posponer la ganancia por la abundancia excesiva. El resplandor de la lámpara palidece cuando se la alimenta con exceso de aceite”.

78. *Historia de las Doctrinas Económicas*, 102.

Inglaterra

Se ha dicho, con razón, que Inglaterra, al principio más bien retrasada en el campo de la industria y la navegación comercial, superó de un salto, sobre todo en este último ramo, a sus rivales Holanda y Francia. En verdad, en el siglo XV, Inglaterra continúa manteniendo un aspecto fundamentalmente agrario. En el siglo XVI se inician “los cerramientos”, a los que nos hemos referido ya, y la cría del ganado lanar comienza a transformar la fisonomía económica del país, pues constituye la materia prima, primero para atender la demanda de Flandes (Bélgica) y Holanda, y luego para el propio desarrollo industrial inglés, que es de lo más inhumano y brutal, en lo que se refiere a las exhaustivas jornadas de trabajo, salarios bajos y miserables, así como el espantoso suplicio al que son sometidas las mujeres y sobre todo los niños, pues se necesitan “dedos pulidos y finos” como lo acreditan los numerosos documentos referentes a toda esta época de acumulación y desarrollo capitalista.⁷⁹

Más rápido y firme es el desarrollo comercial marítimo inglés, que inician los corsarios o mejor piratas de Isabel, a mediados del siglo XVI, y que hacen de Inglaterra, a corto plazo, la dueña de los mares, aprovechándose de la decadencia de Holanda, venida a menos, entre otras cosas, por sus luchas con Francia. Así, la explotación inhumana del hombre, y su venta como esclavo, el famoso asiento o sea el monopolio de la explotación de esclavos negros,⁸⁰ constituyen la base fundamental del desarrollo comercial e industrial de Inglaterra.

Comparado con el mercantilismo francés de tipo industrialista, se ha calificado al inglés, aunque en forma redundante, de mercantilismo comercial, porque pone el acento en el comercio exterior. Su ideal es exportar cada vez más y aun importar, siempre que las importaciones sean menores que las exportaciones, pero sobre todo *transportar*. Su objetivo fundamental, una balanza comercial favorable, en la que se introducen algunos ítems que ahora llamamos invisibles, y que utilizan como instrumento de análisis. Por eso los problemas del comercio exterior, los cambios, la balanza comercial, han de ser los temas preferidos de sus exposiciones y discusiones.

Así se produce aquella controversia entre *Malynes* y *Misselden*, que nos recuerda la de De Santis y Serra. *Malynes*, a quien ya conocemos por

79. Consúltese, entre otros, los libros de Th. Rogers, *Trabajo y Salario*, y *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de F Engels.

80. Véase *Capitalism & Slavery*. Eric Williams. Ed. University of North Carolina Press.

su posición frente a la usura y que acusa a los financieros inescrupulosos de realizar cambios usurarios que reducen los stocks metálicos, produciendo el alza de interés, que era un síntoma de aquellos males, so preocupa también del cambio exterior, que lo considera como un problema importante. El mal uso de la letra de cambio, “corrompida por las artimañas de los financieros logrereros” había destruido la verdadera paridad legal o sea el cambio proporcional de las monedas, basado en su contenido metálico. Solo los cambios exteriores que se hacen en esta proporción y que correspondían al *par pro pari*, eran morales y justos, pues Malynes arrastra algunos residuos de la concepción económica medioeval.

En estado de equilibrio, podríamos decir, no habría movimientos de metales; y si el tipo de cambio era favorable a un país, los metales preciosos no saldrían de él; pero se fugarían si el tipo de cambio era inferior a la par. Malynes no solo había señalado este tipo de equilibrio, sino también la relación entre las desviaciones de él y el movimiento internacional de los metales, que más tarde se incorporaría a la teoría de los puntos metálicos. Malynes analiza las causas inmediatas de los movimientos del oro, pero su análisis no es válido más allá de esto. Sostenía, como consecuencia, la necesidad de un monopolio y control de los cambios, que impidiera toda desviación del *par pro pari*, o sea del punto de equilibrio, debiendo realizárselo a través del Real Cambiador, así como la prohibición de exportar moneda.

Por otra parte, Malynes, cosa inusitada en esa época, como anota Heckscher, expresa un temor casi malthusiano por la población, ya que “Si los tres grandes azotes de la humanidad: la guerra, el hambre y las pestes, no se encargan de limpiar este gran organismo, todos los reinos y los países llegarán a estar tan poblados que los hombres apenas podrán convivir en paz o sin peligro”.

Misselden, otro comerciante de la época, que pertenecía a la Compañía de los Mercaderes Aventureros, fue el primero que utiliza el término “balanza comercial” (1623), (aunque parece que ya era usado en el siglo XVI, entre otros por Bacon), como título de un panfleto publicado en *The Circle of Commerce, or the Ballance of Trade*, en el que ataca a la compañía de las Indias Orientales, acusándola de constituir un vehículo para la salida de los metales preciosos, por su comercio con Oriente, el que debía limitarse al mundo cristiano; oposición que termina cuando llega a ser miembro de ella. Roll anota, con razón, que el motivo fundamental que impulsa a los escritores mercantilistas, es la defensa de su propio interés y el de la clase a que pertenecen. En realidad, quizás en ninguna otra expresión

del pensamiento, como en la mercantilista, se manifiesta tan claramente el sentido de clase; se trata de una teoría –y conste que aunque incipiente y un tanto esquemática existe una teoría producto de la práctica, pero que, a su vez, influye en esta– que es la cristalización de las aspiraciones de la burguesía comercial en ascenso.

En *The Circle of Commerce*, sostiene en oposición a Malynes, que los tipos de cambio exterior se establecen como los de cualquier otra mercancía. Cada mercancía tiene un precio determinado por su bondad, pudiendo, en un momento dado, el precio dominante ser mayor o menor, de acuerdo con la oferta y la demanda de los vendedores y compradores; lo mismo pasa con la moneda, cuya paridad legal está determinada por la “bondad del dinero”; pero los tipos de cambio pueden fluctuar de acuerdo con la oferta y la demanda, lo que da como consecuencia que no sean la causa del movimiento de los metales, sino del volumen del comercio exterior, determinado por la balanza comercial.

Por lo mismo, Misselden rechazaba las medidas sugeridas por Malynes; pues para conocer si el comercio era lucrativo se necesitaba establecer la relación entre exportaciones e importaciones, a fin de ver si existe una balanza favorable, debiendo amoldarse en este sentido el comercio de la nación. Para ello hay que alentar las exportaciones y desalentar las importaciones, sobre todo de artículos de lujo. Aconseja desarrollar la industria pesquera, para que Inglaterra dependa menos del exterior en la provisión de subsistencias.

Tomás Mun (1571-1641), llamado el príncipe de los mercantilistas, es un enriquecido mercero londinense y consejero vitalicio de la Compañía de las Indias Orientales. Para defenderla de la acusación que la constituye en la causante de la fuga de metales preciosos al exterior, por el hecho de gozar del privilegio de exportarlos, escribe su *Discurso acerca del Comercio de Inglaterra con las Indias Orientales*, en el que se esgrimen argumentos, tales como el de no exportar toda la cantidad a que se tenía derecho; importar materias primas para la industria inglesa; abaratamiento del comercio con la India, debido al desalojo de los turcos; y sobre todo la afirmación de que las reimportaciones devolvían al país más metálico que el exportado.

En su libro *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*, cuya estructura servirá de base a *La Riqueza de las Naciones* de Smith,⁸¹ que comien-

81. Ver E. A. J. Johnson. *Mun et Estratega*.

za y termina con la exaltación del comercio,⁸² que ahora es, signo de los tiempos, “grande y noble negocio”, y en el que elogia al comerciante, para quien establece las reglas que han de llevarlo a la perfección, anhelada para su hijo; se preocupa, como ya lo había hecho Misselden, de la balanza comercial; agrega el concepto de “acervo”, o sea capital, que define como una porción de riqueza, generalmente en dinero, que se emplea para obtener un excedente, con lo cual establece la diferencia entre dinero y capital, generalmente confundidos por los mercantilistas y que los llevaba a hablar únicamente del aumento de metálico. Solo cuando este “acervo”, empleado en el comercio exterior, produce una balanza favorable, lo que significa ingreso de metálico al país, puede decirse que ha obtenido un empleo conveniente. Para obtener este saldo favorable, hay que estimular las exportaciones y reexportaciones y restringir las importaciones. En cuanto a los precios de venta al exterior, deben ser los más convenientes para sostener la competencia, elevando los artículos en los que Inglaterra goce de un monopolio; pues Mun, como dijéramos antes, se da cuenta de las vicisitudes que puede tener la demanda en relación con el aumento de precios, o sea de lo que hoy diríamos la elasticidad de la demanda.

Mun, en su discusión con Malynes, establece la diferencia entre la balanza comercial *particular*, que es la que determina el tipo de cambio con un solo país, y la balanza *general*, que se refiere a todos los países. Como Misselden, acepta la oferta y la demanda como determinantes del precio del cambio exterior, ya que es la escasez o la abundancia lo que determina que aquel sea alto o bajo; de manera que la balanza general puede ser favorable, mientras que algunas particulares que la forman, pueden no serlo. Como consecuencia, no propone restricciones al cambio exterior como lo hiciera Malynes.

Al enseñar cómo debe formularse la balanza del comercio exterior, indica la manera de calcular el precio de las exportaciones, a cuyo costo de producción se ha de agregar el 25%, por cargos locales, fletes, seguros y ganancias de los comerciantes; al tratarse de las importaciones, no debe

82. Considerad, pues, la verdadera forma y valor del comercio exterior, el cual es: la gran renta del rey la honra del reino, la noble profesión del comerciante, la escuela de nuestros oficios, la satisfacción de nuestras necesidades, el empleo de nuestros pobres, el mejoramiento de nuestras tierras, la manutención de nuestros marinos, las murallas de los reinos, los recursos de nuestro tesoro, el nervio de nuestras guerras, el terror de nuestros enemigos. Por todas estas grandes y poderosas razones muchos Estados bien gobernados fomentan grandemente esta profesión y cuidadosamente estimulan esta actividad no solamente con una política que la aumenta, sino también con poder para protegerla de daños externos, pues saben que entre las razones de Estado es la principal el mantener y defender aquello que sostiene a ellos y a sus haciendas. *La Riqueza de Inglaterra*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 151.

tomarse su precio de venta en Inglaterra, sino el que cuestan a bordo de los barcos ingleses, en los diferentes lugares donde se adquieren, pues la ganancia de los comerciantes, seguros, fletes, aranceles, impuestos y derechos locales, no son sino sustituciones internas en las que el extranjero no participa, de manera que deben valuarse con un 25% menos.⁸³

Introduce, asimismo, algunos ítems de los que llamamos invisibles, al incluir en el activo de la balanza comercial, los gastos hechos por extranjeros en el país, las ganancias de los nacionales en el extranjero, e inclusive los gastos de espionaje realizados por otros países en Inglaterra; y en el pasivo los gastos de guerra efectuados fuera del país; los gastos de la diplomacia, inclusive secreta, en el extranjero, y las ganancias obtenidas por los extranjeros en el país, lo que hace ver que en el cálculo indicado las llamadas exportaciones e importaciones invisibles, han sido consideradas ampliamente.⁸⁴

En cuanto a la moneda, condena su adulteración, así como la circulación en el país de la extranjera, que exhibe un valor mayor del que posee y que le ha sido atribuido con el fin de atraerla; pero no agrega nada de importancia a lo dicho por Oresme y Bodino, en lo que se refiere a la teoría cuantitativa, que los mercantilistas no logran transformar en una teoría de los precios internacionales. Con todo, se nota que Mun da menos importancia que los demás mercantilistas a la acumulación de metales preciosos, pues si la considera indispensable para la guerra, se da cuenta de que el dinero no es sino un medio, porque si faltan las cosas que se necesitan, nada sabríamos hacer con el dinero. “La riqueza o la abundancia consiste en poseer las cosas necesarias para la vida civil”.

Es interesante su análisis sobre la distribución de los metales preciosos y las razones por las cuales España, al no producir y exportar mer-

83. “En consecuencia: primero, respecto a nuestras exportaciones, cuando hemos valuado su primer costo, debemos agregar: veinticinco por ciento por los cargos locales, por los fletes de los barcos, por seguros y por la ganancia de los comerciante. Segundo, para nuestras importaciones de mercaderías extranjeras, el libro de aduanas sirve sólo para orientarnos respecto a la cantidad de ellas, pues no debemos valuarlas como se cotizan aquí, sino en lo que nos cuesta con todos sus gastos, a bordo de nuestros barcos en ultramar, en los respectivos lugares donde son compradas, pues la ganancia de los comerciantes, los gastos por seguros, fletes de barcos, aranceles, impuestos y otros derechos locales, que las encarecen enormemente para nuestro uso y consumo, no son sin embargo, sino sustituciones entre nosotros mismos, ya que el extranjero no participa de nada de esto. Por consiguiente, nuestras referidas importaciones se deben valuar en un veinticinco por ciento menos de lo que se consideran que valen aquí”.

84. La generalidad de los autores han sostenido que los mercantilistas sólo descubrieron la balanza comercial, pero no la de pagos, que es de creación moderna. La somera revisión que hemos hecho, nos permite afirmar que esto no es verdad o lo es a medias, ya que varios autores, y desde muy temprano, se dieron cuenta de la existencia de las exportaciones e importaciones invisibles, hasta llegar, como en Mun a enumerar casi todos los ítems invisibles.

cancias, tenía que satisfacer sus necesidades con dinero, importándolas de otros países.

En lo que se refiere a los impuestos, que Mun llama “un amasijo de opresiones”, y los gastos del rey, anota que en ningún caso deben ser mayores que lo obtenido por el saldo favorable de la balanza comercial, pues una mayor acumulación sería atentatoria contra la vida misma del comercio.

Como la casi totalidad de los mercantilistas, sostiene la necesidad de salarios bajos, que mantengan al pueblo en la escasez y la pobreza, ya que “la pobreza y la escasez hacen a los pueblos sabios y felices”; de manera que, si por una parte, propugna el enriquecimiento del país por el comercio, o sea de la clase comerciante, a la que pertenece, anhela la mayor escasez y pobreza para la masa trabajadora, lo que demuestra el criterio clasista con que actuaban los mercantilistas y la afirmación implícita de que la riqueza de los unos viene de la pobreza de los otros; también podemos comprender, una vez más, lo que por entonces, y desgraciadamente aun ahora, se denomina la prosperidad y riqueza de la nación. Se daba también cuenta de la relación entre el aumento de la población y la baja de salarios.

En cuanto al interés, sostiene que un interés alto es la expresión del desarrollo comercial, pues indica que hay demanda de capitales, de manera que el interés sube y baja conjuntamente con la actividad comercial; por otra parte, todo desarrollo de la producción necesita de capitales y estos se forman más fácilmente cuando la tasa de interés es más elevada.

Josiah Child (1639-1690), por el contrario, como ya lo anotáramos oportunamente, aboga por una baja tasa de interés, ya que esta facilita el comercio, pues desalienta a los ociosos que solo desean gozar de una fortuna adquirida, haciendo posible nuevas inversiones, así como permite competir en los mercados exteriores; pues solo disminuyendo el costo de producción, con una baja tasa de interés, cuya fijación debe corresponder al Estado, puede Inglaterra competir con Holanda; por esta posición, Child ha sido considerado, en cierta forma, como un precursor de Keynes.

Asimismo, en oposición a Mun, es uno de los pocos, con el conocido escritor Defoe, que se opone a la tesis de los salarios bajos; pero no porque ello signifique preocupación por los trabajadores, sino porque razona en vista de las conveniencias del mercado, pues con salarios elevados se pueden vender más mercancías, y por ello son “una prueba infalible de la riqueza del país”. De esta manera, se anticipa a los teóricos que, con el

mismo sentido, propugnan los salarios altos. No desconocía, asimismo, la relación entre el aumento de la población y el descenso de los salarios.

Además, se anota en el haber de Child, la elaboración de una especie de teoría colonial, basada en la población, que parece significar ocupación. Consideraba que la colonización es emigración y, por lo mismo, podía traducirse en menos brazos para el trabajo en la metrópoli, cosa inconveniente para un poblacionista, ya que se trata de una época en que no hay máquinas y el esfuerzo humano es lo fundamental; pero se consuela con la tesis de que la colonia debe trabajar para la metrópoli y mantener comercio con ella, de manera que como cada emigrado pondría a trabajar para sí por lo menos diez nativos bajo su dirección, esto determinará que en lugar de un hombre sean diez los que trabajen para la metrópoli. De ahí que las colonias debían constituir mercados para la venta de productos manufacturados y provisión de materias primas.

Child, sostiene que la moneda es como cualquier otra mercancía, lo que le sirve para sostener que debe ser exportada; constituyendo esto un primer ataque a la gran importancia que se daba a la balanza comercial.

Alemania y Austria

La división interna y casi pulverizadora de Alemania, entre otras causas, le ha impedido el desarrollo de un mercado interior y el de la industria y el comercio internacional, quedándose a la zaga de otros países como Inglaterra y Francia; de manera que el mercantilismo se practica en Alemania, cuando casi ha desaparecido en aquellos países.

Por otra parte, la devastadora guerra de los 30 años y sus gastos consiguientes, han determinado el endeudamiento del Estado, que pugna por organizar sus finanzas y la economía en general.

De ahí que una de las características fundamentales del *ameralismo*, que es la denominación que toma el mercantilismo alemán, debido a sus propias características, sea la de preocuparse, en forma preponderante, por los problemas relacionados con las finanzas públicas y la administración del Estado. Quizás al *cameralismo* es al que mejor se aplica la anotación de Adam Smith: “la economía política considerada como una rama de la ciencia de un estadista o legislador”.

La misma palabra “*Cameralismo*”, que viene del alemán *Kammera*, se refiere, en primer término, al lugar donde se guardaban los tesoros del príncipe, para luego engoblar en su contenido todos los haberes del mismo, que en realidad son los ingresos del Estado y su administración;

la misma palabra, en su origen, llega a significar la sala donde se reunían las personas destacadas del reino, para discutir los problemas relacionados con la riqueza del soberano y los medios de encontrar su mejor incremento.

En consecuencia, otra de las características del Cameralismo, es la de tener un carácter didáctico y universitario. Desde muy pronto se lo enseña a los funcionarios del Estado en los más altos organismos educacionales, las universidades. De esta manera, el cameralismo se diferencia del mercantilismo francés e inglés, que ponen su acento en el industrialismo y el comercio, respectivamente, en que aquel es más administrativo y financiero; también por la calidad y posición de los hombres que escriben en la Alemania cameralista; pues no se trata de comerciantes y hombres prácticos, como en Inglaterra, ni hombres de cierta cultura y acción, como en Francia; sino de profesores universitarios, que amontonan densos y graves volúmenes de ciencia cameral, no siempre inteligible.

Felipe Guillermo Hornigk (1638-1712). Se preocupa porque su país, Austria, llegue a ser autosuficiente, sobre lo cual insiste en su libro de título significativo: "Austria por encima de todo". Si un país tiene oro y plata en abundancia, puede ser rico pero no autosuficiente; seguirá dependiendo de otras naciones para obtener los bienes que necesita para subsistir; asimismo, si tuviera todos estos bienes y careciera de oro y plata, también estaría obligado a obtenerlos cambiándolos con metales en el comercio exterior. Austria puede ser autosuficiente, debido a los abundantes recursos naturales que posee, cuyo empleo conveniente le ha de traer una balanza comercial favorable. En su afán de obtener este saldo favorable, sostiene que es preferible gastar dos thaleros en adquirir un artículo en el interior del país, si el dinero queda dentro, que uno en el exterior, por el mismo artículo, si el dinero sale del país. Su concepción ya no es estrechamente metalista, puesto que no solo es dinero lo que se necesita, sino bienes. Propugna una reglamentación del comercio exterior.

Para que un país, en consecuencia, pueda tener un excedente de oro y plata, así como de las cosas necesarias para su subsistencia, debe basarse en sus propios recursos, procurando no depender de otros países, para lo cual Hornigk formula sus conocidas y repetidas nueve reglas, que nosotros procuraremos sintetizar así:

1. Inspección y estudio del suelo y demás recursos naturales, a fin de darles el empleo más útil para el país. No hay que omitir gasto ni esfuerzo alguno para el descubrimiento de los criaderos de oro y plata.

Todos los productos nacionales que no puedan consumirse en estado natural, deben ser elaborados dentro del país, pues su manufactura les agrega un valor que excede, en una proporción de dos a cien, al de las materias primas.

2. En esta forma tendrá ocupación y se desarrollará la población del país, ya que la producción de materias primas y su elaboración impedirá que la gente caiga en la indolencia y se oriente hacia las utilidades remunerativas. Hay que emplear todos los medios para el desarrollo de los inventos, las artes y el comercio, trayendo instructores de los países extranjeros, si fuere necesario.
3. Debe evitarse que el oro y la plata del país, ya sea producto de sus minas o venido del exterior, no salga del mismo, en cuanto sea posible; pero tampoco se debe permitir su atesoramiento o inmovilidad en cofres o roperos, ni que se destinen a usos que pudieran significar su destrucción, sino que deben circular siempre, lo que hará que el país prospere en bienes y riquezas.
4. Todos los habitantes del país, en cuanto sea posible, deben consumir los productos nacionales, renunciando a los artículos de origen extranjero.
5. En caso de que las importaciones se volvieran indispensables, deberán hacerse directamente de los países productores no de los intermediarios; en ningún caso deberán pagarse en oro y plata, sino con productos nacionales.
6. Los productos extranjeros deberán importarse, en cuanto sea posible, en bruto o semimanufacturados, a fin de elaborarlos o terminarlos dentro del país, convirtiéndolos en fuentes de salarios.
7. En cada industria hay que determinar la cantidad de excedentes en el país, a fin de cambiarla por oro y plata en los mercados exteriores, debiendo ensanchar el comercio y su consumo hasta en los más remotos confines de la tierra.
8. Por ninguna razón, salvo muy raras excepciones, deberá permitirse la importación de mercancías de las cuales hubiere suficientes existencias en el país, en calidad apropiada, aunque pudiera encontrarse en el exterior de mejor calidad o a precios menos elevados.
9. Si bien estas normas, que han sido repetidas continuamente por los cameralistas, son de simple sentido común, como lo anota Schumpeter, no dejan de tener cierto interés al considerarlas como un aporte al pensamiento económico de su época.

Juan Enrique Justi (1720-1771). Este profesor universitario es considerado como la más alta expresión del pensamiento cameralista. En sus obras *Tratado Sistemático de todas las Ciencias Económicas y Camerales* y *Hacienda Pública*, adquiere una mayor sistematización la ciencia cameral. Establece la distinción entre la economía privada, que es la economía propiamente dicha, y la administración pública y especialmente las finanzas, que constituyen la ciencia cameral. La libertad, la seguridad y una industria próspera, Son las bases de un Estado floreciente; su enriquecimiento depende de una población creciente, el comercio exterior y la minería. Establece claramente, como todos los mercantilistas, la oposición entre los intereses privados y públicos.

Su poblacionismo, lo lleva a afirmar que con una industria próspera y un buen gobierno, no hay ningún límite para el crecimiento de la población, de manera que no lo asalta ninguna de las inquietudes que han de preocupar a Malthus, el pesimista inglés.

Su concepto de la riqueza es inconsistente, ya que unas veces sostiene que la verdadera riqueza está determinada por los bienes necesarios para la satisfacción de nuestras necesidades, y otras veces, la constituyen los metales preciosos, o sea el oro y la plata.

Son interesantes sus reglas acerca de los impuestos y contribuciones, que ligeramente podríamos sistematizar así:

1. Los impuestos deben ser de tal naturaleza que puedan pagarse sin que los contribuyentes lleguen a privarse de lo necesario ni con menoscabo de sus capitales, de manera que las contribuciones no deben ser aumentadas si antes no se ha puesto a los contribuyentes en condiciones de soportarlas; las condiciones de la clase trabajadora deben ser m-jornadas antes de pensar en un aumento de contribuciones.
2. Los impuestos y contribuciones deben tender a la igualdad y proporcionalidad, considerando las posibilidades del contribuyente y los beneficios que recibe del Estado; dado que el Estado garantiza la propiedad, cuanto mayor sea esta, tanto más debe ser la contribución que deba pagarse.
3. El sistema de impuestos y contribuciones, no debe dañar la prosperidad del Estado ni la de los habitantes, impidiendo el desarrollo de la industria y el comercio; en ningún caso debe atentar contra la libertad, el bienestar y la felicidad de los ciudadanos.
4. El sistema de contribuciones e impuestos debe estar de acuerdo con la naturaleza del Estado y su gobierno. Hay que considerar la índole,

situación y fertilidad del país, así como el nivel de vida, las inclinaciones naturales y los sentimientos y espíritu del pueblo.

5. Los impuestos y contribuciones deben ser claros, concretos, ciertos, procurando una recaudación fácil y honesta. El contribuyente debe conocer la razón del impuesto y su monto total, a fin de no hallarse expuesto a los caprichos y opresiones de los recaudadores; así como el Estado debe estar seguro de la suma que ha de recaudar para sus egresos.
6. Los impuestos y contribuciones deberán recaudarse con el menor gasto posible tanto del Estado como del contribuyente, ya que mientras mayores sean los gastos disminuirán los ingresos del Estado, procurando una organización del sistema fiscal que sea ventajosa tanto para el gobierno como para los contribuyentes.

Las primeras críticas al capitalismo naciente y la evasión utópica

La acumulación primitiva del capital, que es el punto de partida del desarrollo del capitalismo, ha de engendrar, como hemos visto, graves problemas económicos y sociales, que no podían escapar a la observación aguda y la sensibilidad inquieta de algunos escritores que emprenden una crítica, muchas veces severa, a través de las llamadas *Utopías*, entre las cuales las de Tomás Moro y Campanella, merecen una mención especial.

Es fácil comprender, que en esta época del desarrollo capitalista, cuando no se ha realizado una plena diferenciación de clases y los obreros aun no se hallan organizados, ni adquieren todavía la conciencia de su posición dentro del proceso productivo, la crítica inicial del sistema no podía encarnarse en una acción social directa, sino en simples concepciones utópicas, en las que se enmascara el descontento existente, que en vez de enfrentarse con la realidad, toma la forma de una huida o evasión de la misma hacia Estados imaginarios, en los que predomina el derecho natural y la razón, y para los cuales la república platoniana, que ha vuelto con el Renacimiento, constituye un clásico ejemplo.

Como ya sabemos, en esta época, se va acentuando el imperio de la razón frente a la concepción dogmática medioeval; la moral misma, desligándose de su fundamento teológico, busca basarse en una concepción racional, afirmando que es posible formar hombres buenos y virtuosos, de la misma manera que científicos o profesionales, en cualquier ramo.

Por otra parte, la filosofía materialista, bajo el impulso de las ciencias, especialmente de las naturales, sostiene que la existencia de nuestra

razón no significa el de ninguna idea innata, ya que es una “tabla rasa”, en la que se inscriben las impresiones que nos llegan a través de nuestros sentidos y se transforman en ideas, de manera que estas no son sino el reflejo del mundo exterior.

En esta forma, lo razonable y lo justo, por otra parte, podía ser enseñado y transmitido a través de la educación, a fin de formar hombres y sociedades inspirados no en el interés individual o particular, sino en el beneficio y prosperidad sociales.

A esta concepción, se agrega la del derecho natural, fortalecido por las crónicas y más informaciones escritas sobre el estado natural de las comunidades indígenas americanas, basadas sobre la propiedad comunal y que vivieran durante muchos siglos en una prosperidad admirable, sin necesidad de una organización estatal. La propiedad y el trabajo en común constituían, pues, el verdadero estado de naturaleza, y la propiedad privada era la causa de todos los males sociales que había acompañado al hombre al apartarse de su situación inicial.

Por lo mismo, la razón, a la que se adjudicaba un verdadero poder creador, podía y debía construir ciertos tipos de sociedad, a imitación de aquellas comunidades naturales, a fin de imponerlas como prototipo de sociedades perfectas, dentro de cuya organización los hombres pudieran ser buenos y felices.

Así nace la más importante de esas utopías, la de *Tomás Moro* (1478-1535), abogado notable, filósofo, humanista, teólogo y sociólogo, que conocía tanto a Platón como a los padres de la Iglesia. Al llegar al parlamento, fue consejero de los comerciantes de Londres, y al ser enviado a la ciudad de Amberes, para tratar de ciertas cuestiones comerciales suscitadas entre Inglaterra y Flandes, tuvo el tiempo de redactar una parte de su obra. Más tarde ha de ser Canciller del reino y morir ejecutado por delito de alta traición, cuando, debido a sus convicciones católicas, se negara a aprobar los divorcios sucesivos de Enrique VIII.

Esta posición a la vez religiosa, racional y naturalista, que encontramos en Moro, solo puede explicarse por las corrientes realistas y nominalistas, surgidas al final de la Edad Media, que reflejan la lucha entre la economía feudal y urbana, y permiten el afianzamiento de la razón, sin negar violentamente a la religión. Como es sabido, los realistas que, paradójicamente al nombre que exhiben, afirman la existencia de las ideas como entes que se hallan fuera del mundo material, sostienen que el libre examen no debe ser el objetivo de la razón, pues su fin es justificar y dar

base a las verdades de la fe. Los nominalistas, por su parte, insisten en la existencia de las cosas, de las cuales provienen las ideas, sosteniendo que la razón nada tiene que ver con las cuestiones de la fe, que pertenecen al dominio de lo irracional.

Así, para los realistas, solo existe una sola clase de verdad, tanto en lo religioso como en lo temporal. En cambio, para los nominalistas, hay dos clases de verdades diferentes: las de la fe y las de la razón, que actúan en campos distintos. De esta manera, se podía ser cristiano piadoso, creyente en las verdades de la fe, y, sin embargo, moverse libremente en el campo de la razón y de la ciencia. Fue esta escapada subrepticia por el camino de la razón, la que permite el desarrollo de la ciencia, haciendo posible el evadirse, por lo menos en ciertos casos, de las terribles persecuciones religiosas; ha de ser, asimismo, el camino que permita a Moro, permanecer cristiano fiel y al mismo tiempo construir su *Utopía*, sobre el cimiento de los derechos naturales y de la razón.

La obra se halla dividida en dos partes: en la primera, se realiza una crítica sobre la organización de la sociedad en general y especialmente de la inglesa, cuya transición de la economía feudal a la capitalista, había creado los graves problemas que conocemos y ocupan la atención de Moro.

La codicia insaciable de los terratenientes, los ha lanzado a despojar a los campesinos de sus tierras y reemplazarlos con rebaños de carneros, para lo cual han empleado toda clase de engaños y violencias. La disminución de la superficie cultivada ha determinado el alza de los precios y la desocupación. Toda la riqueza se concentra en manos de un pequeño número de personas, mientras la pobreza se amontona en el lado opuesto. He aquí cómo los mansos corderos, se han tragado a los hombres. Ya hemos dicho, cómo tales corderos transformados en tigres, no eran otra cosa que los terratenientes devorando a los campesinos.⁸⁵

No puede haber justicia, en tanto que los nobles, los banqueros y artesanos, disfruten de grandes rentas sin trabajar y los trabajadores sean tratados como bestias de carga, recibiendo como salario la pobreza, mien-

85. "En aquellas regiones del reino donde se produce una lana más fina y por consiguiente, de más precio, los nobles y señores y hasta algunos abades, santos varones, no contentos con los frutos y rentas anuales que sus antepasados acostumbran sacar de sus predios, ni bastándoles el vivir ociosa y espléndidamente sin favorecer en absoluto al Estado, antes bien perjudicándolo, no dejan nada para el cultivo, y todo lo acotan para pastos: derriban las casas, destruyen los pueblos y, si dejan el templo, es para estabilizar sus ovejas; pareciéndoles poco el suelo desperdiciado en viveros y dehesas y para casas, esos excelentes varones convierten en desierto cuánto hay de habitado y cultivado por doquier".

tras pueden ser utilizados; y luego la indigencia y la miseria, cuando ya no puedan serlo, debido al agotamiento, la vejez y la enfermedad.⁸⁶

Ataca a los monopolios y a la propiedad privada, que es la que permite que lo mejor vaya a parar en manos de los peores y la riqueza sea para unos pocos, mientras los demás perecen de miseria; ella impide que el Estado obre justa y adecuadamente.

El dinero constituye una de las fuentes principales del mal y del crimen; la dicha de los adinerados se levanta sobre la miseria de las mayorías. Si la misma sociedad forma ladrones y vagabundos, es absurdo que se les imponga penas espantosas, en lugar de darles la posibilidad de ganarse la vida. Además, donde todo se mide por dinero es inevitable la existencia de profesiones vanas y superfluas, que fomentan el lujo y el placer.

El diálogo, que se lleva a efecto entre Rafael Hytlodeus, que es un filósofo humanista y un “comunista” convencido; el mismo Moro, que hace como una especie de amortiguador del primero; y Peter Egidus, que es un comerciante conservador y buen cristiano, satisfecho con el mundo existente, se orienta en el sentido de encontrar la forma de cambiar este estado de cosas por una nueva organización que fuera humana y justa.

Según Moro, quien procura situarse siempre en un término medio, sería conveniente proponer a los reyes y sus gobiernos, ciertas reformas que pudieran ir modificando la sociedad. Hay que “proceder sabia y diplomáticamente, de modo que, si no se está en situación de obtener lo mejor, pueda evitarse lo peor”. Es la teoría del mal menor que ha persistido hasta nuestros días, como esencia del reformismo y el oportunismo políticos.

Rafael Hytlodeus, comunista revolucionario, no cree en ninguna forma en el procedimiento reformista, pues responde que los reyes solo piensan en la guerra, en fomentar sus ejércitos y engordar su hacienda, gravando permanentemente a su pueblo; sus ministros y consejeros no

86. “Que justicia es esa que permite que un noble cualquiera, un orfebre como un usurero u otro de la misma ralea, que no se ocupan en nada o lo hacen en cosas de ningún provecho para el Estado, lleven una vida espléndida y regalada en la ociosidad u ocupaciones inútiles, mientras el esclavo, el auriga, el obrero, el agricultor, con un trabajo tan constante y penoso que no lo soportaría una bestia de carga, y tan necesario que un Estado no podría durar sin él ni siquiera un año, apenas alcancen a alimentarse malamente y a arrastrar una vida miserable y, desde luego, de peor condición que la de un animal, cuyo trabajo no es tan continuo ni les desagrada ninguna comida por inferior que sea, no tienen ninguna preocupación por el porvenir. A todos aquellos, en cambio, los aguijonea de momento el trabajo estéril e infructuoso y les quita la vida, la perspectiva de una vejez pobre, pues siéndoles insuficiente el diario jornal para su sustento qué pueden ahorrar cuando llegue la senectud con sus cotidianas necesidades?”

tienen sino que adular al soberano para mantenerse en sus posiciones. En estas circunstancias, ¿qué podría hacer un filósofo junto a tales personajes? Una de dos: se pondría en ridículo al oponerse al soberano que lo destituiría, o tendría que volverse tan inmoral como el gobierno; pero aunque no llegara a tanto, el pueblo, de todas maneras, así lo calificaría, despreciando sus ideas. El único remedio es una transformación total y completa de este sistema, ya que, por otra parte, así se acumulen leyes sobre leyes, hasta no poder contarlas, no podrá obtenerse la dicha y la paz, mientras exista la propiedad privada, que condena, a la mayoría de la población, al exceso de trabajo y la pobreza irremediables.

No puede haberse planteado en mejor forma, la diferencia entre reforma o revolución, como lo anota Max Beer, en su *Historia General del Socialismo*.

Como Moro continuará objetando que la propiedad comunal anula el estímulo de la ganancia personal y el objetivo del esfuerzo individual, argumentos de origen aristotélico, Hytlodeus, en la segunda parte de la obra, presenta el ejemplo de Utopía y los utopianos, como una organización basada en la virtud, la razón, y las sabias instituciones.

Utopía se compone de 54 distritos, con 32 kilómetros cuadrados de extensión cada uno, y 6.000 familias en cada distrito. Se trata de una federación democrática de distritos autónomos, que tiene un Senado o Consejo, formado por tres representantes de cada distrito, que se reúne cada año en la capital, *Amaurota*. Ha sido organizada por un rey filósofo, *Utopus*, de donde viene el nombre de Utopía, que es como decir un país dichoso. Para ello ha utilizado los principios del comunismo y la educación.

La base económica de Utopía está determinada por la comunidad de la tierra; todos son agricultores y al mismo tiempo deben conocer y ejercer un oficio, de manera que se desplazan de la ciudad al campo y viceversa, estableciendo una relación y unidad entre el campo y la ciudad. Se trata de la propiedad común de los medios de producción y de un sistema de distribución comunista, en el que cada cual da de acuerdo con su capacidad y recibe de acuerdo con sus necesidades.

En Utopía todos deben trabajar, ya que se excluye de la comunidad a los ociosos. Con el trabajo de todos, se hace posible reducir la jornada a seis horas, otorgando así a los ciudadanos el tiempo suficiente para dedicarse a las labores intelectuales.⁸⁷ Los trabajos repugnantes o penosos son realizados por los siervos o esclavos, o sea aquellos que han sido conde-

nados por crímenes a la pena de muerte, o por ser extranjeros; en otros términos, se mantiene la esclavitud platónica.

Los utopianos rechazan la guerra como un acto bárbaro y solo realizan ejercicios militares para defenderse de los ataques enemigos o liberar a otros pueblos.

Solo en Utopía es posible el bien común; pues en los demás estados donde nadie está asegurado contra el hambre y la miseria, cada uno tiene que ocuparse de sí mismo y de sus propios intereses; solo cuando no hay nada privado y la sociedad produce para todos, puede hablarse de interés colectivo.

En Italia, sacudida quizás como ninguna otra nación, por continuas invasiones, dominaciones y crisis internas, surge *Tomás Campanella* (1568-1639), que permanece la mayor parte de su vida en la cárcel, en su empeño por liberar a su patria, Nápoles, del dominio español. Indomable en la expresión de lo que el consideraba la verdad, su lema era: "jamás callaré". Conocía tanto a los padres de la Iglesia como a los filósofos griegos, habiendo defendido a Platón y su República, contra Aristóteles. Como Moro, de quien recibe indudable influencia, considera la propiedad privada como causa del malestar social, así como el individualismo que ella engendra; pero cree que la educación, mejor conducida, puede formar un nuevo material humano, si se la orienta hacia el fortalecimiento físico e intelectual del hombre.

La *Ciudad del Sol*, descrita en la forma platónica de un diálogo entre el autor y un viajero genovés, se halla en una isla del océano Pacífico, rodeada de fuertes murallas para defenderse de otros estados. Los solarianos producen y consumen en común, sobre una tierra donde no existe la propiedad privada, causante de los males de la sociedad; pues sin ella, los hombres inclusive admirarían más a su patria y hasta los clérigos serían mejores, una vez desprovistos de ambiciones. La jornada de trabajo es únicamente de cuatro horas, ya que todos trabajan, pues no existen parásitos, lo que permite dedicarse el resto del tiempo a las tareas intelectuales.

87. "Podríase pensar, en efecto, que, como los Utópicos sólo trabajan seis horas, llegarían a escasear entre ellos algunas cosas indispensables. Pero lejos de ocurrir así, no sólo les basta dicho tiempo, sino que aun les sobra para conseguir con creces cuanto requieren sus necesidades o su bienestar. Esto se hará fácilmente comprensible si se considera cuan gran parte del pueblo vive inactivo en otras naciones: en primer lugar casi todas las mujeres, o sea la mitad de la población, pues si en alguna parte trabajan es porque los hombres descansan en su lugar la mayoría de las veces. Añádase esa multitud, tan grande como ociosa, de sacerdotes y de los llamados religiosos. Únanse a éstos los ricos propietarios de tierras denominados vulgarmente nobles y caballeros. Súmenseles sus servidores, famosa mezcla de truhanes armados".

tuales. Como la propiedad privada, según el autor, tiene su origen en la familia, es necesario suprimirla conjuntamente con aquella. Como en la tesis platoniana, la comunidad se extiende hasta las mujeres.

Dirigiendo la comunidad solariana, encontramos un sacerdote filósofo, denominado *Sol*, que gobierna con tres ministros: el de la Fuerza, la Sabiduría y el Amor, o sea los ministerios de Guerra; de Instrucción, Ciencia y Arte; así como el que dirige las relaciones sexuales, con un sentido de selección, ya que es absurdo que mientras el hombre se preocupa de seleccionar las plantas y los animales, descuide los medios eugenésicos que necesita la humanidad para marchar por el camino del perfeccionamiento físico, moral e intelectual.

Así, con un régimen de propiedad colectiva, donde no hayan ociosos, ni pobres ni ricos, porque todo es de todos, se levanta una sociedad solidaria, con profundo sentido colectivo y entregado a la práctica de la ciencia y la virtud. Desgraciadamente, aunque se crea negarlo, y puesto que se vende a los prisioneros de guerra o se los dedica a trabajos duros fuera de la ciudad, en realidad existe la esclavitud.

No hay que considerar, sin embargo, como lo hacen ciertos historiadores, especialmente socialistas, que las indicadas *Utopías* tengan mucho valor como antecedentes del socialismo moderno, ni hayan influido mayormente en él; pues si bien es cierto que Tomás Moro, por ejemplo, va un poco más allá que Platón, en cuanto a que su "comunismo", no solo tiene por objeto mantener a la clase dominante alejada de las preocupaciones económicas, sino que se organiza sobre la producción y el consumo común,⁸⁸ sin embargo es platoniano en cuanto, al igual que Campanella, procura un Estado inmóvil y casi aislado del comercio, lo que demuestra un acusado medioevalismo, que busca más refugiarse en el pasado, que enfrentarse con el presente y mucho menos con el porvenir.

Por otra parte, se trata de Estados en los que existe la esclavitud, incompatible con toda verdadera concepción socialista. Todo esto ha hecho que al hablar de estos utópicos, se los calificara de radicales reaccionarios.⁸⁹

88. Sweezy. *Socialism*, Ed. McGraw-Hill Book Company, 96.

89. Ya hemos dicho bastante para mostrar que la influencia humanista en los escritores de utopías no produjo un deseo apasionado de escapar a los restos de medioevalismo que se veían por todas partes en el siglo XVI, sino más bien el de crear un orden social tan completamente fijo, como si estuviera atado por una camisa de fuerza, una sociedad más estática de la que conoció nunca la despreciada Edad Media. Así pues, la mejor manera de caracterizar a los escritores de *Utopías* es llamarles radicales reaccionarios. Barnes y Becker. *Ob. cit.*, 320.

El desarrollo del capitalismo industrial

Los fundadores de la economía política

Sin tratar de establecer, ya que no es posible, límites fijos a la historia, podemos decir, en términos generales, que este período se extiende desde el último tercio del siglo XVII, al último del XVIII, en el cual se precisa el ascenso del capitalismo industrial, que comienza a adquirir predominio en la economía, al mismo tiempo que el planteamiento y enfocamiento de los problemas pasa de la circulación a la producción, sentándose con ello las bases científicas de una ciencia que ha de cristalizarse más tarde en la denominada escuela clásica.

Cambios en la estructura económico social

Acabamos de estudiar una etapa en la que predomina el capital comercial; pero el capital comercial no es el que da las características propias al régimen capitalista moderno, ni constituye, como se ha afirmado algunas veces, la base esencial del desarrollo del capitalismo industrial; en Grecia y sobre todo en la Roma antigua, en los últimos tiempos de la República, existió un capital comercial, sin que haya llegado a desarrollarse el capitalismo industrial; en casi todos los sistemas precapitalistas, existió en mayor o menor volumen un capital comercial. De ahí que si bien este realiza una acción disolvente en un régimen anterior, lo hace solo en la medida determinada por las condiciones de tal régimen y sus posibilidades de transformación, siguiendo el proceso evolutivo. Así, en el mundo antiguo desemboca en una economía esclavista y en el mundo moderno, en un régimen de producción capitalista.

Por lo mismo, si bien es cierto que el capital comercial, expandido por los descubrimientos, contribuye a remover los cimientos feudales, sin embargo, el nuevo régimen de producción capitalista que se inicia con la manufactura, se desarrolla únicamente donde se habían gestado dentro de la Edad Media, las condiciones para ello; por otra parte, la expansión comercial de los siglos XVI y aun XVII, no hubiera podido realizarse si no hubiese existido un régimen de producción que la hiciera posible. De aquí que el desarrollo del capital comercial, considerado en sí mismo, no pueda explicar la naturaleza esencial del paso del régimen de producción feudal al capitalismo; todo lo contrario, el desarrollo independiente del capital comercial, se halla en razón inversa de la producción capitalista. Basta recordar los casos de Portugal y Holanda.

Esto explica también, en la época actual, al tratarse de los países coloniales o semicoloniales, entre ellos los de la América Latina y el Ecuador, como los capitales extranjeros que llegan con fines esencialmente comerciales, no hayan podido, ni puedan, ni quieran, desarrollar la industria de tales países, que para ello tienen que transformarse desde dentro, removiéndolo su estructura económica semifeudal.⁹⁰

Lo que sucede con el capitalismo comercial, acontece con su par, el capitalismo usurario, que como aquel, sirve para la formación de un patrimonio en dinero independiente de la propiedad territorial; pues, asimismo, influye solamente allí donde las condiciones históricas y la fase de desarrollo económico lo permiten. Las formas características que adopta el capital usurario en los sistemas precapitalistas, son el préstamo a los grandes dilapidadores, principalmente terratenientes, y a los pequeños productores autónomos, artesanos y sobre todo campesinos; pero mientras en la esclavitud o el feudalismo, el esclavista o el señor feudal, al ser exprimido por el capital usurario, exprime aun más al esclavo o campesino, o le deja el campo al usurero, como en el caso del “caballero romano”, sin que en nada se altere el sistema, que mejor engrosa sus filas con la esclavización de los productores independientes que no pueden pagar sus deudas; en la etapa de transición y desarrollo capitalistas llega un momento en que las condiciones propias del nuevo régimen de producción, permiten que la usura, al producir la ruina de los terratenientes y la liquidación del pequeño productor, que pierde sus medios de trabajo, lo que determina una concentración del capital usurario, contribuya a

90. Sobre la estructura económico social y el pensamiento económico latinoamericano y ecuatoriano, dedicaremos un capítulo al final del curso.

remover los cimientos feudales y se transforme en un elemento constitutivo del nuevo sistema de producción.

Más tarde, con el desarrollo de las condiciones propias de la producción capitalista, el sistema de crédito se presentará como una nueva forma que reemplaza a la usura, con lo cual se supedita el capital a interés, a las condiciones y necesidades de dicha producción; sin embargo, la usura como tal, continúa subsistiendo al tratarse de personas o clases que no pueden ajustarse al régimen capitalista de producción, como acontece en los países subdesarrollados como el nuestro, especialmente con los productores no capitalistas, artesanos, campesinos, etcétera.

Ya anotamos antes que el tránsito al régimen de producción industrial capitalista se realiza de dos modos: el productor se transforma en comerciante y capitalista, en oposición a la economía natural agrícola y a los gremios artesanales, procedimiento que Marx califica de revolucionario;⁹¹ o el comerciante se apodera directamente de la producción; procedimiento, este último, que aunque influye económicamente en dicha transición, no contribuye por sí mismo a revolucionar el antiguo régimen de producción, sino que lo mantiene como su premisa, cual acontece con el sistema de producción doméstica.

No es del caso entrar al estudio detallado del origen y desarrollo de la manufactura, primera etapa de la producción industrial capitalista, cuyos gérmenes se habían ido formando ya en la Edad Media, especialmente en la explotación de minas, transporte y textiles, y que significa la concentración de medios de producción y de obreros, bajo la voluntad y dirección de un empresario; ni la división del trabajo que ella engendra, hasta hacer de los hombres simples piezas de un mecanismo humano; ni las consecuencias desastrosas que trae para el obrero, cosas perfectamente conocidas por los señores estudiantes.⁹² Lo que debemos anotar en el período que estamos reseñando, es el hecho de que la empresa capitalista ha ido adquiriendo preponderancia, de manera que si el capital comercial ha constituido la premisa para la transformación de la industria gremial y rural doméstica, así como de la agricultura feudal en la empresa capitalista, cuando esta se desarrolla, crea su propio mercado, y el capital mercantil se convierte en servidor de la producción industrial.

Este afianzarse de la industria manufacturera, ha de traer necesarios cambios en otros aspectos. En el campo de la política económica, he-

91. *El Capital*, Tomo III. Vol. 1ro., 402.

92. *Idem*. Véase el cap. XII, así como el cap. IV, "The Rise of Industrial Capital", de los *Studies* de Dobb.

mos de encontrar que paralelamente al fortalecimiento de la industria – que en sus comienzos, ante la necesidad de mercados e incapacidad para enfrentarse a la competencia, necesitara y aun exigiera la intervención y protección estatal, y que ahora tiende a deshacerse de las limitaciones que la atan e impiden su libre crecimiento– se formulan los argumentos sobre la incapacidad administrativa y reguladora del Estado, que es necesario se abstenga de intervenir en los negocios privados, donde el individuo, guiado por la brújula del interés personal, o del lucro, se ha vuelto más rápido y eficaz. Asimismo, en lo que se refiere al comercio, que antes también necesitara de la protección estatal y el privilegio monopolista para asegurar sus mercados y protegerse de la continua amenaza del asalto y de la guerra, se comienza a abogar por la libertad comercial, como uno de los objetivos fundamentales.

Para justificar la oposición al Estado, se empieza a sostener la nueva tesis de que la búsqueda individual de la riqueza conduce al bienestar social, que ha de ser uno de los postulados sobre los que se levante el liberalismo económico, transformando así al que se enriquece en un benefactor social. Naturalmente, el que se sostenga que el Estado deje de intervenir en los intereses privados, no quiere decir que no se lo utilice para garantizar esos mismos intereses; pero se trata de otro tipo de Estado, el Estado esencialmente burgués, en manos burguesas, que se opone al Estado autoritario absoluto e intervencionista de la etapa mercantil.

Todos los teóricos políticos de esta época, tratan de transformar al Estado en una simple asociación de propietarios; quienes deben gobernar son los que tienen bienes que defender; por eso el Estado para Locke, como se ha dicho, no es otra cosa que un contrato entre un grupo de negociantes que forman una compañía de responsabilidad limitada. El objetivo esencial es un Estado que se abstenga de intervenir en el patrimonio privado, pero que continúe interviniendo, en forma positiva o negativa, en la defensa de la propiedad, la libertad de contrato y el ejercicio de todos los derechos del propietario. El Estado intervencionista ha sido el primer paso para poner en marcha y afianzar el capitalismo naciente; y la burguesía que aun débil, no tuvo inconveniente en inclinarse ante el para obtener sus privilegios; que entonces utilizara sus amplios poderes para desarrollarse económicamente; ahora se aparta de él, porque eso es lo que exige un mayor desenvolvimiento de las fuerzas productivas; el Estado que fue un protector se transforma, en cierto modo, en indeseable; la filosofía individualista es hostil a la intervención estatal, porque ello impide la realización de las posibilidades materiales.

El sistema legal no ha de ser otra cosa que la defensa de la propiedad capitalista, con su complemento, la libertad contractual, que rechaza también toda intervención. Se cierra fijamente los ojos ante el hecho real de que no puede haber libertad alguna en el contrato, mientras exista la desigualdad económica de los contratantes; que la balanza de la llamada justicia no puede funcionar, si se colocan en sus platillos al fuerte y al débil, al patrono y al trabajador. Así se establece una antítesis entre la libertad y la igualdad. La libertad solo existe para el propietario, para el que puede comprarla. No tiene un sentido universal, sino de clase; no existe como un fin, sino como un medio de disfrutar la riqueza. El derecho burgués, no es otra cosa que el derecho a la riqueza sin limitaciones; está modelado por los poseedores y destinado a su uso exclusivo. La misma idea del derecho natural, no aparece sino como un derecho protector de la propiedad, la riqueza y los negocios del individuo; un específico para garantizar la propiedad de los de arriba.

Comienza a emerger la filosofía del individuo, pero del individuo propietario. La riqueza es un bien en sí y no requiere otra justificación para perseguirla. La utilidad material es la única guía y sanción de la conducta económica. La ganancia mayor, la acumulación de capital, el éxito en la empresa, la organización, etc., son los nuevos valores morales, que han de servir para juzgar al hombre, y sus virtudes esenciales han de ser el ahorro, la previsión, el cálculo, es decir, todas virtudes contables, que han de llevarlo a la riqueza, que se supone siempre cerca de la mano que quiera alcanzarla. El espíritu de empresa es el espíritu de la época, lo que lleva a Sombart a considerarlo como el único creador y hacedor del capitalismo.

La filosofía de la vida es la filosofía del capital, la justificación del mundo nuevo que emerge con el capitalismo; pues el ansia de lucro individual atrae como un imán el bienestar social. Con razón, se ha hecho notar que lo que caracteriza el paso de la economía feudal a la capitalista, es el cambio total del concepto que buscaba, en la primera, el bienestar por medio del control social; mientras en la segunda, se cree encontrarlo en la iniciativa individual; la iniciativa individual que es el germen del bien social. Lo medular de este nuevo sentido de la vida, es la emancipación del individuo, de todas las restricciones que lo limitaban; su derecho a forjar su destino sin ninguna intervención extraña; se trata de la emancipación del individuo; pero no hay que olvidarlo, del individuo burgués, del hombre burgués.

La ciencia ha de contribuir también a esta liberación. Los trabajos de Copérnico, Kepler, Galileo, Newton, Bruno, Bacon, Decart, etc., filósofos

y científicos, demuestran que la ciencia confiere poder sobre la naturaleza y da al hombre un nuevo concepto de dominio del universo, al poner en sus manos los instrumentos necesarios para someterlo; la nueva interpretación del mundo ya no se compagina con la vieja visión teológica medioeval. La fe en la razón marcha de brazo con el principio de la libertad, ya que si los hombres son libres y se hallan guiados por la razón, han de encontrar su felicidad, riqueza y bienestar. Por otra parte, si en el mundo de la naturaleza se ha reducido el caos a la ley, también hay que hacerlo en el de la sociedad. De esta manera, tras de las ciencias naturales, han de venir los cultores de las ciencias sociales, en busca de las leyes que rigen la economía y la sociedad en general.

Hasta la Iglesia, en su retirada estratégica, utiliza la razón para defenderse. La unidad religiosa cede el paso a la diversidad de credos. La misma Reforma no fue otra cosa que la adaptación de la Iglesia a las necesidades del capitalismo, como se demuestra claramente sobre todo en Calvino. En efecto, la hostilidad contra la iglesia, se debió fundamentalmente a que constituía un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, que no podían encerrarse en el marco de las viejas prescripciones; había, pues, que destruir la autoridad eclesiástica en lo económico, que es lo que comienza a penetrar en todos los campos; hasta el respeto a los dictados de la conciencia, se mantiene únicamente dentro de los límites de la propiedad. La tolerancia misma se impone porque la persecución es una amenaza para la propiedad y la riqueza; la intolerancia resulta costosa, pues lleva en sí la emigración, es un obstáculo para los negocios y origina otros perjuicios, lo que exige la ruptura de la armazón teológica, para erigir una entidad secular tolerante.

Pero el capitalismo en ascenso no solo se empeña en colocar la religión a su servicio, sino en transformar todos los resortes de la cultura, adaptándolos a sus conveniencias y fines; pues su objetivo fundamental y final, ha de ser apoderarse del Estado, como la palanca política que ha de utilizar para mover el mundo. En Inglaterra, esto se realiza durante la guerra civil de 1642-1653, que culmina con la revolución de 1688. El antagonismo de la clase burguesa contra los Estuardos, tiene como base fundamental la intervención completa del Estado en el proceso de la producción industrial y agrícola, por medio del control de los salarios, precios, cambio exterior, etc., al mismo tiempo que la persecución religiosa perjudica el desarrollo de las actividades económicas, produciéndose éxodos como el de los puritanos; es la lucha contra los monopolios que infectan al reino, en especial contra las grandes compañías comerciales, que im-

piden a los súbditos el libre ejercicio de su industria, por lo cual se propugna y defiende la libertad industrial y comercial. Con la revolución, la burguesía inglesa encabezada por Cromwell –que luego de utilizar en las filas del ejército a los pequeños comerciantes, obreros y campesinos, ante el temor de una tendencia radical, les vuelve las espaldas para pactar con la aristocracia, construyendo un muro de contención revolucionaria– los grandes industriales y comerciantes, ya pueden dormir tranquilos con la conquista de los derechos que garantizan su propiedad y su actividad económica y política.

En verdad, como anota el profesor Lasky, se trata de dos revoluciones: la revolución burguesa que ha tenido éxito y se afianza; y una revolución social, la de los “niveladores” y “cavadores”, a la que se hunde y aplasta; pues la misma restauración no es otra cosa que la confabulación de los propietarios para detener todo afán radicalizador; y aun pudiera hablarse de tres, insinuamos nosotros, ya que mientras los niveladores propiamente dichos, que representan a la pequeña burguesía (artesanos, campesinos, pequeños comerciantes), encabezados por Liliburn, tienen una tendencia radical democrática, los que se denominan verdaderos niveladores o mejor “cavadores”, dirigidos por Winstanley, constituyen mejor y por primera vez, la voz del proletariado, aunque han de exhibirse, y no podía ser de otra manera en esta época, tesis de un comunismo agrario de sabor utópico.

Los niveladores que, sobre todo en sus comienzos, emergen de las filas de los soldados rasos del ejército, en forma de comités de regimiento espontáneos, que Sabine asemeja a los *soviets*,⁹³ trataban, como su nombre lo indica, de nivelar por abajo a todos los hombres, destruyendo las diferencias de rango político, posición social y aun de propiedad, como un medio de establecer la igualdad; pero se trata de una igualdad especialmente para pequeños propietarios, lo que les da, como hemos dicho, una posición radical democrática; para los “cavadores”, que constituyen la extrema izquierda del radicalismo, la propiedad es un mal esencial y la causa de la miseria y corrupción sociales, sosteniendo la propiedad colectiva, como veremos al tratar concretamente de Winstanley. Pero ambas corrientes, siguiendo las ideas del siglo XVII, se basan en el derecho natural, considerado como un derecho innato del hombre: los unos para justificar el derecho de igualdad a la propiedad individual; y los otros, para fundamentar la propiedad común de la tierra.

93. *Historia de la Teoría Política*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 459.

El pensamiento económico

Si nos fijamos más concretamente en Inglaterra, durante este período, podemos anotar un acentuado desarrollo de la economía y un creciente desligarse de las amarras y ataduras que, con la práctica mercantilista, la tenían uncida a la voluntad del Estado. Inglaterra ha ido acentuando su industrialización; se han ampliado las manufacturas y con ello la división del trabajo, que actúa, a su vez, sobre los procedimientos productivos; al aumento de la acumulación del capital, corresponde el tamaño de la empresa, y viceversa; las reglamentaciones industriales han ido cediendo en beneficio del crecimiento y mejoramiento de la producción los gremios, antes inmovilizados por un sinnúmero de reglamentaciones, las van abandonando, poco a poco, tanto en lo que se refiere a los aprendices y compañeros, así como en lo relacionado con la producción y los productos; el control de los salarios va dando lugar a las modalidades del libre contrato, etcétera.

Por otra parte, el comercio, entregado al monopolio de las grandes compañías mercantiles, está sufriendo el impacto de los comerciantes que se llaman libres y que tienen su origen en los corsarios voluntariosos y aventureros que comienzan a multiplicarse en esta época; se ataca el monopolio, porque impide las posibilidades para la actividad de otros ciudadanos.

En todos los sectores de la vida económica, se siente el anhelo de romper con un pasado mercantilista que somete la economía a las limitaciones estatales, buscando soltarse de las ataduras, a fin de comenzar, rotas las andaderas, a dar los primeros pasos por su cuenta y riesgo.

En el campo social, se han ido acentuando y oponiéndose, poco a poco, las dos clases que luego han de ser fundamentales dentro del capitalismo, capitalistas y asalariados, cuya lucha, clara o embozada, ha de constituir la expresión fundamental de las contradicciones del sistema.

A este cambio de estructura, debía corresponder una nueva orientación en el pensamiento económico. El crecimiento del capital industrial, no solo trae una formidable transformación en la realidad económica, sino también en la teoría que, como hemos dicho, es la expresión de esa realidad en la mente de los economistas. Los hombres preocupados por los fenómenos económicos, por otra parte, han podido observar, a través del tiempo, cómo las leyes positivas no podían actuar eficazmente en el control de los fenómenos, que obedecían mejor a normas y mecanismos que los determinaban en forma independiente de la voluntad

humana. Así, por ejemplo, a pesar de las numerosas medidas bullonistas adoptadas por España, para impedir la fuga del oro y la plata que iban desde América, los metales preciosos habían salido del país, engendrando la pobreza del reino; se comienza a constatar que no siempre era posible mantener una balanza comercial favorable, porque la acumulación de los metales determinaba el aumento de precios y con el la disminución de las exportaciones y el aumento de las importaciones, lo que conducía, por el contrario, a la obtención de un saldo desfavorable, no obstante las medidas que se tomaran al efecto. También en lo que se refiere al interés, se pudo constatar que este se pagaba pese a todas las prohibiciones en contra, y que su tasa normal se fijaba de acuerdo con otros elementos, burlando las limitaciones dictadas por la ley positiva. Todo esto ha de llevar a la enunciación de la existencia de ciertas leyes naturales, que eran las que regían los fenómenos económicos, en pugna con las leyes positivas.

Era lógico, asimismo, que tenían que cambiar tanto la forma de enfocar los problemas como el planteamiento de los mismos. De los problemas relacionados con el cambio, la balanza comercial, la moneda, etc., preocupación esencial de los mercantilistas, se desplaza la inquietud investigadora a los fenómenos relacionados con la producción y el valor de las cosas producidas, lo que lleva a la formulación de una teoría del valor y del precio, que ha de servir de base a la teoría de la distribución.

Los mercantilistas, después de la aproximación al valor costo de producción del aquinatense, en la etapa medioeval, habían comenzado a pensar en términos de mercado, demanda y utilidad. Era lógica esta actitud, ya que, sobre todo en los comienzos, el comerciante tenía poco control sobre la producción, que continuaba en gran parte en manos del productor independiente, por lo cual consideraba que sus ganancias, y así lo era en la mayor parte por entonces, provenían del consumidor, a quien se vende el producto en más de su valor, mientras se lo compra en menos, al artesano o artífice; o sea que la ganancia era el producto de la alienación o compraventa, por lo cual se fijaba la atención en el mercado y el precio convencional; pero cuando el capital industrial, a fines del siglo XVII y especialmente en Inglaterra, se diferencia, cada vez mejor, del comercial y adquiere significación, transformando el modo de producción, entonces se pone nuevamente el énfasis en el tratamiento del valor costo de producción, particularmente en la manufactura, que tiene como base una abundante oferta de mano de obra, o sea de trabajo, cuya potencialidad se empieza a descubrir, lo que ha de originar una verdadera Economía Política, y el nacimiento de la teoría del valor trabajo.

El excedente o producto neto, que antes se consideraba como obtenido por la diferencia entre el precio de compra y el de venta, y que no podía explicar la riqueza en el sentido social, ahora se lo busca en otras fuentes. Emerge el concepto de que el beneficio, como una categoría del ingreso, se debe al empleo de capital en la obtención de trabajo productivo, trabajo asalariado; beneficio que no es proporcional al esfuerzo del empresario, si lo hubiese, sino al monto de capital, y que se diferencia del interés, la renta de la tierra y el salario; esta diferenciación no es el producto de un proceso lógico únicamente, sino histórico. En el siglo XVIII, la influencia del capital empleado en la industria y agricultura, permite ver que la ganancia ya no es solamente el producto de la alienación, sino del empleo del capital en la adquisición de trabajo, y constituye el ingreso del nuevo grupo de industriales. No es sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII, que el beneficio del capital, como el tipo de ingreso de una clase, se diferencia de otros tipos de ingreso y atrae la atención con sus propias características. Al comienzo existe dificultad en deslindar dicho beneficio, del interés y la renta de la tierra. Anteriormente, ya se había distinguido el dinero, del capital, caracterizando a este como el empleo de aquel para obtener ganancias; después se estableció la diferencia entre capital pasivo, el empleado en la tierra y los préstamos, y el activo, utilizado en la producción de objetos para la venta; anotando que mientras el primero recibía normalmente una tasa ordinaria de interés, el segundo tenía un beneficio mucho mayor, lo que ha de llevar a la concepción clásica de que el interés se deriva del beneficio y es regulado por el. Y de esta manera, así como se hace posible la distinción del interés y beneficio en la esfera comercial, solo cuando se precisan los grupos de comerciantes y manufactureros; la de la renta de la tierra y el beneficio agrícola, solo será factible cuando el terrateniente se diferencia del capitalista agrícola. No es fácil, asimismo, la distinción entre beneficio y salario, dado que sobre todo al comienzo, el empresario había salido de las filas del productor directo y continuaba considerando el ingreso como una recompensa de su trabajo de vigilancia, de manera que solo queda establecida cuando se comienza a ver, con claridad, que el beneficio brota precisamente del empleo del capital en trabajo productivo y se diferencia el grupo de los empleadores y asalariados, que es lo que hace que Smith, todavía insista en esta diferencia. Así vemos que la evolución de los conceptos marcha paralelamente a la transformación de la realidad, como lo constataremos al tratar de algunos de los escritores más representativos de esta época.

William Petty (1623-1687) es uno de los escritores notables de esta época de creación. Hombre de vida inquieta y pintoresca, pues fue marino, buhonero, profesor de anatomía y música y tan hombre de negocios como escritor economista, nos deja obras como su *Aritmética Política*, en la que ensaya, quizás por primera vez, un nuevo método de razonamiento, por medio de cantidades y números, que lo constituye en el verdadero creador de la ciencia estadística.

Es importante el estudio de finanzas públicas que realiza en su *Tratado sobre los impuestos y contribuciones*, y que ha hecho que algunos críticos lo califiquen, con indudable error, entre los cameralistas. Sus anotaciones en el campo de las finanzas, demuestran su conocimiento del ramo y no carecen de interés: el soberano no debe recaudar por concepto de impuestos sino lo necesario para sus gastos, salvo rara excepción; pues todo exceso impositivo absorbe la corriente monetaria y es perjudicial para el comercio y la industria; los gastos deben hacerse en forma reproductiva, como el único modo de que el dinero vuelva a manos del pueblo. Como *Justi*, se adelanta a *Smith*, al enumerar las conocidas reglas que deben normar los impuestos, los mismos que han de ser proporcionales (*Smith* dirá iguales); claros y precisos; fáciles de recaudar y cómodos de pagarse.

Pero el estudio financiero de *Petty*, tiene sobre todo interés como un primer paso hacia el análisis teórico, en el cual esboza, en términos consecuentes, una teoría del valor y de la distribución, que no hemos podido encontrar en ninguno de los autores precedentes.

Petty comienza apartándose de los mercantilistas, al dar al trabajo una importancia primordial en el proceso productivo y como creador de la riqueza. "El trabajo, expresa, es el padre y el principio activo de la riqueza y la tierra es la madre". Pero muy pronto se desprende de la madre para erigir al trabajo como el único creador de la riqueza, cuando nos dice que la "riqueza, acervo o provisión de la nación es efecto del trabajo anterior o pasado".

Con la distinción que establece entre "precio natural" y "precio político", prepara el campo al concepto clásico de "precio real" y "precio de mercado"; el precio natural para *Petty* como para los clásicos es el valor, que lo establece de acuerdo con la cantidad de trabajo contenido en una mercancía, ya que si suponemos "que para extraer una onza de oro de las minas del Perú y trasladarla a Londres un hombre invierte tanto trabajo como para producir un *quarter* de trigo: el oro será en este caso el precio natural del trigo". Ahora bien, si suponemos, a su vez, "que aumente

el rendimiento de la mina y que a consecuencia de ello dos onzas de oro exijan simplemente el tiempo y el trabajo que antes exigía una sola; siempre y cuando todos los demás factores permanezcan invariables ¿qué se desprenderá de aquí? Que el precio del trigo será el mismo a razón de 10 chelines el *quarter* que antes a razón de 5 chelines”.

La diversidad del trabajo para Petty no constituye ningún obstáculo para la determinación del valor por el trabajo, ya que lo esencial es el trabajo invertido en la mercancía:

Es muy posible que se requiera más arte y riesgo al trabajar la plata que tratándose del trigo. Sin embargo, todo viene a ser lo mismo, pues si dejamos que 100 hombres trabajen 10 años el trigo y el mismo número de hombres y por el mismo tiempo la plata, digo que el producto neto de la plata es el precio del producto neto del trigo, y las mismas partes de la una, el precio de igual parte del otro.

¿Cómo ha sido posible que llegara Petty a una concepción, aunque todavía rudimentaria, de la teoría del valor trabajo? Sin intentar una exposición completa,⁹⁴ indicaré que la importancia que se comenzara a dar al trabajo, se debió, como ya hemos anotado, al hecho real, observable, de que el beneficio dimanaba del empleo del capital en la adquisición de trabajo productivo en las manufacturas. Asimismo, se da énfasis, al iniciarse el sistema capitalista con la producción manufacturera, en la división del trabajo como determinante de una mayor productividad; el mismo Petty realiza, antes que Smith, un estudio muy significativo de tal división en la manufactura de relojes; pero sobre todo se destaca el hecho de que la división social del trabajo, que existiera en todo tiempo y antes del capitalismo, ahora se acentuaba también, de manera que el individuo, cada vez más, ya no podía vivir de lo que produce el mismo, como en la economía cerrada de la Edad Media, sino de lo que producen los demás, y que obtiene a través del cambio, o sea que casi todos los productos se vuelven mercancías y el mercado, como dijera un autor, constituye el cemento que une a los diferentes individuos que trabajan en diversas ramas productivas de la sociedad. Pero si en la Edad Media, cuando los productores independientes cambian los productos directos de su trabajo, aparece claro, que lo hacen considerando el tiempo de trabajo empleado en ellos, es consecuente pensar ahora, cuando la división social del trabajo se había multiplicado y el merca-

94. Es muy sugestiva, al respecto, la obra de Ronald L. Meek. *Studies in the Labour Theory*. Ed. Laurence & Wishart.

do había reemplazado a la permuta o el cambio directo, que los hombres no hacían otra cosa que continuar cambiando su trabajo incorporado en las diferentes mercancías que habían producido, siendo el tiempo del trabajo, trabajo general, abstracto, trabajo social incorporado en los mismos, lo que determina su valor.

Numerosos autores de la época, como lo hace notar Meek, insisten en este particular, entre los que se halla Petty. Gradualmente se fue afirmando el principio de que una mercancía posee valor de cambio simplemente porque ella cristaliza parte del trabajo social incorporado en su producción. La noción de que el cambio de mercancías es cambio de trabajo, se vuelve casi un lugar común conforme el siglo XVIII progresa. El gasto de trabajo social fue lentamente reconocido como la única forma de costo que podía conferir valor de cambio a las mercancías. Se dieron clara cuenta de que las relaciones de valor entre las mercancías, no eran sino la expresión de las relaciones entre los hombres que cambian su trabajo a través del mercado.

Sin embargo, no parece haber completa claridad en la mente de Petty, como anota Meek, en cuanto al rol del trabajo en el proceso de creación del valor, cuando expresa:

Pero lo que yo diría sobre el particular es que todas las cosas deben valuarse por dos denominaciones naturales, que son: la tierra y el trabajo; esto es, debemos decir, un barco o un vestido vale tal medida de terreno, con otra tanta medida de trabajo, puesto que tanto los barcos como los vestidos fueron creación de la tierra y el trabajo que en ella pusieron los hombres; siendo esto verdad, deberíamos alegrarnos de encontrar una equivalencia entre la tierra y el trabajo para poder expresar el valor de cualquiera de ellos solo, tan bien o mejor que por ambos, y reducir el uno al otro tan fácil y ciertamente como reducimos los peniques a libras.

Lo que acontece en Petty, como en muchos de los creadores de la escuela clásica, es que a pesar de que sostienen claramente que el gasto de trabajo constituye el valor de cambio, observan que al venderse el producto no solo se recompensa el trabajo sino que también se paga la tierra, lo que los hace dudar acerca de la participación que pudiera tener esta en el valor; confunden el valor de uso, en el que entra la materia como soporte del trabajo, con el valor de cambio, determinado por una cantidad abstracta de trabajo social; confusión posible, porque no ha llegado todavía a distinguirse la doble función del trabajo, trabajo concreto, incorporado en un valor de uso, en una materia prima; y el trabajo abstracto, general, social, como la fuente creadora del valor de cambio; pues bien, la

tierra o la materia, aunque forma parte del valor de uso, no interviene en la formación del valor de cambio, que es únicamente trabajo social.

La objeción de que la tierra contribuía en alguna forma a constituir el valor, fue siendo rechazada, poco a poco, al sostenerse que la naturaleza no puede cobrar nada al hombre; pero el problema no queda plenamente esclarecido sino cuando Ricardo establece la diferencia entre riqueza, como la suma de valores de uso, en los cuales interviene la tierra, y valor, determinado únicamente por el trabajo social incorporado en las mercancías.

Pero hay que considerar, asimismo, que el empeño de Petty por reducir la tierra y el trabajo a una unidad común, es la constatación de que se daba cuenta, que para que las cosas sean equiparables y conmensurables, se necesita que posean una substancia homogénea, que Petty resuelve indudablemente en favor del trabajo.

En realidad, Petty en casi toda su obra, no solo sostiene la teoría del valor trabajo, sino que se basa en ella para elaborar una teoría de la distribución, en la cual el excedente, que Marx ha de llamar plusvalía, juega un rol esencial. Al efecto, Petty nos ofrece conceptos importantes en su teoría de la distribución, que es indudablemente el primer esquema que encontramos en este campo. En primer lugar, se propone determinar en qué consiste la renta de la tierra:

Supongamos, dice, que un hombre con sus propias manos sembrara cierta porción de terreno con trigo, esto es, que cavara, arara, desmenuzara, desenterrarla, cosechara, transportara a su casa, trillara, limpiara tanto como le exigiera la labranza de esa tierra y tuviera semilla con qué sembrarla. Yo digo que cuando este hombre hubiera deducido su semilla del producto de su cosecha y también lo que él se hubiera comido y dado a los otros a cambio de ropa y otros artículos de consumo necesario, el resto del trigo es la renta natural y real de la tierra en ese año; y el "medio" o período de siete años, o más bien de tantos años como forman un ciclo en que la escasez y la abundancia hacen su revolución, dan la renta ordinaria de la tierra.

Pero hay además una cuestión colateral: ¿cuánto dinero inglés vale este trigo o renta? Yo contesto que tanto como el dinero que cualquier otro individuo solo puede ahorrar, dentro del mismo período de tiempo, además y por encima de sus gastos, si el solo se dedicara completamente a producir. Por ejemplo, supongamos, que otro individuo va a viajar a un país donde hay plata, allí la extrae, la beneficia y la trae al mismo lugar donde el otro hombre plantó el trigo, la acuña y esta misma persona, durante todo el tiempo en que está trabajando la plata, recoge alimento para su necesaria subsistencia, se procura abrigo, etc. Y yo digo que la plata del uno debe estimarse como de igual valor al trigo del otro, siendo la una supongamos 20 onzas y el otro 20 almudes. De

todo lo cual se deduce que el precio de un almud de ese trigo es igual al de la onza de esa plata.

Como se ve, para Petty, el valor de una mercancía, una vez más, está determinado por el trabajo; trabajo que produce un excedente, luego de deducirse lo que el trabajador de la tierra ha empleado en semilla y en medios de subsistencia o sea un excedente sobre el salario y la reinversión del capital; pero en Petty, este excedente, que forma la renta de la tierra, engloba la ganancia, que aun no se ha diferenciado todavía de aquella, y también el interés, como veremos luego; lo que lo acerca a los fisiócratas, para quienes también el excedente o producto neto de la tierra, es lo fundamental. De esta manera, el excedente se presenta en forma de renta de la tierra, de la que provienen la ganancia y el interés; más tarde Marx ha de presentar el excedente o plusvalía, en forma independiente, como el origen del cual se derivan tanto la renta de la tierra como el beneficio y el interés.

Hay que anotar la preocupación de los clásicos a partir de Petty, por determinar el origen del excedente y su distribución.

Al plantearse el problema de determinar el valor natural de la tierra, considera que este es igual a la renta anual calculada en 21 años o sea a la duración natural de tres generaciones; de manera que el valor de la tierra no es sino renta capitalizada, una suma de rentas anuales correspondientes a un número determinado de años; una renta vendida por anticipado:

Nos agradecería mucho poder determinar ahora el valor natural del suelo que se halla en el mercado libre, del mismo modo que hemos determinado el de su disfrute.

Para ello procederemos del siguiente modo:

Después de establecer la renta o el valor anual del disfrute de la tierra debemos preguntarnos cuántas rentas anuales de estas englobará el valor natural de un terreno libre. Si fijásemos un número infinito resultaría que un acre de tierra de esta valdría tanto como mil acres, lo que sería absurdo, pues un número infinito de unidades es igual a un número infinito de millares. No tenemos, pues, más remedio que fijar una cifra limitada. Esta cifra deberá corresponder, a mi juicio, al número de años que según el cálculo de probabilidades pueden vivir un hombre de 50, otro de 28 y un niño de 7; es decir, un abuelo, un padre y un hijo cuyas existencias coincidan en el tiempo. Pocos individuos tienen por qué preocuparse de una descendencia más larga. El abuelo, en efecto, se halla tan próximo a su fin, al menos en la generalidad de los casos, que en la serie ininterrumpida de descendientes solo coexisten de ordinario tres generaciones. Si unos individuos son abuelos a los 40 años otros en cambio solo tienen nietos a partir de los 60, y así sucesivamente todos los demás.

Partimos pues, del supuesto de que la suma de las rentas anuales que forman el valor natural de un terreno es igual a la duración natural de la vida de las tres series de personas que dejamos señaladas. Ahora bien, en Inglaterra calculamos estas tres vidas en 21 años; el valor de la tierra equivaldrá, pues, sensiblemente, a la misma suma de rentas anuales.

De todo lo expuesto, se desprende que la renta del suelo es la expresión de la plusvalía agrícola, que se deriva no de la tierra, sino del trabajo, o sea el sobrante que queda después que el trabajador cubre lo necesario para su subsistencia. Y que la renta vendida de antemano, no es sino plusvalía o trabajo sobrante, calculada en 21 años.

También se ha hecho notar que en Petyy se encuentran algunas anticipaciones de la renta diferencial de Ricardo, determinada por la posición que ocupan las tierras de igual extensión y fertilidad con relación al centro consumidor, como se desprende del siguiente fragmento:

Semejante a esto hay algo que omitimos concerniente al precio de la tierra; pues de la misma manera que la gran necesidad de dinero sube el tipo de cambio, así la gran necesidad de trigo sube de igual manera el precio de este, y por consiguiente la renta de la tierra que produce el trigo, y finalmente el precio de la tierra misma; pues por ejemplo, si el trigo que abastece a Londres o a un ejército se trajera de una distancia de 40 millas, entonces el precio del trigo subiría por cada milla de distancia que hubiera hasta Londres o hasta el sitio donde se encontrara el ejército igual al costo de transporte por las citadas millas.

Asimismo, se ha creído encontrar atisbos de la renta diferencial por razón de las desigualdades de fertilidad de la tierra o mejor dicho por la diferencia de productividad del trabajo o su rendimiento, al tratarse de extensiones iguales de tierra, en algunos pasajes tales como “la riqueza o la pobreza del suelo o su valor dependen de la parte más o menos grande que ese suelo representa dentro del volumen total, en proporción al trabajo necesario para producir este volumen”.

Por lo que se refiere al interés, o sea a la renta del dinero, aparece como una derivación secundaria de la renta de la tierra, ya que “por lo que se refiere al interés, este debe ser igual, por lo menos, a la renta que arroje la tierra susceptible de ser adquirida por la misma suma; de manera que, como anota Marx,

Aquí, el interés aparece determinado por el precio de la renta, cuando en realidad es al contrario; es el interés el que determina el precio de la renta o el precio de compra de la tierra. Pero este trastrueque es lógico desde el momen-

to en que la renta del suelo se nos presenta como la forma general de la plusvalía, lo que obliga a derivar de ella el interés del dinero como una forma secundaria.⁹⁵

Al tratar del salario, nos dice que:

La ley solo debería conceder al obrero lo estrictamente necesario para vivir; si se le concede el doble no rendirá más que la mitad del trabajo que es capaz y que de otro modo suministraría. De donde resultará que el público saldrá perjudicado en una cantidad igual de trabajo. (...) La alimentación de un día de un hombre adulto, en término medio y no los días de trabajo, es la medida común del valor.

Es decir, que sostiene claramente la tesis de que el valor del trabajo está determinado por los medios de vida necesarios para que el obrero pueda mantener su fuerza de trabajo, o sea lo estrictamente indispensable para su subsistencia; pero el trabajador es capaz, al desarrollar su fuerza de trabajo, de producir un valor mayor o sea un excedente sobre lo que recibe, que constituye lo que se ha de llamar plusvalía.

A pesar del avance que todo esto significa en el plano de la investigación y el análisis económico, se ha creído encontrar algunos rezagos mercantilistas en Petty, cuando considera que el oro y la plata constituyen la riqueza fundamental, porque son permanentes y no están sujetos a las contingencias que sufren los demás artículos; pero cuando en su *Anatomía Política de Irlanda*, trata, como estadístico, de medir la riqueza nacional de este país y luego la de Inglaterra, cosa que lo constituye en precursor de las investigaciones sobre la renta nacional, hallamos que el oro y la plata no forman sino una pequeña parte de la riqueza del país.

Asimismo, se encuentra lejos de la concepción mercantilista del atesoramiento, ya que utilizando una comparación con el cuerpo humano, pues no hay que olvidar que fuera profesor de anatomía, nos dice que la moneda es como la grasa del cuerpo; útil en cierta cantidad, pero perjudicial si se amontona demasiado en el organismo.

Hay que anotar que para Petty, la cantidad de dinero circulante necesario para el comercio, "depende de la frecuencia de las transacciones y de la cuantía de los pagos":

Hay una determinada cantidad y proporción de dinero necesarias para mantener en marcha el comercio de una nación, a las que conviene llegar y de las

95. *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*. Vol. I. Ed. Fondo de Cultura Económica, 8.

que no conviene pasar, pues otra cosa pondría en peligro su normal funcionamiento. Del mismo modo que en las tiendas pequeñas hay que tener siempre a mano una determinada cantidad de calderilla para cambiar las monedas de plata y efectuar aquellos pagos que no cabe efectuar ni con las monedas de plata más pequeñas... y así como la proporción numérica que hace falta en la tienda depende del número de compradores, de la frecuencia de sus compras y sobre todo del valor de las monedas de plata más pequeñas, la proporción del dinero amonedado (oro y plata) necesario para el comercio depende de la frecuencia de las transacciones y de la cuantía de los pagos.

Es indudable su firme creencia en las leyes naturales, en oposición a las positivas, que emanan del hombre o de la voluntad estatal; pues se opone a toda regulación del interés, así como de los tipos de cambio o el comercio exterior, y a todas aquellas limitaciones que impiden el desarrollo normal de los fenómenos económicos; es decir, con Petty, entramos francamente en la etapa del liberalismo económico.⁹⁶

No es sin razón, que se lo ha llamado uno de los verdaderos creadores de la ciencia económica.

John Locke (1632-1704) y *Dudley North* (1641-1691). Generalmente, se acostumbra a tratar paralelamente a estos autores, porque ellos no hacen otra cosa que continuar, en cierta forma, el pensamiento de Petty, especialmente en sus obras denominadas, *Consideraciones sobre la baja del Interés y el alza del valor del dinero* y *Discurso sobre el comercio*, respectivamente.

En realidad, Locke, el gran filósofo y teórico de la revolución inglesa, siguió sus huellas, especialmente en lo que podríamos denominar su teoría del valor, que se desprende de su concepción de la propiedad. En su obra *Dos Tratados sobre el Gobierno*, y con el fin de dar una base firme al nuevo tipo de propiedad que engendra la clase burguesa (agricultores, empresarios, manufactureros, comerciantes), creándole un derecho que la justifique y oponga a la propiedad feudal, busca y encuentra esa base, en el trabajo. Afirma que la naturaleza y los dones naturales pertenecen en común a todos los hombres; pero cuando un individuo pone su trabajo, su esfuerzo corporal en una parte de esa naturaleza, la arranca para transformarla en su propiedad; en otros términos, solo el trabajo aplicado directamente por el hombre a la naturaleza, puede conferirle una propiedad sobre ella,⁹⁷ de esta manera, por otro lado, la propiedad tiene como

96. Véase *Quantulucumque Concerning Money*.

97. "Aunque la tierra y todas las criaturas inferiores pertenezcan en general a todos los hombres, sin embargo tiene cada uno un derecho particular sobre su propia persona, a la cual ningún otro puede tener. Podemos decir que el trabajo corporal y la obra de las manos son bienes propios. Todo lo que

límite el trabajo que cada hombre puede realizar y la parte de naturaleza que puede apropiarse con su esfuerzo, así como el hecho de que no puede acumular sino aquello que es necesario para sus necesidades. Lo curioso es que de aplicarse la teoría de Locke, este preclaro representante de la burguesía, no podría realmente justificarse sino condenarse la propiedad de los miembros de su clase, declarándose que todo pertenece a los que trabajan para ellos.

De todos modos, para Locke, el trabajo es en última instancia el que confiere a todas las cosas su valor: "Pues es el trabajo, en realidad, el que da a las cosas su diferente valor". Si se analiza una mercancía, se encontrará que la mayor parte o la totalidad de ese valor, está determinado por el trabajo; pues lo que entrega la naturaleza, es un don gratuito. En consecuencia, si hacemos abstracción de la naturaleza, que no puede cobrar nada al hombre, queda únicamente el trabajo; si se estima correctamente la parte que tiene la naturaleza y el trabajo en la formación de una cosa, el 99% es obra del trabajo; por el contrario, si restamos los efectos del trabajo que ha sido incorporado en ella, el residuo consiste solamente en materias primas casi sin utilidad. "Porque donde quiera que el pan vale más que la bellota, el vino que el agua, el paño o la seda más que las hojas, las pieles o el musgo, se debe completamente al trabajo de la industria".

Es verdad, que Locke se refiere más al valor de uso, en el que se halla incorporado el trabajo, o sea al trabajo concreto, que al trabajo abstracto, como los distinguiera más tarde Marx, ya que su análisis se finca en el objeto, antes que en la consideración del trabajo en general, trabajo social, como creador del valor de cambio; pero con todas estas limitaciones, no puede negarse que, como Petty, sostiene la teoría del valor trabajo.

En cuanto a North, no encontramos ningún aporte a la teoría del valor, pues más se preocupa del precio, el mismo que para él está determinado por la ley de la oferta y la demanda.

Al referirse al interés, Locke considera, como lo hiciera Petty, que se deriva de la renta de la tierra; y ambos son el resultado de la defectuosa distribución de los medios de producción, pues cuando un hombre tiene más tierra de la que puede cultivar, la arrienda a otros para que la cultiven y le entreguen el producto de su trabajo; lo mismo expresa del interés, ya que solo quien tiene demasiado dinero y no lo emplea directa-

el hombre ha sacado del estado sencillo de la naturaleza, por sus tareas y su industria, pertenece a él solo, pues éstas, siendo absolutamente suyas, nadie puede tener derecho sobre aquello que con estos medios se ha adquirido; sobre todo si queda a los demás otras tantas y tan buenas cosas comunes".

mente, lo presta a otro para que lo invierta y le pague un interés.⁹⁸ En esta forma, Locke, esboza una teoría del excedente o plusvalía, basándose en la desigual propiedad de los medios de producción y la utilización del trabajo ajeno; pues la transformación de dichos medios productivos en capital, permite explotar a los que carecen de ellos. Por otra parte, como en Petty, no se ha diferenciado aun el interés de la renta, pues se los trata como similares, considerando a esta como el excedente fundamental, del cual se deriva aquel. De esta manera, si el interés es el fruto del trabajo ajeno, no lo es menos la renta de la tierra. Lo que llama la atención, como lo anota aun Bóhm-Bawerk,⁹⁹ es que no se condene tales formas de obtener un ingreso.

North, siguiendo a Petty, hace una mejor diferenciación, entre dinero, simple medio de circulación, y capital, aquello con que se obtiene un interés o un beneficio; pero igualmente sitúa en el mismo plano al terrateniente y al capitalista o acervoteniente, en cuanto perciben, en similares condiciones, la renta y el interés, con lo cual se defiende al prestamista, pues no hace una cosa distinta que el terrateniente, cuyo ingreso se considera respetable.¹⁰⁰ De todas maneras, aparece el capital como un factor que va adquiriendo su propia personalidad e independencia; pues solo el dinero que se emplea en préstamos, es capaz de producir una utilidad, no así cuando se lo atesora en forma de moneda; de este modo aparece ya el capital, originando el beneficio.

Para Locke, lo que determina el aumento de la tasa de interés, es la falta de dinero; para North, la escasez de capital, llegando así a una con-

98. "Examinemos ahora cómo el dinero asume el mismo carácter de la tierra, suministrando una determinada renta anual: el interés. La tierra produce naturalmente algo nuevo, útil y valioso para el hombre. El dinero, por su parte es estéril o improductivo, pero, de común acuerdo, hace que entre en el bolsillo de otro el lucro con que se recompensa el trabajo de un individuo. Esto se debe al reparto desigual del dinero; igual resultado produce por lo demás esta desigualdad en lo que se refiere a la tierra. Si uno posee más tierra de la que quiere o puede explotar, y otro posee, en cambio, menos este reparto desigual de la tierra hará que aquél la explote por medio de un colono. Del mismo modo, el reparto desigual del dinero procura a quien lo posee en abundancia un colono para su dinero, que mediante el trabajo del prestatario, asume así la capacidad de producir para este un interés superior al 6%. Al igual que la tierra, gracias al trabajo del colono, se halla en condiciones de producir más fruto del que corresponde a su renta".

99. *Capital e Interés*, pág. 70.

100. "Los terratenientes prestan sus tierras; los capitalistas, por lo menos aquellos que no pueden o no quieren dedicarse al comercio, prestan su dinero. Lo que recibe en pago de ello se llama interés, pero es simplemente la renta del dinero, análoga a la renta de la tierra. En varios países, se emplea el mismo término para designar ambas operaciones. No existe pues, diferencia entre el *landlord* (terrateniente) y *stocklord* (capitalista). La única ventaja que el primero le lleva al segundo es que el colono no puede fugarse con la tierra, cosa que puede hacer, en cambio, el arrendatario del capital. Por eso, porque se expone a un riesgo mayor, es natural que capital produzca un interés más alto".

cepción más exacta del interés; pero ambos, como Petty, se oponen tenazmente a toda reglamentación del interés, ya que este no constituye la causa sino el efecto del desarrollo comercial. Por otra parte, esto atestigua la creencia en las leyes naturales, que hacen innecesaria la intervención de la ley positiva.¹⁰¹

En cuanto a la moneda, que hace posible con su acumulación la existencia de grandes desigualdades, Locke, en su reacción contra los mercantilistas, sostiene que el dinero, que para estos era lo único que tenía valor, carece de el, ya que solo posee y tiene un valor imaginario, convencional, posición que lo conduce, aunque en forma vacilante, a la teoría cuantitativa de la moneda, a la que agrega nuevos elementos, como el de la velocidad y el volumen del comercio, preocupándose, asimismo, de excluir de la cantidad efectiva de moneda, lo que se ahorra o atesora, que no ejerce influencia alguna sobre los precios.

No encontramos en North residuos mercantilistas, pues considera que es innecesaria la abundancia de moneda, sobre todo si se la mantiene inmóvil; pues no es la cantidad de moneda, sino el uso que se le da, lo que tiene importancia; el hombre que atesora, el que inmoviliza una cantidad de dinero, en lugar de enriquecerse, empobrece; por lo mismo, lo que aumenta la riqueza no es la cantidad de dinero, sino la inversión que se hace del mismo, en el comercio y la industria, o sea su utilización como capital. Las anotaciones de North sobre la moneda, como expresión del valor de cambio de las mercancías, son muy interesantes.

Al tratar del comercio internacional, encontramos a Locke bastante retrasado con relación a North; pues ni siquiera supo aplicar consecuentemente su teoría cuantitativa de la moneda. Todavía considera que es ventajoso para un país, una balanza comercial favorable, porque significa ingreso monetario; no sostiene en forma absoluta la importancia de la cantidad de dinero y aun parece haber llegado a la conclusión de que era suficiente cualquier cantidad para que un país continuara ejerciendo su comercio; pero lo hace en forma relativa, al expresar que entre dos países que comercian, el que tenga más dinero vende más caro que el que no lo tiene, obteniendo así una ventaja, tesis esencialmente mercantilista.

101. "¿El precio del préstamo de la moneda puede regularse por la ley?, y a que yo pienso, generalmente hablando, se puede contestar: Esto es manifiestamente imposible. Porque, desde que resulta imposible hacer una ley que pueda impedir a un hombre que entregue su moneda o hacienda a quien le plazca, será también imposible, por cualquier arbitrio legal, inducir a los hombres, habituados ya al poder que tienen sobre sus propios bienes, y a los medios de transferirlos a otros, respecto a la tasa de Interés a que en cualquier ocasión ha de atenerse".

En cambio North, mantiene una posición muy avanzada, en cuanto al comercio internacional. Desconfía de la balanza comercial favorable y aun sostiene que es imposible mantenerla siempre con signo positivo, ya que un saldo favorable determina un aumento de la cantidad de dinero y en consecuencia de los precios, con lo que crecen las importaciones y disminuyen las exportaciones, transformándolo en lo contrario. En consecuencia, proclama el libre cambio, realizando un ataque demoledor a las tesis mercantilistas, especialmente contra el proteccionismo y la prohibición de comerciar con Francia, colocándose así en la primera línea del liberalismo en el campo internacional.

No solo utiliza contra el mercantilismo el análisis técnico, sino que superando los límites nacionales, considera el mundo como una unidad, en la que el comercio internacional es provechoso para todos y no cuestión de un simple beneficio unilateral.

Su insistencia en el libre cambio es de tal naturaleza, que ejerce una gran influencia; pero es precisamente porque su pensamiento se halla en concordancia con el desarrollo económico que, sobre todo en Inglaterra, esa desbordando, cada vez más, el mercado nacional, y necesita lanzarse a la conquista de los mercados exteriores en plena competencia con los demás países, segura de su triunfo, debido a su mejor desarrollo técnico e industrial.

Tanto en las ideas de Petty, como en las de Locke y North, puede notarse ya claramente, la lucha que el capital monetario comienza a realizar contra la propiedad territorial, o sea la oposición de los capitalistas usuarios, que se enfrentan a los terratenientes. Aunque se considera todavía la renta de la tierra como el excedente fundamental y de él se hace derivar el interés, sin embargo, al situarlo en el mismo plano, se está dando al capitalista igual calidad que al terrateniente, para percibir tal ingreso; lo cual mina la situación preponderante de este, al negarle su posición privilegiada, así como el carácter especial de la propiedad de la tierra en que se funda, colocándole enfrente, con iguales derechos, la nueva propiedad mobiliaria, representada fundamentalmente por el dinero. Así mismo, al condenar la limitación del interés, se ataca a los terratenientes que aspiran a una alta capitalización de la renta y el precio de la tierra.

Ricardo Cantillon (1680-1734), en quien se refleja el cosmopolitismo que se va acentuando en esta época, pues se trata de un financista internacional, nació en Irlanda, vivió mucho tiempo en París, Hasta reclamarlo los franceses como suyo, y en muchos otros países. Descubierta por

Jevons, en 1881, ha sido continuamente afirmado y negado, es decir, ampliamente discutido.

Como Petty, establece la distinción entre el valor que el llama “valor intrínseco” y “precio de mercado”; el primero, está constituido por la cantidad de tierra y trabajo que entra en su producción, considerando la fertilidad de la tierra y la calidad del trabajo; el segundo, por las oscilaciones del mercado, ya que la abundancia o escasez de una mercancía, pueden determinar que el precio se halle por debajo o por encima de su valor.¹⁰²

Roll, anota que “su teoría del valor (la de Cantillón) puede clasificarse como una teoría-trabajo del valor, si bien se atenúa hasta convertirse en una teoría basada en el costo de producción, y contiene ciertas dosis de una teoría basada en la oferta y la demanda”.¹⁰³ Por nuestra parte, consideramos que, como en Petty, se trata esencialmente de una teoría del valor trabajo, según lo demuestran numerosos textos de su obra,¹⁰⁴ pero también como el, y quizás más que el, tuvo preocupaciones acerca de la participación de la tierra en el valor de uso, que es el que analizaba, sin llegar a comprender el doble carácter del trabajo ni su función como valor de uso y valor de cambio, lo que hubiera disipado sus constantes vacilaciones.

Debemos anotar que Cantillón se da clara cuenta de la ley del valor, como la que regula, por medio de las fluctuaciones del precio, y aunque en forma imperfecta y simplemente aproximada, los movimientos de la producción, consignando magníficos ejemplos descriptivos de este mecanismo autoregulator del sistema, que reemplaza la autoridad coercitiva del Estado, por una ley que funciona espontáneamente; indicando inclusive que los reajustes se realizaban a largo plazo, cosa que no fuera considerada siempre en análisis posteriores.¹⁰⁵

102. Mediante estas inducciones y ejemplos, espero haber aclarado que el precio o valor intrínseco de una cosa es la medida de la cantidad de tierra y de trabajo que intervienen en su producción, teniendo en cuenta la fertilidad o producto de la tierra, y la calidad del trabajo. Pero ocurre a menudo que muchas cosas, actualmente dotadas de un cierto valor intrínseco, no se venden en el mercado conforme a ese valor; ello depende del humor y la fantasía de los hombres y del consumo que de tales productos se hace. Si un señor abre canales y erige terrazas en su jardín, el valor intrínseco estará proporcionado a la tierra y al trabajo, pero el precio en verdad no seguirá siempre esta proporción: si ofrece el jardín en venta puede ocurrir que nadie esté dispuesto a resarcirle la mitad del gasto que ha hecho; y también puede suceder que si varias personas lo desean, le ofrezcan el doble del valor intrínseco, es decir, del valor de la finca y del gasto realizado. *Ensayo sobre la Naturaleza del Comercio en general*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 28-29.

103. *Historia de las Doctrinas Económicas*, 135.

104. El resorte de acero fino que regula la marcha de un reloj de Inglaterra se vende ordinariamente a un precio en el que la proporción del material con el trabajo o con el acero del resorte, es como de uno a un millón, da manera que el trabajo absorbe en este caso el valor casi entero del resorte, conforme al cálculo que reproducimos en el suplemento. *Idem.*, 28.

Igual que Petty, y seguramente por las razones que entonces hemos indicado, Cantillón trata de buscar una ecuación o paridad entre la tierra y el trabajo, llegando a formular una teoría de los salarios que no difiere de la de aquel; y que establece que el valor intrínseco del trabajo está determinado por la cantidad de tierra que puede producir las subsistencias necesarias para el trabajador y dos hijos, o sea que enuncia la teoría del salario-subsistencia, que han de sostener más tarde los clásicos.

De esto y de los numerosos ejemplos que presenta, se desprende claramente que el trabajo del obrero o trabajador libre, no solo produce lo necesario para subsistir, o sea su salario, sino mucho más, es decir un excedente o plusvalía, que constituye la renta de la tierra.¹⁰⁶

En cuanto al beneficio, no lo distingue aun, en forma clara, como provecho del capital, considerado como un elemento independiente, sino que a veces lo confunde con el salario; ya que si bien nos habla de dos clases, la de los empresarios y asalariados, una vez exceptuados los terratenientes, no diferencia perfectamente la ganancia, del salario, que aparecen como similares y solamente clasificados por razones de eventualidad, en ciertos e inciertos.¹⁰⁷ Sin embargo, se puede afirmar, como anota Cannan que, “pensó que los terratenientes recibían rentas, los empresarios utilidades y otras ganancias, los asalariados salarios, y que luego tenían que dar parte de sus rentas, utilidades y salarios a los prestamistas, en caso de que hubieran tomado dinero a interés”.¹⁰⁸

En efecto, al tratar del interés, considera que está determinado por la oferta y la demanda, así como por las utilidades que los empresarios obtienen como resultado del préstamo.

105. Si los campesinos de un Estado siembran más trigo que de ordinario, es decir mucho más que el que hace falta para el consumo del año, el valor intrínseco y real del trigo corresponderá a la tierra y al trabajo que intervinieron en su producción; pero a causa de esta excesiva abundancia, y existiendo más vendedores que compradores, el precio del trigo en el mercado descenderá necesariamente por debajo del precio o valor intrínseco. Si, a la inversa, los agricultores siembran menos trigo del necesario para el consumo, habrá más compradores que vendedores, y el precio del trigo en el mercado se elevará por encima de su valor intrínseco. *Idem.*, 29.

106. Si el propietario emplea en sus trabajos vasallos o aldeanos libres, probablemente les dará mejor trato que a los esclavos, siguiendo en esto la costumbre del lugar, pero aun en este supuesto, el trabajo del trabajador libre debe corresponder, en valor, al doble del producto de la tierra, necesario para su sustento. *Idem.*, 32.

107. Por todas estas inducciones y por otras muchas que podrían hacerse de un tema cuyo objeto son todos los habitantes de un Estado, cabe afirmar que si se exceptúan el príncipe y los terratenientes, todos los habitantes de un Estado son dependientes; que pueden, éstos, dividirse en dos clases: empresarios y gente asalariada; que los empresarios viven, por decirlo así, de ingresos inciertos, y todos los demás cuentan con ingresos ciertos durante el tiempo que de ellos gozan, aunque sus funciones y su rango sean muy desiguales. *Idem.*, 43.

108. *Repaso a la Teoría Económica*, 257.

Cantillón tiene un concepto claro de la estructura clasista de la sociedad, y aunque hay imprecisiones en su análisis, parece entrever las clases sociales que se van diferenciando en su época: la terrateniente, dueña de los grandes latifundios que se dan en arrendamiento; la burguesía, grande y pequeña, que él la presenta como un conjunto de empresarios (palabra usada en el sentido de que trabajan o actúan por su cuenta), relacionados por la actividad económica, y los asalariados, que tiene contratos de salarios. Así vemos que a la transformación que se ha ido operando en la estructura económica, corresponde una creciente diferenciación de las clases sociales y con ella la de los ingresos que perciben.

En cuanto a la moneda, Cantillón, consecuente con sus principios, expone una teoría del valor del dinero y la función del mismo como medida del valor de las mercancías, basada en la teoría del valor trabajo, que, según Roll¹⁰⁹ hubiera obtenido la aprobación de Marx. Según ella, el valor intrínseco de los metales preciosos estaría formado por el trabajo y la tierra necesarios para su producción, mientras su valor en el mercado lo determinaría la oferta y la demanda; de esta manera, en su función de medida del valor, la moneda no hace otra cosa que cambiarse con las mercancías, de acuerdo con las cantidades iguales de trabajo y de tierra, que poseen la una y las otras.

Sin embargo, se inclina hacia la teoría cuantitativa de Locke, sin aceptar, como hemos visto, su concepto del valor ficticio de la moneda, haciendo, por su parte, algunos aportes, como el de que un aumento de la cantidad de moneda o su velocidad, podrían ser neutralizados por un incremento de las mercancías o sea del volumen del comercio; al mismo tiempo que exceptuaba de las mercancías, aquellas destinadas al comercio exterior. Asimismo, estableció la diferencia entre una inflación de moneda metálica y papel moneda, siendo esta última mucho más peligrosa, por la desconfianza que engendra, como lo previno antes del desastre de Law.

Es el primero, sin duda, que analiza el mecanismo de un proceso inflacionario, basado en un supuesto descubrimiento de nuevas minas de metales preciosos, realizando una acertada descripción, que demuestra los perjuicios que ocasiona a los que perciben rentas fijas, como los propietarios de tierras dadas en arrendamiento y los asalariados.¹¹⁰ Además, explica la

109. Obra citada, 136.

110. Si el aumento de dinero efectivo previene de las minas de oro o plata que se encuentran en un Estado, el propietario de estas minas, los empresarios, fundidores, refinadores y, en general, todos cuantos trabajan en ello, no dejarán de aumentar sus gastos en proporción de sus ganancias. En sus hogares consumirán más carne y más vino que antes, se acostumbrarán a llevar mejores trajes, ropa

diferencia de los distintos niveles de precios locales dentro de un país, sobre todo entre la capital y las áreas rurales, debido a que estas se hallan generalmente endeudadas con aquella, lo que determina una disparidad en la distribución en la moneda, en favor de la ciudad, problema descuidado hasta que Mises lo retoma, en 1934, como lo anota Heimann.¹¹¹

En cuanto al comercio internacional, que trata con mucho acierto, lo presenta sometido a un proceso autorregulador, ya que si los precios suben en un país, se intensificarán las importaciones y disminuirán las exportaciones, hasta alcanzar el nivel correspondiente; pero la inflación al intensificar los precios y las importaciones, obliga al país a depender del extranjero y determina una declinación de la industria local.¹¹²

David Hume (1711-1776), es más conocido como filósofo e historiador que como economista. Sin embargo, no es poco el prestigio que había alcanzado en el campo de la economía, especialmente antes de que se conociera el libro de Cantillón, que se publicara después de las obras de Hume, aunque fuera escrito antes, y que parece hubiera sido conocido por este, lo que menguaría su originalidad. Entre las numerosas obras filosóficas, políticas e históricas que escribiera (*Investigación sobre el Entendimiento Humano, Ensayos Morales y Políticos, Discursos Políticos, Ensayo sobre la Sociedad, Historia de Inglaterra, Historia Natural de la Religión*), lo que nos interesa especialmente son sus *Ensayos Económicos*, que forman parte de sus *Discursos Políticos*.

blanca más fina a poseer casas mejor decoradas y a disfrutar otras comodidades deseables. Darán, así, ejemplo a muchos artesanos que antes carecían de trabajo, y que, por la misma razón, aumentarían también sus gastos; todo este aumento en carne, vino, lana, etc., disminuye necesariamente la parte de otros habitantes del Estado que no participan en un principio en la riqueza de las minas en cuestión. El regateo en el mercado, o la demanda de carne, vino, lana, etc., serán más intensos que de ordinario y no dejarán de elevar los precios. Estos precios elevados inducirán a los colonos a emplear más extensión de tierra para producirlos en años sucesivos: estos mismos colonos se beneficiarán con el referido aumento de precios, y aumentarán, como los otros, sus gastos familiares. Quienes sufrirán este encarecimiento y el aumento del consumo serán, primeramente, los propietarios de las tierras, mientras duren sus contratos de arrendamiento; después sus criados y todos los obreros y gentes con salario fijo que a ellos están vinculados. Será preciso que todas estas personas disminuyan su gasto en proporción al nuevo consumo, circunstancia que obligará a un gran número a salir del Estado, y a buscar fortuna en otros países. Los propietarios despedirán a muchos auxiliares y los restantes reclamarán un aumento de salario para poder subsistir como antes. *Idem.*, 106-107.

111. *Historia de las Doctrinas Económicas*, Ed. Arayú, 52.

112. "Es cierto que si continúa el aumento de dinero, su abundancia determinará, a la larga, un encarecimiento de la tierra y del trabajo en el Estado. Los artículos y manufacturas costarán tanto andando el tiempo, que el extranjero cesará de comprarlos poco a poco, habituándose a adquirirlos en otro lugar a más bajo precio; ello producirá insensiblemente la ruina del trabajo y de las manufacturas del Estado. La misma causa que aumenta las rentas de los propietarios de las tierras del Estado (a saber: la abundancia de dinero) les inducirá a importar abundantes productos de los países extranjeros, donde podrán obtenerlos a bajo precio. Estas son consecuencias naturales. La riqueza que un Estado adquiere por el comercio, el trabajo y el ahorro lo arrojará insensiblemente en el lujo".

Para Hume, como para los autores que hemos estudiado, “todo en el mundo se compra con trabajo”. “Cada uno debería, si fuese posible, gozar del fruto de su trabajo”. La organización política así como el crecimiento de la población, determinan las desigualdades de la propiedad. En toda sociedad civilizada, hay individuos que poseen más tierra de la que pueden cultivar por sí mismos, mientras otros carecen de ella, lo que hace que los primeros la compartan con los segundos, pero solo a condición de que estos les entreguen una parte del producto de su trabajo, que es lo que constituye la renta de la tierra.¹¹³

De esta manera, también para Hume, el excedente o plusvalía, toma la forma fundamental de renta de la tierra, y el interés del capital constituye una forma secundaria. Al referirse al tipo del interés, no considera que depende de la abundancia o escasez del dinero, como generalmente se había sostenido, sino de la oferta y la demanda, y sobre todo del volumen de la ganancia. Al referirse a la relación del interés y la ganancia, cosa que comienza a preocupar a los autores ingleses, preguntándose cuál es la causa y el efecto, considera que existe entre ellos una relación de interdependencia, ya que nadie podría aceptar una ganancia baja cuando pueda obtener un interés alto o viceversa. De todas maneras, dependen del desarrollo del comercio y de la industria. En un país donde abunden los terratenientes ociosos, ávidos de placer y siempre ansiosos de obtener dinero, el tipo de interés será alto; por el contrario, cuando se desarrolla el comercio y se destaca el comerciante que “no conoce placer comparable al de ver aumentar su fortuna”, que es un avaro frente al terrateniente pródigo, y se crean grandes capitales, habrá mayor número de prestamistas y descenderá el interés. El tipo de interés es el barómetro de la riqueza social y se mueve en sentido inverso a esta. Con esto ha diferenciado también claramente el dinero del capital, o sea la masa monetaria, de aquello que se emplea para obtener un lucro. Igualmente, defiende a la clase burguesa, a la que pertenece, y ataca a los terratenientes.

En cuanto a la moneda, para Hume no es una mercancía sino un simple instrumento para el negocio y solo posee un valor ficticio. Como Locke, en su ataque al mercantilismo, que había dado casi exclusivo valor al

113. “La organización política y el aumento de población producen necesariamente la irregularidad de la propiedad en un país. En toda nación civilizada y numerosa, es inevitable que una parte de los individuos posean grandes extensiones de tierra, mientras otros carecen de toda propiedad territorial. Los que poseen más tierra de la que pueden cultivar por sí mismos la comparten con los que carecen de ella, pero a condición de que éstos les entreguen una parte de la cosecha. Así es como surgen lo que podemos llamar renta del suelo, por oposición al interés del dinero”.

dinero, se lo niega, considerando que no posee ningún valor inmanente y no es una verdadera mercancía.¹¹⁴ Asimismo, como casi todos los escritores de esta época, impresionado superficialmente por el hecho de que en los siglos XVI y XVII, los precios subieran al mismo tiempo que aumentaban los metales preciosos, y sin considerar que igualmente habían disminuido sus gastos de producción, lo que hubiera podido comprobarse con el cierre de las minas europeas, ni la realidad de que los precios no aumentaron en la misma proporción que dichos metales, como se lo comprobaba por investigaciones posteriores; establece una relación simplemente mecánica entre la masa de dinero y la masa de mercancías; hace entrar, en el proceso de circulación, las mercancías sin precios y al oro y la plata sin valor, como anota Marx,¹¹⁵ es decir, mantiene la teoría cuantitativa de la moneda. De esta manera, dado un nivel fijo de la cantidad en circulación, esta carece de importancia, ya que no hace otra cosa que expresar todos los precios y salarios en números relativamente mayores o menores, resultado de la relación entre cantidades de moneda y bienes.

Analiza, asimismo, el caso de un aumento de moneda, o sea un proceso inflacionario y el provecho que de él se deriva para la industria y los industriales, que elevan sus beneficios; pues mientras sube el precio de las cosas, los salarios permanecen bajos, lo que proporciona al capitalista, una mayor y más elevada ganancia a costa del trabajo de los obreros.¹¹⁶ Se trata, pues, de lo que, modernamente, ha denominado Keynes una *inflación de utilidades*, como lo señala Roll.¹¹⁷ Así, mientras Cantillón solo hace notar la inconveniencia de la inflación para los que disponen de ingresos

114. "El dinero, hablando con propiedad, no es una mercancía, y sí sólo un instrumento para el negocio; por unánime consentimiento han convenido los hombres el que sirva para facilitar el cambio de un género por otro. No es, propiamente, la rueda que hace andar el comercio, sino el unto viejo que se da a la rueda, para que voltee con más viveza y facilidad. Si consideramos cada reino en sí mismo, es evidente que la mayor o menor cantidad de dinero no es de gran consecuencia, puesto que el precio de las cosas se proporciona siempre a la cantidad de dinero".

115. *Crítica de la Economía Política*, Ed. Bergua, 174.

116. "De todo este razonamiento resulta que, respecto de la felicidad interior del Estado, es indiferente el que sea mayor o menor la cantidad de dinero. Con todo, es interés de la buena política favorecer su multiplicación, porque este es el modo de excitar la industria en una nación y de aumentar la mano de obra, que es en lo que consiste toda la realidad del poder y de las riquezas. Una nación en que la cantidad de dinero vaya decreciendo se hace, desde el mismo momento en que empieza la disminución más débil y más pobre que otra que no posee mayor cantidad de dinero, pero que está en el caso de irlo acrecentando. Esto es fácil de comprender si se atiende a que la anotación en esta misma cantidad de dinero que se hace en sentido contrario en una y otra nación no produce inmediatamente una diferencia proporcionada en el precio de los géneros. Siempre hay un intervalo antes de que los negocios se ajusten a su nueva situación y este intervalo es tan pernicioso a la industria cuando el oro y la plata van disminuyendo, como ventajoso cuando estos mismos metales van aumentando".

117. Obra citada., 132.

fijos como los asalariados, Hume esclarece, con satisfacción expresiva, las ventajas que reporta para la burguesía, como un medio de enriquecimiento, a costa de la miseria de las masas trabajadoras.

En realidad, el dinero, como creo que ya lo hemos expresado alguna vez, es uno de los instrumentos por el cual la clase adueñada del poder, explota continuamente a las clases sometidas, al pueblo en general. Desde la época medioeval, el príncipe lo hace utilizando las devaluaciones de la moneda, que es una forma de extraer la riqueza de sus súbditos; en la época capitalista, se prefieren las inflaciones, que constituyen una forma más disfrazada e hipócrita, de realizar el mismo despojo y expoliación.

En lo que se refiere al comercio internacional, Hume no solo duda de los cálculos “fundados sobre hechos inciertos y sobre suposiciones generalmente gratuitas”, sino que sienta las bases firmes de un mecanismo internacional autorregulador, sobre las que se asienta el libre cambio. Si el dinero se reduce, los precios bajan y las exportaciones crecen, de manera que el metálico regresa al país; por el contrario, si el dinero crece, subirán los precios, disminuirán las exportaciones y aumentarán las importaciones.¹¹⁸ No existe, pues, peligro de que se trastorne el equilibrio, ya que, “Toda agua, por cualquier parte que se conduzca, permanece siempre a un cierto nivel”.

En cuanto a los impuestos, considera que una mejor distribución de la riqueza, que evite la concentración en pocas manos y establezca una especie de igualdad, hará que cada cual los pague más alegremente, puesto que las cargas se vuelven más ligeras. Por otra parte,

118. “Supongamos que dos tercios de todo el dinero que haya al presente en Inglaterra se reduzcan en una noche a cero y la nación al mismo estado que tenía esto en los reinados de los Enriques y de los Eduardos. ¿Qué se seguirla de aquí? ¿El precio de la mano de obra y de todos los frutos no disminuiría necesariamente en proporción; y no sería preciso que todo se vendiese a precios tan ínfimos como en aquellos tiempos? ¿Qué nación podría entonces competir con nosotros a la venta al extranjero? ¿Habría alguna que pudiese navegar o vender sus artefactos al mismo precio que nos traería una ganancia suficiente? ¿En cuan poco tiempo no reemplazaría ésta el dinero que hubiéramos perdido y nos elevaría al nivel de todas las naciones vecinas! Pero apenas habríamos llegado a este punto, empezariamos, al instante, a perder la ventaja de lo barato de la mano de obra y de los frutos, y los conductos del dinero se cerrarían por nuestra misma plenitud. Supongamos también que todo el dinero que haya ahora en Inglaterra se multiplicase hasta el cuádruple en una noche. ¿No resultarla un efecto contrario? La mano de obra y los frutos subirían hasta tal punto que ninguna de las naciones vecinas podría y querría comprar de nosotros mientras que por otro lado darían sus frutos a precios tan baratos, en comparación a los nuestros, que, a pesar de todas las leyes y prohibiciones que estableciésemos, nos veríamos inundados de sus producciones y artefactos y nuestro dinero saldría del país hasta que fuésemos bajando a un grado igual al de los extranjeros y perdiésemos esta gran superioridad de riquezas que nos habría puesto en una situación tan perjudicial”.

En el país donde se hallan las riquezas depositadas en un pequeño número de individuos, estos tienen todo el poder en su mano y forman entre sí un concierto para hacer caer todas las cargas sobre los hombros del pobre pueblo y lo oprimen de manera que extinguen en el toda especie de industria.

Como acontece con los demás autores estudiados, no siempre es fácil resumir las ideas de *James Steuart* (1712-1780), expuestas principalmente en sus *Principios de Economía Política*, título que ha de volverse casi oficial para todas las obras de esta naturaleza. Esto se debe, como ustedes pueden comprender, a que no se trata todavía de sistemas orgánicos y acabados, sino más bien de diferentes piezas que después han de coordinarse y estructurarse en organismos teóricos posteriores. Hemos estado haciendo algo semejante a lo que realizan los estudiantes de anatomía, es decir analizando las diferentes partes que han de constituir luego verdaderos sistemas teóricos.

Al igual que Locke, considera que todo el incremento del valor creado por la producción, es el resultado del trabajo del obrero.

Steuart, recuerda a los mercantilistas, porque inicia como ellos, su investigación del excedente a través del cambio; pero luego encuentra que hay dos clases de ganancia: una relativa, que proviene de la distribución de la riqueza ya creada, que oscila al distribuirse entre los individuos, de manera que lo que pierde el uno lo gana el otro; y la ganancia positiva, que es la creación misma de esa riqueza y proviene del mayor volumen del trabajo, la industria y la habilidad, acrecentando el bienestar.¹¹⁹ De esta manera, el trabajo crea el excedente, que denomina ganancia positiva y que significa un aumento de la riqueza de la sociedad; la simple distribución de esta entre los capitalistas, constituye la ganancia relativa, que no agrega nada al acervo social.

Son muy interesantes sus conceptos sobre la moneda, a la que da un tratamiento concreto, frente a las especulaciones abstractas de Locke y de Hume, o sea a la yuxtaposición mecánica de las cantidades de dinero y mercancías, que hace la escuela cuantitativa.¹²⁰ "El es, en efecto, dice

119. "La ganancia positiva no significa una pérdida para nadie; nace del mayor volumen de trabajo, industria o pericia y determina un aumento general de bienestar... La ganancia relativa representa una pérdida para alguien; indica que la balanza de la riqueza oscila entre los interesados, pero no entraña un aumento de la fortuna general".

120. "El uso de la moneda en la circulación interior tiene dos fines principales: pago de lo que se debe, compra de aquello de lo que se necesita. Los dos reunidos constituyen la demanda para el pago en especie. El estado del comercio y de las manufacturas, el modo de existencia y los gastos habituales de los habitantes, tomado en conjunto, regulan y determinan la masa de la demanda para el pago en especie, es decir la masa de las enajenaciones. Para efectuar estos múltiples pagos hace falta cierta

Marx, el primero que hace la pregunta: la cantidad de dinero circulante, ¿está determinada por los precios de las mercancías o bien los precios de las mercancías están determinados por la cantidad de dinero circulante?”. Agregando que, a pesar de que su exposición se halla oscurecida por una concepción fantástica de la medida de los valores, “descubre las formas determinadas esenciales del dinero así como las leyes generales de su circulación, porque no coloca mecánicamente a un lado las mercancías y al otro el dinero sino que deduce efectivamente las diferentes funciones de los diferentes momentos del cambio de las mercancías”.¹²¹

Hay que anotar también su interesante estudio de la estructura social de su tiempo, ya que se da cuenta de la polarización que se está realizando entre los medios de producción que se concentran entre las manos de una clase, y la fuerza de trabajo, desprovista de aquellos, en otra.

Mencionamos a *John Law* (1671-1729), banquero escocés, que pone en práctica sus proyectos financieros en Francia, simplemente porque la gran inflación que desencadenara con su emisión de papel moneda, ha engendrado muchas discusiones, y algunos de los conceptos que mantuviera, han sobrevivido en ciertos teóricos de la moneda. Conserva ciertas ideas mercantilistas respecto a los beneficios que se desprenden de la abundancia de dinero, y la creencia de que constituye un elemento activo que crea fuentes de trabajo. Sin confianza en la balanza comercial favorable, como fuente de suministro de dinero, y aunque parece no confundir la moneda metálica y el papel moneda, sugiere sin embargo la emisión de grandes cantidades de este, desencadenando una inflación que no solo arrastra a la ruina a Law, sino a la economía en general.

No queremos terminar esta exposición, sin consignar unas pocas palabras respecto a *Benjamín Franklin* (1706-1790), que desde el nuevo mundo, en el Norte de América, donde ya se desarrollaban apresuradamente las relaciones de producción capitalista, transportadas de Inglaterra, con-

proporción de moneda. Esta proporción puede aumentar y disminuir según las circunstancias, aunque la cantidad de las enajenaciones permanezca la misma. En todo caso, la circulación de un país no puede absorber más que una cantidad determinada de moneda. El precio de venta de la mercancía está determinado por la complicada operación de la demanda y de la competencia, que son completamente independientes de la masa de oro y plata que existan en el país. ¿Y qué ocurre con el oro y la plata que no sirven de numerario? Quedan amontonados bajo la forma de tesoro o empleados en la producción de artículos de lujo. Si la masa de oro y plata desciende por debajo del nivel necesario para la circulación, se la reemplaza por moneda simbólica o se recurre a otros expedientes. Si un favorable curso del cambio trae como consecuencia una superabundancia de moneda en el país y detiene la demanda para su exportación al extranjero, se acumulará en las cajas, en donde resulta tan inútil como si hubiera quedado en las minas”

121. *Crítica de la Economía Política*, 176.

tribuye a la formación de la ciencia económica, con una gran penetración y claridad de pensamiento, como la que demuestra al tratar del problema del valor de cambio.

En su primer trabajo, *A modest inquiry into the nature and necessity of a paper currency*, publicado en 1821, se propone encontrar una medida de los valores diversa de los metales preciosos, encontrándola en el trabajo, que ilustra con ejemplos que nos recuerda a Petty:

Por medio del trabajo se puede medir el valor del dinero tan bien como el de cualquier otra cosa. Supongamos, por ejemplo, que un hombre se ocupe en producir trigo, mientras que otro extrae y purifica la plata. Al fin del año o de cualquier otro período de tiempo determinado, el producto total de trigo y el de plata son los precios naturales del uno y del otro, y si el producto del uno es de 20 fanegadas y el de la otra de 20 onzas, una onza de plata vale el trabajo empleado en la producción de una fanega de trigo. Pero supongamos que por el descubrimiento de minas más próximas, más accesibles y de mayor rendimiento, pueda un hombre producir ahora 40 onzas de plata con la misma facilidad que las 20 onzas de antes y que el trabajo que era necesario para producir las 20 fanegas de trigo; en estas condiciones, 2 onzas de plata no valdrán más que el mismo trabajo empleado en la producción de una fanega de trigo, y esta fanega que antes valía una onza valdrá dos ahora, *caeteris paribus*. De modo que la riqueza de un país debe ser estimada teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que sus habitantes pueden comprar.

Franklin se da cuenta, que cuando se desarrolla la división social del trabajo, como consecuencia del desenvolvimiento capitalista, los hombres no hacen otra cosa, a través del mercado, que cambiar trabajo por trabajo, ya que “El comercio como no es, en general, otra cosa que el cambio de trabajo por trabajo, por medio de este se evalúa lo más exactamente el valor de las cosas”.

Aunque su análisis no es completo, ya parece concebir el valor como la cristalización del trabajo abstracto que es la forma que toma en una sociedad basada en el cambio o sea en una sociedad burguesa.

No cabe duda, de que Benjamín Franklin, dejó siempre hondas huellas en todos los campos en que incursionara su pensamiento.

La crítica social

Hasta aquí hemos visto que los mismos teóricos iniciales del capitalismo industrial, que se habían enriquecido a costa del proletariado naciente, como William Petty, por ejemplo, debido a sus contactos con una realidad económica, que no ha alcanzado todas las complicaciones de su desarrollo, y sobre todo al hecho de que la burguesía, clase en ascenso, no teme aun la presencia de un proletariado débil, desorganizado y en el camino de adquirir conciencia de su posición dentro del proceso productivo, han tenido que sentar las bases de la teoría del valor trabajo, que luego ha de ser impulsada por Smith y Ricardo y llevada a sus necesarias conclusiones por Marx.

Ahora nos corresponde exponer cómo esa clase proletaria incipiente, comienza a expresarse, quizás por primera vez, por medio de sus propios voceros, en una crítica del flamante sistema capitalista que crece y se afianza, sobre el dolor y la miseria de las grandes masas explotadas. Ya anotamos en la introducción a este capítulo, que la clase trabajadora estuvo presente en la revolución burguesa de Inglaterra, la misma que luego de su triunfo, ahoga fácilmente las pretensiones radicalizadoras, de una izquierda democrática, los “niveladores” y sobre todo los “cavadores”, que comienzan a ver la realidad de una revolución llevada a cabo en beneficio único de una clase que ha de levantarse sobre la explotación del proletariado.

Gerard Winstanley (1609-?), es la voz de este proletariado naciente. En sus comienzos conserva ciertos rezagos de un misticismo religioso, producto de su conocimiento de los padres de la Iglesia, con quienes sostiene que cuando Dios o la razón creara el mundo, reinaba el derecho natural comunista; pero el egoísmo, el instinto de la propiedad privada y las relaciones comerciales, constituyen el pecado original con el que comienza una historia angustiosa para la humanidad. Más tarde, su pensamiento penetrante y vigoroso, se eleva y adquiere una altura que lo coloca entre los creadores del socialismo moderno; pues llega a afirmar que las guerras y contiendas civiles que se suceden a través de la historia, tienen su origen en la división de la sociedad en clases, proveniente, a su vez, de la propiedad privada de la tierra; que la función esencial del gobierno consiste en la defensa de los intereses de los propietarios; y que la religión ha nacido para mantener sometidos a los pobres, pues confiere una sanción divina al orden social. Como resultado de lo anterior, y puesto que se trata de un orden concebido y mantenido para defender los intereses de los

ricos, tanto estos como los representantes del Estado y de la Iglesia, no pueden simpatizar con su abolición, por lo mismo, si los trabajadores son los únicos que tienen interés en transformar el organismo social, son ellos los que deben realizarlo con sus propias fuerzas.

Al tratar del sistema que debería reemplazar al capitalismo, considera que si han de reconocerse los principios de la igualdad y dignidad humanas, debe levantarse sobre la propiedad común de la tierra. Su plan “consiste en una nueva sociedad” regida por un Parlamento, que dicte normas de acuerdo con el derecho natural y la razón, a fin de garantizar la propiedad común del suelo y el trabajo obligatorio; al mismo tiempo que se prohíbe el comercio, las leyes tiránicas y las costumbres religiosas. Se trata de una sociedad democrático-comunista, que suprime la propiedad privada, causa fundamental de todos los males de la sociedad y busca asegurar a todos el pan, la felicidad y la libertad. El principio de distribución es comunista, ya que cada familia ha de producir de acuerdo con sus capacidades y retirar de los almacenes públicos lo que ha de menester, de acuerdo con sus necesidades.

Desgraciadamente, como anota Sweezy, cuando trata de aplicar sus métodos a la realidad, falto de experiencia, tiene que fracasar, pues se dedica a convencer a los pobres que trabajen las tierras comunes aun no utilizadas, de donde les proviene el nombre de “cavadores”; pues deseaba realizar pacíficamente el paso a la nueva sociedad, lo cual ha de quitar toda posibilidad de efectivización a su proyecto, de lo que se da cuenta no para rectificar el camino, sino para ponerlo en manos de Cromwell, que era precisamente la encarnación de la clase antagonica, la burguesía, usufructaria del sistema que trataba de reemplazar.¹²²

Con todo, el pensamiento de Winstanley, no solo queda como la primera manifestación de las inquietudes y anhelos de la clase proletaria, sino que sienta ciertas tesis que ha recoger el socialismo moderno.¹²³

Se podrían agregar muchos nombres de escritores que, desde el lado opuesto a las filas de los teóricos del capitalismo, realizan una crítica del sistema y aspiran a una nueva forma de convivencia humana. *Roberto*

122. *Socialism*, 97 y ss.

123. “Ningún hombre puede ser rico a menos que lo sea mediante su propio trabajo o mediante el trabajo de otros hombres que le ayuden. Si un hombre no cuenta con la ayuda de su prójimo, jamás podrá reunir una hacienda de cientos y miles al año. Si otros hombres le ayudan en sus trabajos, entonces esas riquezas son tanto suyas como de su prójimo porque son el fruto tanto del trabajo de otros hombres como del suyo propio, lo que constituye su baldón y no su gloria; porque es mucho más noble dar que recibir. Pero los ricos reciben todo lo que tienen de mano de los trabajadores y lo que dan es el producto del trabajo de otros, no del suyo propio. Por lo tanto, no son factores justos en la tierra”.

Wallace (1679-1771), que insatisfecho de los resultados del desarrollo capitalista, afirma que lo propio de la naturaleza humana es el comunismo, pues la humanidad en sus comienzos ha vivido en absoluta igualdad y comunidad de bienes, de manera que hay que volver a implantarlo, aunque se opongan los ricos, pues solo así se suprimirá la miseria, el exceso de trabajo y la ignorancia.

Tomás Spence (1750-1814), que alega que el suelo ha sido de propiedad común y los hombres han vivido libres. Si bien es cierto que en lo posterior se ha acrecentado la riqueza, se ha dividido a la humanidad en pobres y ricos, creando violentos antagonismos de clase y engendrando el egoísmo, la codicia, la explotación del hombre por el hombre y la miseria, frente a lo cual proclama una reforma agraria consistente en la municipalización del suelo.

William Godwin (1756-1836), que en su obra *La Justicia Social*, sostiene que los obstáculos que se oponen a la justicia son la propiedad privada, que ha hecho del egoísmo la fuerza motriz de la actividad humana, y el Estado, al que ataca, constituyéndose en uno de los primeros anarquistas. Critica la forma de la distribución de la riqueza y la injusta remuneración del trabajo; para instaurar la igualdad económica, hay que suprimir la propiedad privada y el gobierno.¹²⁴

Carlos Hall (1740-1820), es casi un teórico de la lucha de clases. Su crítica de la primera fase de la revolución industrial, le permite establecer el antagonismo existente entre la propiedad y el trabajo. El trabajo de los obreros crea todo el valor, pero no reciben sino el salario; la diferencia entre el salario y el valor creado, constituye el beneficio que se distribuye entre los propietarios rurales, los contratistas y los comerciantes. Esto es posible porque el rico propietario dispone del capital o sea de los medios de producción de que carece el trabajador, por lo cual este se halla obligado a trabajar para el capitalista, ya que de lo contrario se moriría de hambre.

124. "En ningún país civilizado existe clase alguna de riqueza, gasto o esplendor que no haya sido producido en alguna forma por el trabajo manual o la industria corporal expresa de los habitantes de ese país. Son pocos los artículos que la tierra produce espontáneamente, y su contribución a la riqueza, gasto o esplendor es muy escasa. En cada vaso de vino que bebe y en cada adorno que prende en su persona todo hombre puede calcular cuántos individuos han estado condenados a la esclavitud y al sudor, al esfuerzo incesante, a alimentos insuficientes, apenas sin fin a la ignorancia deplorable y a la insensibilidad brutal, para que él pueda contar con esos lujos. Es una gran impostura la que los hombres acostumbran sostener cuando hablan de la propiedad que les fue legada por sus antepasados. La propiedad es producida por el trabajo cotidiano de los hombres que existen hoy. Todo lo que sus antepasados les legaron no es sino una patente mohosa que ellos exhiben como título para apoderarse de lo que produce el prójimo con su trabajo".

La fisiocracia y los fisiócratas

No es fácil el estudio de los fisiócratas o “economistas”, como ellos se llamaran. El hecho de encontrarse en un período de transición de las formas feudales a las capitalistas; del predominio de la clase terrateniente al de la burguesía; determina que su posición aparezca a veces un tanto embozada y contradictoria, pues si bien son quizás los primeros que comprenden el mecanismo de la reproducción y circulación capitalista, lo hacen presentándolo aun bajo ciertos aspectos derivados de la tradición feudal, como lo acredita su preocupación preferente por la tierra.

Por otra parte, la multiplicidad de las investigaciones y estudios que se han realizado sobre la fisiocracia y los fisiócratas, así como las diversas discusiones que se han promovido sobre ellos, desde puntos de vista adversos o contradictorios, no siempre facilita sino que muchas veces dificulta, una exacta comprensión de sus teorías. De todos modos, ello mismo nos está diciendo de la importancia de esta primera escuela del pensamiento económico.

En realidad, si bien los mercantilistas habían coincidido generalmente en la adopción de algunas medidas prácticas para el desarrollo mercantil y comercial, sin embargo, al enfocar aisladamente ciertos sectores de la economía, no pudieron formular una construcción teórica de conjunto, que les permitiera crear una verdadera escuela, quedándose en lo que mejor se podría llamar un movimiento; toca a los fisiócratas construir el primer sistema de explicación teórica de la economía como un organismo viviente, introduciéndola, aun con todas sus explicables imperfecciones, en el verdadero campo de la ciencia, son ellos los que crean el primer cuerpo de teoría orgánica, científicamente concebida, y una doctrina alrededor de la cual se agrupa un distinguido número de pensadores, dirigidos por un jefe indiscutible y máximo, *Francisco de Quesnay*.

El medio socio-económico

En el siglo XVIII, la Francia pre-revolucionaria, si se la compara con Inglaterra, que había realizado su revolución en el siglo anterior, lo que le permite un mejor desarrollo capitalista, mantiene, sobre todo en el campo, una estructura en gran parte feudal, a pesar de que han comenzado a penetrar en el agro, ciertas relaciones de producción capitalistas. Junto al gran latifundio feudal, existe en gran número la pequeña propiedad dependiente de aquel, ya que el pequeño campesino no era dueño absoluto de su parcela, que pertenece al señor o a la Iglesia, de los que la habían re-

cibido sus antecesores y por lo cual ha de seguir condenado a pagar toda clase de prestaciones. Son conocidos los innumerables impuestos como la talla, la gabela, la corvea, las “ayudas”, el peaje, los diezmos eclesiásticos, que caen sobre el campesino como una montaña de plomo; pues el terrateniente feudal tiene ya abierto el apetito de enriquecimiento y de lucro, que la economía monetaria y capitalista va desencadenando en todos los campos de la economía, y que ha de saciar a costa de la miseria de los campesinos. “Cuando el rey preguntó al obispo de Chartres, dice Higgs, cuál era la situación de sus feligreses, este le contestó que comían hierba como las ovejas y morían de hambre como moscas”. “Eran tan frecuentes los motines del pan, agrega el mismo autor, y eran tan violentos, que solo se calmaban con plomo y frío acero”.¹²⁵ La producción agrícola había disminuido en un tercio. El déficit financiero era crónico. El capital de la nación desaparecería hasta faltar el trigo para la semilla. La miseria, como hemos dicho, superaba todo lo demás.

Para agravar más la situación del campesino, el desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en el campo, ha de traer el despojo de las tierras comunales, y con ellas también de gran parte de las parcelas de disfrute individual. En realidad, como en Inglaterra, aunque menos profundamente, se estaba realizando una transformación en la agricultura, que se expresa en el despojo de las tierras comunales, por medio de los *edits de clos*, que corresponden a los *enclosures* ingleses, o sea los “cerraamientos”, de las tierras que habían sido de uso común u objeto de derechos comunales, como el pastoreaje para el ganado, el uso de los bosques, etcétera, por los miembros de una villa o una parroquia, y cuyo ejercicio requería que las tierras permanecieran abiertas; pero que ahora pasaban a la propiedad y disfrute exclusivo de los grandes terratenientes.

Este fenómeno, al que los historiadores no le han dado toda la importancia que se debía, como anota M. Piettre;¹²⁶ determina, por una parte, una mayor concentración de tierras; y por otra, la existencia de numerosos campesinos que, desprovistos de ellas, han de constituir el elemento humano, “los brazos libres”, indispensables para una agricultura que utilice el trabajo asalariado, así como el desarrollo de la industria en las ciudades, cuando no vagan por los caminos acrecentando los miles y miles de mendigos. En esta forma se ha realizado el divorcio entre el trabajo y la propiedad del suelo, base para el desarrollo capitalista.

125. *Los Fisiócratas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 21-22.

126. *Cours D-Doctrines Economics*, 265.

Asimismo, la introducción del capitalismo en el campo establece una diferenciación en el seno del campesinado, del que surge una clase de campesinos ricos que pueden utilizar trabajo ajeno asalariado o arrendar tierras para laborarlas empleando este mismo sistema. Los campesinos ricos luchan también por la división de las tierras comunales, que las quieren de acuerdo con la cantidad de capital y la extensión que ya poseen, apoyados por los campesinos pobres, que aspiran al disfrute de una parcela, y frente a los campesinos medios que sostienen la conveniencia del disfrute comunal. De todas maneras, han de encontrarse unidos para luchar contra los impuestos y las limitaciones feudales, lo que ha de determinar una serie de movimientos y rebeliones campesinas, que constituyen un gran fermento revolucionario.

Por otra parte, como se anota continuamente, luego de las especulaciones de Law, que habían sembrado el pánico en los sectores industriales y financieros, la propiedad del suelo no solo se ha salvado del naufragio general, sino que ha salido ganando al cambiar de manos, aun dividirse, y sobre todo, pasar del régimen de la inmovilidad feudal al de la circulación y el comercio, todo lo cual la presenta, con sus inquietantes problemas, a la conciencia de los teóricos de la época. El mismo Quesnay, es un terrateniente burgués, ligado a la nobleza aburguesada, y que busca el mejor rendimiento para sus tierras.

De esta manera, la explotación capitalista de la tierra toma en buena parte la forma de arrendamiento, por medio del cual el terrateniente, a quien no le interesa cultivarla directamente, la entrega a un capitalista arrendatario, que se denomina generalmente colono, quien utiliza trabajadores agrícolas y ha de pagar un canon de arrendamiento al propietario, que constituye la renta de la tierra o el producto neto, como veremos luego.

Esta forma de producción, de gran producción, es la que analiza generalmente Quesnay y su escuela, y sirve de punto de partida a sus reflexiones teóricas.¹²⁷ Se trata, pues, de una forma de explotación capita-

127. "Concéntrense en grandes fincas explotadas por labradores ricos, en la medida de lo posible, las tierras dedicadas al cultivo de granos, pues así son menos los gastos de conservación y reparación de los edificios, y proporcionalmente hay muchos menos dispendios y mucho más producto líquido en las empresas agrícolas grandes que en las pequeños. La multiplicidad de pequeños arrendadores es dañosa para la población. La población más segura, la más apta para los diferentes trabajos que distribuyen a los hombres en diversas categorías, es la que se mantiene del producto líquido. Todo ahorro realizado en provecho de los trabajos que pueden llevarse a cabo mediante animales, máquinas, ríos, etc., redundará en beneficio de la población y del Estado, pues un mayor producto líquido procura mayor ganancia a los hombres para otros servicios o trabajos".

lista, no completamente desprendida de sus rezagos feudales, ya que es generalmente el señor feudal, el que viste el ropaje capitalista, lo que explica inclusive las contradicciones en que, a pesar de su indudable penetración, incurre la escuela fisiocrática.

En cuanto a la industria, las pesadas supervivencias feudales impiden su desenvolvimiento. Si bien es cierto que bajo el empeño dinámico de Colbert, se habían desarrollado especialmente las grandes manufacturas del Estado, así como algunas particulares, continúa pesando sobre ellas una red de reglamentaciones que literalmente las ahoga. Por otra parte, el sistema de gremios, aunque en proceso de descomposición, sigue constituyendo, con sus minuciosas especificaciones, un obstáculo para el desarrollo de la industria centralizada. Además, la estrechez del mercado interno debido al bajo nivel de consumo de las masas campesinas, había desarrollado únicamente las manufacturas de lujo, para la satisfacción del grupo adinerado de la nobleza y burguesía o para la exportación.

En busca de libertad de movimientos y mano de obra barata, la industria emigra a los campos, desarrollando el trabajo a domicilio, que hace que el artesano caiga bajo la dependencia del mercader manufacturero, transformándose propiamente en un asalariado. En resumen, puede decirse que Francia vive un período manufacturero, que es lo que impide a los fisiócratas, a excepción quizás de Turgot, mirar con claridad el conjunto del proceso capitalista que se estaba desarrollando en los diversos campos de la economía, lo que ha de llevarlos a ciertos errores y equivocaciones.

El comercio, como la industria, se halla obstaculizado por numerosas y complicadas barreras aduanales, que obligan al pago de numerosos impuestos, impidiendo el tráfico normal, tanto más que muchos distritos conservan sus propios sistemas de pesas y medidas, como en la etapa feudal. Por otra parte, el retraso industrial de Francia respecto a Inglaterra, está determinando el que fuera desalojada del mercado internacional.

Todos estos obstáculos y limitaciones necesitan ser removidos para que el desarrollo económico de Francia, detenido por el retraso feudal y las reglamentaciones de un Estado absoluto y mercantilista, que actúa en función de las clases gobernantes, nobleza y clero, pudiera seguir su camino hacia adelante. Para esto era necesario una transformación, que eliminando la estructura feudal del campo, ampliara el mercado para el desarrollo industrial; que implantara la libertad del comercio y la industria, el libre contrato y el libre cambio; en otros términos un Estado burgués que representara los intereses de la burguesía en ascenso.

En efecto, durante este período se ha desarrollado y fortalecido una burguesía comercial, industrial y financiera, ya enriquecida, que empieza a competir con la nobleza y el clero, aun en el sector agrícola, pues se dedica a la compra de tierras; pero su poder económico contrasta con su falta de derechos políticos, contradicción que hay que superar con la toma del poder político. Por otro lado, una parte de la nobleza ha “dorado sus blasones”, o sea se ha aburguesado, con lo que inclusive comienza la disgregación de la clase dominante.

No pretendemos ni siquiera esbozar un cuadro de las corrientes filosóficas, jurídicas, políticas, sociales, que forman la ideología de la burguesía prerrevolucionaria; son demasiado conocidas y no disponemos del tiempo que merecerían dedicarles. Sin embargo, hay que recordar que todas ellas concuerdan en proclamar el imperio de la razón, como la única panacea universal. La razón y la cultura, “la ilustración”, liberarán al hombre, al destruir las cadenas de los prejuicios con que la fe y la Iglesia, lo mantienen atado. Con todo Voltaire, el gran representante de la alta burguesía y la nobleza aburguesada, que lucha contra “la infame”, “edificio de engaños”, como califica a la Iglesia, considera que es necesario mantenerla para someter a las clases inferiores. “Si no hubiera Dios, habría que inventarlo”, agrega.¹²⁸ Los enciclopedistas, encabezados por Diderot y Dalambert erigen con su Enciclopedia, el tribunal de la razón ante el cual han de comparecer todas las cosas del pasado, para ser juzgadas y condenadas. Monstesquieu, con su división de poderes, trata de limitar la monarquía, transformándola en constitucional, con lo cual cree asegurada la libertad.

Había que derribar toda el andamiaje de errores y prejuicios para establecer un régimen de “naturaleza”, basado en los “derechos naturales”, que constituyen el patrimonio de la humanidad, en cuyo nombre habla la burguesía. Este sistema “natural”, tiene como base la propiedad y la libertad, que se identifican y confunden: la propiedad es la libertad. La igualdad ante la ley, se yergue falsamente sobre la desigualdad económica que ha de crecer y acentuarse; y la fraternidad se rompe ante la contradicción y oposición de clases, pues la burguesía, que ha de utilizar a las masas populares como fuerza de asalto y de choque en la revolución, siente, por otra parte, su amenaza, y se mantiene alerta para someterlas y destruirlas.

Ya Rousseau, que expresa los sentimientos de la clase pequeño burguesa, ataca la propiedad y la desigualdad sociales, pero solo a la gran

128. *Historia de la Época del Capitalismo Industrial*, A Efimov y N. Freiherg. Ed. Librería Navarro, 62.

propiedad, pues sueña en levantar una república sobre la pequeña propiedad privada. Luego los críticos sociales como Morelly y Mably, y sobre todo Babeuf, han de ser la voz de la clase laborante, cuyo papel fundamental en la revolución de 1789, no ha sido plenamente reconocido todavía.

Volviendo a los fisiócratas que, aunque en forma no siempre clara, sin embargo marcharon hombro a hombro con los enciclopedistas, en la preparación revolucionaria, sostienen que la injerencia gubernamental era lo que estaba arruinando a la agricultura; si se aboliera la política de las reglamentaciones, la abundancia sería el resultado inmediato; si el propietario y el agricultor fueran libres, si se los dejara perseguir su propio interés, no solo trabajarían eficazmente para sí mismos, sino para todos los demás, para el bienestar común; hay que reducir o suprimir la ley positiva, corrompida y absurda, para dejar que funcione la ley natural, que es la armonía, la abundancia y la prosperidad. He aquí cómo ha comenzado a identificarse el interés personal con el interés social; la fe en un orden natural que está sobre todas las limitaciones del derecho positivo, ha de constituir uno de los puntos focales de su pensamiento.

En lo político, aceptan el “despotismo ilustrado”, que para ellos no es tal, ya que está limitado por la ley natural, a la que debe someterse y obedecer; se trata de algo como una monarquía constitucional por naturaleza o “naturalmente” constitucional.

El pensamiento económico fisiocrático

Francisco Quesnay (1694-1774), es sin duda, el jefe indiscutible de la fisiocracia, cuyo nombre etimológicamente (*physis*, naturaleza y *kratos*, poder), significa poder de la naturaleza, o sea de la tierra. Médico de Luis XV, y en especial de madame Pompadour; autor de interesantes estudios sobre medicina y cirugía; se dedica ya en su vejez a meditar sobre los problemas económicos, dejándonos sus inquietudes investigadoras en los artículos denominados, *Colonos* (1756), y *Semillas* (1757), que forman parte de la Enciclopedia y otros trabajos, como las *Máximas Generales para el Gobierno Económico de un Reino Agrícola*, y sobre todo el tan discutido *Cuadro Económico* (1758), considerado por algunos como una de las maravillas del ingenio humano, mientras otros lo califican como entretenido pasatiempo.

Como en ninguna otra escuela, encontramos un hombre constituido en maestro y centro de gravitación, hasta tal punto que sus discípulos se limitan, por lo general, a explicar y aclarar su pensamiento. Son, como

anota Schumpeter, más virtuosos del piano que compositores. De ahí que la exposición de las tesis fundamentales de la fisiocracia, las tengamos que hacer analizando la obra de Quesnay y dejando para luego la consideración de sus discípulos.

Para mayor claridad dividiremos nuestro estudio en la forma siguiente: 1. El producto neto; 2. La circulación y distribución del producto neto; 3. El orden natural y la política económica fisiocrática; 4. El impuesto único.

1. El producto neto en los fisiócratas

Para los mercantilistas, que solo observaron los fenómenos exteriormente, en la superficie, sin entrar a analizar la fisiología tema, el excedente o ganancia, que luego ha de tomar el nombre de plusvalía, se obtiene por medio del cambio con otras naciones, es el remanente favorable a una nación que, con perjuicio de otra, se obtiene por medio de una balanza comercial positiva y se expresa en dinero, que es la forma directa del valor de cambio. En consecuencia, el excedente o plusvalía es siempre relativo, lo que uno gana lo pierde el otro; se trata de una expoliación que se realiza de país a país, por medio de la venta, de la alienación. Desde este punto de vista, si nos fijamos en el interior de un solo país, no existe creación de excedente sino simples oscilaciones de la balanza de la riqueza entre los diversos elementos que participan de ella, como lo expresara Steuart, pero no se añade nada al volumen del acervo existente. Sin embargo, este autor nos habló ya de la utilidad o ganancia positiva, que emergía del trabajo, la industria y la habilidad de la nación.

Lo importante en los fisiócratas es que, como ya lo hiciera Petty y los demás creadores de la economía política, trasladaron la búsqueda del excedente o ganancia –que tanto ha de preocupar a los clásicos de la economía, en la mejor etapa de construcción de la ciencia–, del campo del comercio al de la producción. Los mercantilistas realmente no habían podido explicar, en definitiva, el origen de ese excedente, ya que trataban del traspaso de la riqueza pero no de su creación. Los fisiócratas intentaron encontrar el excedente en el trabajo agrícola o sea en la aplicación del trabajo a la agricultura. Partieron, como anota Roll, del análisis del trabajo productivo e improductivo, que después debía atraer la atención de los clásicos como Smith y Ricardo. Para los fisiócratas, el trabajo productivo era el que daba un excedente, un producto neto o plusvalía; pero solo posee esta calidad el que se aplica a la tierra, como lo expresa Ques-

nay.¹²⁹ No se trata de afirmar simplemente, como se les ha reprochado, que la agricultura era la única productiva, sino que para ellos el concepto de lo productivo era aquello que deja un excedente o producto neto; estableciendo una clara distinción entre excedente, producto bruto y costo, como lo anota Dobb.¹³⁰ El trabajo gastado en la industria o el comercio eran improductivos, porque para ellos, no crea ningún excedente; error que se debe a que apenas se estaba desarrollando la manufactura capitalista y la renta de la tierra constituía la base fundamental del ingreso de la clase gobernante.

En realidad, los fisiócratas solo llegan a apreciar la existencia de este excedente en las labores agrícolas, porque solo en estas se puede observar, en forma directa, que las cosas producidas exceden a las consumidas en el proceso de la producción. Una vez que arribaran al concepto de que el salario era igual a la cantidad de medios de existencia necesarios para el trabajador, solo a partir del cual es posible un análisis científico del excedente o plusvalía, y no siendo difícil determinar también la cantidad de semillas y más implementos utilizados en el trabajo agrícola, resultaba sencillo el darse cuenta de que lo consumido era menor que lo producido, quedando un producto neto que constituía la riqueza de la nación. En otros términos, los fisiócratas realizaron su análisis del excedente, solo desde el punto de vista de los valores de uso, considerando únicamente la forma material y concreta que toma el trabajo en los bienes producidos; lo que les permite constatar empíricamente la existencia de un superproducto o plusvalía. Se enfrentaron al problema mirándolo a través del aspecto físico de las mercancías y no como productos sociales, encarnación del trabajo general, abstracto, que es lo que constituye su valor de cambio. No llegaron a concebir el valor como una expresión social determinada de la actividad humana, como la forma de manifestarse el trabajo social en el mundo del mercado, sino como algo material, ligado a la materia y encadenado a ella.

En realidad, no establecieron una clara diferencia entre valor de uso y valor de cambio ni penetraron en el contenido de este como expresión abstracta del trabajo, lo que ha de limitar su visión, incapacitándoles para

129. "Los trabajos de la agricultura compensan los gastos, pagan la mano de obra del cultivo, proporcionan ganancia a los labradores y además, producen las rentas de los bienes raíces. Los que compran las obras de la industria pagan los gastos de la mano de obra y la ganancia de los comerciantes; pero esas obras no producen ninguna renta fuera de lo dicho... No hay multiplicación de riqueza en la producción de las obras de la industria, puesto que el valor de estas obras no aumenta más que con el precio de las subsistencias que los obreros consumen".

130. *Introducción a la Economía*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 6.

un tratamiento completo y acertado del problema. De manera que si bien podría hablarse de una teoría del precio, basada en el costo de producción, al tratarse de los artículos manufacturados, no puede afirmarse que hubiesen elaborado una verdadera teoría del valor.

Su análisis en términos de valor de uso solo podía efectuarse en una rama de la producción que pudiese ser aislada de las relaciones del valor de cambio, como es la agricultura. En la industria, donde el obrero no produce directamente sus medios de existencia ni podía establecerse en cantidades de valores de uso la diferencia entre el valor creado y el valor consumido, ya que todo se realiza a través del cambio, fueron incapaces, debido, como hemos dicho, a la falta de una teoría elaborada del valor, de comprender que el trabajo aplicado a la industria también es productivo, produce un excedente, terminando por considerarlo como estéril.

Su error consiste en confundir el incremento de materia, el crecimiento y multiplicación de las plantas y el ganado, en la producción agrícola, con el incremento producido por el trabajo en general y que se expresa a través del valor de cambio. Han de ser Smith, Ricardo y sobre todo Marx, los que, con una concepción más completa y superada del valor, han de sostener, por el contrario, que el excedente o plusvalía proviene del trabajo en general. Para los fisiócratas que, como hemos dicho, planteaban el problema desde el punto de vista material, del valor de uso, las labores industriales fueron calificadas como estériles, porque no agregaban ninguna cantidad de materia, fuera de la existente en las materias primas y subsistencias que consume el obrero durante el proceso productivo, todo lo cual viene de la tierra. Por eso, como explicaba Mercier de la Riviere, si un obrero necesitaba 150 francos para alimentos y vestidos y una cantidad de 50 francos para comprar hilo de lino, su tejido no podía valer más de 200 francos, ya que únicamente los valores creador, $150 + 50$ francos, se sumaban para darnos el valor total del producto. Esto se ejemplifica, expresando que el valor creado en la industria era como un muro cuya altura no podía ser mayor que la dimensión de los ladrillos que se entregaban para su construcción. La industria suma pero no multiplica.

En lo que se refiere al comercio, con mayor razón, era estéril y no producía ningún excedente o producto neto, e inclusive se lo condenaba como en los tiempos de Aristóteles y la Edad Media; pues se consideraba que la actividad comercial constituía mejor un perjuicio para la sociedad. Qué lejos nos encontramos ya de la apreciación mercantilista.

Como consecuencia de su concepción del producto neto agrícola y la esterilidad de la industria y el comercio, se desprende su esquema, bas-

tante simple e incompleto, de la distribución, ya que la ganancia industrial y el interés no podían ser otra cosa que derivaciones o partes del producto neto creado en la agricultura. No llegan a reconocer la verdadera existencia del beneficio del capital, del que se deriva la renta, sino que lo consideran como un salario superior, suministrado por los terratenientes a los industriales. Al interés del dinero se lo condena como una usura contraria a la naturaleza de las cosas, hasta que Turgot se constituye en su defensor. Tanto el uno como el otro, parecen como derivaciones de la renta, que pasan de manos de los propietarios a las otras clases.

Como veremos más tarde, al estudiar Smith, Ricardo y sobre todo Marx, del sobretrabajo que extrae el capital y que se llama plusvalía, provienen la renta de la tierra y el interés. Para los fisiócratas es del producto neto o renta de la tierra, de donde provienen la ganancia y el interés. Si bien es cierto que la investigación fisiocrática, debido al punto de partida, no llega a esclarecer plenamente el problema de la plusvalía, sin embargo es un magnífico antecedente para las investigaciones posteriores, que han de poner plena claridad en las cuestiones relacionadas con la producción del excedente y su distribución entre las distintas clases sociales.

Esta aproximación fisiocrática al problema de la plusvalía, a través del producto neto, es lo que ha enaltecido a los fisiócratas ante el concepto de Marx, que considera tanto su teoría del producto neto como la circulación del capital en el cuadro económico de Quesnay, como magníficas anticipaciones y verdaderas conquistas dentro del campo de la ciencia económica:

No se dice que el obrero trabaje más tiempo del necesario para la reproducción de su fuerza de trabajo, que el valor creado por él sea, por tanto, superior al valor de su fuerza de trabajo, o que el trabajo que rinde exceda de la cantidad de trabajo que recibe bajo forma de salario. Se dice que la cantidad de valores de uso que consume durante la producción es menor que la cantidad de valores de uso que crea; queda, pues, después de resarcir esta, un remanente de valores de uso. Si solo trabajase el tiempo necesario para reproducir su propia fuerza de trabajo, no quedaría remanente alguno. Pero se da por sentado, simplemente, que la productividad de la tierra le permite producir con el trabajo de una jornada, trabajo dado, más de lo que necesita producir para seguir viviendo. Esta plusvalía reviste, pues, el carácter de un don de la naturaleza, cuya colaboración permite que determinada masa de materia orgánica –semillas de plantas y abono animal– transforme una cantidad mayor de materia inorgánica en materia orgánica, por medio del trabajo.¹³¹

131. *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 31.

2. La circulación del producto neto

Ahora nos toca analizar el cuadro económico de Quesnay, que ha sido considerado por muchos, entre ellos el viejo Mirabeau, como una de las maravillas que debían exhibirse junto a la invención de la moneda y la imprenta; pero también calificado por otros, según hemos anotado, como un pasatiempo que divertiría a la posteridad. La verdad o falsedad de estas apreciaciones, aparecerá al final de nuestra explicación.

Para proceder con la mayor claridad posible, ya que el referido cuadro económico ha sido motivo de indudables incomprensiones y tergiversaciones, estableceremos primero los supuestos previos, de los cuales tendremos que partir para la mejor apreciación del mismo:

1. La sociedad se halla dividida en tres clases que son: la clase terrateniente o sea los propietarios de la tierra, entre los cuales se incluye el Soberano, su Corte y la Iglesia, que son los que gozan del excedente o producto neto, suponiéndose que los terratenientes propiamente dichos obtienen los $\frac{4}{7}$ de la renta, los $\frac{2}{7}$ el Gobierno, y el resto la Iglesia, que es la más grande propietaria de tierras en la época de Quesnay, y que, además, cobra los diezmos y primicias; la clase de los arrendatarios o colonos y los trabajadores rurales, siendo estos los que cultivan directamente la tierra, y que se llama productiva, porque es la que crea el excedente o producto neto, del que se apodera la clase terrateniente; (para los fisiócratas, el que cultiva la tierra no es el agricultor, sino el arrendatario capitalista, al que se considera como jefe de la agricultura y representante de la clase productiva que paga una renta en dinero a los propietarios, de ahí que generalmente se hable solo de la clase de los colonos); la clase estéril, compuesta de los industriales, tanto patronos como obreros (ya que Quesnay tampoco establece una distinción entre los mismos, haciéndolos aparecer como una sola clase), que como sabemos, según los fisiócratas, no crean un nuevo valor o producto excedente; y a la que se agregan los comerciantes, igualmente estériles.
2. El arrendamiento de tierras por parte de los propietarios a los colonos capitalistas o sea la gran explotación, como sabemos, es la forma de cultivo que preocupa a Quesnay. El precio del arrendamiento constituye el producto neto o la renta de la tierra.
3. Se atribuye al conjunto de arrendatarios o colonos un fondo o inventario de unos diez mil millones de libras, que se denominan *avances*

primitivos, consistentes en equipo durable, ganado, etc., lo que podríamos llamar capital fijo, al cual corresponde un capital anual de explotación de dos millones de libras, los *avances anuales*, (semillas, subsistencias, etc.), que es necesario para renovar la producción y que podríamos denominar capital circulante.

4. El producto total o producto bruto de una nación, en este caso Francia, al finalizar las cosechas de un año, sea 1748, es el de cinco mil millones de libras, valor calculado a precios medios de los productos del suelo en las naciones comerciales y de acuerdo con los cálculos estadísticos que eran posibles en esa época.
5. Este producto bruto se encuentra íntegramente en manos de la clase productiva que, como hemos dicho, lo ha obtenido con el gasto de un capital de explotación de dos mil millones que corresponde a una inversión total de diez mil millones.
6. Con el fin de volver a producir igual cantidad el año próximo, para lo cual es necesario reemplazar el capital de explotación (medios de subsistencia, materias primas, etc.), la clase productiva retiene del producto bruto dos mil millones que, por lo mismo, no entran en la circulación general; de esta manera queda un excedente de tres mil millones (dos en medios de subsistencia y uno en materias primas), que son los que se lanzan a la circulación.
7. De estos tres mil millones, dos mil millones han de pagarse como renta o producto neto a los terratenientes, y el otro, ha de tener que circular, para luego dedicarlo al pago de intereses y reposición del capital de diez mil millones, como lo veremos luego.
8. Por otra parte, el capital de explotación que la clase estéril utiliza en un año, consiste en "anticipos anuales", que corresponden a mil millones utilizados en materias primas (ya que las máquinas y más útiles forman parte de los productos de esta clase), y mil millones que recibe en medios de subsistencia y que equivalen a los salarios que perciben los capitalistas y trabajadores, durante el proceso de reproducción, que da como resultado los dos mil millones de productos industriales; ya que para los fisiócratas forman una sola clase asalariada a sueldo de la productiva.
9. Además, dicha clase productiva dispone de dos mil millones en dinero, que constituyen el acervo metálico de la nación.
10. El cuadro no considera la circulación de los productos dentro de las clases, sino entre las clases; de ahí que las transacciones se supongan realizadas al final del año y no por partes sino en cantidades globa-

les, lo que permite un análisis que podríamos llamar, con términos modernos, macro-económico.

11. Para simplificar el cuadro, se suponen también precios constantes, de manera que estos no varían para ninguno de los productos ni en ninguna de las transacciones.
12. Por último, se trata de una reproducción simple o sea que el producto neto de cada año es igual al del año anterior, sin aumento ni disminución.

De esta manera, podemos observar en el diagrama número 1, que hemos elegido como una versión bastante clara del original de Quesnay, la situación de las distintas clases y el producto, antes del cambio.¹³²

Vemos en la parte inferior, situada a la clase productiva, con una cantidad de productos por el valor de cinco mil millones (representados por cinco rectángulos, y consistentes en tres mil millones de subsistencias y dos mil millones de materias primas), de los cuales, como ya hemos dicho, ha de retener dos mil millones para reponer su capital de explotación (mil millones de materias primas y otros mil millones en subsistencias), quedando tres mil millones (dos en alimentos y uno en materias primas), con los que comienza, el proceso de la circulación. No olvidemos, además, que la clase productiva tiene en sus manos dos mil millones en dinero.

La clase terrateniente, situada arriba y a la izquierda del gráfico, no ha producido nada, pero tiene derecho a que la clase productiva le entregue dos mil millones, por concepto de renta de la tierra.

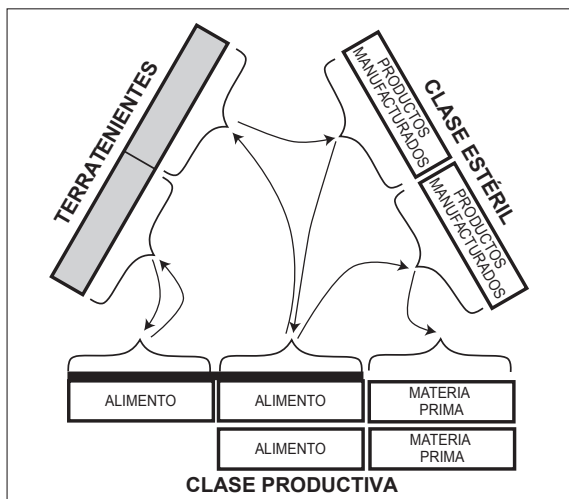
A la clase estéril, arriba y a la derecha, la encontramos con dos mil millones en productos manufacturados, que han sido producidos, como ya sabemos, por un "anticipo anual", de mil millones en materias primas y mil millones en subsistencias, resultando estas igual a la cantidad de salarios que percibe durante el tiempo del proceso productivo.

Fijémonos ahora cómo se realiza la circulación, que los fisiócratas llaman *imperfecta*, cuando se efectúa entre las dos clases, y *perfecta* cuando incluye a las tres:

El primer acto de *circulación imperfecta*, comienza con la entrega que, sin contraprestación alguna, hace la clase productiva a la terrateniente, de los dos mil millones en dinero a que asciende el valor del pro-

132. Los diagramas pertenecen a Shigeto Tsuru, publicados en la obra *Teoría del desarrollo capitalista* de Paul M. Sweezy.

Diagrama No. 1. CLASE PRODUCTIVA

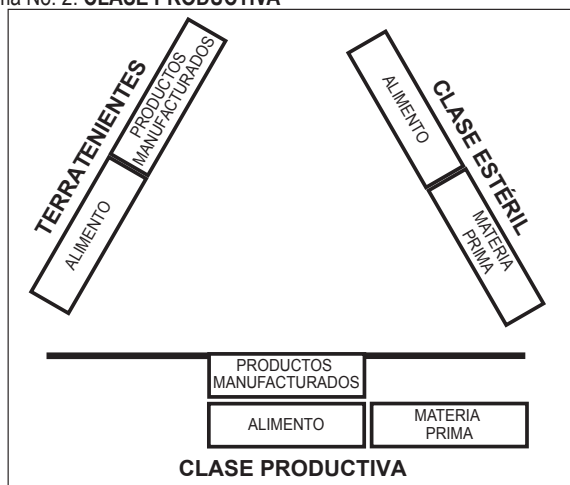


ducto neto o renta de la tierra (lo que se señala en el esquema con dos flechas que van desde la clase productiva a la clase terrateniente), y que según Quesnay, los terratenientes invierten generalmente en gastos estériles, excepto una pequeña parte destinada a la conservación y mejoras de sus fincas. Ahora bien, con la mitad de la renta recibida, o sea mil millones, los terratenientes compran subsistencias a la clase agrícola, con lo cual revierte a las manos de esta mil millones en dinero, mientras la quinta parte del producto bruto pasa a la órbita del consumo.

En el segundo acto de circulación, *circulación perfecta*, la clase terrateniente, con los otros mil millones, compra productos manufacturados a la clase estéril, la misma que los utiliza, a su vez, en comprar subsistencias a la clase productora (lo que se señala con una flecha que va desde los terratenientes a la clase estéril y de esta a la productiva), de manera que vuelven a sus manos todo el dinero entregado a los terratenientes, mientras otra quinta parte pasa de la circulación al consumo.

En el tercer acto de *circulación imperfecta*, la clase agrícola o productiva, compra a la clase estéril mil millones en instrumentos agrícolas y otros medios necesarios para el cultivo, que esta los reintegra a aquella, comprándole, a su vez, materias primas para reponer su capital de explotación, para luego, con los medios de subsistencia de que ya

Diagrama No. 2. CLASE PRODUCTIVA



dispone, producir dos mil millones de artículos industriales. (Véanse las flechas que van de la clase productiva a la estéril y viceversa).

Han circulado, pues, dos mil millones de productos manufacturados y tres millones de productos agrícolas, cerrando el ciclo de circulación, de manera que todo se halla dispuesto para un nuevo ciclo, como se ve claramente en el diagrama 2.

Hay que anotar que la clase productiva, que al comienzo del proceso de la circulación, tenía en sus manos un remanente de tres mil millones (luego de retener los dos mil millones para renovar su capital de explotación), tuvo que entregar dos mil millones a los terratenientes, en calidad de producto neto, quedándose con un millón, que luego de circular, lo encontramos convertido en manufacturas, y el mismo que constituye los intereses del capital fijo invertido por los colonos, o sea diez mil millones, al diez por ciento hay que advertir, además, que estos intereses no los obtiene la clase agrícola de la circulación, pues los poseía en especie y esta no ha hecho sino transformarlos. Los fisiócratas consideran necesario que los colonos se apropien de este *plusrendimiento* de mil millones, ya que es un fondo necesario para las reparaciones anuales, renovaciones parciales o incremento del capital de establecimiento y explotación, reserva para accidentes, etc., sin lo cual la reproducción no podría realizarse; de manera que dicho fondo no forma parte del *producto neto* o *rendimiento líquido* de la nación, cuya característica es la de ser consumible,

sin que tenga nada que ver con las necesidades inmediatas de la reproducción nacional.

De esta manera, encontramos a la clase productiva con dos mil millones de productos agrícolas, que representan su capital circulante: y mil millones de productos manufacturados que han de servir para la renovación del capital fijo, consumido durante el año anterior, y dispuesta al nuevo ciclo de reproducción, del que se ha de obtener el producto neto, que vuelve a circular entre las diversas clases. La clase estéril, con mil millones de materias primas y mil millones en subsistencias, que han de consumirse para elaborar los dos mil millones de productos industriales. Por su parte, la clase terrateniente dispone, sin trabajo alguno, de dos mil millones de productos para su propia satisfacción y que ha de consumir simplemente, sin producir nada.

El cuadro de Quesnay, nos enseña a grandes rasgos cómo el producto anual de la nación circula y se distribuye de tal manera que, luego de reponer lo consumido en el ciclo anterior, queda un excedente o producto neto que proviene del trabajo aplicado a la tierra, que para ellos es el único productivo.

Los fisiócratas son, sin duda, los primeros en analizar, sistemáticamente, el capital, ya no en la esfera del comercio, como lo hicieran los mercantilistas, sino en el de la producción; los primeros en presentar los elementos materiales en que se manifiesta en el proceso del trabajo, así como las formas que adopta (capital fijo y circulante, como las denominara luego Smith); relacionándolo todo con las condiciones sociales en que se realiza dicho proceso productivo.

Aunque utiliza el dinero, lo importante no son los fenómenos del cambio, sino la producción y distribución del producto neto, en la forma material de valores de uso. De esta manera, funciona como un simple equivalente de las mercancías, y su volumen está determinado por el valor de estas y sus transacciones.

De todos modos, a pesar de sus limitaciones, el cuadro constituye un magnífico instrumento de análisis, en el que se utiliza el método de la abstracción científica, tan útil en posteriores investigaciones.

Marx, que era un admirador de los fisiócratas, anota, sin embargo, que aun situándose en el punto de vista de Quesnay, para quien la clase estéril se halla formada en su totalidad de asalariados, este parte de una hipótesis falsa, al suponer que los adelantos iniciales, o sea lo que hemos denominado el capital fijo de diez mil millones, representen el quíntuplo

de los adelantos anuales, es decir, de los dos mil millones de capital circulante, sin considerar que también existen dos mil millones de este mismo capital en manos de la clase estéril. Asimismo, expresa que es inexacto decir que la reproducción equivale a cinco mil millones, siendo así que es igual a siete mil millones, cinco mil millones por parte de la clase productiva y dos mil millones correspondientes a la clase estéril.

Por otra parte, el producto de la clase estéril, que equivale a dos mil millones de manufacturas (que son el resultado de mil millones en materias primas, que en parte se incorporan al producto y en parte reponen el gasto de la maquinaria incorporada al valor del producto, y mil millones de subsistencias consumidas en el proceso de la producción), se vende a la clase terrateniente y a la productora, sin conservar un solo centavo de productos manufacturados para su propio consumo y mucho menos para obtener el interés y la ganancia; dando como única explicación, que la ganancia e inclusive el consumo de productos manufacturados y medios de vida, depende de que los productos se venden por encima de su valor, de manera que lo que se entrega vale dos mil millones menos X , es decir que, en cierta forma, caería en el error mercantilista, que atribuye la utilidad a la exportación engendrada por la venta. De todas maneras, esto los lleva a sostener la necesidad de la libre concurrencia entre los industriales, para impedir que exploten demasiado a la clase productiva, en el intercambio de productos entre la ciudad y el campo, así como la conveniencia del libre cambio, que determinaría que los productos agrícolas se vendan a “buen precio”, ya que la exportación hará subir los precios interiores. Marx, termina resumiendo la tentativa de Quesnay, en los siguientes términos:

La tentativa de Quesnay, dice Marx, puede resumirse del modo siguiente: representarse todo el proceso de producción del capital como un proceso de reproducción, la circulación como una simple forma de este proceso y la circulación del dinero como un elemento de la circulación del capital; englobar en este proceso de reproducción los orígenes de la renta, el cambio entre la renta y el capital, la relación entre el consumo reproductivo y el consumo definitivo; englobar en la circulación del capital la circulación entre los consumidores y los productores (entre el capital y la renta, en realidad); finalmente representarse la circulación entre las dos grandes ramas de la división del trabajo productivo (producción bruta y producción industrial) como elementos de este proceso de reproducción; y comprimir todo esto –en el primer tercio del siglo XVIII, en la fase inicial de la economía política– en un cuadro de cinco líneas, con seis puntos de partida o de término. Jamás la economía política había concebido una idea tan genial.¹³³

3. El orden natural y la política fisiocrática

Los fisiócratas habían demostrado con el cuadro de Quesnay, una cosa fundamental para esa época: el que la economía podía funcionar por sí sola, abandonada a su propio autodinamismo, sin necesidad de un poder coactivo exterior. No solo funcionar, sino hacerlo en una forma permanente y definitiva, reproduciéndose y superviviendo, sin ninguna intervención estatal, que mejor la desviaría y obstaculizaría. Así como existe un orden natural sujeto a sus propias leyes, existe un orden económico regido también por leyes naturales, que para los fisiócratas son leyes materiales, independientes de la voluntad de los hombres; un orden que es capaz de reajustarse y perpetuarse, con tal que se lo deje actuar en libertad; un orden natural superior y trascendente al orden positivo, artificial y humano, formado por las leyes y reglamentaciones de los organismos gubernamentales; no son estas las que han de crearlo, evitando la anarquía, pues existe por sí mismo y en forma tan evidente, que solo ha sido necesario que llegaran los fisiócratas, para descubrirlo e imponerlo a la razón de los hombres. La ley positiva solo puede tener valor cuando se somete a la ley natural.

Se ha dicho que los fisiócratas derivaron su sistema de la filosofía naturalista que había comenzado a penetrar por todas partes; pero, en realidad, su filosofía social como su política económica, son mejor el resultado de su análisis económico; se desprenden de él como una consecuencia. Es verdad que en el campo de las ciencias naturales, como la Física, la Astronomía, la Biología, se habían realizado grandes conquistas, respecto a la causalidad de los fenómenos y sus leyes, que pudieran servir de antecedente a los fisiócratas; pues se llega a sostener que su sistema de circulación de las riquezas, es una simple versión de aquel otro de la circulación de la sangre, hecha por el médico Quesnay; pero aun suponiendo esta influencia, es necesario destacar que en el campo de la economía, a pesar de los trabajos de Petty y Cantillón, nadie había efectuado un análisis sistemático y de conjunto que permitiera afirmar que aquella funcionara como un organismo vivo, regulado por sus propias leyes.

Desgraciadamente para los fisiócratas y los que les sucedieran, las leyes del sistema que habían descubierto y que llamaran naturales, eternas, y aun las mejores posibles, no eran otra cosa que las leyes del sistema ca-

pitalista, que habían comenzado a actuar, de la economía burguesa en acción, y a las que se trata de dar un alcance universal y permanente, oficializando un error que ha de mantenerse hasta nuestros días. De todas maneras, la concepción fisiocrática de un orden natural, basado en leyes naturales, constituye, por entonces, un enorme avance tanto en el terreno de la ciencia económica, ya que esta solo comienza verdaderamente cuando el hombre se propone investigar las leyes que regulan la sucesión causal de los fenómenos económicos, como en el de la política, en la que han de incidir sus conclusiones; puesto que si existe un orden artificial y absurdo, que impide el funcionamiento del orden natural, habiéndose constituido en un obstáculo para su desenvolvimiento espontáneo, se vuelve indispensable y necesario removerlo, a fin de que este pueda funcionar libremente; hay que insurgir contra el Estado autoritario con su maraña legislativa, para dejar que el orden real y verdadero se imponga para beneficio del individuo y la colectividad. Esto confiere a los fisiócratas un carácter transformador y revolucionario, que los coloca junto a los enciclopedistas, con quienes colaboran, directa o indirectamente, en la tarea de preparar la revolución liberal de 1789; pero es indudable que deseaban una revolución desde arriba, y las revoluciones solo se hacen desde abajo.

Pero esta misma posición que, como hemos visto, constituye en su época un magnífico impulso revolucionario en la remoción del sistema feudal caduco, que había dejado de corresponder al desarrollo de las fuerzas productivas, y tenía que ser reemplazado por otro, el capitalista; ha de erigirse más tarde, cuando el capitalismo, habiendo llegado a su madurez y decadencia, requiere, a su vez, ser reemplazado por un nuevo sistema, en el bastión reaccionario por excelencia, ya que se sigue creyendo o fingiendo creer que se trata de un orden natural y eterno, universal e inmutable, que es necesario mantener y defender, por lo menos teóricamente, para lo cual se llega a colocarlo al margen de todo proceso histórico. De esta manera, la economía política individualista nace con el pecado original que ha de llevarla a constituirse en una verdadera apologetica del sistema económico social capitalista, conduciéndola a los extremos de defenderlo a toda costa, aun a trueque de sostener posiciones anticientíficas y reñidas con la razón que ayer no más se invocara y exaltara.

La concepción del orden natural fisiocrático, ha de ser, por otra parte, la base de su política económica, que rechaza la intervención del Estado y proclama la libertad económica, en sus diversas manifestaciones. Se atribuye a Gournay (aunque mejor parece pertenecer a Le Gendre), considerado como uno de los fisiócratas, aquella frase que ha de erigirse en la

enseña de la política económica liberal: “laissez faire, laissez passer”, dejar hacer, dejar pasar, que el mundo marche por sí mismo, que se expresa en la libre competencia, incompatible con los monopolios que entorpecen el libre desarrollo industrial y comercial: en la libertad de contrato, que significa la supresión de los gremios y todo aquello que pueda impedir la compra venta del trabajo, ya transformado en una mercancía; libertad de comercio, nacional e internacional, el libre cambio; en fin, todas las libertades económicas, que han de resumirse en la gran libertad para desarrollar el sistema capitalista con todas sus posibilidades de lucro, sin cortapizas ni limitaciones; libertad para explotar y lucrar sin término.

De esta manera, al liberar a la sociedad burguesa de las leyes monárquicas que la tenían atada, oponiendo a ley divina, la ley natural, se ha de inaugurar el verdadero reinado de la burguesía.

4. El impuesto único

Llevando a sus necesarias consecuencias la teoría del producto neto, los fisiócratas han de sostener la necesidad del impuesto único sobre la renta de la tierra, tesis que es recogida posteriormente por algunos autores, entre ellos, Henry George. Si el trabajo aplicado a la agricultura es el único productivo, en el sentido de que arroja un excedente o producto neto, resulta lógico que este debe constituir el objeto de todo gravamen, que los fisiócratas calculan en un 30%, de los dos mil millones, o sea seiscientos millones. Todo impuesto a la clase estéril, dado el hecho de que consume el equivalente de lo que produce, tendría que repercutir, por medio de una elevación de los artículos manufacturados, en la clase agrícola, que es la única que crea un excedente; por otra parte, la clase productiva entrega el producto neto a la clase propietaria, que por lo mismo, es la única llamada a pagar todas las imposiciones; pues si no lo hiciera en forma directa, tendría que hacerlo indirectamente, debido a la traslación e incidencia del impuesto.

Con este motivo, no solo consignan interesantes reflexiones sobre la centralización de los impuestos y la traslación e incidencia de los mismos, que más tarde han de ser objeto de continuos estudios, sino que dejan entrever, aunque en forma un tanto contradictoria, su esencia capitalista, al eximir a la industria de toda imposición, facilitando su desarrollo, mientras la propiedad territorial, tan exaltada por los fisiócratas, resulta lesionada, al pretender que recaiga sobre ella todo el peso de las imposiciones, lo que equivale, como se ha hecho notar, a una verdadera confiscación. De este modo, los esforzados defensores de la propiedad territorial, se

transforman en sus confiscadores, mientras, por otra parte, resultan los campeones de la industria, al liberarla de toda contribución y, en consecuencia, de la intervención del Estado.

Esto demuestra una vez más, la naturaleza bastante contradictoria de la doctrina fisiocrática, perfectamente explicable y justificable, si se considera que actuaban en la frontera de dos mundos, en el filo de dos sistemas, cuyas contradicciones reales, tenían que reflejarse en el pensamiento de sus teóricos.

5. Los Discípulos

Ya hemos dicho, recordando a Schumpeter, que los discípulos de Quesnay, más que compositores son virtuosos del piano, o sea intérpretes fieles de su maestro, constituyendo algo que mejor parece una secta religiosa con su pontífice y apóstoles. Esto es tan verdad, que quizás con excepción de Turgot, que a veces excede los límites de los fisiócratas y es el que mejor ventea los aires capitalistas que corren por entonces, apenas si es necesario señalar algunos nombres, como aquel del viejo Marqués de Mirabeau (1715-1789), llamado el *Amigo de los Hombres*, que es el título de una de sus primeras obras, y de quien se ha dicho que “representa el espectáculo de un carácter feudal invadido por ideas democráticas”. Son importantes su *Teoría del Impuesto*, y su *Filosofía Rural*, considerada esta última como una de las mejores exposiciones de la escuela fisiocrática, hasta llamarla *El Pentateuco de la secta*.

Pedro Mercier de la Riviere (1720-1793), cuya obra *El orden natural y esencial de las sociedades políticas*, constituye una de las exposiciones más claras y coherentes, al decir de Smith, del pensamiento fisiocrático; es un divulgador eficaz de la escuela. Parece haberse dado cuenta de la existencia de un excedente o plusvalía en el terreno industrial, producida por el trabajo de los obreros.¹³⁴

Exalta la propiedad, a la que ha de calificar inclusive de divina, y la confunde con la libertad, que la hace emanar de aquella: la libertad es la propiedad; “atacar la propiedad es atacar la libertad; alterar la libertad es alterar la propiedad”. La propiedad, la seguridad y la libertad, constituyen el orden natural y social; del derecho de propiedad, como de un árbol

134. “Moderad vuestro entusiasmo ciegos admiradores de los falsos productos de la industria: antes de gritar ¡milagro!, abrid los ojos y ved cuán pobres, o por lo menos cuán poco prósperos, son esos mismos fabricantes que conocen el arte de transformar 20 cuartas en un valor de 1.000 escudos. ¿A quién beneficia esta multiplicación enorme de valores? Desde luego, aquéllos que la operan por medio de sus manos no saben lo que es bienestar. ¡Ah! ¡Desconfiad de ese contraste!”.

frondoso, emergen todas las instituciones.¹³⁵ Esta confusión de la libertad con la propiedad, que se explica por el afán de defender y cimentar la nueva propiedad capitalista, sobre la que ha de levantarse no un orden natural económico, sino el orden capitalista, y que ha de ser la fuente de tantos errores y mixtificaciones, corresponde, sin embargo, a la esencia misma del sistema: el que no tiene propiedad no tiene libertad. En consecuencia, la libertad ha de ser para unos pocos; las grandes mayorías han de continuar en la esclavitud.

Mercier de la Riviere expresa, con toda precisión, aquel postulado que ha de constituir una de las bases de la doctrina económica liberal, o sea que está en la esencia del orden natural, el que cada cual busque su interés personal, el mismo que no puede separarse jamás del interés común de todos; de manera que cada hombre es el instrumento de la felicidad de los demás. Proclama la libertad de comercio, que ha de alentar al hombre a perfeccionar y multiplicar las cosas de que es vendedor, aumentando los goces de los demás hombres; la libre concurrencia, que “con la balanza en su mano”, ha de regular “los valores de venta de todas las cosas y de todas las acciones que entran en el comercio”. Solo así “va el mundo por sí mismo”, hacia el bienestar y la abundancia.

Pedro Samuel Dupont de Neumours (1739-1817). Nace en París y muere en los Estados Unidos, donde deja una descendencia cuyo nombre ha de perpetuarse en las conocidas industrias “Dupont”. Como los demás discípulos de Quesnay, casi no agrega nada a los fundamentos teóricos de la escuela, de los que es un excelente propagandista en sus escritos. Su libro *Del origen y de los progresos de una ciencia nueva*, reeditado con el nombre de *Fisiocracia*, nombre que ha de conservar la escuela, constituye, con la de Mercier de la Riviere y la *Primera Introducción a la Filosofía Económica*, del abate Baudeau, una interesante exposición de los postulados de la escuela. Dupont de Neumours, afirma la existencia de un orden natural anterior a todo pacto entre los hombres, basado en sus derechos y deberes; siendo aquellos la propiedad y la libertad, y estos el trabajo y el respeto a la propiedad y la libertad. “No hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes”. “No hay propiedad sin libertad ni libertad sin seguridad”. La ley positiva solo tiene valor si se somete a la ley natural. Igual que todos

135. “**Propiedad, Seguridad. Libertad:** he aquí, pues, el orden social en todo su conjunto: de aquí del derecho de propiedad, mantenido en toda su extensión natural y primitiva, tienen que resultar necesariamente todas las instituciones que constituyen la forma esencial de la sociedad; podemos considerar este derecho de propiedad como un árbol cuyas ramas son todas las instituciones sociales, ramas que hace brotar de sí mismo, que nutre, y que perecerían si fueran separadas del tronco”.

los fisiócratas, trata de dar fundamentos a la propiedad, inclusive la del propietario de la tierra, que se embolsa, sin ningún esfuerzo, el producto neto, alegando haber puesto a la tierra en condiciones de cultivo, debido a los “avances fundiarios”.

Así, las instituciones basadas en el orden natural, son: la propiedad personal, establecida por la naturaleza; la libertad de trabajo, de cultivo y empleo de la tierra, del comercio y el cambio, inseparables de la propiedad; la competencia, cuyo funcionamiento exalta como beneficioso para todos; el impuesto directo, la seguridad y la monarquía hereditaria “para que todos los intereses presentes y futuros del depositario de la autoridad soberana estén íntimamente ligados con los de la sociedad, por la división proporcional del producto neto”.

Por otra parte, se ha considerado modernamente a Dupont de Nemours como uno de los que, hasta nuestros días, expresara más claramente y mejor el principio de la demanda efectiva, como lo demuestra algún pasaje de su obra.

Roberto Jacobo Turgot (1721-1781). Fisiócrata, heterodoxo, como se lo ha calificado, fue ministro de finanzas de Luis XVI (1774-76), y uno de los hombres que mejor comprendiera el desarrollo capitalista que se estaba realizando a su alrededor, así como el avance de la revolución, a la que quiso anticiparse con algunas medidas, como la supresión de los gremios, de la prestación personal de los campesinos para las obras públicas, etc., que no hicieran otra cosa que apresurar su caída, debido a la oposición de una nobleza ensoberbecida y ciega.

Entre otras, en su obra fundamental *Reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas*, se nota ya una insistencia más que en el orden natural, en el interés del individuo y su capacidad para determinarlo mejor que otro cualquiera, lo que acentúa el individualismo de la escuela, y sirve a Turgot para fundamentar la libre competencia, apareciendo, en este y otros aspectos, aun más liberal que los fisiócratas ortodoxos. En cuanto a la propiedad, no es una institución de orden natural, sino mejor histórica, social.

Nos presenta, con claridad, la evolución capitalista que está determinando un divorcio, cada vez más acentuado, entre los medios de producción y el trabajo, así como la diferenciación de la clase campesina entre arrendatarios y asalariados; empresarios capitalistas y simples obreros. Según Marx, Turgot no solo se da cuenta de esta solución de continuidad entre las condiciones del trabajo y el trabajador, paralela al empleo de la

riqueza movable acumulada, o sea el capital, sino que lo lleva a considerar el producto neto, el don de la naturaleza, como plusvalía; pues dicha polarización hace posible que el obrero asalariado trabaje para otro, cediéndole el producto sobrante que crea sobre su salario.¹³⁶

En realidad, Turgot, parte en su análisis de la determinación del valor del salario por los medios de subsistencia necesarios para el trabajador, o sea del salario de subsistencia, única forma de poder investigar el verdadero origen del excedente o plusvalía, que está constituido por la diferencia o el remanente que queda entre lo consumido por el obrero y lo que este produce.¹³⁷ En cuanto a la ganancia y el interés, continúan apareciendo, en cierta forma, como categorías que se desprenden del producto neto o renta de la tierra; pues “La tierra es siempre la primera y única fuente de todas las riquezas. Es la tierra la que, como resultado del cultivo, produce todas las rentas”. Sin embargo, hay que anotar que Turgot ya considera que el beneficio depende de la masa del capital o riquezas movibles acumuladas, que adelantan los empresarios y les suministran una ganancia. En cuanto al interés, trata de explicarlo afirmando que el poseedor de dinero podría comprar tierras y obtener una renta, de manera que debe reportarle la misma plusvalía que al terrateniente. En lo referente a la tasa de interés, que constituye el termómetro de la abundancia o la escasez de capitales, depende únicamente de la oferta y la demanda de estos y no de la cantidad de dinero. Apartándose de Quesnay, que exigía la fijación de la tasa de interés, sostiene la libertad completa en la determinación de la misma, pues refleja la renta de la tierra; bajo un cierto nivel, todo trabajo, industria y comercio, deja de existir.

Se lo considera, asimismo, como uno de los primeros que formulan con toda claridad la ley del rendimiento no proporcional de la tierra.¹³⁸ En

136. “El simple obrero que sólo dispone de sus brazos y de su industria, no posee nada mientras no consigue vender a otro su esfuerzo... En toda clase de trabajo tiene que ocurrir y ocurre en efecto que el salario del obrero se limite a lo que necesita para ganarse el sustento. — A partir del momento en que existe un trabajo asalariado, el producto de la tierra se divide en dos partes. Una incluye el sustento y la ganancia del labrador con que se recompensa su trabajo y que constituye la condición bajo la cual se encarga de cultivar la tierra del propietario. El resto es aquella parte independiente y disponible que la tierra entrega como don gracioso a quien la cultiva, después de cubrir lo invertido por este y el salario que retribuye su esfuerzo; es la parte correspondiente al propietario o la renta con que este puede vivir sin trabajar y que puede llevar a donde se le antoje.”

137. “El trabajo del campesino produce su salario y, además, la renta que sirve para pagar a toda la clase de los artesanos y demás gentes a sueldo... Todo lo que obtiene el propietario lo obtiene por medio del trabajo del campesino; recibe de este su sustento y los medios necesarios para pagar el trabajo de los otros asalariados... El campesino no necesita para nada del propietario, pero se lo imponen las convenciones y las leyes civiles.

138. “La producción supone avance; pero avances iguales en tierras de una fecundidad desigual dan producciones muy diferentes, lo cual es ya una razón para pensar que las producciones no pueden ser

cuanto a las finanzas, sostiene, como todos los fisiócratas, el impuesto único sobre la propiedad territorial, que inclusive trata de aplicar, con la consiguiente reacción de la nobleza terrateniente, que ha de provocar su caída.

A manera de resumen

Luego del estudio realizado, anotaremos algunos de los principales aspectos de la teoría y doctrina fisiocráticas, en la forma más sintética posible:

1. Los fisiócratas no llegaron a elaborar una teoría coherente y sistematizada del valor, lo que les impide un análisis más científico y comprensivo de los fenómenos económicos. Apenas si podría hablarse de una teoría del precio, determinado por el costo de producción, al referirse a los productos manufacturados.
2. Al tratar del producto neto, sus investigaciones los llevaron a la constatación de la plusvalía capitalista, limitándola al trabajo agrícola, por su insistencia en el valor de uso y su falta de capacidad para analizar el valor de cambio, como la expresión del trabajo abstracto, general, de la sociedad.
3. Su concepción del capital es bastante notable, tanto en el modo de manifestarse en el proceso del trabajo, como en la función que realiza en la producción; pues al hablar de los *avances fundiarios*, que han puesto a la tierra en estado de cultivo, y sobre todo de los *avances primitivos*, que pueden considerarse como el capital fijo de los arrendatarios o colonos, y los *avances anuales*, que constituyen el capital de explotación o capital circulante, se sientan las bases, aunque con indudables imprecisiones, para el estudio de la teoría del capital, que elaboran los clásicos, ya que Smith no hace otra cosa que precisar y sistematizar sus conceptos.
4. Su esquema de la distribución del producto neto es aun incompleto; ya que a excepción de su concepto del salario de subsistencia, bastante limitado, que les sirve de base para llegar a la determinación de la plusvalía, no llegan a considerar la ganancia como una catego-

exactamente proporcionales a los avances: no lo son ni aun tratándose del mismo e idéntico terreno, y no se puede jamás suponer que avances dobles den un producto doble. La tierra tiene ciertamente una fecundidad limitada, y suponiéndola labrada, ahumada, barbechada, arada, regada, etc. en grado sumo, es evidente que cada gasto ulterior sería inútil, y que tal aumento podría incluso resultar perjudicial. En este caso, los avances serían aumentados sin que el producto lo fuese. Hay, pues, un máximo de producción que es imposible franquear, y cuando se ha logrado los avances no sólo no producen el 25%, sino que no producen absolutamente nada”.

- ría independiente, sino que conjuntamente con el interés, se los hace derivar de la renta de la tierra.
5. En cuanto al dinero, lo consideran como un simple intermediario –y así funciona en el cuadro–, lo que significa haber levantado el velo de la circulación monetaria, para presentar la realidad de la circulación de los bienes, lo que contrasta con la actitud de los mercantilistas; con todo, se ha observado que al perder de vista los efectos dinámicos de la moneda o sea al considerarla como una cosa neutra, se abrió la puerta a muchos errores en el campo de la investigación. No hay que olvidar que para los fisiócratas, la cantidad de moneda depende del valor de los bienes en circulación y las transacciones que se realizan.
 6. Se acepta generalmente como el gran descubrimiento de los fisiócratas su teoría del movimiento circular de los bienes, que se expresa en un flujo de gastos y productos entre las clases sociales, y que se afirma fue inspirado en la circulación de la sangre; el mismo que tiene por objeto demostrar que el sistema, al igual que un organismo vivo, actúa por sí mismo, obedeciendo a leyes propias que lo autorregulan y renuevan constantemente. Así se creyó probar la permanencia y estabilidad de un orden económico general, que puede funcionar sin ninguna intervención extraña.
 7. Su idea de la reproducción anual, basada en la diferencia de bienes de producción y de consumo, así como la circulación y distribución de los mismos entre las diversas clases sociales, sienta las bases de la división moderna de la economía en los cuatro grandes capítulos: producción, circulación, distribución y consumo.
 8. Al utilizar en el cuadro agregados globales y expresarlos en cantidades, se abre el camino para nuevos esfuerzos investigadores, como los que han desembocado en los estudios de la contabilidad nacional o renta nacional.
 9. Se ha creído ver, asimismo, en el cuadro de Quesnay, la presentación de un esquema del equilibrio económico, lo que significaría haber puesto las bases de la escuela del equilibrio Walrasiano. En realidad, reemplazaron el análisis dinámico, parcial, de los mercantilistas, por un análisis estático general, en condiciones de equilibrio estable, creando el primer sistema orgánico en el estudio de la economía y la primera concepción general y verdaderamente científica. Sin embargo, su análisis no puede ser considerado como absolutamente estático, pues incluye elementos dinámicos que lamentablemente no fueron utilizados en análisis posteriores.

10. Se ha considerado, asimismo, a los fisiócratas, como los pioneros de la teoría del consumo de Keynes, puesto que sostuvieron que todo el mundo debía gastar sus ingresos en bienes de consumo, ya que si esto no se hiciera y se ahorrara para acrecentar los *stocks* de dinero, todas las clases decaerían y el producto total disminuiría, pues quien no gasta lo necesario destruye el ingreso de otro.
11. Los fisiócratas no consideraron lo económico como algo aislado de la sociedad, sino como parte integrante de la misma, ya que partieron en su análisis de la existencia de clases sociales, como habían de hacerlo posteriormente los clásicos, y son los primeros en presentar un esbozo clasista de la producción y distribución, aunque todavía bastante confuso, pues se incluyen en agregados semejantes a los colonos-arrendatarios y los asalariados rurales; a los empresarios capitalistas y los obreros; debido a que, de acuerdo con el desarrollo económico, las clases sociales se hallaban en proceso de diferenciación; por otra parte, no llega a interesarles la clase trabajadora como tal.
12. Mientras en el cuadro se presenta, con toda claridad, el hecho cierto de que la clase terrateniente percibe el producto neto o renta de la tierra, sin ningún trabajo o esfuerzo, no aparece clasificada ni siquiera como estéril, sino que asume el papel de centro distribuidor de ese producto neto, y aun se trata de justificar su propiedad como de origen divino, lo que demuestra que se apartan del análisis científico para caer en la tendencia apologética, que es lo que ha de caracterizar a la economía capitalista, llevándola inclusive a los análisis simplemente abstractos, con el fin de evitar las implicaciones sociales.
13. Basados en aquel principio que se considera como el regulador de la conducta económica de los hombres, consistente en buscar la mayor satisfacción con el menor esfuerzo, y en cuya formulación tienen indudable primacía los fisiócratas, lo que les da un lugar prominente en el desarrollo de la filosofía social utilitarista,¹³⁹ así como en la tesis de la unidad y correspondencia entre el interés privado y el social o público, que se expresa en el slogan de que “los intereses de los individuos son los sirvientes del interés público”, los fisiócratas, a pesar de demostrar en su Cuadro la oposición de intereses entre las clases sociales, ya que se constata que las unas viven del producto de las otras, sin embargo, parecen creer, con optimismo ingenuo, en la armonía de las clases y en una equitativa distribución del producto social.

139. Schumpeter. Obra citada, 233.

14. De los supuestos anteriores, los fisiócratas pasan a sostener la necesidad de la competencia perfecta como una de las bases del sistema, ya que de ella y de la libre búsqueda del interés individual, han de derivarse las máximas satisfacciones para el individuo y la colectividad; doctrina que ha de prevalecer casi hasta nuestra época, a pesar de los ataques certeros de las escuelas socialistas.
15. En lo que se refiere a la política económica, los fisiócratas sostienen la libertad de trabajo, de industria y de comercio, sin descuidar el comercio internacional, el libre cambio, con lo cual esperan el aumento de los precios de los productos agrícolas o lo que llaman "el buen precio". Frente a la tesis mercantilista que prohíbe la exportación de cereales para abaratar las subsistencias y obtener bajos salarios y mayores beneficios, sostienen la tesis opuesta o sea la libre exportación. No es difícil darse cuenta de la contradicción en que incurren, ya que, por otra parte, sostienen el supuesto de la libre competencia, como una forma de obtener la baja de los precios.
16. Como consecuencia de su sistema, alegan la necesidad de liquidar todas las formas de protección industrial, ya que la industria es estéril y la libre competencia ha de ser lo mejor y menos oneroso para la producción. Por el contrario, formulan un programa de desarrollo agrícola, que consideran el único ventajoso para el país, ya que la riqueza del campo es la riqueza de la nación. Es conocido al respecto el pensamiento de Quesnay: "Campesinos pobres, reino pobre; reino pobre, rey pobre".
17. En el campo de las finanzas, y como una derivación lógica de su concepto del producto neto, sostienen la teoría del impuesto único, que debía gravar los ingresos de los terratenientes; pues si se impusieran gravámenes a la clase estéril, estos repercutirían e incidirían en aquéllos. Al efecto, realizan interesantes observaciones acerca de la traslación del impuesto y algunos otros aspectos que han sido ampliados y discutidos posteriormente.

A pesar de las explicables contradicciones que existen en el sistema fisiocrático, no se puede negar el enorme valor de su aporte científico a la ciencia económica y su calidad de verdaderos creadores de la Economía.

La crítica social

En Francia, como en todos los demás países, el desarrollo capitalista trae la acumulación, con el consiguiente enriquecimiento de unos pocos y el empobrecimiento de las grandes mayorías. Al mismo tiempo que se va construyendo una ciencia económica, que trata de explicar y fundamentar el nuevo sistema en desarrollo, se produce paralelamente la crítica de los resultados del mismo y de las instituciones que le sirven de base, especialmente la propiedad privada, de la cual se desprenden todas las demás. De esta manera, el desenvolvimiento del pensamiento económico y social, no se realiza sino a través de constantes oposiciones y contradicciones:

El abate *Juan Meslier* (1664-1733), en su *Testamento* realiza una crítica, mordaz y violenta, quizás no superada, contra la estructura económica y social de su época. Ataca a la realeza, a los nobles y el clero; los usureiros y funcionarios; al militarismo, etc. Acusa especialmente a la religión, a cuyas filas pertenece, de ser un instrumento de dominio y embrutecimiento del pueblo.

Constituye un abuso incalificable la apropiación de los bienes de la tierra, que la naturaleza creara para todos los hombres y que debe ser utilizada en común. La propiedad privada y la división de los bienes constituyen el origen de los antagonismos entre grandes y pequeños, ricos y pobres, hartos y hambrientos. Los miembros de la comunidad deben ser como una gran familia y actuar de modo que todos trabajen para proporcionar a todos, los medios de subsistencia indispensables.¹⁴⁰

Morelly, (cuyo nombre completo y más datos se desconocen), critica duramente la propiedad privada de la tierra, que pertenece a todos en común y constituye la base de su existencia. En su *Código de la Naturaleza*, y como una especie de profesión de fe, expone:

140. "Otro abuso que existe, y se mantiene casi por doquiera, es el que consiste en apropiarse individualmente los bienes de la tierra, en vez de poseerlos y disfrutarlos en común. Los habitantes de cada comunidad debieran considerarse miembros de una misma familia, y actuar de suerte que todos trabajaran y produjeran cosas útiles para proporcionar a todos los medios de subsistencia necesarios..., la división de los bienes de la tierra, la propiedad privada originan los antagonismos entre ricos y pobres, entre hartos y hambrientos entre grandes y pequeños... Si se medita acerca de todas estas injusticias –el lujo a un lado y la miseria a otro sin que tal división tenga por causa la virtud de una parte y el vicio de la otra–, es imposible creer en la existencia de Dios, pues no cabe imaginar, que un Dios pueda tolerar semejante trastrueque de la justicia... En común vivían los primeros cristianos; pero unos sacerdotes sofistas han sustituido la comunidad de los bienes terrenos por la comunión, es decir, la comunidad de los bienes imaginarios".

No incurro en la temeridad de pretender reformar al género humano: pero tengo bastante valor para decir la verdad sin cuidarme de las griterías de los que la temen porque tienen interés en engañar a nuestra especie, o en dejarla dentro de los errores en los cuales ellos mismos son participantes.

El mal consiste en desconocer las leyes de la naturaleza o no saber interpretarlas. La naturaleza ha creado a los hombres iguales y con iguales derechos al uso de la tierra y todas las riquezas; quien se apropie de una parte de ella, transformándola en propiedad privada, viola la ley natural, que establece que nada debe pertenecer en propiedad a nadie, con excepción de lo que cada cual necesita para su subsistencia. Cada hombre debe ser un funcionario de la sociedad, con derecho a ser alimentado por ella, pero con el deber de intervenir en la producción social; por lo mismo, todos han de trabajar porque esa es la ley de la naturaleza. Morelly construye una sociedad donde los hombres producen y consumen en común y son libres e iguales; se trata de una unidad del comunismo y la libertad.¹⁴¹

Gabriel B. Mably (1709-1785), en su obra *Dudas propuestas a los Filósofos Economistas*, se enfrenta directamente con los fisiócratas, en especial con Mercier de la Riviere, oponiendo a la propiedad privada la propiedad comunal, como la única establecida por la naturaleza, y que no engendra los males de la desigualdad social. Aspira a una sociedad sin propiedad privada, en donde todos fueran iguales.¹⁴²

Francisco Natividad Babeuf (1760-1797). Puede ser calificado como un verdadero socialista en cuanto a su concepción y sus métodos. Producto de la Revolución francesa, Babeuf se da cuenta de que aquella igualdad tan proclamada, y que ha constituido el simple paso de los privilegios de la nobleza a la burguesía, igualdad simplemente legal, es una cosa falsa, abstracta y vacía, mientras exista la desigualdad en las condiciones de vida. Tomándole la palabra a la burguesía, exige una verdadera igualdad, real, práctica, la igualdad económica, para lo cual considera necesaria una segunda revolución que Babeuf se propone llevar a efecto por

141. "Ninguna cosa en la sociedad permanecerá singularmente ni en propiedad a ninguna persona, aparte de las cosas de que hace uso actual, sea para sus necesidades, sus placeres o su trabajo diario. Todo ciudadano será hombre público sustentado, sostenido y ocupado a expensas del público. Todo ciudadano contribuirá por su parte a la utilidad pública según sus fuerzas, sus talentos y su edad; sobre estos serán arreglados sus deberes, conforme a las leyes distributivas."

142. "Cuando oigo hablar de alguna isla salvaje, con clima suave y salubre me entran ganas de ir a fundar en ella una república donde fueran todos iguales, lo mismo de ricos y lo mismo de pobres, y donde se viviera libre y fraternalmente. Sería nuestra primera ley: nadie debe poseer propiedad privada. Llevaríamos a un almacén los frutos de nuestro trabajo. Cada año, los padres de familia, elegirían administradores encargados de suministrar a cada cual los medios de subsistencia necesarios e indicarle el trabajo que la comunidad exigía de él."

medio de una conspiración, la llamada “conspiración de los iguales” que, traicionada, ha de llevarlo a terminar en la guillotina.¹⁴³

Babeuf, en su *Manifiesto de los Iguales*, rechaza la ley agraria, que significa una simple distribución de la tierra, alegando que muy pronto esta tendrá que concentrarse de nuevo en manos de los acaparadores, si se mantiene el mismo sistema. Sostiene la comunidad de la tierra, puesto que la tierra no es de nadie; y la comunidad de bienes, en general, como la única forma de garantizar la satisfacción de las necesidades de toda la colectividad.¹⁴⁴ Y no solo la comunidad de bienes naturales, sino también intelectuales, ya que de lo contrario aquéllos se transforman en un arma para oprimir a los demás.¹⁴⁵

Si bien aun no se expresa en nombre de la clase proletaria, pues más bien se refiere a la lucha de los pobres contra los ricos, sabe perfectamente que solo la lucha de clases y la acción revolucionaria, son los únicos que han de transformar la sociedad ofreciéndonos las verdaderas y no falsas libertad, igualdad y fraternidad. Es indudable la influencia que su pensamiento ejerciera en el desarrollo del socialismo.

143. “Proclame el pueblo su Manifiesto solemnemente; defina en el la Democracia como entiende verla establecida y tal como con arreglo a los principios puros debe existir; pruebe que la democracia consiste en la obligación, de parte de los que tienen demasiado, de cubrir todo lo que le falta a los que no tienen lo suficiente. Que el déficit existe y la fortuna de estos últimos, procede de los que a los otros les han robado. Robado legítimamente, si que quiere, es decir, al amparo e las leyes de bandidos que, bajo el último régimen, lo mismo que bajo los más remotos, han autorizado todos los latrocinios; al amparo de leyes, tales como las que existen en la actualidad, según las cuales yo me veo obligado, para vivir, a desamueblar diariamente mi casa y a llevar a casa de todos los ladrones que ellas protegen hasta el último andrajo que cubra mis carnes.”

144. “Que el único medio de llegar a este resultado es establecer la administración común; suprimir la propiedad particular, dedicar cada hombre a la profesión o a la industria que conoce; obligarle a depositar el fruto de esta industria, en especie, en el almacén común, y establecer una simple administración de distribución, una administración de subsistencias, la cual llevará un registro de todos los individuos y de todas las cosas y hará el reparto de esta con la más escrupulosa igualdad.”

145. “Que la educación es una monstruosidad cuando es desigual, cuando es patrimonio exclusivo de una porción de la asociación, porque entonces se convierte, en manos de aquella porción, en un hacinamiento de máquinas, en una provisión de armas de todos los géneros, con ayuda de los cuales esta primera porción combate a la otra, que está desarmada, y logra fácilmente, por lo tanto, subyugarla, engañarla; despojarla, maniatarla con las más vergonzosas cadenas.”

Manuel Agustín Aguirre

Su vida y sus obras*

Manuel Agustín Aguirre nació en Loja el 16 de julio de 1903. Sus padres fueron el capitán Agustín Aguirre Aguirre y Antonia Ríos quienes fallecieron, prematuramente, cuando tuvo 10 y 12 años, quedando bajo el cuidado de parientes cercanos, por lo que su niñez y adolescencia se desarrollaron en condiciones adversas de soledad y pobreza. Su actividad poética, académica y política se desplegó fructíferamente en el transcurso de la “duración corta” del siglo anterior, como dice Hobsbawm,¹ esto es, entre la Primera Guerra Mundial y el colapso del comunismo soviético. Fue, según nuestra opinión, el exponente teórico y dirigente político más destacado del socialismo y del marxismo en el Ecuador del siglo XX.

Aguirre formó parte de una generación que sentó las bases del socialismo latinoamericano como Mariátegui, Mella, Ponce y otros. Fue, además, un hombre de extraordinarias virtudes humanas, un gran maestro e investigador de la realidad económica y social del mundo y del Ecuador y dirigente universitario, en cuyo ámbito se desempeñó como profesor, decano, vicerrector y rector de la Universidad Central. Asimismo, fue un internacionalista convencido. Analista crítico de las revoluciones triunfantes y de las derrotadas, propugnador de una auténtica integración latinoamericana y solidario incansable con la revolución cubana, con las luchas de los pueblos del continente y, en especial con la del pueblo chileno, a cuya causa entregó varios años de su vida, combatiendo frontalmente la dictadura de Pinochet y al militarismo reaccionario.

* Texto biográfico tomado del estudio introductorio y selección del *Pensamiento Político y Social de Manuel Agustín Aguirre*, publicado por Ediciones del Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, 2009.

1. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, 4a. ed., Crítica, Barcelona, 2004.

El análisis de sus obras académicas y de sus aportes al desarrollo del pensamiento socialista, económico y político ecuatoriano requieren de un estudio exhaustivo y de una investigación prolija que intente reunir toda su producción intelectual, en buena parte dispersa, pues aquellas, salvo las poéticas iniciales, como él lo reconoce en sus advertencias iniciales al lector de sus obras, fueron resultado de discursos, conferencias y clases pronunciadas como parlamentario, dirigente político y profesor que se conservan gracias a los textos de las actas de la función legislativa y a las versiones iniciales de su hija, de sus alumnos y de sus seguidores que fueron luego editadas por su autor. A continuación, brevemente, nos referiremos a su actividad poética desarrollada hasta mediados de los años treinta; a su carrera académica universitaria y a su militancia y dirigencia política, desenvueltas, simultáneamente, entre 1935 y 1975 y a sus trabajos de reflexión y orientación elaborados en la última fase de su vida hasta 1992.

Su actividad poética

En 1917 ingresó al colegio “Bernardo Valdivieso”, se destacó como alumno y obtuvo, en todas las materias de estudio, las más altas calificaciones; demostró especial interés por la literatura y la poesía y se desempeñó en el plantel, al terminar sus estudios, como profesor. Ángel Felicísimo Rojas, en un artículo publicado a su memoria en diario *El Universo*,² nos recuerda que Aguirre formó parte de una promoción que, en los años veinte, se destacó con extraordinario fulgor y en la que se encontraban Pablo Palacio, los hermanos José Miguel y Alfredo Mora Reyes, Abraham Cueva y Manuel Alberto Mora que publicaron la revista matinal *Alba Nueva*.

Enma Mora Palacio³ dice que Manuel Agustín escribió sus primeros versos cuando cursaba el tercer año de humanidades; que en los Juegos Florales de 1920 se le otorgó el primer y segundo premios, *La flor natural* y *El jazmín de plata*, por sus bellos poemas *Por los campos* y *Manos de mujeres*, en los que destaca el veredicto que dice se trata de “...una joya de riqueza imaginativa, de estructura rítmica y de tonalidad descriptiva y variada” y en los que sobresale “la exquisita sentimentalidad del alma poética” y que, en 1922, obtuvo el segundo premio en el concurso intercolegial de Azuay, Cañar, El Oro y Loja, organizado en conmemoración del cente-

2. Ángel F. Rojas, “Mi homenaje a Manuel Agustín Aguirre”, en *Homenaje a Manuel Agustín Aguirre*, CCE, Núcleo del Guayas, p. 19.
3. Enma Mora Palacio, en *Homenaje a Manuel Agustín Aguirre*, CCE, Núcleo del Guayas, p. 5.

nario de la Independencia, por su poema *Confesión ingenua*. Pío Jaramillo Alvarado, citado por Ángel F. Rojas, auguró tempranamente el porvenir poético de nuestro personaje, en su texto *Literatura Lojaña*, diciendo: “llaman ya la atención los versos de un adolescente: Manuel Agustín Aguirre. Hay emoción, se adivina el poeta”.

En 1923 ingresó a la facultad de Derecho de la Junta Universitaria de Loja. En 1925 formó, conjuntamente con Pedro Falconí, los hermanos Mora Reyes, Serafín Gómez y otros, un núcleo socialista denominado Vanguardia en el que tomó conciencia de los problemas sociales y políticos del Ecuador y en el que conoció, por primera vez, la doctrina marxista y con el que, con alta sensibilidad frente a los problemas de explotación y de miseria, participó en la revolución del 9 de Julio de 1925, conjuntamente con otras células socialistas, que surgieron en varias provincias del país, y los trabajadores y el pueblo.⁴

Este ingreso en la política, así como el impacto que en su conciencia y en su generación produjo la masacre del 15 de noviembre de 1922, cambió el horizonte de su vida y, en ese momento, en el contenido de su producción poética. Enma Mora afirma que “...en lugar del poema emocionado y galante de su primera época, escribe versos que son proclama y denuncia de las injusticias que sufren las clases proletarias”.⁵ En efecto, Manuel Agustín Aguirre escribe *Poemas automáticos* y *Llamada de los proletarios*, libros que se constituyen en un canto a los obreros asesinados el 15 de noviembre y al campesino agrícola lojano.

Benjamín Carrión, citado por Jorge Hugo Rengel,⁶ diferencia con las siguientes frases los distintos momentos de la poesía de Aguirre hasta fines de la década de los veinte:

Su iniciación se hizo a la sombra del consonante pulcro, de la queja dolida, de la declaración de amor. Luego una desconcertante sorpresa: el libro *Poemas Automáticos*, en el que realiza el comprimido poético, micrograma, o *hai-kai*, con una fuerza de imagen maravillosa. Finalmente se entrega a la revolución, y se ubica en la vanguardia de las vanguardias en su último libro *Llamada de los Proletarios*.

Siguiendo la línea revolucionaria, continúa Rengel, publica más tarde su último libro de poesías titulado: *Pies desnudos*.

4. Germán Rodas Chaves, *La izquierda ecuatoriana, aproximación histórica*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2000.

5. *Ibidem*, p. 6.

6. Jorge Hugo Rengel, y Manuel Agustín Aguirre (1903-1992), en *Homenaje a Manuel Agustín Aguirre*, CCE. Núcleo del Guayas, p. 17.

Simón Zavala, comentando la actividad poética general de Manuel Agustín Aguirre,⁷ dice que sus primeros sonetos “no pudieron sustraerse del influjo de la corriente modernista y romántica de esa época”; luego en *Poemas automáticos* (1931) su producción lírica se inspiró en el realismo y el creacionismo con un estilo “depurado, enjundioso, lleno de imágenes hermosas” que “transmiten con calor intimista el entorno, en donde todo lo que aparece cobra vida en la palabra fina del poeta”.

Zavala también afirma que en los años siguientes en su libro *Llamada de los proletarios* (1935), se acercó en su estilo a la prosa poética que “va hilvanando una estructura orgánica secuencial en el transcurso del discurso literario” para “golpear las conciencia de sus destinatarios” con versos que cantan a la revolución, a la fuerza de trabajo, a los proletarios del mundo, a la solidaridad entre los seres humanos” y que llevan el “fuego sobrehumano del poeta, en los que la indignación, el sentimiento revolucionario, el deseo de apretar el cuello a los explotadores, se hacen presentes en una conjunción indisoluble e indeclinable”.

Por último, el referido escritor manifiesta que con la publicación de su tercer poemario *Pies desnudos* (1943), estimado como “uno de los libros más bellos de la literatura ecuatoriana”, su lírica alcanzó su punto culminante, tanto por su temática de “denuncia social y mensaje admonitivo” como por “la limpidez de los textos y la musicalidad del lenguaje plasmados con un vigor irresistible y una ternura infinita”. Este libro contiene un capítulo final titulado “Lecciones para los niños y los hombres” en el que explica a los niños, de manera sencilla, la miseria ocasionada por el sistema capitalista, la injusticia, la explotación y la necesidad de la revolución social y algunos autores han comentado que esta obra, de más de 400 páginas, recoge, como despedida de la actividad poética, toda la trayectoria de su producción en sus diversas etapas literarias.

Su labor académica

Ya en la década de los años treinta, Manuel Agustín Aguirre fija su residencia en Quito, se desempeña, primero, como profesor de literatura del Colegio Nacional Mejía y escribe varios trabajos, lamentablemente la mayor parte de ellos inéditos, sobre crítica literaria que los agrupó con el título de “Naipes críticos”. Ingresa luego, a fines de esa década,

7. Simón Zavala Guzmán, *Manuel Agustín Aguirre: poeta*, Ediciones Fundación Hermanos Mora Reyes, 1998.

abandonando su lúcida y prometedora actividad y producción poética, como profesor en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central a ejercer la cátedra de economía y da inicio a una nueva fase de su vida intelectual que, como el lo decía, le significó “mascar los ladrillos” de las ciencias económicas y funda, primero la Escuela de Economía y luego, en 1950, la Facultad de Ciencias Económicas de la que fue su decano en repetidas ocasiones, contribuyendo a la formación seria y calificada de varias generaciones de economistas vinculados al desarrollo, a la planificación y a las distintas actividades públicas y privadas de la economía nacional.

En su brillante labor universitaria publica: *Lecciones de marxismo* (1949), en dos tomos en los que se incluyen extensas citas de los clásicos del socialismo, a los que difícilmente podían acceder los lectores en ese tiempo, y luego la misma obra con el título de *Socialismo científico* (versión abreviada en un tomo sin citas), con múltiples y variadas ediciones, e *Historia del pensamiento económico* (1958), como resultado de la cátedra y de sus estudios sobre historia y la obra económica de los clásicos y Marx que, asimismo, tiene varias ediciones nacionales y extranjeras en tres, dos y un tomo y que, por muchos años, fue y es texto de estudio para los estudiantes de Economía en Ecuador y en diferentes países de América Latina y el mundo.

Asume, más tarde, por elección de la Asamblea Universitaria, el Vicerrectorado y el Rectorado de la Universidad Central (1968), desde el cual planteó, de manera innovadora, la “Segunda reforma universitaria” (1967-1973) y una interpretación, “Universidad y movimientos estudiantiles” (1987) sobre el papel que éstos tienen en los procesos revolucionarios del mundo. Por sus méritos académicos y su aporte a la transformación de la universidad ecuatoriana, Manuel Agustín Aguirre recibió el doctorado *honoris causa* de las Universidades de Cuenca y Loja.⁸

Su militancia política

En los años treinta también, dando continuidad a su militancia política iniciada en Loja en 1925 antes de la organización del Partido Socialista, se vinculó a esta agrupación política que en 1933 se refunda, deslindando campos con la corriente comunista que pretendió convertir al partido en un apéndice de la III Internacional. Participó activamente en la lucha política y en la orientación ideológica del partido, insistiendo en su

8. Víctor Granda Aguilar, *La herencia política del socialismo ecuatoriano*, publicación del PSE, 1994.

autonomía política respecto de la socialdemocracia y del movimiento comunista internacionales y desarrolló la tesis de la aplicación creadora del marxismo a nuestra realidad. Escribió, permanentemente, los editoriales y otros artículos en el periódico y diario socialista *La Tierra* y cuando éste desaparece, años más tarde, dirigió, en sus varias épocas, la revista teórica del partido *Teoría y acción socialistas*.

Como resultado de su constante labor ideológica, política y organizativa fue designado secretario general del Partido Socialista en su octavo congreso en diciembre de 1941; condujo a la organización política en uno de los momentos más importantes de la vida nacional, la época autoritaria de Arroyo del Río y participó activamente en la Revolución de Mayo de 1944, liderando a los trabajadores y a importantes sectores democráticos del país que se levantaron contra la lesión de la soberanía nacional y el fraude electoral protagonizados por el régimen de entonces, exigiendo, a la vez, el respeco cabal de los derechos y garantías ciudadanas. Fue, en esa época, senador funcional por los trabajadores, primer vicepresidente de la Asamblea Constituyente de 1944, presidente del Congreso Extraordinario de 1945 y de la Comisión Legislativa Permanente.⁹

Desterrado por la dictadura velasquista y descalificado luego por la derecha oligárquica, como senador funcional por los trabajadores, combatió a la corriente reformista del partido y del Partido Comunista que planteaban la colaboración de clases, lo que impidió el avance de una alternativa política revolucionaria. Como resultado de sus análisis de la realidad nacional, de su lectura de la frustrada Revolución de Mayo de 1944, de dirigir el partido Socialista en cinco períodos consecutivos hasta 1948 y de su combate al colaboracionismo y al electoralismo, propició la conformación del Partido Socialista Revolucionario entre 1960 y 1963.

En este contexto histórico y político se inscriben sus importantes aportes sobre la formación social ecuatoriana y sobre el carácter de la revolución latinoamericana y ecuatoriana expresados en sus informes al X Congreso del PSE (1943); en su balance sobre la participación del "Partido Socialista en la Revolución del 28 de Mayo" (1945); en su texto *América Latina y el Ecuador* (1952), en varios artículos recogidos más tarde por el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central en 1985, bajo el título "Marx ante América Latina" y en otros artículos y entrevistas, publicados posteriormente (1987).

9. Germán Rodas Chávez, *Partido Socialista Casa Adentro*, Quito, Ediciones La Tierra, 2006.

Los últimos años de su vida

Manuel Agustín Aguirre siempre estuvo atento a los cambios y transformaciones económicas, ideológicas, culturales, políticas y sociales del Ecuador, América Latina y el mundo.

Realizó reflexiones penetrantes sobre el capitalismo, el socialismo y en especial sobre la nueva fase del sistema capitalista que lo denomina “neocapitalismo”, al igual que sobre la historia, organización y planteamientos de los partidos políticos y los movimientos sociales, en especial sobre los trabajadores, las mujeres y los jóvenes; además reflexionó sobre la doctrina socialista, sobre el militarismo, sobre los procesos revolucionarios en China, Corea, Cuba y Chile y dirigió intensas labores de solidaridad con el pueblo chileno luego del derrocamiento del presidente socialista Salvador Allende y de instaurada la dictadura sanguinaria de Pinochet.

En ese contexto escribió entre otros títulos: *El Che Guevara aspectos políticos y económicos de su pensamiento* (1967 y 1968); *Imperialismo y el militarismo en América Latina* (1969) con varias ediciones en Ecuador y en varios países de América; *Capitalismo y socialismo, dos sistemas dos mundos* (1972 y 1979); *La masacre del 15 de noviembre y sus enseñanzas* (1978); *El trabajo doméstico y la doble explotación de la mujer en el capitalismo* (1981), y varios artículos de solidaridad con el pueblo chileno, denunciando las atrocidades de la dictadura del hermano país, en el periódico *Alerta* que dirigió entre 1983 y 1986.

En última etapa de su vida, realizó, además, reflexiones complementarias sobre la doctrina socialista y sobre el marxismo para enfatizar su carácter científico, creativo y antidogmático y polemizar con nuevas corrientes filosóficas y con otras lecturas que pretenden tergiversarlo, mistificarlo o cuestionar su validez en el campo social. Para ello escribió, entre otros textos: *Notas introductorias* a la última edición de sus *Lecciones de marxismo* (1981), *Los mitos y Marx* y *La ciencia social marxista y América Latina* (1985).

En el discurso que Manuel Agustín Aguirre pronunció en Loja en 1987, con motivo del homenaje que recibió de las instituciones Lojanas, el describió su vida como una “pasión, o más bien como una doble pasión: enseñar y luchar”. Aguirre fue profesor y maestro de verdad que “transmitía conocimientos” que “iluminaba” las mentes de los jóvenes con seriedad, con solvencia, con honestidad y perteneció a una generación, a una época y a un mundo que se conmovieron y actuaron frente al poder depredador y represivo del capitalismo.

Con emoción se preguntó en la ocasión antes indicada “¿Cómo íbamos a cruzarnos de brazos frente a eso?” y se respondió: “se necesitaba tener piel de elefante para no sentir las angustias, el dolor, el asesinato de un pueblo, y todos los intelectuales de ese entonces nos entregamos a la lucha política, unimos la cultura con la política, porque no hay que divorciarlas... Nosotros nos volcamos hacia la política y muchos abandonamos la literatura, como José de la Cuadra gran cuentista, llegó a ser Secretario General del Núcleo Socialista de Guayaquil, Gil Gilbert y Gállegos Lara eran miembros del Partido Comunista, Gil Gilbert abandonó la literatura, era una gran promesa. Aguirre hizo lo mismo dejó sus malos versos de juventud, que ahora personas tan generosas como el Presidente de la Casa de la Cultura de Loja, los ha recordado y que realmente han hecho subir la sangre a las mejillas del autor que abandonó la literatura, que amaba entrañablemente, para entregarse a la lucha socialista a la que ha dedicado casi toda su vida”. Resumió las motivaciones profundas para su compromiso político que se mantuvo a lo largo de toda su vida, diciendo: “no es posible que continuemos viviendo en un mundo de explotación, de unos hombres que lo tienen todo, mientras la gran miseria humana es cada día más desgarradora y terrible”.¹⁰

Manuel Agustín Aguirre murió en Quito el 15 de septiembre de 1992. En el año 2004, en el centenario de su nacimiento, la juventud, los movimientos sociales, la militancia socialista, las universidades y las ciencias sociales honraron su memoria con una serie de celebraciones que evidenciaron que el Ecuador sigue en deuda con un personaje excepcional en el que se deberá admirar siempre la firmeza de sus convicciones, la alta calidad científica de sus estudios y análisis, su claridad y diafanidad en el uso del lenguaje, su enorme calidad humana y su fe inculdicable en sus ideales.

10. Manuel Agustín Aguirre, discurso del Sr. Dr. Manuel Agustín Aguirre, CCE, Loja, 1987.

Ediciones La Tierra

COLECCIONES Y ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

COLECCIÓN PENSAMIENTO SOCIALISTA

1. Manuel Agustín Aguirre, *Dos sistemas, dos mundos*
Estudio y selección: Víctor Granda Aguilar
2. Ricardo Antonio Paredes, *Oro y sangre en Portovelo: el imperialismo en el Ecuador*
Estudio: José Moncada Sánchez
3. Luis Monsalve Pozo, *El indio, cuestiones de su vida y su pasión*, Tomo uno
Estudio: Carlos Marx Carrasco
4. Luis Monsalve Pozo, *El indio, cuestiones de su vida y su pasión*, Tomo dos
5. Laura Almeida, *Antología*
Estudio y selección: Silvia Vega Ugalde
6. Fernando Chávez Reyes, *El hombre ecuatoriano y su cultura*
Estudio: Marcelo Villamarín Carrascal
7. Julio Estupiñán Tello, *Antología*
Estudio y selección: Rafael Quintero López
8. Patricio Ycaza, *Historia del movimiento obrero ecuatoriano*
Estudio: Milton Luna Tamayo
9. José Moncada Sánchez, *Historia Económica, planificación y socialismo*
Estudio: Manuel Salgado Tamayo
10. Leonardo Muñoz, *Testimonio de lucha*
Estudio: Francisco Ávila Paredes
11. Leopoldo Benites Vinuesa, *Antología*
Estudio: Carlos Calderón Chico
12. Plutarco Naranjo Vargas, *Antología de su pensamiento*
Selección y estudio introductorio: Germán Rodas Chaves
13. Benjamín Carrión, *Cartas al Ecuador*
Estudio introductorio: Stalin Alvear
14. Telmo Hidalgo, *Reforma Agraria, ideología y política*
Estudio: José Elías Cárdenas
15. Humberto García Ortiz, *La forma nacional. Ensayo de una sociología de la nación ecuatoriana*, Tomo uno
Estudio: Enrique Ayala Mora
16. Humberto García Ortiz, *La forma nacional. Ensayo de una sociología de la nación ecuatoriana*, Tomo dos
17. José María Egas Ribas, *Escritos desde la política*
Estudio: Santiago Ortiz Crespo.
18. Alfredo Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*
Tomo uno. Estudio: Enrique Ayala Mora
19. Alfredo Albuja Galindo, *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana*
Tomo dos
20. Gonzalo Rubio Orbe, *Los indios ecuatorianos*
Estudio: Galo Ramón Valarezo

COLECCIÓN JOSÉ MONCADA

1. *Desarrollo y subdesarrollo del capitalismo ecuatoriano*, tomo 1.
Selección y estudio introductorio: Manuel Salgado Tamayo.
2. *Integración y Globalización. Ecuador, la segunda mitad del siglo XX*, tomo 2.
Selección: Manuel Salgado Tamayo. Estudio introductorio: Luis F. Bilbao.
3. *Ecuador, estructura productiva, descentralización y neoliberalismo*, tomo 3.
Selección: Manuel Salgado Tamayo. Estudio introductorio: Lucas Pacheco.
4. *Reflexiones Universitarias*, tomo 4.
Selección y estudio introductorio: Manuel Salgado Tamayo.
5. *Problemas y perspectivas internacionales. Periodismo militante*, tomo 5.
Selección: Manuel Salgado Tamayo.
Estudio introductorio: Cecilia Paredes de Moncada

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- *Camilo Torres Restrepo y el amor eficaz*
Javier Giraldo Moreno, François Houtart, Gustavo Pérez Ramírez.
Prólogo: monseñor Pedro Casaldáliga.
- *Ecuador: desafíos para el presente y el futuro.*
Coordinadores: Fernando Balseca Franco y César Montúfar Mancheno.
Coedición con la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- *50 años de reforma agraria. Cuestiones pendientes y miradas alternativas.*
Editores: Francisco Rhon Dávila y Carlos Pástor Pazmiño.
Coedición con la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- *Salud colectiva y ecología política. La basura en Ecuador.*
María Fernanda Solíz Torres.
Coedición con la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- *Nuevos tiempos, nuevos desafíos.*
Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Derechos Humanos.
Coordinación editorial: Elsie Monge, Silvia Bonilla Bolaños, Napoleón Salto.
Coedición con la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos, CEDHU.
- *Lo que la mina se llevó. Estudio de impactos psicosociales y sociosistémicos.*
María Fernanda Solíz Torres.
Coedición con Clínica Ambiental.
- *Los Grupos Económicos en el Ecuador.*
Carlos Pástor Pazmiño.
- *¿Está agotado el periodo petrolero en Ecuador?*
Alternativas hacia una sociedad más sustentable y equitativa.
Un estudio multicriterio.
Coordinador: Carlos Larrea.
Coedición con la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador,
Pachamama Alliance, TerraMater.

Colección

Manuel Agustín Aguirre

1. Historia del Pensamiento Económico
Libro primero: Sociedades precapitalistas. Sociedades capitalistas
Editor y coordinador de la colección: Víctor Granda Aguilar
2. Historia del Pensamiento Económico
Libro segundo: Los clásicos y pseudoclásicos
Editor y coordinador de la colección: Víctor Granda Aguilar
3. Historia del Pensamiento Económico
Libro tercero: La crítica social y el marxismo o socialismo científico
Editor y coordinador de la colección: Víctor Granda Aguilar

Ediciones La Tierra, en convenio con la Universidad Andina Simón Bolívar, presenta la edición más extensa que se haya publicado en el país hasta la actualidad, de las obras, textos y discursos del maestro del socialismo ecuatoriano, indiscutido y visionario conductor universitario y tenaz e ineludible luchador político Manuel Agustín Aguirre, como un renovado reconocimiento a su gran aporte científico a las ciencias económicas, políticas, sociales y a la interpretación de la realidad política y social del Ecuador, América Latina y el mundo.

La obra más importante en la producción académica del doctor Aguirre, destinada principalmente a la docencia universitaria y a los estudiantes, es sin duda *Historia del Pensamiento Económico*, que fue publicada por primera vez en 1958 y ha tenido varias ediciones en Ecuador y en América Latina, y tiene como contenido principal, como dice el autor de la obra, “el conocimiento de lo que se ha pensado en cada etapa económica social, acerca de las cambiantes relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción, distribución, cambio y consumo de los productos del trabajo humano y en general de las leyes que rigen la actividad económica” y se encuentra relacionada como disciplina transversal no solo con las ciencias sociales en general, sino principalmente con la Economía Política, Teoría Económica, Historia Económica, Política Económica, Ciencia Financiera y de Hacienda, Estadística, etcétera.

Nosotros, en esta edición publicamos su *Historia del Pensamiento Económico* en tres tomos, de extensión uniforme, para conservar el formato general de la publicación, pero al agrupar los contenidos del segundo y tercer volúmenes, hemos optado, a diferencia de la edición anterior, por ubicar en el segundo tomo el pensamiento de la escuela liberal clásica de Smith y Ricardo, junto con el de los exponentes de lo que el autor de la obra denomina “pseudoclásicos” o de la llamada “economía vulgar” con la finalidad de agrupar a todos los autores que estudian y justifican el sistema económico capitalista. En el tercer tomo ubicamos, en cambio, lo que Manuel Agustín Aguirre denomina la crítica social y el marxismo o socialismo científico, teniendo como objetivo unir en un solo volumen el pensamiento de los opositores iniciales al sistema capitalista: los socialistas utópicos Owen, Proudhon y Fourier y el socialismo científico de Carlos Marx.



Avenida de los Shirys N36-152
Teléfonos: (593 2) 256 6036
ediciones_latierra@yahoo.com
Quito, Ecuador



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador